

se

El holocausto olvidado de la Segunda Guerra Mundial



La Violación de **NANKING**

Traducción de
Álvaro G. Ormaechea

Lectulandia

En diciembre de 1937 tuvo lugar una de las masacres más brutales que se recuerdan en tiempos de guerra. El ejército japonés entró en Nanking, entonces capital de China, y en pocas semanas no sólo saqueó e incendió la antigua ciudad indefensa, sino que sistemáticamente violó, torturó y asesinó a más de 300.000 civiles. Mediante entrevistas a supervivientes y documentos desclasificados en cuatro idiomas, Iris Chang, cuyos abuelos escaparon de la masacre, ha escrito la historia definitiva de este horrible episodio desde tres perspectivas diferentes: la de los soldados nipones, la de los civiles chinos y la de un grupo de europeos y norteamericanos que se negaron a abandonar la ciudad y lograron crear una pequeña zona de seguridad que salvó a casi 200.000 chinos. Sorprendentemente, esta atrocidad, una de las peores en la historia de la humanidad, sigue siendo negada por el Gobierno japonés. Pese a que el número total de muertos en Nanking supera el de varios países europeos enteros, e incluso el de las explosiones atómicas de Hiroshima y Nagasaki, la Guerra Fría condujo a reprimir toda discusión sobre el asunto. Para Chang, esta conspiración de silencio, que persiste hasta hoy, constituye una «segunda violación».

Lectulandia

Iris Chang

La Violación de Nanking

El holocausto olvidado de la Segunda Guerra Mundial

ePub r1.0

Titivillus 08.09.2019

Título original: *The Rape of Nanking: The Forgotten Holocaust of World War II*
Iris Chang, 1997
Traducción: Álvaro García-Ormaechea

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Prólogo

Introducción

PRIMERA PARTE

01. El camino a Nanking
02. Seis semanas de terror
03. La caída de Nanking
04. Seis semanas de horror
05. La Zona de Seguridad de Nanking

SEGUNDA PARTE

06. Lo que el mundo sabía
07. La ocupación de Nanking
08. El día del juicio
09. El destino de los supervivientes Tercera parte

TERCERA PARTE

10. El holocausto olvidado: una segunda violación

Epílogo

Epílogo a la edición de 2011, por Brett Douglas

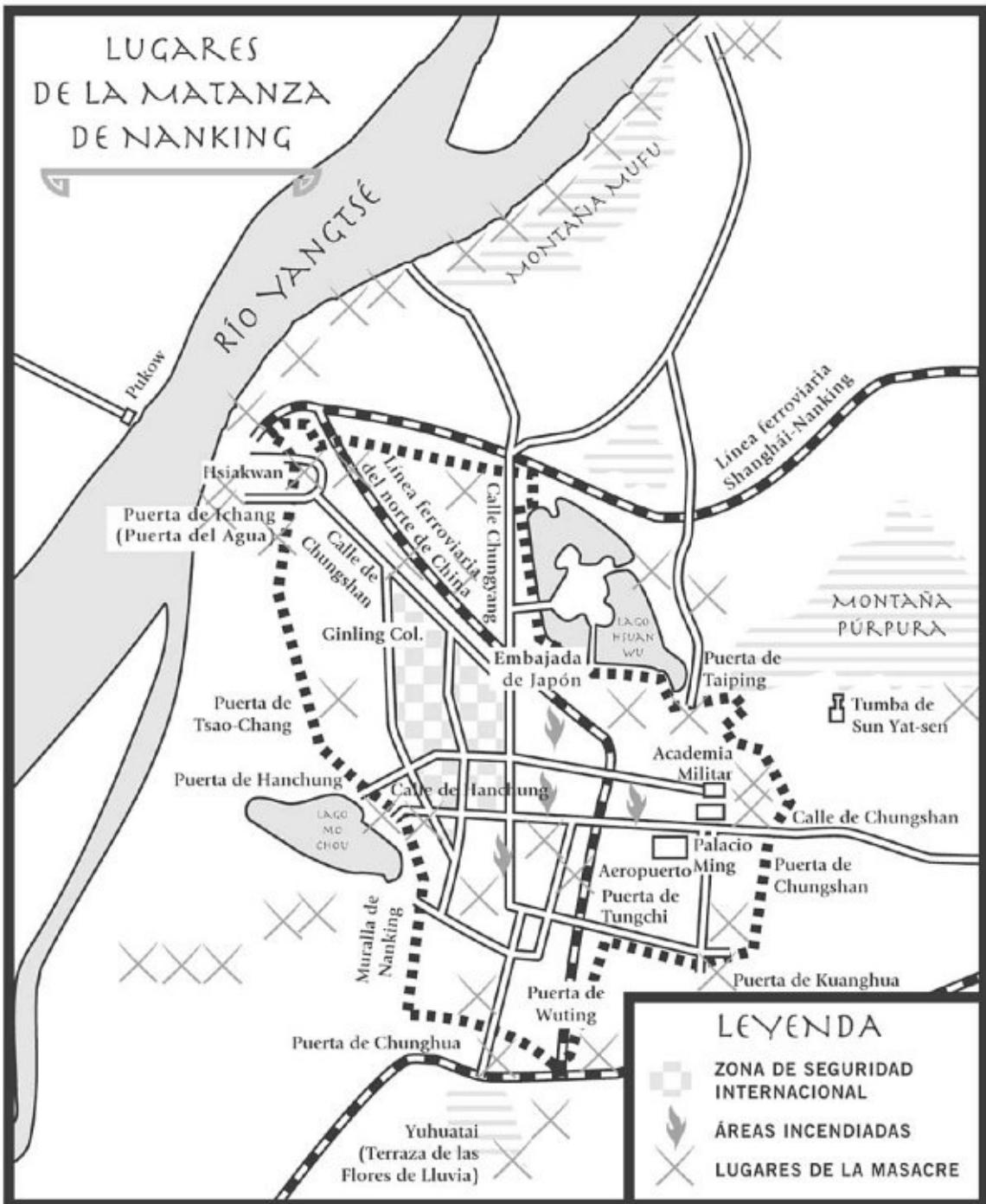
Agradecimientos

Álbum fotográfico

Sobre la autora

Notas

LUGARES
DE LA MATANZA
DE NANKING



Prólogo

El 13 de diciembre de 1937, Nanking, capital de la China nacionalista, caía en manos del ejército japonés. Para Japón, esto debía significar el punto de inflexión que decidiera el curso de la guerra, la culminación triunfante de la contienda de seis meses contra los ejércitos de Chiang Kai-shek en el valle del Yangtsé. Para las fuerzas chinas, cuya heroica defensa de Shanghái había sido finalmente en vano, y cuyas mejores tropas habían sufrido bajas cruciales, la caída de Nanking suponía una derrota amarga y acaso fatal.

A día de hoy podemos pensar en Nanking como en un punto de inflexión de otra naturaleza. Lo que sucedió entre los muros de aquella antigua ciudad fortaleció la determinación china de recuperarla y expulsar al invasor. El gobierno chino se retiró, se reagrupó y en último término se impuso a Japón en una guerra que solo terminaría en 1945. En esos ocho años Japón ocuparía Nanking y establecería un gobierno de colaboracionistas chinos; pero nunca gobernaría con confianza ni legitimidad y nunca lograría la rendición china. En el resto del mundo, la «violación» de Nanking —tal y como fue inmediatamente denominada— volvió a la opinión pública contra Japón como muy pocas cosas podrían haberlo hecho.

Tal sigue siendo el caso en la China actual, donde a varias generaciones se les ha transmitido la conciencia histórica de los crímenes de Japón y de su negativa, hasta el día de hoy, a ofrecer reparaciones. Sesenta años después, los fantasmas de Nanking aún acechan las relaciones chino-japonesas.

Y es normal. El saqueo japonés de la capital china fue un suceso abominable. La ejecución en masa de soldados y la masacre y violación de decenas de miles de civiles tuvieron lugar en contravención de todas las leyes de la guerra. Lo que aún hoy en día nos deja atónitos es que se trató de un saqueo *público*, evidentemente diseñado para aterrorizar. Fue llevado a cabo abiertamente, ante la mirada de observadores internacionales y en general haciendo caso omiso a los esfuerzos de estos últimos por detenerlo. Y no se trató de una pérdida temporal de la disciplina militar, ya que se prolongó

durante siete *semanas*. Esta es la terrible historia que Iris Chang nos cuenta de manera tan poderosa en este primer estudio completo en lengua inglesa de la tragedia de Nanking.

Es posible que nunca lleguemos a saber exactamente qué fue lo que pudo llevar a los mandos y tropas japonesas a comportarse de una forma tan bestial. Pero la autora de este libro nos muestra lo que hicieron con más claridad que nunca. Se sirve para ello de un vasto abanico de fuentes materiales, incluyendo el testimonio indiscutible de tercera personas: observadores de primera mano, como fueron los misioneros extranjeros y el personal de negocios que permanecieron en la ciudad indefensa cuando los japoneses entraron en ella. Una de las fuentes que Chang ha descubierto es el diario (en realidad, un pequeño archivo) de John Rabe, el hombre de negocios alemán y nacionalsocialista que encabezó un esfuerzo internacional para proteger a la población de Nanking. A través de los ojos de Rabe podemos ver el coraje y el terror de sus habitantes mientras confrontan, indefensos, la arremetida japonesa. El relato de Chang da cuenta de la valentía de Rabe y de otros, que trataron de hacer algo mientras la ciudad era quemada y sus pobladores, asaltados; mientras los hospitales se cerraban y las morgues se llenaban; mientras el caos se adueñaba de todo a su alrededor. Y nos habla también de aquellos japoneses que comprendieron lo que estaba sucediendo y sintieron vergüenza.

La Violación de Nanking ha sido en gran medida olvidada en Occidente, y de ahí la importancia de este libro. Al referirse a ella como un «holocausto olvidado», Chang establece un vínculo entre las matanzas de millones de inocentes ocurridas en Europa y Asia durante la Segunda Guerra Mundial. Cierto, Japón y la Alemania nazi firmarían su alianza solo con posterioridad y, con todo, tampoco fueron muy buenos aliados. Pero los sucesos de Nanking —que seguramente no ofendieron a Hitler— los convertirían más tarde en co-conspiradores morales, en agresores violentos, en perpetradores de lo que en último término se iban a llamar «crímenes contra la humanidad». W. H. Auden, que fue testigo directo de la guerra de China, hizo esa conexión antes que la mayoría:^[1]

*And maps can really point to places
Where life is evil now:
Nanking; Dachau.*

William C. Kirby
Profesor de Historia China Moderna

*y presidente del departamento de Historia
de la Universidad de Harvard.*

La Violación de NANKING

Introducción

La crónica de la crueldad de la especie humana para con sus semejantes es larga y penosa. Pero si es cierto que incluso en esos recuentos del horror hay grados de iniquidad, entonces hay pocas atrocidades en la historia del mundo que puedan compararse en intensidad y escala con la Violación de Nanking durante la Segunda Guerra Mundial.

En Estados Unidos se suele pensar en la Segunda Guerra Mundial como un acontecimiento que comenzó el 7 de diciembre de 1941, con el ataque japonés a Pearl Harbor, que se llevó a cabo desde portaaviones. Los europeos la fechan el 1 de septiembre de 1939, cuando la Luftwaffe y las divisiones Panzer de Hitler lanzaron su *Blitzkrieg* contra Polonia. Para los africanos comenzó en una fecha todavía más temprana, con la invasión de Etiopía por parte de Mussolini en 1935. Pues bien, para los asiáticos, la Segunda Guerra Mundial comenzó con los primeros pasos emprendidos por Japón con vistas al dominio militar de Asia oriental, es decir, con la ocupación de Manchuria en 1931.

Tal y como la Alemania de Hitler haría media década más tarde, Japón se sirvió de una maquinaria militar altamente desarrollada y de una mentalidad racial supremacista para imponer su pretensión de gobernar a sus vecinos. Manchuria cayó rápidamente en manos de los japoneses, que establecieron allí su gobierno de Manchukuo, formalmente a cargo de un títere, el emperador depuesto de China, pero de hecho en manos del ejército japonés. Cuatro años después, en 1935, Japón se adentró en las provincias de Chahar y Hopeh, ocupándolas en parte; en 1937, cayeron Pekín, Tientsin, Shanghái y finalmente Nanking. Efectivamente, la década de 1930 fue dura para China. La presencia japonesa en suelo chino se prolongaría hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, en 1945.

Sin duda, aquellos catorce años de dominación militar nipona en China estuvieron marcados por un sinnúmero de incidentes de una crueldad casi indescriptible. Nunca sabremos todo lo que sucedió en las muchas ciudades y

pequeños pueblos que se vieron postrados bajo la bota de los invasores. Irónicamente, si conocemos la historia de Nanking es porque algunos extranjeros presenciaron el horror y dieron testimonio al mundo exterior en aquel momento y porque algunos chinos sobrevivieron como testigos oculares. Si hay un acontecimiento que pueda exemplificar el mal radical que habita justo debajo de la superficie del aventurerismo militar desbocado, ese momento es la Violación de Nanking. Este libro narra su historia.

A día de hoy, la secuencia general de lo que sucedió en Nanking no es objeto de disputa, excepto entre los japoneses.. En noviembre de 1937, tras su invasión exitosa de Shanghái, los japoneses lanzaron un ataque masivo sobre la nueva capital de la República de China. Cuando la ciudad cayó, el 13 de diciembre de 1937, los soldados japoneses iniciaron una orgía de残酷 pocas veces —o tal vez nunca— vista en la historia del mundo. Decenas de miles de hombres jóvenes fueron reunidos y conducidos como si fueran ganado a las afueras de la ciudad, donde fueron acribillados con ametralladoras, utilizados como diana para practicar con bayonetas o empapados con gasolina y quemados vivos. Durante meses los cuerpos se apilaron por las calles de la ciudad, y el hedor de la carne humana putrefacta lo inundó todo. Años después, expertos del Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente (IMTFE, en sus siglas en inglés)^[2] estimaron que más de 260.000 no combatientes murieron a manos de los soldados japoneses en Nanking entre finales de 1937 y principios de 1938, si bien algunos expertos han situado la cifra bastante por encima de los 350.000.

Este libro se limita a proporcionar una crónica sucinta de los crueles y bárbaros actos perpetrados por los japoneses en la ciudad, pues su propósito no es establecer un récord cuantitativo que califique el evento como uno de los grandes crímenes de la historia, sino comprenderlo para extraer de él lecciones y advertencias de cara al futuro. Sin embargo, las diferencias en términos cuantitativos a menudo reflejan diferencias cualitativas, de forma que hay que acudir a algunas estadísticas para dar al lector una idea de la escala de la masacre que tuvo lugar en 1937 en aquella ciudad llamada Nanking.

Un historiador^[3] ha calculado que, si los muertos de Nanking se cogieran de la mano, unirían Nanking con la ciudad de Hangchow, a 200 millas de distancia. Su sangre pesaría 1.200 toneladas y sus cuerpos llenarían 2.500 vagones de tren. Apilados los unos sobre los otros, estos cuerpos alcanzarían la altura de un edificio de 74 plantas.

Atendiendo solo al número de asesinatos, la Violación de Nanking sobrepasa a muchas de las peores barbaries de todos los tiempos. Los japoneses superaron a los romanos en Cartago (donde las víctimas no sobrepasaron las 150.000),^[4] a los ejércitos cristianos durante la Inquisición española e incluso a algunas de las monstruosidades de Timur Lenk,^[5] que asesinó a 100.000 prisioneros en Delhi en 1398 y construyó dos torres de calaveras en Siria, en 1400 y 1401.

Es verdad que en el siglo XX, cuando las herramientas para el crimen masivo culminaron su desarrollo, Hitler asesinó a unos seis millones de judíos y Stalin a más de cuarenta millones de rusos, pero estas muertes se produjeron en el curso de varios años. En la Violación de Nanking los asesinatos se concentraron en el lapso de unas pocas semanas.

De hecho, incluso para los estándares de la guerra más destructiva de la historia,^[6] la Violación de Nanking constituye uno de los peores ejemplos de exterminio de masas. Para hacernos una idea de su escala en términos comparativos, hemos de prepararnos para algunas estadísticas más. Las víctimas mortales de Nanking —una sola ciudad china— exceden el número de bajas civiles de algunos países europeos durante toda la guerra (Gran Bretaña perdió a un total de 61.000 civiles, Francia a 108.000, Bélgica a 101.000 y Holanda a 242.000). Los expertos en la materia consideran que los bombardeos aéreos constituyen uno de los más formidables instrumentos de destrucción masiva. Pero lo cierto es que ni los peores ataques aéreos de la guerra superaron, en términos de devastación, lo acontecido en Nanking. Es probable que muriera más gente en Nanking^[7] que en los bombardeos británicos sobre Dresde y en la tormenta de fuego que les siguió (si bien la cifra de 225.000 fue aceptada internacionalmente en su día, informes más objetivos vienen ahora a situar las víctimas de Dresde en 60.000 muertos y al menos 30.000 heridos). Y, de hecho, ya nos basemos en los cálculos más conservadores —que cifran los muertos en 260.000—^[8] o en los más extremos —que hablan de 350.000—, es estremecedor constatar que las víctimas mortales de Nanking exceden con creces las de los bombardeos norteamericanos sobre Tokio (con entre 80.000 y 120.000 muertos) e incluso las de los dos bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki combinados (con 140.000 y 70.000 muertos respectivamente).

La Violación de Nanking debería ser recordada no solo por el número de personas masacradas, sino también por la crueldad con la que muchos encontraron la muerte. Los hombres chinos fueron utilizados como diana para practicar con bayonetas y en concursos de decapitación. Se estima que entre

20.000 y 80.000 mujeres chinas fueron violadas.^[9] Muchos soldados fueron más allá de la violación^[10] y destriparon a mujeres, les cortaron los pechos, las clavaron vivas a los muros. Se obligó a los padres a violar a sus hijas y a los hijos a sus madres, ante la mirada de otros miembros de la familia. La gente fue rutinariamente enterrada viva, castrada, desmembrada. Y se practicaron las más diabólicas formas de tortura, tales como colgar a personas de la lengua en ganchos de hierro o enterrarlas hasta la cintura para contemplar cómo eran despedazadas vivas por pastores alemanes. Tan nauseabundo fue lo que sucedió en Nanking que hasta los nazis que se encontraban en la ciudad se horrorizaron, y uno de ellos proclamó que la masacre era obra de una «maquinaria bestial».^[11]

Sin embargo, la Violación de Nanking continúa siendo un incidente oscuro. A diferencia de las explosiones atómicas en Japón o el holocausto judío en Europa, los horrores de la masacre de Nanking siguen siendo virtualmente desconocidos fuera de Asia. La masacre no ocupa un lugar destacado en la mayoría de los libros de historia publicados en Estados Unidos. Un examen somero de los libros de texto de historia que se estudian en la enseñanza secundaria de aquel país revela que solo unos pocos de ellos hacen siquiera mención a la Violación de Nanking. Y casi ninguna de las historias completas o «definitivas» de la Segunda Guerra Mundial escritas para el público norteamericano trata con especial detalle la masacre de Nanking. Así, por ejemplo, *The American Heritage Picture History of World War II* (1966), que durante muchos años fue el libro de historia gráfica más vendido sobre la Segunda Guerra Mundial, no dedica a Nanking ni una sola fotografía, ni una sola palabra; como tampoco lo hacen las famosas memorias de *La Segunda Guerra Mundial*, de Winston Churchill (1959) (1.065 páginas); ni el clásico *La Segunda Guerra Mundial*, de Henri Michel (1975) (947 páginas). La Violación de Nanking solo se menciona dos veces en la gigantesca *Un mundo en armas*, de Gerhard Weinberg (1994) (1.178 páginas). Tan solo en *Delivered From Evil: The Saga of World War II*, de Robert Leckie (1987) (998 páginas) pude encontrar un párrafo entero sobre la masacre: «Nada que los soldados nazis pudieron hacer a las órdenes de Hitler para deshonrar sus propias victorias llegó a rivalizar con las atrocidades de los soldados japoneses a las órdenes del general Iwane Matsui».^[12]

La primera vez que escuché hablar de la Violación de Nanking yo era todavía una niña. Las historias provenían de mis padres, que habían sobrevivido años

de guerra y revolución antes de hallar un hogar sereno en una ciudad universitaria del medio oeste norteamericano, donde trabajarían como profesores. Habían crecido en China en plena Segunda Guerra Mundial, y en la posguerra huyeron con sus familias: primero a Taiwán y después a Estados Unidos, donde estudiaron en Harvard y prosiguieron sus carreras científicas. Durante tres décadas vivieron apaciblemente en la comunidad académica de Champaign-Urbana (Illinois), como investigadores en los campos de la física y la microbiología.

Pero nunca olvidaron los horrores de la guerra chino-japonesa, ni quisieron que yo los olvidara. En particular, no querían que olvidara la Violación de Nanking. Mis padres no la presenciaron, pero de niños habían escuchado las historias sobre la matanza, y así estas llegaron hasta mí. Los japoneses cortaban a los bebés no solo por la mitad, sino en tres y en cuatro, decían; el río Yangtsé corrió rojo de sangre durante días. Con las voces temblando de indignación, mis padres hablaban de la Gran Masacre de Nanking, o *Nanjing Datusha*,^[13] como del más diabólico de los crímenes perpetrados por los japoneses, en una guerra que había costado la vida a más de diez millones de chinos.

Durante toda mi infancia la *Nanjing Datusha* se mantuvo enterrada en mi subconsciente como una metáfora de la maldad innombrable. Pero el acontecimiento se me presentaba falto de detalles y de dimensiones humanas. Se me hacía también difícil discernir la línea que separa el mito de la historia. Siendo aún estudiante de primaria rebusqué en las bibliotecas públicas locales para ver qué podía averiguar sobre la masacre, pero sin resultado. Eso me resultó extraño. Si, tal y como mis padres afirmaban, la Violación de Nanking realmente había sido tan espantosa, uno de los peores episodios de la historia universal de la barbarie humana, ¿cómo es que nadie había escrito un libro sobre ello? No se me ocurrió, de niña, continuar con mi investigación acudiendo al gigantesco sistema de bibliotecas de la Universidad de Illinois, y mi curiosidad por el tema pronto se desvaneció.

Pasaron casi dos décadas antes de que la Violación de Nanking irrumpiera de nuevo en mi vida. Para entonces estaba casada y vivía una vida tranquila como escritora profesional en Santa Bárbara (California), cuando oí decir a un amigo director de cine que un par de productores de la costa este habían terminado hacia poco un documental sobre la Violación de Nanking, pero estaban teniendo dificultades a la hora de recaudar fondos para distribuir la película como era debido.

Su historia reavivó mi interés. Pronto me vi de nuevo al teléfono, hablando del tema no ya con uno, sino con dos productores de documentales. El primero era Shao Tzuping, un activista chino-estadounidense que había trabajado para Naciones Unidas en Nueva York, había sido presidente de la Alianza por la Memoria de las Víctimas de la Masacre de Nanjing y había colaborado en la producción del documental de vídeo *Magee's Testament*. La otra era Nancy Tong, una directora de cine independiente que había producido y codirigido junto a Christine Choy el documental *En el nombre del emperador*. Shao Tzuping y Nancy Tong me ayudaron a meterme en las redes de activistas, muchos de ellos chino-estadounidenses y chino-canadienses de primera generación que, como yo misma, sentían la necesidad de dar testimonio del suceso, documentarlo y publicitarlo, e incluso de buscar una reparación por las atrocidades de Nanking antes de que todas las víctimas supervivientes fallecieran. Otros querían transmitir sus recuerdos de la guerra a sus hijos y nietos, temerosos de que su asimilación en la cultura norteamericana pudiera hacerles olvidar una parte tan importante de su herencia histórica.

Lo que fortaleció gran parte de este activismo de nuevo cuño fue la matanza de la plaza de Tiananmen, en 1989, que incitó a las comunidades chinas dispersas por todo el mundo a organizarse en redes para protestar contra las acciones de la República Popular China. El movimiento en favor de la democracia dejó tras de sí vastas e intrincadas redes sociales en el ciberespacio, y de estas redes nacería un movimiento de base dispuesto a promover la verdad acerca de Nanking. En todos los centros urbanos con gran concentración de chinos —como son la bahía de San Francisco, Nueva York, Los Ángeles, Toronto y Vancouver— los activistas chinos organizaron conferencias y campañas educativas para diseminar información sobre los crímenes japoneses durante la Segunda Guerra Mundial. Exhibieron películas, vídeos y fotografías de la masacre de Nanking en museos y escuelas, publicaron informes y fotografías en Internet e incluso sacaron anuncios a toda página en periódicos como *The New York Times*. Algunos de los grupos de activistas tenían tal grado de sofisticación tecnológica que eran capaces de llegar a más de 250.000 lectores en todo el mundo con tan solo pulsar un botón.

Que la masacre de Nanking de mis recuerdos infantiles no era un mero mito popular, sino historia oral verdadera y contrastable, es algo que supe de golpe en diciembre de 1994, cuando asistí a una conferencia organizada por la Alianza Global para la Preservación de la Historia de la Segunda Guerra

Mundial en Asia [Global Alliance for Preserving the History of World War II in Asia], en recuerdo de las víctimas de las atrocidades de Nanking. La conferencia tuvo lugar en Cupertino (California), un suburbio de San José situado en el corazón de Silicon Valley. En el recinto, los organizadores habían dispuesto fotografías de tamaño póster de la Violación de Nanking —entre ellas, las imágenes más abominables que yo había visto en mi vida—. Aunque había oído hablar mucho de la masacre de Nanking siendo niña, nada podía haberme preparado para estas fotografías: crudas imágenes en blanco y negro de cabezas decapitadas, vientres abiertos y mujeres desnudas forzadas por sus violadores a posar en distintas escenas pornográficas, sus rostros contraídos en inolvidables expresiones de agonía y vergüenza.

En un solo momento cegador reconocí la fragilidad no solo de la vida, sino de la propia experiencia humana. Todos aprendemos de jóvenes lo que es la muerte. Sabemos que cualquiera de nosotros puede caer víctima del proverbial camión o autobús y perder la vida en un instante. Y a menos que tengamos ciertas creencias religiosas, una muerte así se nos antoja una privación de la vida injusta y sin sentido. Pero también sabemos del respeto por la vida y ante el trance de la muerte que comparte la mayoría de los seres humanos. Si te atropella un autobús, alguien te puede quitar el bolso o la cartera mientras yaces en el suelo, pero serán muchos más los que vengan en tu ayuda para tratar de salvar tu preciosa vida. Uno llamará a la ambulancia y otro correrá calle abajo a alertar a un policía de servicio. Alguien se quitará el abrigo, lo doblará y te lo pondrá bajo la cabeza, para que, si esos han de ser en verdad tus últimos momentos de vida, mueras con el pequeño —pero tangible— consuelo de saber que alguien se preocupó por ti. Las fotos que colgaban en la pared en Cupertino ilustraban el hecho de que no solo una persona, sino cientos de miles podían ver sus vidas, extinguirse, podían morir por el capricho de otros, y al día siguiente sus muertes serían insignificantes. Y, lo que es más, aquellos que habían provocado esas muertes (y la muerte es ya de por sí la tragedia más aterradora, por mucho que sea inevitable, de la experiencia humana) podían también degradar a las víctimas y obligarlas a expirar en un estado de máximo dolor y humillación. De pronto sentí una oleada de pánico, ante la perspectiva de que ese aterrador desprecio de la muerte y del acto de morir, esa reversión en la evolución social humana, pudiera quedar reducido a una nota a pie de página de la historia, como un fallo menor en un programa informático, que podría volver a dar problemas o tal vez no, dependiendo de que alguien se propusiera obligar al mundo a recordarlo.

En la conferencia supe que había dos novelas sobre la masacre de Nanking en curso de publicación (*Tree of Heaven* y *Tent of Orange Mist*, ambas publicadas en 1995), así como un libro de fotografías (*The Rape of Nanking: An Undeniable History in Photographs*, publicado en 1996).^[14] Pero hasta ese momento nadie había escrito aún en inglés un libro de conjunto, exhaustivo y de no ficción sobre la Violación de Nanking. Al ahondar un poco más en la historia de la masacre, supe que la fuente material primaria para un libro de ese tipo había existido siempre y estaba disponible en Estados Unidos. Habida cuenta de que varios misioneros norteamericanos, periodistas y oficiales del ejército habían recogido para la posteridad, en diarios, películas y fotografías, sus propias impresiones sobre el acontecimiento, ¿cómo era posible que ningún autor o académico estadounidense hubiera explotado ese rico filón de fuentes materiales primarias para escribir un libro de no ficción, o incluso una tesis, con la masacre como único tema?

Pronto di con la respuesta —o, al menos, la mitad de la respuesta— al extraño enigma que suponía la relativamente escasa atención que había recibido la masacre ante la historia universal: si la Violación de Nanking no había penetrado en la conciencia mundial de la misma manera en que lo habían hecho el Holocausto o Hiroshima era porque las propias víctimas habían guardado silencio.

Pero cada respuesta plantea una nueva pregunta, así que ahora me intrigaba por qué las víctimas de este crimen no habían clamado justicia. O, si lo habían hecho, ¿por qué su angustia no había sido reconocida? Pronto llegué a la conclusión de que el guardián del muro de silencio era la política. La República Popular China, la República de China e incluso Estados Unidos habían contribuido todos ellos a arrumbar históricamente este acontecimiento por razones que tenían mucho que ver con la Guerra Fría. Después de la revolución comunista de 1949 en China, ni la República Popular China ni la República de China exigieron reparaciones de guerra a Japón (a diferencia de Israel, que sí se las había exigido a Alemania), porque los dos gobiernos estaban compitiendo por el comercio nipón y por el reconocimiento político por parte de Japón. Incluso Estados Unidos, enfrentado a la amenaza del comunismo en la Unión Soviética y en la China continental, buscó asegurarse la amistad y la lealtad de su antiguo enemigo japonés. De esta forma, las tensiones de la Guerra Fría permitieron a Japón eludir gran parte del intenso escrutinio crítico al que su antiguo aliado en las armas sí tuvo que someterse.

A todo esto hay que sumar una atmósfera de intimidación en el propio Japón, que asfixió el debate abierto y académico en torno a la Violación de Nanking, contribuyendo así a reprimir el conocimiento del suceso. En Japón expresar tus propias opiniones acerca de la guerra chino-japonesa podía costarte —y te puede costar— la carrera, e incluso la vida (en 1990 un pistolero disparó en el pecho a Motoshima Hitoshi, alcalde de Nagasaki, porque había afirmado que el emperador Hirohito tuvo alguna responsabilidad por la Segunda Guerra Mundial). Esta omnipresente sensación de peligro ha disuadido a muchos académicos serios de consultar los archivos japoneses para llevar a cabo su investigación de los sucesos; es más, en Nanking me dijeron que la República Popular China rara vez permite a sus académicos viajar a Japón, por no poner en riesgo su integridad física. En semejantes circunstancias, lograr acceder a las fuentes materiales de los archivos japoneses acerca de la Violación de Nanking ha venido siendo extremadamente difícil para la gente de fuera de la nación insular. Además, la mayor parte de los veteranos japoneses que participaron en la Violación de Nanking se niegan a conceder entrevistas sobre sus experiencias pasadas, si bien hay que decir que en años recientes algunos de ellos han desafiado el ostracismo, e incluso amenazas de muerte, para dar testimonio público.

Lo que me desconcertaba y entristecía durante la escritura de este libro era la persistente negativa japonesa a hacer cuentas con su pasado. No es sólo que Japón haya pagado menos del 1 por ciento de la cantidad que Alemania ha desembolsado en concepto de reparaciones de guerra a sus víctimas. Ni tampoco que, a diferencia de la mayoría de los nazis, que, si no fueron encarcelados por sus crímenes, por lo menos fueron expulsados de la vida pública, muchos criminales de guerra japoneses siguieran ocupando posiciones de poder en la industria y el gobierno después de la guerra. Ni es tampoco el hecho de que, mientras que los alemanes han pedido repetidamente perdón a las víctimas del Holocausto, los japoneses hayan consagrado a sus criminales de guerra en Tokio —un acto que una víctima estadounidense del Japón imperial ha equiparado políticamente con «erigir una catedral a Hitler en pleno Berlín»—.^[15]

Una gran motivación en esta larga y difícil tarea ha sido la obstinada negativa de muchos prominentes políticos japoneses, académicos y líderes industriales a admitir, a pesar de las abrumadoras pruebas, que la masacre de Nanking haya sucedido. En contraste con Alemania, donde es ilegal que los profesores de historia omitan el Holocausto en sus temarios, durante décadas los japoneses han purgado sistemáticamente cualquier referencia a

Nanking en los libros de texto. Han retirado de los museos fotografías de la masacre, adulterado fuentes materiales originales y extirpado de la cultura popular cualquier mención al respecto. Incluso respetados profesores de historia de Japón se han unido a las fuerzas de extrema derecha para hacer lo que según ellos es su deber nacional: desacreditar los informes sobre la masacre de Nanking. En el documental *En el nombre del emperador*, un historiador japonés despacha el episodio de la Violación de Nanking con estas palabras: «Con que solo veinte o treinta personas hubieran sido asesinadas, para Japón esto habría sido un *shock*. Hasta ese momento, las tropas japonesas habían sido ejemplares». Es este intento deliberado por parte de ciertos japoneses de distorsionar la historia lo que con más fuerza confirmó en mí la necesidad de este libro.

Pero por muy poderoso que haya sido este factor, el libro es también una respuesta a algo bien distinto. En los últimos años, los intentos sinceros de hacer que Japón afronte las consecuencias de sus acciones han sido tildados de «anti-japoneses». Es importante dejar claro que no pretendo defender la idea de que Japón fuera la única fuerza imperialista en el mundo, o ni siquiera en Asia, durante el primer tercio del siglo XX. La propia China trató de expandir su influencia sobre sus vecinos, e incluso llegó a un acuerdo con Japón para delinejar áreas de influencia sobre la península de Corea, de forma muy parecida a como las potencias europeas se habían repartido los derechos comerciales sobre China en el último siglo.

Y, lo que es más importante, le hace un flaco favor a los hombres, mujeres y niños cuyas vidas fueron robadas en Nanking, pero también al pueblo japonés, pretender que cualquier crítica a la conducta japonesa en un tiempo y lugar determinados equivale a una crítica de los japoneses en tanto que pueblo. Este libro no pretende ser un comentario sobre el carácter japonés, ni sobre la estructura genética de un pueblo capaz de cometer semejantes actos. En cambio, trata del poder de las fuerzas culturales para o bien convertirnos a todos en demonios, despojándonos de ese fino barniz social que nos permite guardar la compostura y que nos hace humanos, o bien para reforzar ese mismo barniz. Si Alemania es hoy un país mejor es porque los judíos no le permitieron olvidar lo que hizo durante la Segunda Guerra Mundial. Si el sur de Estados Unidos es un lugar mejor es porque ha reconocido el mal de la esclavitud y de los cien años de segregación —o *jim crowismo*— que lo siguieron. Del mismo modo, la cultura japonesa no evolucionará hasta que el país admita, no sólo ante el mundo, sino ante sí mismo, cuán abominables fueron sus acciones durante la Segunda Guerra Mundial. De hecho, fue una

grata sorpresa ver cuántos japoneses de ultramar acudieron a las conferencias sobre la Violación de Nanking. Y es que, según decía uno de ellos, «queremos saber la verdad tanto como usted».

Este libro describe dos atrocidades relacionadas pero diferenciadas. La primera es la propia Violación de Nanking, la historia de cómo los japoneses aniquilaron a cientos de miles de civiles inocentes en la capital de su país enemigo.

La segunda es el encubrimiento, la historia de cómo los japoneses, envalentonados por el silencio de chinos y norteamericanos, trajeron de borrar todo el episodio de la masacre de la conciencia pública, privando de esta forma a sus víctimas de su lugar en la historia.

La estructura de la primera parte de mi libro —la historia de la masacre— está muy influida por *Rashomon*, una famosa película basada en un relato corto (*Yabu no naka*, o *En una arboleda*) del novelista japonés Akutagawa Ryunosuke, que narra un caso de violación y asesinato en el Kioto del siglo x. A simple vista, la historia parece simple: un bandido ataca a un samurái que va de viaje con su mujer; la mujer es violada y el samurái es hallado muerto. Pero la historia se hace más compleja cuando se narra desde la perspectiva de cada uno de los personajes. El bandido, la mujer, el samurái muerto y un testigo ocular del crimen aportan versiones diferentes de lo sucedido. Le corresponde al lector recomponer todos estos relatos, dándole a cada uno verosimilitud o quitándosela del todo o en parte, creando, a partir de este proceso y de percepciones subjetivas y a menudo interesadas, un cuadro más objetivo de lo que podría haber ocurrido. Este relato debería incluirse en el temario de cualquier curso de criminología. Y apunta al corazón de nuestra historia.

La Violación de Nanking se cuenta desde tres perspectivas diferentes. La primera es la perspectiva japonesa. Es la historia de una invasión planificada —las instrucciones que recibió el ejército japonés, cómo llevarlas a cabo y por qué—. La segunda perspectiva es la de los chinos, las víctimas; es la historia del destino que corre una ciudad cuando el gobierno ya no es capaz de proteger a sus ciudadanos contra los invasores externos. Esta sección incluye historias individuales de los propios chinos, historias de derrota, de desesperación, de traición y de supervivencia. La tercera es la perspectiva norteamericana y europea. Estos extranjeros fueron, por un instante al menos de la historia china, héroes. El puñado de occidentales que se encontraban en el escenario de los hechos arriesgaron sus vidas para ayudar a civiles chinos durante la masacre y para advertir al resto del mundo de las atrocidades que

estaban teniendo lugar ante sus propios ojos. Solo en la siguiente parte del libro, cuando hablemos del periodo de posguerra, nos detendremos en la indiferencia calculada de estadounidenses y europeos ante lo que les habían dicho sus propios compatriotas sobre el terreno.

La última parte de mi libro examina las fuerzas que conspiraron para mantener la Violación de Nanking fuera de la conciencia pública durante más de medio siglo. También me ocupo de los esfuerzos recientes para asegurar que esta distorsión de la historia no quede sin respuesta.

Cualquier intento de dejar las cosas claras debe arrojar luz sobre la manera en que los japoneses, en tanto que pueblo, gestionan, cultivan y mantienen su amnesia colectiva —e incluso la negación— cada vez que se les invita a confrontar su conducta en aquel periodo. Su respuesta ha consistido más que nada en dejar espacios en blanco en los libros de historia allí donde el recuerdo habría sido demasiado doloroso. De hecho, los aspectos más oscuros del comportamiento del ejército nipón durante la guerra en China están excluidos de los programas educativos de las escuelas japonesas. Y no solo eso: además, han camuflado el papel que jugó Japón en el estallido de la guerra, sirviéndose del mito cuidadosamente cultivado de que los japoneses fueron las víctimas, y no los instigadores, de la Segunda Guerra Mundial. El horror atómico que vivió la población civil de Hiroshima y Nagasaki contribuyó a que este mito reemplazara a la historia.

A la hora de expresar remordimiento por sus propias acciones durante la guerra ante la opinión pública mundial, Japón sigue siendo hasta el día de hoy una nación que reniega. Incluso en el periodo de la inmediata posguerra, y a pesar de los juicios por crímenes de guerra que hallaron culpables a algunos de sus antiguos líderes, los japoneses se las arreglaron para evitar el juicio moral del mundo civilizado, un dictamen que los alemanes sí tuvieron que aceptar por sus acciones en aquel periodo de pesadilla. En su empeño por seguir eludiendo el juicio, los japoneses se han convertido en los cabecillas de otra acción criminal. Tal y como el premio Nobel Elie Wiesel advirtió hace años, olvidar un holocausto es matar dos veces.

Mi mayor esperanza es que este libro inspire a otros autores e historiadores a investigar los relatos de los supervivientes de Nanking antes de que las últimas voces del pasado, que se van perdiendo con cada año que pasa, callen para siempre. Y lo que quizá sea aún más importante: espero que agite la conciencia de Japón para que acepte la responsabilidad por este suceso.

Este libro fue escrito con la advertencia inmortal de George Santayana en la mente: *Aquellos que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo.*

PRIMERA PARTE

El camino a Nanking

Al tratar de comprender las acciones de los japoneses, las preguntas más imperiosas son también las más obvias. ¿Qué fue lo que se quebró en aquel lugar, que hizo que la conducta de los soldados japoneses rompiera de forma tan absoluta con las pautas que gobiernan la conducta humana en general? ¿Por qué permitieron los oficiales japoneses, e incluso alentaron, semejante colapso? ¿Cuál fue la complicidad del gobierno japonés? Cuando menos, ¿cuál fue su reacción ante los informes que recibía a través de sus propios canales y ante lo que oía de labios de las fuentes extranjeras sobre el terreno?

Para responder a estas preguntas tenemos que empezar por hablar un poco de historia.

La identidad japonesa del siglo XX se había forjado en un sistema milenario en el que la jerarquía social se establecía y se mantenía a través de la rivalidad militar. Desde tiempos inmemoriales, los poderosos señores feudales de la isla contrataban ejércitos privados para guerrear incesantemente entre sí; en la Edad Media estos ejércitos habían evolucionado hasta producir una casta de guerreros distintivamente japonesa, los samuráis, cuyo código de conducta recibió el nombre de *bushido* (la «senda del guerrero»). Morir al servicio del propio señor era el mayor honor al que un guerrero samurái podía aspirar en su vida.^[16]

Por supuesto, esos códigos de honor no los había inventado la cultura japonesa. El poeta latino Horacio fue el primero que definió la deuda que debían los jóvenes de cada generación a sus gobernantes —*Dulce et decorum est pro patria mori*—. Pero la filosofía samurái no se limitaba a definir el servicio militar como algo apropiado y digno, sino que iba mucho más allá. Su código era tan duro que su característica más notable era el imperativo moral de que sus adherentes se suicidaran si alguna vez dejaban de cumplir con honor las obligaciones del servicio militar —cosa que a menudo hacían en el ceremonioso y extremadamente doloroso ritual del harakiri, en el que el guerrero encontraba la muerte destripándose a sí mismo sin rechistar y ante testigos—.

En el siglo XII el líder de la familia regente (y, por lo tanto, la más poderosa), ahora llamada *Shogun*, ofreció al emperador, que era venerado como descendiente directo de la diosa Sol, la protección militar de sus

samuráis a cambio de sanción divina para la clase dirigente en su conjunto. El pacto se selló. Con el tiempo, el código de los samuráis, que en un principio solo era observado por una pequeña parte de la población, penetró hondo en la cultura japonesa, convirtiéndose entre los jóvenes en el modelo de lo que era una conducta honorable.

El tiempo no socavó la fuerza de la ética *bushido*, que surgió en el siglo XVIII y llegó a practicarse hasta extremos insólitos en la era moderna. Durante la Segunda Guerra Mundial las misiones suicidas de los kamikazes, de triste fama (en las que los pilotos japoneses eran ceremoniosamente entrenados para estrellar sus aviones directamente contra los buques norteamericanos), causaron en Occidente una dramática impresión, al mostrar cuán preparados estaban los jóvenes de Japón para sacrificar sus vidas por el emperador. Pero eran más que una pequeña élite los que seguían el principio de la muerte antes que la rendición. Es llamativo que mientras que las fuerzas aliadas se rendían a un ritmo de un prisionero por cada tres muertos, los japoneses se rendían a razón de uno por cada 120 muertos.^[17]

Otro factor que dio a Japón su carácter peculiar fue su aislamiento, tanto geográfico como buscado. Hacia finales del siglo XV y principios del XVI, Japón estaba gobernado por el clan Tokugawa, que selló la nación isleña contra toda influencia extranjera. Este hermetismo, concebido en aras de la seguridad frente al mundo exterior, tuvo el efecto de mantener a la sociedad japonesa al margen de los adelantos tecnológicos de la revolución industrial europea, con lo que al final Japón no ganó en seguridad, sino que perdió. En 250 años la tecnología militar japonesa no progresó más allá del arco, la espada y el mosquete.

En el siglo XIX, acontecimientos que estaban más allá del control de Japón obligarían al país a bajarse de la nube, dejándolo en un estado de inseguridad y desesperación xenófoba. En 1852, el presidente de Estados Unidos Millard Fillmore, frustrado ante la negativa de Japón a abrir sus puertos al comercio, y con esa actitud de asumir «la carga del hombre blanco» frente a otras sociedades —que era la forma en la que por entonces se racionalizaba el expansionismo europeo—, decidió poner fin al aislacionismo japonés enviando al comandante Mathew Perry a la isla. Tras estudiar minuciosamente la historia japonesa, Perry llegó a la conclusión de que la mejor manera de someter al país era impresionarlo con una demostración masiva de fuerza militar estadounidense. En julio de 1853 envió una flotilla de buques humeantes a la bahía de Tokio, para dar al pueblo de Japón una primera muestra de lo que era la fuerza del vapor. Rodeado de unos 60 o 70

hombres de aspecto agresivo y armados con espadas y pistolas, Perry desembarcó y se abrió paso a zancadas por la capital del sogún, exigiendo audiencia con las más altas autoridades de Japón.

Decir que los japoneses se quedaron atónitos ante la llegada de Perry sería quedarse muy corto. «Por buscar un paralelismo», —según explica a propósito de aquel episodio el historiador Samuel Eliot Morison—, era como si unos astronautas acabaran de anunciar que unos objetos voladores no identificados provenientes del espacio exterior estaban de camino a la tierra». [18] La aterrorizada aristocracia tokugawa se preparó para la batalla, escondió sus tesoros y mantuvo desesperados mítines consigo misma. Pero en último término no les quedó más opción que reconocer la superioridad de la tecnología militar estadounidense y aceptaron la misión. Con aquella única visita, Perry no solo obligó a los Tokugawa a firmar tratados con Estados Unidos, sino que abrió las puertas del comercio japonés a otros países, como Gran Bretaña, Rusia, Alemania y Francia.

La humillación de este pueblo orgulloso dejó un residuo de feroz resentimiento. En secreto, algunos miembros de la élite de poder japonesa abogaron por la guerra inmediata contra los poderes occidentales, pero otros aconsejaron prudencia, argumentando que la guerra solo debilitaría a Japón, y no a los extranjeros. Estos últimos proponían que los dirigentes apaciguaran a los intrusos, aprendieran de ellos y planearan en silencio el contraataque:

Como no estamos al nivel de los extranjeros en las artes mecánicas, establezcamos trato comercial con estos países, aprendamos sus procedimientos y sus tácticas, y cuando hayamos logrado que las naciones (japonesas) estén tan unidas como una familia, estaremos preparados para hacernos a la mar y otorgar tierras en países extranjeros a aquellos que se hayan distinguido en la batalla; los soldados competirán entre sí en valentía, y entonces habrá llegado la hora de declarar la guerra.[19]

Aunque aquella propuesta no prosperara, estas palabras terminarían siendo proféticas, pues describían no solo la estrategia que los japoneses seguirían, sino también los horizontes a largo plazo de aquellos que piensan la vida en términos del Estado y no de los individuos.

Sin una senda clara que seguir, los Tokugawa optaron por limitarse a esperar y ver, sin saber que esa decisión suponía la sentencia de muerte de su reinado. La política conciliadora del sogunato, tan diferente de lo que él mismo exigía de sus leales vasallos, disgustó a muchos y proporcionó munición a sus opositores de la línea dura, que no veían en toda esa prudencia

otra cosa que reverencia y servilismo ante los bárbaros extranjeros. Convencidos de que el sogún había perdido su mandato para gobernar, los clanes rebeldes forjaron alianzas para derrocar el régimen y restaurar el poder del emperador.

En 1868 los rebeldes lograron la victoria en nombre del emperador Meiji, encendiéndo la mecha de una revolución que iba a transformar lo que venía siendo un *patchwork* caótico de feudos en guerra en la potencia mundial que será el Japón moderno. Elevaron el culto solar de Shinto a religión de Estado, y utilizaron la figura del emperador como símbolo nacional para poner fin al tribalismo y unificar las islas. Decididos a lograr eventualmente la victoria sobre Occidente, el nuevo gobierno imperial adoptó la ética samurái del *bushido* en cuanto código moral para todos los ciudadanos. La amenaza extranjera actuó como una catarsis suplementaria para las islas. En una era que luego se conocería como la Restauración Meiji, los eslóganes nacionalistas resonaron por todo Japón: «¡Honrad al emperador! ¡Echad a los bárbaros!» o «¡País rico, ejército fuerte!».

Con sorprendente rapidez se adentraron los japoneses en la era moderna, tanto en términos científicos y económicos como militares. El gobierno envió a los mejores estudiantes al extranjero para que estudiaran ciencia y tecnología en universidades occidentales, tomó el control de su propia industria para crear fábricas de producción de armamentos y reemplazó los ejércitos feudales bajo control local por un ejército nacional con servicio militar obligatorio. Además se dedicó a analizar meticulosamente las culturas de defensa de Estados Unidos y Europa, fijándose sobre todo en el sistema militar alemán. Pero, al mismo tiempo, el conocimiento de la tecnología y de las estrategias de defensa occidentales que trajeron consigo los estudiantes educados en el extranjero socavaron la vieja confianza nacional en la superioridad militar japonesa, sembrando dudas profundas e inquietantes acerca de la inevitabilidad de la victoria en la futura confrontación con Occidente.

A finales del siglo XIX Japón estaba ya preparado para enseñar músculo y probar sus nuevas fuerzas con sus vecinos asiáticos. En 1876 el gobierno Meiji envió a Corea una fuerza naval consistente en dos destructores y tres buques de transporte para obligar al gobierno coreano a firmar un tratado de comercio. La operación recordaba de forma inquietante a aquella que Perry lanzara en su día contra Japón.

A continuación chocó con China a propósito de Corea. Un tratado de 1885 había establecido Corea como un coprotectorado tanto de China como de Japón. Sin embargo, al cabo de una década estallaron las hostilidades, a raíz del intento chino de sofocar una rebelión coreana apoyada por japoneses ultranacionalistas. En septiembre de 1894, solo seis semanas después de que se declarara la guerra, los japoneses no solo habían capturado Pyongyang, sino que habían aplastado en el mar la flota china del norte. El gobierno de Qing fue obligado a firmar el humillante tratado de Shimonoseki, conforme al cual los chinos se comprometían a pagar a los japoneses 200 millones de taeles en concepto de reparaciones de guerra, y a ceder a Japón Taiwán, las islas Pescadores, la región de Liaodong en Manchuria y cuatro puertos adicionales de los abiertos por tratado al comercio internacional. Esta fue la que luego recibiría el nombre de Primera Guerra Chino-Japonesa.

Para Japón el triunfo habría sido completo si las potencias occidentales no se hubieran entrometido. Después de la guerra los japoneses se cobraron la pieza más valiosa —la península de Liaodong—, pero se vieron forzados a soltarla por culpa de la intervención tripartita de Rusia, Francia y Alemania. Esta nueva muestra del poder de distantes gobiernos europeos para dictar cuál había de ser la conducta japonesa solo fortaleció la resolución de Japón de ganar la supremacía militar sobre sus atormentadores occidentales. En 1904, la nación había doblado el tamaño de su ejército y había logrado la autosuficiencia en la producción de armamento.

Esa estrategia pronto dio resultados. Japón pudo presumir de derrotar en el campo de batalla no solo a China, sino también a Rusia. En la guerra ruso-japonesa de 1905, los japoneses recuperaron Port Arthur, en la península de Liaodong, mientras que en virtud de la victoria naval de Tsushima se hicieron con la mitad de la isla de Sajalín y la supremacía comercial en Manchuria. Sin duda, eran premios embriagadores para un país orgulloso que llevaba cincuenta años soportando con rabia la humillación a manos de las naciones occidentales. Aturdido por el triunfo, un profesor japonés resumió el sentir de su país cuando declaró que Japón estaba «destinado a expandirse y a gobernar a otras naciones».^[20]

En gran parte por estos éxitos, los comienzos del siglo XX fueron una época eufórica para Japón. La modernización le había dado al país no solo prestigio militar, sino también una prosperidad económica sin precedentes.^[21] La Primera Guerra Mundial llevó la demanda de acero japonés a niveles exorbitantes; la producción de hierro, el sector textil y el comercio exterior también se vieron favorecidos. Los precios de las acciones se dispararon y los

magnates salieron de la sombra, encandilando al país con su extravagancia. Hasta las mujeres japonesas —tradicionalmente recluidas en esta sociedad tan patriarcal— fueron vistas dilapidando fortunas en casinos e hipódromos.

De haber durado la prosperidad, tal vez habría surgido en Japón una sólida clase media que fortaleciera la capacidad de la gente para controlar la influencia del ejército imperial. Pero no duró. Lejos de ello, Japón pronto se vio sumido en la mayor crisis económica de su historia moderna, una crisis que se llevaría por delante todas sus ganancias previas, dejando al país hambriento y bien dispuesto para la guerra.

La década de 1920 puso fin a los felices años de bonanza japonesa. Con la Primera Guerra Mundial terminó también la insaciable demanda de productos militares, con lo que las fábricas de municiones cerraron y miles de japoneses perdieron su trabajo. El crac de 1929 en Estados Unidos y la depresión que le siguió redujeron drásticamente las adquisiciones norteamericanas de bienes de lujo, lo que resultó desastroso para las exportaciones de seda japonesa.

No menos importante fue el hecho de que en la década de posguerra muchos hombres de negocios y consumidores extranjeros procuraron evitar los productos japoneses, por mucho que Japón hubiera estado del lado de los aliados durante la Gran Guerra. Aunque tanto las naciones europeas como los japoneses lograron expandir sus imperios de ultramar con el reparto del botín de la Primera Guerra Mundial, la expansión japonesa no se vio del mismo modo. Nada satisfechos con las acciones agresivas de Japón hacia China durante las primeras décadas del nuevo siglo, y más indignados aún por los intentos de Japón de practicar un colonialismo de corte occidental en las antiguas colonias alemanas que ahora controlaba como consecuencia de los acuerdos de guerra, los financieros occidentales empezaron a invertir más en China. Por su parte, China, enfurecida por la decisión de Versalles de conceder a Japón los derechos alemanes y las concesiones de la península de Shantung, organizó amplios boicots de productos japoneses. Estos factores dañaron la economía japonesa todavía más, dando lugar a la creencia popular de que Japón era de nuevo víctima de una conspiración internacional.

La crisis económica devastó a la población media japonesa. Los negocios fueron cerrando y el desempleo se disparó. Granjeros y pescadores en estado de indigencia vendían a sus hijas como prostitutas. La altísima inflación, las huelgas y el terrible terremoto de septiembre de 1923 no hicieron sino empeorar unas condiciones ya de por sí penosas.

Un argumento que fue ganando en popularidad durante la depresión era que Japón necesitaba conquistar nuevos territorios para evitar una hambruna a gran escala. La población había crecido de unos 30 millones en la época de la restauración Meiji a casi 65 millones en 1930, lo que hacía cada vez más difícil para el país alimentar a su gente.^[22] Con gran esfuerzo, los campesinos japoneses habían apurado el rendimiento por acre hasta el límite, de forma que en la década de 1920 la producción agrícola se había estancado. Una población en continuo crecimiento forzaba a Japón cada año a apoyarse en gran medida en alimentos importados; entre la década de 1910 y el final de los años veinte, las importaciones de arroz se triplicaron. Antaño estas se pagaban con cargo a las exportaciones textiles del país, pero estas últimas afrontaban ahora una demanda internacional restringida, una competencia intensa y a menudo aranceles discriminatorios.

En la década de 1920 jóvenes radicales del ejército japonés defendían la tesis de que la expansión militar era crucial para la supervivencia del país. En su libro *Exhortaciones a los jóvenes*, el teniente coronel Hashimoto Kingoro escribía:

Hay solo tres vías por las que Japón puede dar salida a su presión demográfica [...]: la emigración, el acceso a los mercados mundiales y la expansión territorial. La primera puerta, la emigración, se nos ha cerrado por las políticas de inmigración antijaponesas de otros países. La segunda puerta [...] nos la están cerrando las barreras arancelarias y la abrogación de los tratados comerciales. ¿Qué debería hacer Japón cuando con dos de las tres puertas le han dado en las narices?^[23]

Otros escritores señalaban los vastos territorios de otros países y protestaban por tamaña injusticia, especialmente porque esos otros países no estaban aprovechando sus tierras, en contraste con los altos rendimientos que los agricultores japoneses habían logrado extraer de cada acre de terreno. Miraban con envidia no solo los grandes recursos terrestres de China, sino también los de los países occidentales. ¿Por qué razón, se preguntaba el propagandista militar Araki Sadao, iba Japón a contentarse con 142.270 millas cuadradas, muchas de ellas yermas, para alimentar a 60 millones de bocas, mientras que países como Australia y Canadá tenían más de 3 millones de millas cuadradas para alimentar a 6,5 millones de personas cada uno?^[24] Estas diferencias eran injustas. Para los ultranacionalistas, Estados Unidos en concreto disfrutaba de algunas ventajas del todo privilegiadas: Araki Sadao señalaba que ese país poseía no solo 3 millones de millas cuadradas de territorio nacional, sino también 700.000 millas cuadradas de colonias.

Si la expansión occidental hacia el océano Pacífico había sido el destino manifiesto de Estados Unidos en el siglo XIX, entonces China sería el destino manifiesto del Japón del siglo XX. Era casi inevitable que este pueblo homogéneo y con tanto sentido del amor propio viera en la extensa China, tan fragmentada socialmente como laxamente gobernada, un país que estaba allí a su disposición para ser explotada. Pero las codiciosas intenciones de Japón no se limitaban a Asia.^[25] En 1925, apenas tres años después de que Japón firmara un crucial tratado de limitación naviera con Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia e Italia que le concedía un papel distinguido en cuanto que tercera potencia naval mundial, Okawa Shumei, un activista nacional, escribió un libro que insistía no solo en la tesis de que Japón estaba «destinado» a liberar Asia, sino también en la inevitabilidad de una guerra mundial entre Japón y Estados Unidos. En el último capítulo de su libro fue más profético de lo que pensaba, cuando predijo un combate divino —casi apocalíptico— entre las dos potencias: «Antes del advenimiento de un nuevo mundo, debe celebrarse un combate a muerte entre las potencias del oeste y las del este. Esta teoría tiene su realización en el desafío que supone Estados Unidos para Japón. El país más poderoso de Asia es Japón, y el país más poderoso que representa a Europa es Estados Unidos. [...] Estos dos países están condenados a pelear. Solo Dios sabe cuándo será».^[26]

En la década de 1930 el gobierno japonés se vio envuelto en intrigas; aquellos que defendían emplear las recién adquiridas competencias tecnológicas de Japón en construir una sociedad mejor rivalizaban en influencia con aquellos que querían emplear la superioridad militar de la nación sobre sus vecinos para embarcarse en un programa de conquista exterior. Las ideologías expansionistas se ganaron un apoyo ferviente de los ultranacionalistas de la derecha, que reclamaban una dictadura militar que limitara la riqueza personal, nacionalizara la propiedad y dominara Asia. Estas ideas alimentaron las ambiciones de jóvenes oficiales del ejército, cuya edad y origen rural los predisponía a desconfiar instintivamente de los políticos de Tokio, a la par que a perseguir con ansiedad el poder. Si bien es cierto que los oficiales se enfrentaban entre sí, compartían un objetivo común: poner a punto la sociedad, eliminando toda traba burocrática, económica y política a la misión divina de Japón, que para ellos era vengarse de los europeos y dominar Asia.

Paso a paso, los intervencionistas arrancaron una serie de compromisos a los elementos moderados del gobierno. Pero, descontentos con el ritmo de los cambios, comenzaron a conspirar entre ellos para derribar al gobierno. En 1931 se planeó un golpe de Estado, que no llegaría a realizarse. En 1932 un grupo de oficiales de la Marina perpetraron un ataque terrorista en Tokio que costó la vida al primer ministro Inukai Tsuyoshi, pero fracasó en su intento de instaurar la ley marcial.

El 26 de febrero de 1936 una camarilla de oficiales jóvenes dio un golpe de Estado que se llevó por delante las vidas de varios mandatarios. Aunque el golpe paralizó el centro de Tokio durante más de tres días, en último término fracasó, y sus cabecillas fueron encarcelados o ejecutados. El poder viró de los extremistas a una facción más prudente dentro del gobierno, aunque es importante señalar que incluso esta última facción compartía muchas de las concepciones fanáticas de los jóvenes oficiales cuando se trataba del derecho de Japón a ejercer un papel dominante en Asia.

Ciertos ultranacionalistas japoneses pronto se dieron cuenta de que, si querían hacerse con China, tendrían que actuar deprisa. Porque había señales que indicaban que China, que se había visto forzada a someterse a las demandas japonesas en 1895, estaba tratando de fortalecerse como nación, y esas señales daban a los expansionistas japoneses una sensación de urgencia en su misión.

En efecto, China había empleado las dos décadas anteriores para transformarse a sí misma, del imperio en fase de desintegración que había sido a combativa república nacional. En 1911 ejércitos rebeldes derrotaron a las fuerzas del imperio Qing, poniendo fin a más de dos siglos de gobierno manchú. Durante la década de 1920 los nacionalistas de Chiang Kai-shek combatieron con éxito a los señores de la guerra del norte de China para unificar el país. Asimismo anunciaron que una de sus metas era la eliminación de todos los convenios injustos impuestos a la dinastía Qing por potencias extranjeras. A medida que el movimiento de Chiang fue cobrando dimensión, amenazó los intereses japoneses en Manchuria y Mongolia. Algo había que hacer, y deprisa, antes de que China se volviera demasiado poderosa para ser conquistada.

Con la aprobación del gobierno japonés, el ejército empezó a intervenir más agresivamente en los asuntos chinos. En 1928 orquestaron el asesinato de Chang Tsolin, señor de la guerra y gobernante de Manchuria, cuando este se

negó a ofrecerles su colaboración plena. El asesinato solo sirvió para enfurecer al pueblo chino, que organizó boicots adicionales contra productos japoneses.

En la década de 1930 Japón había lanzado una guerra no declarada contra China. El 18 de septiembre de 1931, el ejército japonés voló las vías de una compañía de ferrocarril de propiedad japonesa en el sur de Manchuria, con la esperanza de provocar un accidente. Cuando las explosiones no lograron el objetivo de hacer descarrilar un tren expreso, los japoneses optaron por matar a los guardias chinos y fabricar una historia para la prensa mundial que hablaba de saboteadores chinos. Este incidente dio a los japoneses un pretexto para apoderarse de Manchuria, que pasó a llamarse Manchukuo. Allí los japoneses instalaron como gobernante títere a Pu Yi, último emperador de China y heredero de la dinastía manchú. La apropiación de Manchuria, sin embargo, generó sentimientos antijaponeses en China, que fueron avivados por activistas nacionalistas. Las emociones, que estaban al rojo vivo a ambos lados, terminaron en derramamiento de sangre en 1932, cuando una multitud atacó en Shanghái a cinco monjes budistas japoneses, y mató a uno de ellos. Japón respondió inmediatamente bombardeando la ciudad, lo que costó la vida a decenas de miles de civiles. Cuando la carnicería de Shanghái suscitó las críticas mundiales, Japón reaccionó aislando de la comunidad internacional y retirándose, en 1933, de la Liga de Naciones.

Para prepararse para la inevitable guerra con China, Japón llevaba décadas entrenando a sus hombres para el combate.^[27] La instrucción de los futuros reclutas comenzaba muy temprano, y en la década de 1930 la influencia militar se filtraba en cada uno de los aspectos de la vida del niño japonés. Las jugueterías mismas se convirtieron en virtuales altares a la guerra, con la venta de arsenales de soldaditos, tanques, cascos, uniformes, rifles, antiaéreos, cornetas y obuses. Las memorias de aquellos tiempos evocan a niños preadolescentes librando batallas fingidas en las calles, con cañas de bambú a modo de rifles. Algunos hasta se ataban leños a la espalda y fantaseaban con morir como «bombas humanas» en misiones suicidas.

Las escuelas japonesas operaban a modo de unidades militares en miniatura. De hecho, algunos de los profesores eran oficiales del ejército, que adoctrinaban a los estudiantes sobre su obligación de ayudar a Japón a cumplir con su divino destino de conquistar Asia y levantarse ante las naciones del mundo como un pueblo sin rival. Enseñaban a los jóvenes cómo

manejar modelos de armas de madera, y a los menos jóvenes, cómo manejar las de verdad. Los libros de texto se convirtieron en vehículos para la propaganda militar; un libro de geografía llegaba incluso a presentar la forma de Japón como justificación para la expansión: «Se diría que nos hayamos a la vanguardia de Asia, avanzando con valentía hacia el Pacífico. Al mismo tiempo parecemos estar preparados para defender el continente asiático del ataque externo».^[28] Los profesores también imbúian odio a los niños y desprecio hacia los chinos, preparándolos psicológicamente para una futura invasión del continente. Un historiador nos cuenta la historia de un aprensivo escolar japonés en la década de 1930, que se echó a llorar cuando se le dijo que diseccionara una rana. El profesor estampó los nudillos contra la cabeza del niño y exclamó: «¿Cómo es que lloras por una miserable rana? ¡Cuando crezcas, tendrás que matar a cien, doscientos *chankoro* [término despectivo para *chino*, en japonés]!».^[29]

(Y, sin embargo, la historia de toda esta programación psicológica es mucho más complicada. «Había una profunda ambivalencia en la sociedad japonesa con respecto a China —según observa el historiador de la universidad de Oxford Rana Mitter—.^[30] No era todo desprecio racista, como sí podía ser el caso con respecto a Corea. Por un lado, reconocían en China una fuente de cultura de la que habían bebido mucho; por el otro, les exasperaba el lío en el que China estaba metida a principios del siglo xx. Ishiwara Kanji, el arquitecto del incidente de Manchuria de 1931, era un gran fan de la revolución de 1911. Muchos chinos, incluyendo a Sun Yat-sen y a Yuan Shikai, se apoyaron en la ayuda y el entrenamiento japonés en los años anteriores y posteriores a la revolución de 1911. Los japoneses también contribuyeron al programa de becas para indemnización de los bóxers, y a financiar hospitales Dojinkai para los chinos; profesores como Tokio Hashimoto apreciaban sinceramente la cultura china. El Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón y los expertos militares sobre China estaban con frecuencia muy bien entrenados y conocían el país en profundidad». Este conocimiento y disposición, sin embargo, rara vez llegaba al nivel del soldado raso).

Las raíces históricas del militarismo en las escuelas japonesas se retrotraían a los tiempos de la restauración Meiji. A finales del siglo XIX el ministro de educación de Japón declaró que las escuelas no estaban ahí para beneficio de los estudiantes, sino del país. Los profesores de enseñanza primaria eran entrenados como si fueran reclutas militares, hasta el punto de que los maestros eran alojados en barracones y sujetos a una dura disciplina y

adoctrinamiento. En 1890 se promulgó el Código de Educación Imperial, que fijaba un corpus ético para gobernar la vida no solo de maestros y estudiantes, sino de todo ciudadano japonés. El Código era el equivalente civil de los códigos militares japoneses, que valoraban sobre todo la obediencia a la autoridad y la lealtad incondicional al emperador. En cada escuela japonesa había un altar que constaba de un retrato del emperador junto a una copia del código, que se leía todas las mañanas. Se decía que más de un maestro que accidentalmente se había trabado en la lectura se suicidó después para reparar la afrenta al documento sagrado.^[31]

En la década de 1930 el sistema educativo japonés se había vuelto regimentado y robótico. Un visitante a una de estas escuelas primarias^[32] manifestó una sorpresa agradable al ver a miles de niños ondear banderas y marchar al unísono en perfectas alineaciones. Claramente, el visitante había visto la disciplina y el orden, pero no el maltrato^[33] requerido para establecerlos y mantenerlos. Lo habitual entre los maestros era comportarse como sádicos sargentos de instrucción; abofetear a los niños, darles puñetazos o azotarlos con espadas de madera o bambú. A los estudiantes se los obligaba a quedarse de rodillas sosteniendo objetos pesados, a quedarse descalzos en la nieve o a correr alrededor del patio hasta que se desmoronaban por el cansancio. Y ciertamente no se prodigaban las visitas de padres indignados —o siquiera preocupados— a los centros escolares.

La presión autoritaria se intensificaba si el escolar decidía convertirse en soldado. Las salvajes novatadas y el hostigamiento implacable terminaban normalmente por aplastar cualquier residuo de espíritu individualista que el infortunado pudiera albergar. La obediencia se promocionaba como una virtud suprema, y el sentido de la autoestima era sustituido por un sentido de la propia valía en cuanto que pequeño engranaje en una gran maquinaria. Para lograr establecer esta supeditación de la individualidad al bien común, los superiores o los soldados más veteranos abofeteaban a los reclutas casi sin ninguna razón o los apaleaban severamente con sólidos bastones de madera. Según cuenta el escritor Iritani Toshio, a menudo los oficiales justificaban el castigo arbitrario con el siguiente argumento: «No te golpeo porque te odio. Te golpeo porque me importas. ¿Crees acaso que esto que hago, con las manos hinchadas y ensangrentadas, lo hago porque me dejó llevar por la locura?». ^[34] Bajo unas condiciones físicas tan brutales, algunos jóvenes morían y otros se suicidaban; la mayoría se convertían en recipientes bien temperados en los que el ejército podía verter objetivos vitales nuevos.

La instrucción de los aspirantes a oficiales no era un proceso menos penoso. En la década de 1920 todos los cadetes del ejército tenían que pasar por la Academia Militar de Ichigaya. Con sus cuarteles abarrotados, habitaciones de estudio sin calefacción y una comida inadecuada, el lugar se parecía más a una prisión que a una escuela. La intensidad de la instrucción en Japón^[35] sobrepasaba la de la mayoría de las academias militares occidentales: en Inglaterra un soldado lograba ser nombrado oficial después de unas 1.372 horas lectivas y 245 horas de estudio privado, mientras que en Japón lo normal eran 3.382 horas lectivas y 2.765 horas de estudio privado. Los cadetes sufrían un régimen diario punitivo de ejercicio físico y clases de historia, geografía, lenguas extranjeras, matemáticas, ciencia, lógica, dibujo y caligrafía. Todo el currículum estaba orientado al objetivo de la perfección y el triunfo. Por encima de todo, los cadetes japoneses debían adoptar «una determinación que no conoce la derrota». Tanto pánico tenían los cadetes a cualquier atisbo de fracaso que los resultados del examen se mantenían en secreto para minimizar el riesgo de suicidio.

La academia era como una isla en sí misma, separada del resto del mundo. El cadete japonés no tenía privacidad ni oportunidad alguna de ejercitarse sus dotes de liderazgo individual. Sus materiales de lectura eran censurados minuciosamente y el tiempo de ocio no existía. La historia y la ciencia eran distorsionadas para proyectar una imagen de los japoneses como una raza superior. «Durante esta etapa vital impresionable han sido aislados de todo placer, interés o influencia exterior^[36] —comentaba un escritor occidental sobre los oficiales japoneses—. La atmósfera del estrecho canal por el que han ido transitando ha sido saturada con un tipo especial de propaganda nacionalista y militar. Si ya eran una raza psicológicamente lejana a nosotros, ahora lo son aún más».

En el verano de 1937 Japón logró por fin su propósito de provocar una guerra a gran escala con China. En julio un regimiento japonés, estacionado por tratado en la ciudad china de Tientsin, había estado llevando a cabo maniobras nocturnas cerca del antiguo puente de Marco Polo. Durante un receso hubo disparos contra los japoneses en la oscuridad y se constató la ausencia de un soldado japonés al pasar lista. Aprovechando este incidente como pretexto para ejercitarse el poder nipón en la región, las tropas japonesas avanzaron en dirección al fuerte chino de Wanping, junto al puente, y

exigieron que sus puertas se abrieran para poder ir en busca del soldado. Cuando el comandante chino se negó, los japoneses bombardearon el fuerte.

A finales de julio, Japón había estrechado el cerco sobre toda la región de Tientsin-Pekín, y en agosto los japoneses habían invadido Shanghái. La segunda guerra Chino-Japonesa estaba decidida.

Pero conquistar China resultó ser una tarea más difícil de lo que los japoneses habían anticipado. Solo en Shanghái las fuerzas chinas superaban en número a las japonesas en una relación de diez a uno, y Chiang Kai-shek, líder del gobierno nacionalista, había reservado sus mejores tropas para la batalla. Aquel mes de agosto, cuando pretendían desembarcar 35.000 tropas frescas en los muelles de Shanghái,^[37] los japoneses sufrieron su primer revés. Un emplazamiento de artillería chino abrió fuego desde su escondite y mató a varios cientos de hombres, incluyendo a un primo de la emperatriz Nagako. Durante meses los chinos defendieron la metrópolis con extraordinario coraje. Para disgusto de los japoneses, la batalla de Shanghái discurría lentamente, calle a calle, barricada a barricada.

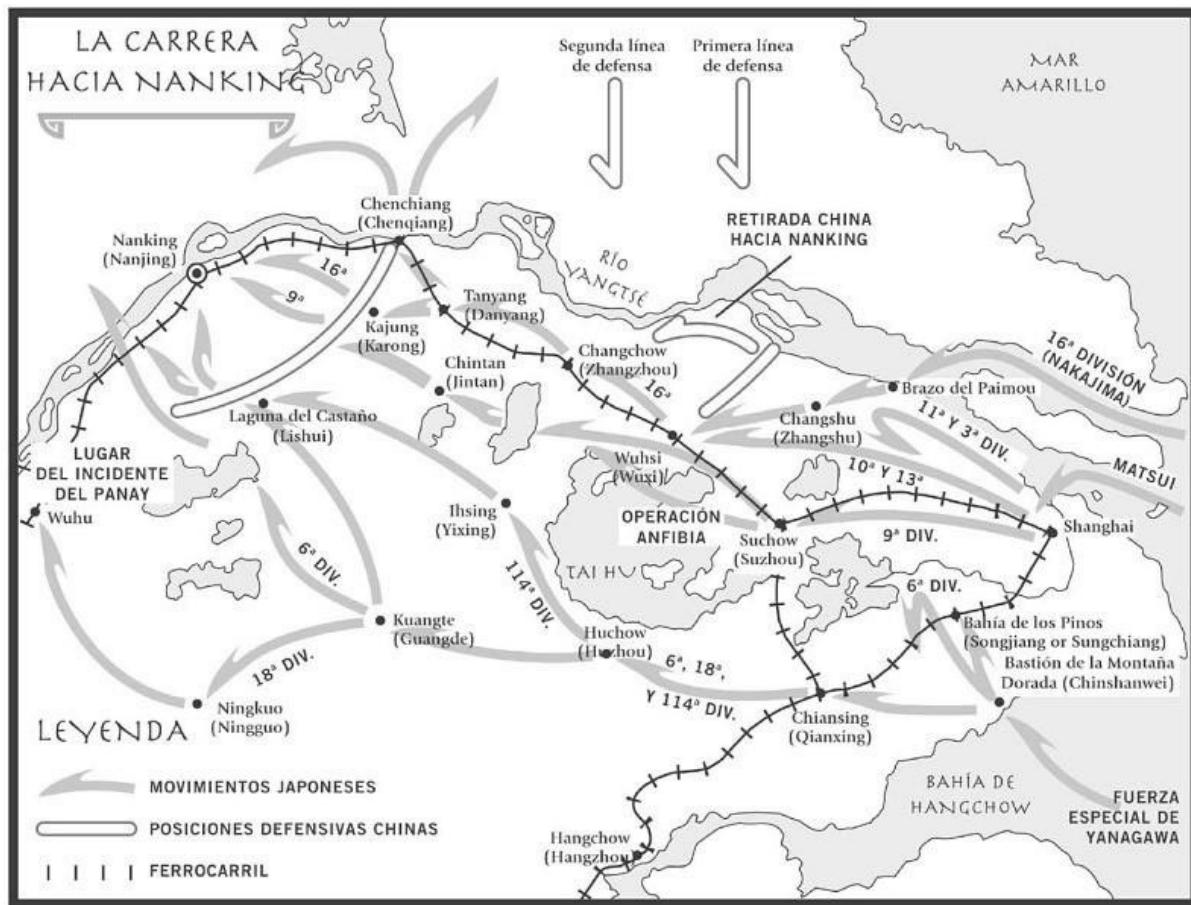
En la década de 1930 los líderes militares japoneses^[38] habían fanfarroneado —muy convencidos— con la idea de que Japón conquistaría toda la China continental en tres meses. Pero cuando una batalla en una única ciudad china se prolongó del verano al otoño, y luego del otoño al invierno, las fantasías japonesas de una victoria fácil quedaron hechas añicos. En Shanghái, este pueblo primitivo, analfabeto en materia de ciencia militar y mal entrenado, había logrado hacer frente a un ejército japonés superior hasta llegar a una situación de *impasse*. Cuando la ciudad finalmente cayó, en el mes de noviembre, el ánimo de las tropas imperiales estaba muy enrarecido, y muchos soldados, se decía, iban con sed de venganza en su marcha hacia Nanking.

Seis semanas de terror

La carrera hacia Nanking

La estrategia japonesa con respecto a Nanking era simple. El ejército imperial podía explotar el hecho de que la ciudad estaba bloqueada por el agua en dos direcciones. La antigua capital se situaba al sur de un codo del río Yangtsé, que primero discurría hacia el norte y luego torcía para fluir hacia el este. Si convergían sobre Nanking en un frente semicircular desde el sureste, los japoneses podrían servirse de la barrera natural del río para completar el cerco de la capital y cortar toda vía de escape.

A finales de noviembre tres ejércitos nipones se abalanzaron simultáneamente sobre Nanking. Una fuerza se adentró desde el oeste bajo la ribera sur del río Yangtsé. Las tropas penetraron en el delta del Yangtsé por el brazo de Paimou, al noroeste de Shanghái, y por el ferrocarril Nanking-Shanghái, donde la aviación japonesa ya se había encargado de volar la mayoría de los puentes. Estas tropas estaban al mando de Nakajima Kesago, que había trabajado como miembro de la inteligencia militar japonesa en Francia y posteriormente como jefe de la policía secreta nipona al servicio del emperador Hirohito. No se ha escrito mucho sobre Nakajima, pero lo que se ha escrito es abrumadoramente negativo. David Bergamini, autor de *Japan's Imperial Conspiracy* [La conspiración imperial de Japón], dijo de él que era «un pequeño Himmler, un especialista en materia de control de mentes, en la intimidación y en la tortura»,^[39] y citaba a otras personas que describían a Nakajima como un sádico, que fue a Nanking pertrechado con combustible especial para quemar cuerpos. Hasta su biógrafo, Kimura Kuninori, se hacía eco de su reputación de «bestia»^[40] y «hombre violento».



Entretanto, otra fuerza se preparaba para lanzar un enérgico asalto anfibio a través del lago Tai Hu, a medio camino entre Shanghái y Nanking. Esta fuerza se desplazaba desde Shanghái por el oeste, y al sur de las tropas de Nakajima. El general al mando era Matsui Iwane, un personaje débil, ligero, tuberculoso y tocado con un pequeño bigote. A diferencia de Nakajima, Matsui era un devoto budista proveniente de una familia de intelectuales. Era también el comandante en jefe del ejército imperial japonés para toda la región de Shanghái-Nanking.

Una tercera fuerza se desplazaba más al sur de los hombres de Matsui, para virar bruscamente hacia el noroeste, en dirección a Nanking. Al mando estaba el teniente general Yanagawa Heisuke, un hombre calvo y bajo de estatura, con intereses literarios. Quizá en mayor grado que en el caso de los demás japoneses involucrados en la Violación de Nanking, su vida durante la invasión sigue siendo un misterio. Según su biógrafo, Sugawara Yutaka, la camarilla fascista que había tomado el control del ejército japonés habría expulsado a Yanagawa de sus filas porque este había tratado de detener el golpe de Estado que perpetraron en 1932. Tras su marginación y relegación a la reserva, Yanagawa sirvió como oficial al mando en China, destacando en «grandes logros militares [...] incluyendo la rendición de Nanking», pero lo

cierto es que en su momento el ejército impidió la publicación de su nombre y de su fotografía. Tanto es así que para muchos en Japón Yanagawa era conocido como «el *sogún* enmascarado».^[41]

En la marcha hacia Nanking pocas cosas se salvaron de la devastación. Los veteranos japoneses recuerdan los asaltos a las pequeñas comunidades campesinas, donde mataban a culatazos o con bayonetas a todos los que se encontraban a su paso. Pero no fueron las pequeñas aldeas las únicas víctimas: ciudades enteras fueron aniquiladas. Tal fue el caso de Suchow^[42] (hoy Suzhou), por ejemplo, situada en la ribera este del lago Tai Hu, que era una de las ciudades más antiguas de China, apreciada por sus delicadas florituras de seda, sus palacios y sus templos. Por sus canales y sus viejos puentes se había ganado en Occidente el sobrenombre de «la Venecia de China». En la mañana del 19 de noviembre, en medio de una lluvia torrencial, una avanzadilla nipona atravesó las puertas de Suchow. Para evitar ser reconocidos por los centinelas chinos, los japoneses iban encapuchados. Una vez dentro, asesinaron y saquearon la ciudad durante días, quemando antiguos monumentos y secuestrando a miles de mujeres chinas para condenarlas a la esclavitud sexual. Según el semanario *China Weekly Review*,^[43] la invasión provocó que la población de la ciudad cayera de 350.000 a menos de 500.

Un correspolcial británico tuvo ocasión de recoger en unas notas lo que había quedado de Pine River (Sungchian, un suburbio de Shanghái) nueve semanas después del paso de los japoneses. «No queda prácticamente ningún edificio en pie cuyo interior no haya sido devastaado por el fuego^[44] — escribió—. Ruinas humeantes y calles desiertas presentan un espectáculo sobrecogedor; las únicas criaturas vivas son perros artificialmente engordados a base de cadáveres. En todo Sungchiang, que debería albergar una densa población de unos 100.000 habitantes, solo vi a cinco chinos, que eran ancianos que se escondían, entre lágrimas, en una misión francesa».

Asaka toma el mando

Pero lo peor aún estaba por llegar.

El 7 de diciembre, mientras las tropas japonesas ponían Nanking en su punto de mira,^[45] el general Matsui cayó enfermo y con fiebre en su campamento base de Suchow, por culpa de otro brote de la tuberculosis crónica que padecía. La enfermedad golpeó a Matsui justo cuando el poder se le escapaba de las manos, en favor de un miembro de la familia imperial. Solo

cinco días antes el emperador Hirohito había relevado a Matsui y enviado al frente en su lugar a su propio tío, el príncipe Asaka Yasuhiko. A partir de entonces, Matsui estaría a cargo de todas las operaciones en la China central, mientras que Asaka, un teniente general con treinta años de servicio en el ejército, sería el nuevo comandante en jefe del ejército que rodeaba Nanking. En su calidad de miembro de la familia real, Asaka detentaba un poder que superaba el de cualquier otra autoridad en el frente de Nanking. Por otra parte, Asaka estaba más próximo al teniente general Nakajima y al general Yanagawa que a Matsui, ya que había pasado tres años en París con ellos como oficial de inteligencia militar.

Poco se sabe de los motivos que podía tener Hirohito para situar a Asaka en semejante posición. Bergamini cree que lo hizo para testar a Asaka, que se había alineado con el hermano del emperador, Chichibu, contra Hirohito en una cuestión política durante el motín militar de febrero de 1936. En la lista de honor del palacio, Hirohito había señalado a Asaka como el único miembro de la familia real que mostraba una actitud «nada buena»,^[46] y habría ofrecido a su tío el cargo de Nanking como una oportunidad para redimirse.

Lo que en su momento parecía un cambio trivial luego demostró ser, para las vidas de cientos de miles de chinos, de una importancia capital.

Es difícil dar cuenta de lo que realmente sucedió entre bastidores en el ejército japonés, ya que muchos de los detalles los aportaron Matsui y sus colegas años después en el curso de sus juicios por crímenes de guerra, o bien proceden de fuentes de dudosa fiabilidad, que, por lo tanto, se han de citar con cautela. Pero de creer su testimonio, esto es lo que sabemos. Preocupado ante la llegada del enviado del imperio y el riesgo aparejado de abuso de poder, Matsui promulgó una serie de directrices morales para la invasión de Nanking. Ordenó a sus tropas que se reagruparan unos cuantos kilómetros fuera de los muros de la ciudad, para entrar en la capital china con solo unos pocos batallones bien disciplinados, a fin de completar la ocupación de forma que el ejército pudiera «brillar ante los ojos de los chinos, inspirando en ellos confianza en Japón».^[47] Además convocó una reunión de oficiales ante su lecho de convaleciente y proclamó:

La entrada del ejército imperial en una capital extranjera es un gran acontecimiento en nuestra historia [...] y atraerá la atención del mundo. Por lo tanto, no se debe permitir que ninguna unidad entre en la ciudad de forma desordenada. [...] Que conozcan de antemano las cuestiones que deben tener en mente y la posición de los derechos e intereses extranjeros en la ciudad amurallada. Que bajo ningún concepto se libren al pillaje. Que se dispongan tantos centinelas como sean necesarios. Los saqueos y los incendios, incluso los imprudentes, deben

castigarse con severidad. Que con las tropas entren en la ciudad amurallada muchos policías militares y auxiliares de policía militar, con el fin de prevenir toda conducta ilegal.^[48]

Pero los acontecimientos se estaban preparando en otro lugar, más allá del control de Matsui. El 5 de diciembre, según se nos dice, el príncipe Asaka abandonó Tokio en avión, y llegó al frente tres días después. En una casa de campo abandonada cerca del campamento base, a unos dieciséis kilómetros al sureste de Nanking, el príncipe Asaka se reunió con el general Nakajima, su colega de los días de París, que en aquel momento se estaba recobrando de una herida en la nalga izquierda. Nakajima le dijo a Asaka que los japoneses estaban a punto de rodear a 300.000 soldados chinos cerca de Nanking, y que las negociaciones preliminares indicaban que estaban dispuestos a rendirse.

Cuando Asaka escuchó esta información,^[49] se dice que su oficina central expidió una serie de órdenes, con su sello personal y con la leyenda «*Secreto, para ser destruido*». Ahora sabemos que el mensaje claro de esas órdenes era: «**MATEN A TODOS LOS PRISIONEROS**». Lo que no está claro es si fue el propio Asaka quien dio las órdenes.

Para cuando las tropas japonesas entraron en Nanking, la orden de eliminar a todos los cautivos chinos no solo había sido puesta por escrito, sino distribuida entre los oficiales de bajo rango. El 13 de diciembre de 1937, el 66.^º batallón japonés recibió la siguiente orden:

REPORTERO DE CAMPAÑA DEL BATALLÓN, A LAS 2:00 HORAS, RECIBIÓ LA ORDEN DE PARTE DEL COMANDANTE DEL REGIMIENTO: PARA CUMPLIR CON LAS ÓRDENES DEL CUARTEL GENERAL DE COMANDANCIA DE LA BRIGADA, TODOS LOS PRISIONEROS DE GUERRA HAN DE SER EJECUTADOS. MÉTODO DE LA EJECUCIÓN: DIVIDIR A LOS PRISIONEROS EN GRUPOS DE A DOCE. DISPARAR A MATAR POR SEPARADO.

3:30 P. M. SE CONVOCA UNA REUNIÓN DE COMANDANTES DE COMPAÑÍA PARA INTERCAMBIAR OPINIONES SOBRE CÓMO PROCEDER CON LOS PRISIONEROS DE GUERRA. ALLÍ SE TOMA LA DECISIÓN DE REPARTIR A LOS PRISIONEROS A PARTES IGUALES ENTRE CADA COMPAÑÍA (PRIMERA, SEGUNDA Y CUARTA COMPAÑÍAS) Y SACARLOS DE SU LUGAR DE CONFINAMIENTO EN GRUPOS DE 50 PARA SER EJECUTADOS. LA PRIMERA COMPAÑÍA DEBE ACTUAR EN EL CAMPO DEL GRANO; LA SEGUNDA COMPAÑÍA ACTUARÁ EN LA DEPRESIÓN SITUADA AL SUROESTE DE LA GUARNICIÓN; Y LA CUARTA COMPAÑÍA ACTUARÁ EN EL CAMPO DE GRANO SITUADO AL SURESTE DE LA GUARNICIÓN.

LAS INMEDIACIONES DEL LUGAR DE CONFINAMIENTO DEBEN SER FUERTEMENTE VIGILADAS. NUESTRAS INTENCIONES NO HAN DE SER DETECTADAS EN NINGÚN MOMENTO POR LOS PRISIONEROS.

TODAS LAS COMPAÑÍAS DEBEN COMPLETAR LOS PREPARATIVOS ANTES DE LAS 5:00. LAS EJECUCIONES DEBERÁN COMENZAR A LAS 5:00 Y LA ACCIÓN DEBERÁ TERMINAR A LAS 7:30.^[50]

Había en aquella orden una lógica implacable. Los cautivos no podían ser alimentados, así que debían ser eliminados. Matarlos no solo terminaría con el problema de la comida, sino que disminuiría la posibilidad de la venganza. Es más, los enemigos muertos no podían constituirse en guerrillas.

Pero ejecutar la orden era otro cantar. Cuando las tropas japonesas atravesaron aquellos muros en las horas previas al amanecer del 13 de diciembre, entraban en una ciudad en la que se hallaban en clara minoría numérica. Posteriormente, los historiadores han estimado que más de medio millón de civiles y 90.000 tropas chinas se hallaban en aquel momento atrapadas en Nanking, comparados con los 50.000 soldados japoneses que asaltaron la ciudad. El general Nakajima sabía que matar a decenas de miles de prisioneros chinos era una tarea ímpresa: «Cuando se trata con multitudes de 1.000, 5.000 o 10.000 personas, se hace tremadamente difícil hasta el simple hecho de desarmarlas [...]. Sería desastroso si se pusieran a dar problemas».^[51]

El asesinato de los prisioneros de guerra

Debido a su reducido número de soldados, los japoneses se apoyaban en gran medida en el engaño. La estrategia de la carnicería de masas implicaba varios pasos: prometer a los chinos un trato justo a cambio de que estos abandonaran la resistencia, convencerlos para que se rindieran a sus conquistadores nipones, dividirlos en grupos de entre 100 y 200 hombres, para conducirlos por último a diferentes áreas de los alrededores de Nanking para ser ejecutados. Nakajima esperaba que, ante la perspectiva de la imposibilidad de seguir resistiendo, la mayor parte de los prisioneros se desanimarían y obedecerían las instrucciones que les dieran los japoneses, cualesquiera que fuesen.

Todo esto resultó más fácil de lograr de lo que los japoneses habían anticipado. La resistencia fue esporádica; de hecho, prácticamente no existió. Tras haber tirado sus fusiles cuando trataron de huir de la ciudad a medida que los japoneses estrechaban el cerco, muchos soldados chinos simplemente se entregaron, con la esperanza de recibir un mejor trato. Una vez que los hombres se hubieron rendido y permitido que les ataran las manos, el resto fue tarea fácil.

Esta pasividad de los soldados chinos quedó ilustrada, quizás mejor que en ninguna otra parte, en el diario del exsoldado japonés Azuma Shiro, que

describió la rendición de miles de reclutas chinos poco después de la caída de Nanking. Sus propias tropas estaban asignando guardias y alojamientos en una plaza de la ciudad cuando repentinamente recibieron la orden de reunir a cerca de 20.000 prisioneros de guerra.

Azuma y sus compatriotas anduvieron unos quince o dieciséis kilómetros en busca de los prisioneros. Al caer la noche, los japoneses oyeron un sonido sordo, como de ranas. También pudieron distinguir numerosos cigarrillos encendidos brillando en la oscuridad. «Era una vista maravillosa^[52] — escribió Azuma—. Siete mil prisioneros juntos en un lugar, reunidos en torno a dos banderas blancas atadas a una rama seca que ondeaban en el cielo nocturno». Los prisioneros eran un harapiento conjunto de hombres que llevaban uniformes militares de algodón azul, abrigos de algodón azul y gorras. Algunos se cubrían la cabeza con sábanas, otros llevaban sacos con esterillas de paja y otros cargaban futones a la espalda. Los japoneses alinearon a los prisioneros en cuatro columnas, con la bandera blanca a la cabeza. Estos miles de soldados chinos habían esperado pacientemente en grupo a que los japoneses los interceptaran y los condujeran a la siguiente etapa del proceso de rendición.

La renuencia del ejército chino a presentar batalla dejaba a Azuma pasmado. Para un hombre que venía de una cultura militar en la que los pilotos recibían espadas en lugar de paracaídas, y en la que el suicidio era infinitamente preferible a la captura, era incomprensible que los chinos no combatieran al enemigo hasta la muerte. Su desprecio por los chinos se acentuó cuando descubrió que el número de prisioneros excedía al de los captores.

«Era cómico y al mismo tiempo lamentable imaginar cómo habían hecho acopio de todos los trapos blancos que pudieron encontrar y los habían atado a una ramita seca antes de marchar hacia delante con el único propósito de rendirse», escribe Azuma.

Pensé: cómo podían caer prisioneros, con la fuerza que tenían —más de dos batallones— y sin intentar siquiera ofrecer resistencia alguna. Debía de haber habido un número considerable de oficiales para tantos soldados, pero no quedaba ninguno, así que todos ellos se habrían escabullido y habrían escapado, pensé. Aunque nosotros teníamos dos compañías, y aquellos 7.000 prisioneros ya habían sido desarmados, nuestras tropas podían haber sido aniquiladas si hubieran decidido alzarse y amotinarse.

Un torrente de emociones embargaba a Azuma. Sentía lástima por los soldados chinos, hombres sedientos y atemorizados que constantemente pedían agua y que les aseguraran que no los iban a matar. Pero al mismo

tiempo su cobardía le disgustaba. Azuma se sintió repentinamente avergonzado por haber temido secretamente a los chinos en batallas previas. Su impulso automático fue deshumanizar a los prisioneros, comparándolos con insectos y animales.

Caminaban todos como una horda, como hormigas avanzando por la tierra. Parecían una multitud de mendigos, con expresiones ignorantes en los rostros.

Un rebaño de ovejas ignorantes, sin orden ni concierto, marchaba en la oscuridad, susurrándose los unos a los otros.

No parecían ya el enemigo que solo el día anterior había estado disparándonos y dándonos problemas. Era imposible creer que estos fueran los soldados enemigos.

Parecía una locura pensar que habíamos estado combatiendo hasta la muerte contra estos esclavos ignorantes. Y algunos de ellos no eran más que chicos de doce o trece años.

Los japoneses condujeron a los prisioneros a una aldea cercana. Azuma recuerda que, cuando algunos de los chinos fueron apiñados en un gran recinto, titubearon al entrar, mirando el lugar como si se tratara de «un matadero». Pero finalmente cedieron y atravesaron la puerta en fila. Algunos de los prisioneros forcejearon con los japoneses solo cuando estos trataron de quitarles sus mantas y colchones. A la mañana siguiente Azuma y sus camaradas recibieron la orden de patrullar por otra zona. Más tarde se enterarían de que, mientras patrullaban, los prisioneros chinos habían sido asignados a compañías en grupos de entre 200 y 300 y después ejecutados.

Probablemente, la mayor ejecución en masa de prisioneros de guerra durante la Violación de Nanking tuvo lugar cerca de la montaña de Mufu. La montaña se situaba directamente al norte de Nanking, entre la ciudad y la ribera sur del río Yangtsé; se estima que allí fueron ejecutados 57.000 civiles y excombatientes.^[53]

La matanza se llevó a cabo con sigilo y por etapas. El 16 de diciembre, el corresponsal del diario *Asahi Shimbun* Yokoto reportó que los japoneses habían capturado a 14.777 soldados cerca de los fuertes de artillería de las montañas de Wulong y Mufu y que el puro número de los cautivos planteaba problemas. «El ejército [japonés] estaba teniendo enormes dificultades, ya que esta era la primera vez que capturaban una cifra tan elevada de prisioneros de guerra^[54] —escribía Yokoto—. No había suficientes hombres para manejarlos».

Según Kurihara Riichi, un antiguo cabo del ejército japonés que conservó diarios y notas de los acontecimientos, los japoneses desarmaron a miles de prisioneros, los despojaron de todo, excepto de sus ropas y sábanas, y los escoltaron hasta una hilera de edificios provisionales con techo de paja. Cuando el 17 de diciembre el ejército japonés recibió órdenes de ejecutar a

los prisioneros, se procedió con extrema cautela. Aquella mañana los japoneses anunciaron que iban a transportar a los prisioneros chinos a Baguazhou, una pequeña isla en medio del río Yangtsé. Explicaron a los cautivos que se veían obligados a extremar las precauciones para el trayecto y les ataron las manos detrás de la espalda (tarea que les llevó toda la mañana y la mayor parte de la tarde).

En algún momento entre las cuatro y las seis de la tarde, los japoneses repartieron a los prisioneros en cuatro columnas y los condujeron a pie hacia el oeste, por la falda de las colinas, hasta llegar a la ribera del río. «Después de una espera de tres o cuatro horas sin saber lo que estaba pasando, los prisioneros no veían preparativo alguno para cruzar el río^[55] —escribió el cabo—. Estaba anocheciendo. Ignoraban que los soldados japoneses los iban ya rodeando en una formación creciente a lo largo del río, y que estaban en el punto de mira de numerosas ametralladoras».

Para cuando comenzaron las ejecuciones, ya era demasiado tarde para que los chinos pudieran escapar. «De pronto, todo tipo de armas de fuego dispararon al unísono —escribió Kurihara Riichi—. El sonido de las armas se entremezcló con los lamentos y los gritos desesperados». Durante una hora los chinos lucharon y se revolvieron desesperadamente, hasta que del grupo dejaron de provenir apenas sonidos. Desde la tarde hasta el amanecer los japoneses clavaron sus bayonetas en los cuerpos, uno por uno.

El destino de los cadáveres planteó un problema descomunal para los japoneses. Solo una fracción del número total de hombres que perecieron en Nanking y alrededores fueron asesinados en la montaña Mufu, pero solo la limpieza de esa zona llevó días. La inhumación era una solución, pero el general Nakajima se lamentaba en su diario de que era difícil abrir y ubicar fosas lo suficientemente amplias como para enterrar pilas de entre 7.000 y 8.000 cadáveres. Otra alternativa era la cremación, pero los japoneses a menudo carecían de suficiente combustible como para hacer bien el trabajo. Después de la masacre de la montaña Mufu, por ejemplo, los japoneses vertieron grandes bidones de gasolina en los cuerpos para quemarlos, pero los bidones se acabaron antes de que el fuego pudiera reducir los restos a cenizas. «El resultado fue una montaña de cuerpos medio carbonizados»,^[56] escribió un cabo japonés.

Muchos cuerpos fueron simplemente arrojados al río Yangtsé.

El asesinato de civiles

Después de que los soldados se rindieran en masa,^[57] no quedó ya nadie para proteger a los ciudadanos de Nanking. Conscientes de ello, los japoneses se adentraron en la ciudad el 13 de diciembre de 1937. Ocuparon edificios gubernamentales, bancos y almacenes, mientras disparaban a la gente al azar en las calles, a muchos de ellos por la espalda cuando huían. Con ametralladoras, revólveres y rifles, los japoneses abrieron fuego sobre las multitudes de soldados heridos, mujeres ancianas y niños que se habían congregado en las calles del Chungshan Central y Norte, así como en los callejones adyacentes. Asimismo asesinaron a civiles chinos en todos los espacios urbanos: en las calles estrechas, en los grandes bulevares, en los refugios de barro, en los edificios oficiales o en las plazas públicas. Mientras las víctimas caían a tierra, entre gritos y lamentos, por las calles, avenidas y acequias de la capital rendida corrían ríos de sangre; sangre de los muertos y de los que, aún con vida, no tenían ya fuerzas para escapar.

Los japoneses mataron sistemáticamente a los residentes de la ciudad en el curso de inspecciones casa por casa, en busca de soldados chinos en Nanking. Pero también masacraron a los chinos en los suburbios colindantes y en el campo. Los cuerpos se apilaban fuera de los muros de la ciudad,^[58] a lo largo del río (que la sangre había teñido literalmente de rojo), junto a los lagos y estanques, en las colinas y en las montañas. En los pueblos cercanos a Nanking, los japoneses dispararon a todos los hombres jóvenes que se cruzaban, bajo la presunción de que podían ser antiguos soldados chinos. Pero también asesinaron a gente completamente ajena al ejército —ancianos y mujeres, por ejemplo—, en caso de que dudaran o simplemente no comprendieran las órdenes, que les daban en japonés, de moverse en una u otra dirección.

Durante los últimos diez días de diciembre, las brigadas motorizadas japonesas patrullaron Nanking, mientras los soldados japoneses, con rifles cargados al hombro, custodiaban las entradas de todas las calles, avenidas y callejones. Los soldados fueron casa por casa, exigiendo que las puertas se abrieran para dar la bienvenida a los ejércitos victoriosos. En el momento en que los tenderos protestaban, los japoneses descargaban sus fusiles sobre ellos. Los soldados imperiales masacraron a miles de personas de esta manera. Después saqueaban sistemáticamente los establecimientos y quemaban todo lo que no pudieran utilizar.

Los periodistas japoneses

Estas atrocidades impresionaron a muchos de los corresponsales japoneses que habían seguido a las tropas hasta Nanking.^[59] Un horrorizado reportero del *Mainichi Shimbun* observó cómo los japoneses alineaban a los prisioneros chinos sobre la muralla cerca de la puerta de Chungshan y cargaban contra ellos con las bayonetas fijadas en los fusiles. «Uno a uno, los prisioneros iban cayendo por fuera de la muralla^[60] —escribía el reportero—. La sangre lo salpicaba todo. La escalofriante escena le ponía a uno los pelos de punta, con las extremidades temblando de miedo. Yo me quedé ahí sin saber qué hacer, completamente perdido».

No fue el único en reaccionar así. Muchos otros reporteros —incluso veteranos corresponsales de guerra— retrocedieron impresionados ante la orgía de violencia, y sus exclamaciones se terminaron imprimiendo. Imai Masatake, un corresponsal militar japonés, escribía lo siguiente:

En los muelles de Hsiakwan se distinguía la silueta oscura de una montaña compuesta de cuerpos. Entre cincuenta y cien personas estaban allí muy atareadas arrastrando cadáveres de la montaña para arrojarlos al río Yangtsé. De los cuerpos emanaba sangre; algunos, aún con vida, gemían débilmente y sus extremidades se sacudían. Los trabajadores acometían su tarea en total silencio, como en una pantomima. En la oscuridad apenas se podía ver la orilla opuesta del río. En el muelle había una extensión de barro que brillaba bajo la tenue luz de la luna. ¡Era sangre!

Después de un rato, los culíes terminaron el trabajo de arrastrar cuerpos y los soldados los alinearon a lo largo del río. Se oyeron disparos de ametralladora —ra-ta-ta-ta-tá—. Los culíes cayeron al río de espaldas y fueron tragados por la corriente enfurecida. La pantomima había terminado.

Un oficial japonés en la escena de los hechos calculó que habían sido ejecutadas 20.000 personas.^[61]

Y este fue el informe del corresponsal militar japonés Omata Yukio, que vio cómo los prisioneros chinos eran conducidos a Hsiakwan y alineados a lo largo del río:

Los de la primera fila eran decapitados, y los de la segunda fila eran obligados a tirar los cuerpos mutilados al río antes de ser ellos mismos decapitados. La matanza continuó sin pausa desde la mañana hasta la noche, pero solo lograron matar a 2.000 personas de esta manera. Al día siguiente, cansados de este método de ejecución, colocaron ametralladoras. Dos de ellas abrieron fuego cruzado contra los prisioneros alineados. Ra-ta-ta-ta-tá. Se apretaron los gatillos y los prisioneros cayeron al agua. Ninguno de ellos logró alcanzar la otra orilla.^[62]

A continuación, el relato del fotoperiodista japonés Kawano Hiroki:

Antes de comenzar la «ceremonia de entrada en la ciudad», vi entre cincuenta y cien cuerpos que bajaban con la corriente del río Yangtsé. ¿Habrían muerto en combate o después de ser hechos prisioneros? ¿O se trataría acaso de civiles masacrados?

Recuerdo que junto a la ciudad de Nanking había un estanque. Parecía un mar de sangre —con unos tonos espléndidos—. De haber tenido conmigo una película en color..., ¡qué fotografía

más espeluznante habría tomado![63]

Sasaki Motomasa, un corresponsal militar japonés presente en Nanking, observó: «He visto cuerpos apilados tras el gran terremoto de Tokio, pero nada es comparable a esto».[64]

A continuación, los japoneses fijaron su atención en las mujeres.

«Las mujeres fueron quienes más sufrieron[65] —recuerda Takokoro Kozo, un antiguo soldado de la 114.^a división del ejército japonés en Nanking —. Sin importar la edad, ninguna pudo escapar a la violación. Enviamos camiones de carbón desde Hsiakwan a las calles de la ciudad y a las aldeas para capturar a numerosas mujeres. Luego cada una fue asignada a quince o veinte hombres para que abusaran sexualmente de ellas».

Veteranos japoneses supervivientes afirman[66] que el ejército había prohibido oficialmente la violación de las mujeres enemigas. Pero la práctica estaba tan arraigada en la superstición y en la cultura militar japonesa que nadie se tomó la prohibición en serio. Muchos creían que violar a vírgenes los haría más poderosos en el combate. Era sabido que los soldados incluso portaban amuletos hechos con vello público de sus víctimas,[67] en la creencia de que poseían poderes mágicos protectores.

La política militar de prohibir la violación solo produjo el efecto de animar a los soldados a matar luego a sus víctimas. En el curso de una entrevista para el documental *En el nombre del emperador*, Azuma Shiro, un antiguo combatiente japonés, habló con franqueza del procedimiento de la violación y el asesinato en Nanking:

Empezábamos usando algunas palabras picantes, como *Pikankan*. *Pi* significa «cadera», *kankan* significa «mirar». *Pikankan* quiere decir: «vamos a ver a una mujer abrir las piernas». Las mujeres chinas no llevaban ropa interior. En su lugar, vestían un pantalón atado con un cordel, sin cinturón. Cuando tirábamos del cordel, exponíamos sus nalgas. Hacíamos *pikankan*, mirábamos. Al cabo de un rato decíamos algo así como: «me toca darme un baño», y las violábamos por turnos. Habría estado bien si solo las hubiéramos violado —bueno, no debería decir «bien»—. Pero siempre las apuñalábamos y las matábamos. Porque los cuerpos muertos no hablan.[68]

Takokoro Kozo compartía la franqueza de Azuma al hablar del tema. «Después de violarlas, las matábamos[69] —recordaba—. En cuanto las soltabamos, aquellas mujeres salían huyendo. Entonces, ¡bang!, les disparábamos por la espalda para liquidarlas».

Según los veteranos supervivientes, era un hecho llamativo que una gran parte de los soldados no albergara el menor sentimiento de culpa. «Quizá, mientras la violábamos, la veíamos como a una mujer[70] —escribía Zuma—,

pero cuando la matábamos, solo pensábamos en ella como en un cerdo, o algo así».

Esta conducta no se limitaba a los soldados. Los oficiales, a todos los niveles, consintieron la orgía. (Incluso Tani Hisao, el veterano general y comandante de la 6.^a división japonesa, fue más tarde considerado culpable de violar a unas veinte mujeres^[71] en Nanking). Algunos no solo incitaron a los soldados a cometer violaciones en grupo en la ciudad, sino que les advirtieron que debían eliminar después a las mujeres para no dejar pistas del crimen. «O bien les pagáis dinero o bien las matáis en un lugar apartado cuando hayáis terminado»,^[72] según les dijo un oficial a sus subordinados.

La llegada de Matsui Iwane

Los asesinatos y violaciones amainaron cuando Matsui Iwane, aún debilitado por la enfermedad, entró en la ciudad en la mañana del 17 de diciembre para asistir a un desfile ceremonial. Tras recuperarse de su brote de tuberculosis, viajó río arriba en una lancha naval y luego en automóvil hasta la triple arcada de la puerta de la Montaña, al este de Nanking. Allí se montó en un caballo castaño, lo orientó en dirección al palacio imperial en Tokio y gritó tres veces *banzai* en honor al emperador para la compañía radiofónica nacional de Japón: «Gran mariscal de campo en las escalinatas del paraíso —*banzai*—, ¡diez mil años de vida!».^[73] Luego bajó a caballo por un bulevar que había sido cuidadosamente despejado de cadáveres y flanqueado por decenas de miles de soldados que lo vitoreaban, hasta llegar al hotel Metropolitan, en la parte norte de la ciudad, que esa noche celebraba un banquete en su honor.

Fue durante aquel banquete, según sugieren las fuentes, cuando Matsui empezó a sospechar que algo terrible había sucedido en Nanking. Esa noche convocó una reunión de oficiales y ordenó que todas las tropas innecesarias fueran transferidas fuera de la ciudad. Al día siguiente los medios de noticias occidentales^[74] informaron de que el ejército japonés estaba dedicado a una gran conspiración de silencio contra Matsui para impedirle conocer toda la verdad acerca de las atrocidades de Nanking.

Cuando Matsui empezó a darse cuenta de la magnitud y escala de las violaciones, asesinatos y saqueos perpetrados en la ciudad, mostró una consternación sin paliativos. El 18 de diciembre de 1937, le confesó a uno de sus ayudantes civiles: «Ahora me doy cuenta de los gravísimos estragos que,

en nuestra inconsciencia, hemos traído a esta ciudad. Cuando pienso en los sentimientos de muchos de mis amigos chinos que han huido de Nanking y en el futuro de nuestros dos países, solo puedo deprimirme. Me siento muy solo e incapaz de sentir alegría por esta victoria».^[75] Hubo incluso un dejo de arrepentimiento en el informe de prensa que envió aquella mañana: «Personalmente siento pena por las tragedias de la población, pero el ejército debe continuar a menos que China se retracte. Ahora, en el invierno, la estación deja tiempo para la reflexión. Ofrezco mi compasión, con profunda emoción, a un millón de personas inocentes».^[76]

Más tarde, aquel mismo día, cuando el mando japonés celebró un funeral por los soldados japoneses que habían muerto durante la invasión, Matsui reprendió a los trescientos oficiales y comandantes de regimiento, entre otros, por la orgía de violencia en la ciudad. «Nunca antes^[77] —escribió Matsumoto, un corresponsal japonés—, había reprendido un superior a sus oficiales de una forma tan feroz. El ejército no daba crédito ante la conducta de Matsui, toda vez que uno de los oficiales allí presentes era un príncipe de ascendencia imperial».

El domingo 19 de diciembre, Matsui fue trasladado a la base de Asaka, fuera de la ciudad, y subido a bordo de un destructor al día siguiente para ser enviado de vuelta a Shanghái. Pero, una vez allí, hizo algo todavía más sorprendente, quizá movido por la desesperación: confesó sus preocupaciones a *The New York Times*, e incluso llegó a decirle a un corresponsal internacional estadounidense que «el japonés es probablemente el ejército más indisciplinado del mundo hoy en día».^[78] Aquel mismo mes le envió también un mensaje al jefe del Estado Mayor del príncipe Asaka. «Se rumorea que los actos ilegales continúan^[79] —escribió—. Especialmente porque el príncipe Asaka es nuestro comandante, la disciplina militar y la moral deben mantenerse aún más estrictamente. Todo aquel que no guarde la disciplina deberá ser severamente castigado».

El día de Año Nuevo, Matsui aún estaba disgustado por la conducta de los soldados japoneses en Nanking. En un brindis le confesó a un diplomático japonés: «Mis hombres han hecho algo muy equivocado y extremadamente lamentable».^[80]

Pero las violaciones continuaron y los asesinatos continuaron. Matsui parecía incapaz de detenerlos. Si uno puede creer la versión que Matsui daría años después, su breve visita a Nanking le provocó hasta el llanto ante sus colegas. «Inmediatamente después del funeral, reuní a los oficiales de más alto rango y lloré de indignación ante ellos^[81] —le dijo Matsui a su confesor

budista antes de ser ahorcado, en 1948—. Tanto el príncipe Asaka como el teniente general Yanagawa [...] estaban allí. Les dije que todo se había perdido en un momento por las brutalidades de los soldados. Y, por increíble que parezca, acto seguido esos soldados se rieron en mi cara».

Las mujeres de consuelo: el legado de Nanking

Una de las consecuencias más extrañas de la violación a gran escala que tuvo lugar en Nanking fue la reacción del gobierno japonés ante la indignación masiva de las naciones occidentales. En lugar de reprimir o castigar a los soldados responsables, el alto mando nipón hizo planes para crear un enorme sistema clandestino de prostitución militar —un sistema cuya red atraparía a cientos de miles de mujeres por toda Asia—. «La fuerza expedicionaria japonesa de la China central emitió la orden de establecer casas de consuelo durante este periodo de tiempo^[82] —observa Yoshimi Yoshiaki, eminente profesor de historia de la Universidad de Chuo—, porque Japón temía las críticas de China, Estados Unidos y Europa a raíz de los casos de violaciones masivas entre las batallas de Shanghái y Nanking».

El plan era simple y directo. Mediante la captación, compra o rapto de entre 80.000 y 200.000 mujeres —la mayor parte de ellas, provenientes de la colonia japonesa de Corea, pero muchas también de China, Taiwán, Filipinas e Indonesia—, el ejército japonés esperaba reducir la incidencia de las violaciones aleatorias de mujeres locales (disminuyendo así los pretextos para la crítica internacional), controlar las enfermedades de transmisión sexual a través del uso de preservativos y recompensar a los soldados por combatir en el frente de batalla durante largos periodos de tiempo. Más tarde, por supuesto, cuando el mundo se enteró de este plan, el gobierno japonés se negó a reconocer responsabilidad alguna, insistiendo durante décadas en que fueron empresarios privados, y no el gobierno imperial, quienes llevaban los burdeles militares durante la guerra. Pero en 1991 Yoshimi Yoshiaki desenterró^[83] de los archivos de la Agencia de Defensa Japonesa un documento titulado «sobre el reclutamiento de mujeres para burdeles militares». El documento llevaba los sellos personales de líderes del alto mando japonés y contenía órdenes relativas a la construcción inmediata de «establecimientos de consuelo sexual», a fin de que las tropas dejaran de violar a mujeres en regiones bajo su control en China.

La primera casa de consuelo oficial abrió sus puertas cerca de Nanking en 1938. El uso de la palabra *consuelo* para referirse tanto a las mujeres como a las «casas» en las que vivían es absurdo, porque evoca imágenes de *spa* de bellas *geishas* rasgando laúdes, bañando a hombres y dándoles masajes *shiatsu*. En realidad las condiciones de estos burdeles eran sórdidas más allá de lo imaginable para la mayor parte de la gente civilizada. Muchas de estas mujeres (a las que los japoneses llamaban «baños públicos») se quitaron la vida cuando supieron cuál iba a ser su destino; otras murieron por causa de la enfermedad o el asesinato. Las que sobrevivieron sufrieron toda una vida de vergüenza y humillación, esterilidad y problemas crónicos de salud. Debido a que la mayor parte de las víctimas provenían de culturas que idealizaban la castidad en la mujer, incluso aquellas que sobrevivieron rara vez hablaron después de la guerra —la mayor parte no lo hizo hasta tiempos muy recientes— de sus experiencias, por miedo a sufrir más vergüenza y escarnio. El confucionismo asiático —en particular, el coreano— tenía en la pureza femenina una virtud más sagrada que la vida, y perpetuaba la creencia de que cualquier mujer que pudiera pasar por experiencia tan degradante sin cometer suicidio era en sí misma una afrenta para la sociedad. De esta forma, tuvo que pasar medio siglo antes de que algunas mujeres de consuelo encontraran el coraje de romper su silencio y buscaran del gobierno japonés compensación financiera por su sufrimiento.

Las motivaciones detrás de Nanking

Llegamos así a la que es la cuestión más perturbadora, a saber, el estado de la mente japonesa en Nanking. ¿Qué había en la cabeza de un soldado adolescente con fusil y bayoneta, que lo llevó a cometer semejantes atrocidades?

Muchos académicos le han dado vueltas a esta cuestión y la han hallado casi imposible de resolver. Theodore Cook, coautor del libro *Japan at War: An Oral History* [Japón en guerra: una historia oral] junto a su mujer Haruko Taya Cook, admite que la brutalidad de la Violación de Nanking lo desconcierta. No encuentra paralelos en la historia de la guerra civil en Japón; antes bien, la destrucción sistemática y los asesinatos masivos de poblaciones urbanas parecían pertenecer, más que a la historia japonesa, a la historia mongola. Tratar de examinar el estado mental de los japoneses en Nanking, según él, era como escudriñar un «agujero negro». [84]

Muchos encuentran difícil reconciliar el barbarismo de Nanking con la cortesía exquisita y las buenas maneras por las que los japoneses son conocidos. Pero algunos expertos militares creen que estas dos conductas, aparentemente tan alejadas, están en realidad entrelazadas. En este sentido, aluden al formidable estatus del antiguo samurái, que durante siglos tenía el poder de cortar la cabeza de un campesino si este no daba al guerrero una respuesta cortés a sus preguntas. «Hasta el día de hoy^[85] —cuenta un oficial de inteligencia naval norteamericano sobre la cultura japonesa durante la Segunda Guerra Mundial—, la idea japonesa de una respuesta cortés es aquella que satisface al que pregunta. ¿Debe sorprendernos que las buenas maneras sean un rasgo nacional de los japoneses?».

Otros expertos han atribuido las atrocidades japonesas durante la guerra a la propia cultura nipona. En su libro *The Chrysanthemum and the Sword*,^[86] la antropóloga norteamericana Ruth Benedict escribió que, debido a que las obligaciones morales en la sociedad japonesa no eran universales, sino locales y particularizadas, podían ser fácilmente quebrantadas en tierra extranjera. También hay expertos que echan la culpa a la naturaleza no cristiana de la religión japonesa y hacen hincapié en que mientras el cristianismo avanza la noción de que todos los humanos son hermanos —es más, que todos fueron creados a imagen de Dios—, el sintoísmo en Japón presupone que solo el emperador y sus descendientes fueron creados a imagen de Dios. Al citar estas diferencias, estos expertos concluyen que algunas culturas, por muy sofisticadas que puedan llegar a ser, mantienen un corazón tribal, en el sentido de que las obligaciones que el individuo tiene para con los demás miembros de la tribu son muy diferentes de las que tiene con los foráneos.

Hay un peligro inherente en esta presuposición, pues tiene dos implicaciones: en primer lugar, que los japoneses, en virtud de su religión, son naturalmente menos humanos que las culturas occidentales y deben ser juzgados conforme a estándares diferentes (una implicación que a mi modo de ver es irresponsable y condescendiente), y en segundo lugar, que las culturas judeocristianas son de alguna manera menos capaces de perpetrar atrocidades como la Violación de Nanking. Ciertamente, en las décadas de 1930 y 1940 los nazis, en un país devotamente cristiano, hallaron una manera de deshumanizar la psique alemana, llegando a demonizar a pueblos a los que habían declarado enemigos de los alemanes. Lo que de ahí salió fueron algunos de los peores crímenes contra la humanidad que el planeta haya visto jamás.

Si volvemos la vista atrás, hacia los milenios de la historia, parece claro que ninguna raza o cultura tiene el monopolio en materia de crueldad bélica. El barniz de civilización parece ser extremadamente delgado: una capa que puede disolverse con facilidad, especialmente por las tensiones de la guerra.

Entonces, ¿cómo explicar la cruda brutalidad que se practicó día tras día en la ciudad de Nanking? A diferencia de sus homólogos nazis, que en su mayor parte murieron en prisión o ejecutados o que, si siguen vivos, pasan sus últimos días como fugitivos de la justicia, muchos criminales de guerra japoneses siguen llevando una vida cómoda y tranquila, protegidos por el gobierno japonés. Son, por lo tanto, de las pocas personas que hay en el mundo que, sin tener que preocuparse por las consecuencias que ello podría tener ante un tribunal internacional, pueden dejar entrever a autores y periodistas lo que pensaban y sentían mientras cometían atrocidades durante la Segunda Guerra Mundial.

He aquí de lo que nos enteramos. Al soldado japonés no lo habían curtido simplemente para combatir en China; lo habían curtido para la tarea de asesinar a combatientes y a no combatientes chinos por igual. De hecho, varios simulacros y ejercicios militares habían sido diseñados por el ejército japonés para anestesiar en los reclutas el instinto humano que impide asesinar a personas que no están atacando.

Por ejemplo, en su camino hacia la capital los soldados japoneses fueron obligados a participar en competiciones de matar, que fueron ávidamente cubiertas por los medios del país como si de eventos deportivos se tratara. La más notoria apareció en el número del 7 de diciembre del *Japan Advertiser*, bajo el titular «Competición en curso de subtenientes para derribar a 100 chinos».^[87]

El subteniente Mukai Toshiaki y el subteniente Noda Takeshi, ambos de la unidad Katagiri en Kuyung, en un concurso amistoso para ver quién de los dos será el primero en derribar a 100 chinos en combates individuales con la espada antes de que las fuerzas japonesas ocupen completamente Nanking, se encuentran ya en plena fase final, con un resultado muy ajustado. El domingo [5 de diciembre] [...] el «marcador», según Asahi, era: subteniente Mukai, 89, y subteniente Noda Takeshi, 78.

Una semana más tarde el mismo periódico informaba de que ninguno de los dos contendientes había sido capaz de determinar quién había batido la marca de 100 en primer lugar, de forma que habían optado por subir la meta a 150. «La hoja de Mukai sufrió ligeros daños durante la competición —informaba el *Japan Advertiser*—. Según explicaba, este era el resultado de cortar a un chino por la mitad, con casco y todo. El concurso era “divertido”, declaró».

Semejantes atrocidades no se limitaban solo al área de Nanking. Antes bien, eran un típico ejemplo de los ejercicios de de-sensibilización practicados por los nipones a lo largo de China durante toda la contienda. El siguiente testimonio, en boca de un recluta japonés llamado Tajima, no es inusual:

Un día el subteniente Ono nos dijo: «Aún no han matado a nadie, así que hoy vamos a hacer prácticas de matar. No deben considerar al chino como un ser humano, sino solo como algo de bastante menos valor que un perro o un gato. ¡Sean valientes! Y ahora, aquellos que quieran prestarse voluntarios para las prácticas de matar, que den un paso adelante».

Nadie se movió. El teniente perdió la compostura.

«¡Cobardes! —gritó—. Ninguno de ustedes es digno de llamarse un soldado japonés. ¿Así que no hay voluntarios? Bueno, entonces, se lo ordeno». Y empezó a decir nombres: ¡Otani-Furukawa-Ueno-Tajima!». («Dios mío —pensé—, ¡también yo!»).

Con manos temblorosas levanté mi fusil calado con la bayoneta y —guiado por los improperios casi histéricos del teniente— anduve despacio hacia el chino aterrorizado que se encontraba de pie junto al hoyo —la fosa que él mismo había ayudado a cavar—. En mi corazón rogaba por su perdón, y —con los ojos cerrados y los gritos del teniente zumbándome en los oídos— hundí la bayoneta en el chino petrificado. Cuando abrí de nuevo los ojos, había caído al hoyo. «¡Asesino! ¡Criminal!», me dije a mí mismo.^[88]

Para los soldados novatos, el impulso natural era el horror. Unas memorias japonesas de la época de la guerra describen cómo un grupo de reclutas inmaduros no lograban ocultar su commoción al presenciar cómo soldados veteranos torturaban a un grupo de civiles hasta la muerte. Su comandante se esperaba su reacción, y escribió en su diario: «Todos los nuevos reclutas son así, pero pronto estarán haciendo lo mismo a su vez».^[89]

Pero también los nuevos oficiales necesitaban ser desensibilizados. Un oficial veterano de nombre Tominaga Shozo recordaba vívidamente su propia transformación de joven inocente en máquina de matar. Tominaga era un fresco sargento segundo proveniente de una academia militar cuando le asignaron al 232.^º regimiento de la 39.^a división de Hiroshima. Cuando le presentaron a los hombres bajo su mando, Tominaga se quedó estupefacto: «Tenían ojos malvados^[90] —recuerda—. No eran humanos, sino ojos de leopardo o de tigre».

En el frente, Tominaga y otros candidatos a nuevos oficiales recibieron un entrenamiento intensivo para endurecer su capacidad de aguante en la guerra. En el curso del programa un instructor había señalado a un chino escuálido en un centro de detención y les había dicho a los oficiales: «Estos son los materiales para vuestra prueba de coraje». Día tras día el instructor les enseñó cómo cortar cabezas y cómo ensartar con la bayoneta a prisioneros vivos.

En el último día, nos sacaron al lugar de la prueba. Había allí 24 prisioneros con las manos atadas detrás de la espalda. Les habían vendado los ojos. Se había cavado un gran hoyo —de

unos diez metros de largo, dos de ancho y más de tres de profundidad—. El comandante de regimiento, los comandantes de batallón y los de compañía tomaron los asientos dispuestos para ellos. El subteniente Tanaka hizo una reverencia al comandante de regimiento y exclamó: «¡Procedamos!». Ordenó a un soldado en uniforme de faena que llevara a uno de los prisioneros hasta el borde del hoyo; el prisionero recibía puntapiés cuando se resistía. Finalmente, los soldados lo arrastraron y lo forzaron a arrodillarse. Tanaka se giró hacia nosotros y nos miró uno por uno a la cara. «Las cabezas deben cortarse así», dijo, desenvainando su sable militar. Sacó agua de un cubo con un cucharón, y a continuación la vertió sobre los dos lados de la hoja. Sacudiendo el agua, levantó la espada trazando un largo arco. De pie tras el prisionero, Tanaka se preparó con las piernas separadas y cortó la cabeza del hombre con un grito: «¡Yo!». La cabeza voló a más de un metro de distancia. La sangre salió a chorros de dos fuentes del cuerpo y roció el hoyo.

La atrocidad de la escena me dejó sin respiración.

Pero poco a poco Tominaga Shozo aprendió a matar. Y a medida que iba ganando destreza, dejó de sentir que los ojos de sus hombres eran malvados. Para él, las atrocidades se convirtieron en rutina, en algo casi banal. Mirando atrás a lo que había sido su experiencia, escribió: «Así es como los hacíamos. Buenos hijos, buenos papás, buenos hermanos mayores en casa, eran traídos al frente para matarse los unos a los otros. Los seres humanos se convirtieron en demonios asesinos. En tres meses todo el mundo se convirtió en demonio».

Algunos soldados japoneses admitieron que para ellos era fácil matar, porque les habían enseñado que al lado del emperador toda vida individual —incluso la suya propia— carecía de valor. En la carta que me dirigió, Azuma Shiro, el soldado japonés que presenció una serie de atrocidades en Nanking, hizo una observación muy importante acerca de la conducta de sus camaradas. A lo largo de sus dos años de entrenamiento militar en el 20.^a regimiento de infantería de Kioto-fu Fukuchi-yama, se le enseñó que «la lealtad tiene más peso que una montaña y que nuestra vida es más ligera que una pluma».^[91] Recordó que el mayor honor al que podía aspirar un soldado durante la guerra era el de regresar muerto: morir por el emperador era la mayor gloria, y ser capturado vivo por el enemigo, la mayor de las vergüenzas. «Si mi propia vida no era importante —me escribió Azuma—, la de un enemigo pasaba a ser inevitablemente mucho menos importante [...] Esta filosofía nos llevó a menospreciar al enemigo y, eventualmente, a quitar importancia al crimen de masas y a los malos tratos de los cautivos».

Entrevista tras entrevista, los veteranos japoneses de la masacre de Nanking afirmaron honestamente que experimentaron una completa falta de remordimiento o de sentimiento de estar haciendo algo malo, incluso cuando torturaban a civiles indefensos. Nagatomi Hakudo habló con franqueza sobre cuáles fueron sus emociones en la capital caída:

Recuerdo que me condujeron en un camión por un sendero que había sido despejado apilando miles y miles de cuerpos masacrados. Perros salvajes roían los cadáveres. Nos detuvimos. Sacamos a un grupo de prisioneros chinos de la trasera del camión. Entonces el oficial japonés propuso poner a prueba mi coraje. Desenvainó su espada, escupió en ella, y con un fuerte y repentino golpe la descargó sobre el cuello de un muchacho chino que se encogía de miedo ante nosotros. Fue un corte limpio. La cabeza cayó rebotando hacia el grupo mientras el cuerpo caía hacia delante, con dos fuentes de sangre que brotaban del cuello. El oficial sugirió que me llevara la cabeza a casa como *souvenir*. Recuerdo que sonréi con orgullo al tiempo que cogí su espada y empecé a matar gente.^[92]

Después de casi sesenta años buscando su alma, Nagatomi es un hombre cambiado. Hoy en día ejerce de médico en Japón, y ha construido un santuario de arrepentimiento en la sala de espera de su consulta. Los pacientes pueden ver cintas de vídeo de su juicio en Nanking, incluyendo una confesión completa de sus crímenes. El amable y hospitalario talante del doctor oculta el horror de su pasado, haciéndole a una casi imposible imaginar que en otro tiempo fue un asesino despiadado.

«Pocos saben que los soldados empalaban a bebés en bayonetas y los arrojaban, todavía vivos, a calderas de agua hirviendo^[93] —dice Nagatomi—. Violaban en grupo a mujeres de entre doce y ochenta años, y después las mataban cuando ya no podían satisfacer sus demandas sexuales. Yo decapité a gente, la dejé morir de hambre, la quemé y enterré viva, en total más de 200 personas. Es terrible que pudiera convertirme en un animal y hacer estas cosas. Realmente no hay palabras para explicar lo que hacía. Era verdaderamente un demonio».

La caída de Nanking

Nanking. Una ciudad durante largo tiempo célebre^[94] por ser uno de los mayores centros literarios, artísticos y políticos de China; fue capital del país entre los siglos III y VI, e intermitentemente después del siglo XIV. Fue en Nanking donde se fijaron los cánones de la caligrafía y la pintura chinas, donde se estableció el sistema lingüístico chino de cuatro tonos, donde se editaron y transcribieron algunas de las más famosas escrituras budistas y donde emergió el estilo ensayístico clásico de las Seis dinastías (una fusión de poesía y prosa chinas). Fue en Nanking, en el año 1804, donde se firmó el tratado que puso fin a las guerras del Opio, abriendo China al comercio exterior. Y fue en Nanking, en 1911,^[95] donde el líder nacionalista Sun Yat-sen se convirtió en el primer presidente provisional de su naciente República de China. Hoy alberga con orgullo su tumba.

Si mencionas el nombre de Nanking a cualquier chino, él o ella te dibujará una ciudad repleta de antiguos palacios imperiales, espléndidas tumbas, museos y monumentos. El cuadro incluirá las estatuas en piedra minuciosamente talladas de guerreros y animales construidas durante la dinastía Ming, la famosa torre del Tambor^[96] (Marco Polo conoció la original hace setecientos años; la versión moderna fue construida tres siglos más tarde por un líder militar que tocó un enorme tambor desde lo alto para dar señales a sus soldados) y las vistas de las afueras de Nanking: templos colgados de montañas y colinas cercanas, pabellones de té y flores de loto en sus lagos y un enorme puente sobre el río Yangtsé.

Durante siglos, el agua y la montaña ofrecieron a Nanking no solo belleza, sino también protección militar. El río Yangtsé a occidente y la montaña púrpura a oriente protegían la ciudad como un dragón enrollado y un tigre agazapado,^[97] según rezaba una antigua divisa que describía la fuerza natural de Nanking.

Pero, por desgracia, por tres veces Nanking ha sido una ciudad invadida.

La primera invasión tuvo lugar hace más de un milenio,^[98] a finales del siglo VI, cuando hordas bárbaras derribaron todo edificio importante de la ciudad e incluso arrasaron la tierra dentro de las murallas. La segunda llegó más de mil años después, entre 1853 y 1864, cuando los rebeldes taiping

capturaron la ciudad. Estaban dirigidos por el líder fanático Hong Xiuquan, quien, tras no haber superado las pruebas pertinentes para acceder a un lugar entre la élite de la nación, logró convencerse a sí mismo y a otros de que era el hermano pequeño de Jesucristo. La tentativa que después encabezó para derribar a la dinastía Qing costaría la vida a unos veinte millones de chinos durante un espacio de trece años. Los rebeldes usaron Nanking como su capital durante más de una década hasta que fueron expulsados de ella, momento en el cual redujeron la ciudad a ruinas humeantes. Llegaron incluso a destruir la Pagoda de Porcelana, una torre multicolor de azulejos vidriados que era considerada la más bella estructura de su clase en toda China.

Durante el resto del siglo XIX, Nanking cayó en un apacible y oscuro sueño. Cuando los emperadores manchúes recuperaron su reino de China desde la ciudad norteña de Pekín, Nanking pasó a ser poco más que una reliquia cultural. No recobraría su importancia hasta que los nacionalistas derrocaran a los Qing y erigieran Nanking como capital de China, algo que ocurrió oficialmente en 1928.

En 1937, el año de la Violación, el viejo Nanking, el Nanking de la dinastía Qing, competía con el nuevo Nanking de los nacionalistas. En las calles de la capital seguía habiendo vestigios de la vieja china:^[99] los vendedores ambulantes de comida equilibrando su vara de cuyos extremos colgaban pequeños cuencos de arroz y teteras en cestas, los tejedores artesanos encorvados sobre telares de seda en fábricas al aire libre, los trabajadores de las tiendas de tallarines estirando la pasta a mano, los hojalateros haciendo sonar sus objetos de lata por las calles, los zapateros arreglando zapatos ante las puertas de sus clientes, el caramelo haciéndose ante los ojos de ávidos niños aferrados a monedas de cobre con agujeros cuadrados en el medio, o los hombres con chirriantes carretillas cargadas con unas pilas de juncos tan altas que no dejaban ver ni la carretilla ni al que la empujaba. Y, sin embargo, lo nuevo estaba por todas partes: en el asfalto de las calles que gradualmente reemplazaban los caminos sucios de adoquines de piedra; en las lámparas eléctricas y de neón que reemplazaban las tintineantes luces de gas, candelas y lámparas de aceite; en el agua que manaba de grifos, en lugar de venderse en las calles por cántaros. Las bocinas de los autobuses y de los automóviles repletos de oficiales militares, burócratas y diplomáticos extranjeros se abrían paso entre las calesas, carros de mulas cargados de verdura y tranquilas muchedumbres de peatones y animales —perros, gatos, caballos, burros, incluso algún búfalo de agua o camello ocasional—.

Pero parte de lo arcaico parecía que no iba a cambiar nunca. Rodeando la ciudad estaba la antigua, inmensa muralla de piedra construida durante la dinastía Ming, y que un misionero consideró una de las mayores maravillas del mundo. Seguramente, proclamó, si a uno le permitieran subirse a ella, contemplaría una de las más espectaculares vistas que pueda haber en toda China.^[100] Desde lo alto de la muralla, en la parte sur de la ciudad, uno podía distinguir, más allá del gris de las almenas, el ladrillo polvoriento y grisáceo de los distritos de clase trabajadora, los tejados de azulejos rojos y azules de algunas de las casas más acomodadas y luego, hacia el norte, algunos de los edificios más altos y modernos del distrito gubernamental: ministerios y embajadas construidos con una arquitectura de estilo occidental.

Al fijar la vista hacia el noreste, se podía distinguir el mausoleo de Sun Yat-sen, de un blanco reluciente que contrastaba con la más oscura pendiente de la Montaña Púrpura y los puntos de las villas de campo, propiedad de los ciudadanos más ricos y poderosos de Nanking. Luego, al mirar hacia el noroeste, uno podía vislumbrar la actividad industrial de los muelles: los hilos de humo que salían de las fábricas, los manchones negros del puerto de carbón, los barcos de vapor y las cañoneras cerca del embarcadero, las vías del ferrocarril del norte de China y de Shanghái-Nanking, que cortaban a través de la ciudad y el horizonte para confluir en la estación de Hsiakwan, un suburbio del norte. A lo largo del horizonte uno podía ver las agitadas aguas de color caqui del gran río Yangtsé, que serpenteaba hacia el oeste y hacia el norte, mucho más allá de las murallas de Nanking.

En el verano de 1937 todas estas áreas de Nanking, tan luminosas y cacofónicas, se encontraban bajo un manto de somnolencia.^[101] El aire, saturado de humedad, hacía tiempo que le había dado a la capital el título de «uno de los tres hornos de China». El calor, mezclado con el hedor de los pozos negros de los campos cercanos, llevaba a muchos ricos a salir de la ciudad durante los peores días de calor estival, en dirección a centros vacacionales en la costa. Para aquellos que se quedaban, el verano era una época de siestas frecuentes, perezoso agitar de ramas de junco o abanicos de bambú, y casas cubiertas con esteras de bambú para protegerlas del sol. Por las tardes los vecinos huían de los hornos que eran sus viviendas y desplegaban tumbonas en las calles para pasar la noche chismeando y durmiendo al aire libre.

Pocos podían predecir que en sólo unos meses la guerra llegaría hasta la misma puerta de sus casas, dejando sus hogares en llamas y sus calles empapadas en sangre.

El 15 de agosto, Chang Siao-sung, una instructora de psicología del Glinling College, se acababa de echar en la cama a dormir la siesta cuando oyó el zumbido de una sirena. «¿Se tratará acaso de un simulacro de emergencia por bombardeo?^[102] —pensó—. ¿Por qué no había visto ningún anuncio al respecto en los diarios de la mañana?».

Cuando estallaron los combates entre fuerzas chinas y japonesas en Shanghái a principios de aquel mismo mes, obligando al gobierno de Nanking a prepararse para enfrentar asimismo posibles ataques enemigos, los oficiales chinos no sólo practicaron simulacros de ataque aéreo en la ciudad, sino que ordenaron a los residentes que camuflaran sus casas y construyeran refugios antiaéreos. A lo largo y ancho de Nanking los hombres pintaron de negro los tejados rojos y las paredes blancas de sus casas, o cavaron hoyos en la tierra para esconderse en ellos. Era como si la ciudad estuviera preparándose para un «funeral a gran escala», recuerda Chang de manera inquietante.

Así, el 15 de agosto, cuando oyó una segunda señal, Chang le dio crédito. Pero sus amigas en la casa la convencieron de que se trataba de un simulacro más, así que de nuevo volvió a la cama. De pronto oyó un estruendo sordo, como el de un cañón. «Oh, es un trueno», dijo una amiga, y se volvió a acostar a leer su novela. Chang volvió a la cama, avergonzada por su sobreexcitación, hasta que oyó los sonidos inconfundibles del fuego de ametralladora y los aviones por encima de sus cabezas. Nanking estaba experimentando el primer bombardeo aéreo de su historia.

Durante los meses siguientes Nanking soportaría docenas de bombardeos aéreos japoneses, que obligarían a los residentes a esconderse en sótanos, trincheras y hoyos bajo tierra. Los pilotos nipones bombardearon la ciudad indiscriminadamente, alcanzando escuelas, hospitales, centrales eléctricas y edificios gubernamentales, lo que llevó a miles de personas, tanto pobres como ricas, a huir de la ciudad.

Frank Xing, ahora un especialista en medicina oriental^[103] en San Francisco, recuerda las condiciones frenéticas, de pesadilla, en las que sus padres y él dejaron Nanking durante el otoño de 1937. El niño de once años que era entonces empaquetó su preciosa colección de tirachinas y canicas para el viaje, mientras su abuela le daba a su padre, un mecánico ferroviario, pulseras de jade y plata para empeñar en caso de emergencia futura. El tren que llevó a su familia a Hankow estaba tan repleto que cientos de refugiados, incapaces de encontrar asiento, se sentaron encima de los compartimentos, mientras otros optaban por atarse, literalmente, con correas a los bajos del

tren, sus cuerpos colgando a solo unas pulgadas sobre las vías. Durante todo el trayecto, Xing oía rumores de que gente se había caído del tren o había acabado bajo las ruedas. Xing sobrevivió al viaje por poco: los bombarderos japoneses atacaron el tren, forzando a su familia a saltar del mismo y a esconderse en un cementerio.

Mis propios abuelos casi se separaron para siempre durante las evacuaciones de Nanking.^[104] En el otoño de 1937 mi abuelo, Chang Tien-Chun, poeta y periodista, trabajaba para el gobierno chino como instructor de oficiales en materia de filosofía del partido nacionalista. El bombardeo japonés de la capital los obligó a su familia y a él a esconderse repetidamente en zanjas cubiertas por tablas de madera y sacos de arena. En octubre había decidido que permanecer en Nanking era inseguro para mi abuela (por entonces una mujer de apenas veinte años y embarazada) y mi tía (un bebé de un año). Ambas regresaron a la casa que tenía mi abuela en el campo, en un pueblo cercano a Ihsing, ciudad situada a orillas del lago Tai Hu, entre Nanking y Shanghái.

En noviembre, en el día del aniversario de la muerte de Sun Yat-sen, mi abuelo dejó la ciudad para visitar a su mujer y a su familia. Cuando regresó a Nanking solo unos días después, encontró a toda su unidad de trabajo ocupada haciendo las maletas y preparándose para su evacuación de la ciudad. Informado de que se había dispuesto que la unidad partiera por barco desde la ciudad de Wuhu, a orillas del río Yangtsé, mi abuelo mandó recado a su familia para que se reuniera allí con él inmediatamente.

Por poco no lo lograron. Con los bombardeos aéreos, los japoneses habían destruido las vías férreas entre el pueblo de mi abuela y la ciudad de Wuhu; la única ruta practicable era en sampán, a través de la intrincada red de pequeñas vías fluviales que entrelazaban toda la región.

Durante cuatro largos días mi abuelo esperó ansioso en los muelles, examinando carguero tras carguero repleto de refugiados de guerra. Al cuarto día su familia todavía no había llegado, dejándolo ante la decisión que ningún hombre debería jamás verse obligado a tomar: embarcar en el siguiente y último barco que salía de Wuhu, confiando en que su mujer y su hija no estuvieran yendo a Nanking, o que no se quedaran allí, en caso de que ya hubieran llegado, sabiendo que poco tiempo después la ciudad sería invadida.

Desesperado, gritó el nombre de su amada —«¡Yi-Pei!»— al cielo. Entonces, como en un eco lejano, oyó una respuesta. Provenía del último sampán que se acercaba a los muelles desde la distancia, una pequeña

embarcación que llevaba a su mujer, a su hija y a algunos familiares de mi abuela. Mi madre siempre me dijo que su reencuentro fue un milagro.

A diferencia de mis abuelos, muchos residentes de Nanking permanecieron en la ciudad durante gran parte de noviembre, algunos porque optaron por una actitud de esperar y ver, otros por ser demasiado ancianos para partir o demasiado pobres para hacer cualquier otra cosa. Para ellos el mes de noviembre trajo sistemáticamente malas noticias: la batalla no había ido bien en Shanghái. Largas filas de soldados chinos, muchos de ellos apenas muchachos, algunos de no más de doce años, estaban regresando del frente de batalla, exhaustos, heridos y desmoralizados, marchando en silencio o a bordo de grandes camiones cubiertos con las banderas de la Cruz Roja.^[105] Aquellos que podían se consolaban con el hecho de que podían verse nuevas unidades de tropas fuertemente armadas marchando por las calles hacia los muelles, donde embarcaban en sampanes tirados por remolcadores de camino al frente de batalla. Evidentemente, la lucha no había terminado. A través de la lluvia y el viento, pequeños y modernos tanques chinos partían con estruendo de la capital hacia Shanghái, junto a líneas de mulas cargadas de uniformes de algodón, mantas, rifles y ametralladoras.

Días más tarde, bien entrado ya noviembre, las noticias tan temidas llegaron finalmente a Nanking. Shanghái —la Nueva York de China— había caído. Más de 200.000 soldados japoneses se encontraban ahora entre el océano y la capital,^[106] mientras que unos 700.000 soldados chinos se batían en retirada. Traían las noticias que nadie quería escuchar. Con Shanghái en ruinas, los japoneses se dirigían ahora a Nanking.

La pérdida de Shanghai fue un verdadero golpe para Chiang Kai-shek, el líder de los nacionalistas. Ante la pérdida de la mayor metrópolis de China, Chiang trató de resolver un difícil dilema: o bien defender Nanking contra los japoneses o bien desplazar la capital a una zona más segura. Al final, el *Generalísimo* optó por hacer ambas cosas. Pero en lugar de quedarse en Nanking y defenderla él mismo, delegó la tarea en otra persona: un subordinado de nombre Tang Sheng-chih.

La relación entre Chiang Kai-shek y Tang Sheng-chih era extraña y muy compleja. Ninguno de los dos confiaba realmente en el otro;^[107] de hecho, en diferentes aspectos de su vida los dos hombres habían sido camaradas al tiempo que rivales a muerte. Durante la Expedición del Norte, por ejemplo, mientras los nacionalistas trataban de unificar el país, Tang ayudó a Chiang

en la guerra contra los señores feudales. Pero Tang nunca le había mostrado a Chiang una lealtad especial, y las luchas de poder entre los dos hombres terminaron por dos veces con el exilio de Tang de China (una vez a Hong Kong y otra a Japón). En 1931, sin embargo, cuando estalló la crisis entre chinos y japoneses por Manchuria, Chiang convocó de nuevo a Tang en un esfuerzo por fortalecer las defensas chinas. Tang ascendió rápidamente en la jerarquía militar china, y en 1937 se había convertido en el director de instrucción militar de Chiang.

En noviembre de 1937, en el curso de varias conferencias militares de alto nivel en torno a la cuestión de si defender o abandonar Nanking, Tang, que se encontraba prácticamente solo entre los consejeros de Chiang, abogó por ofrecer una fuerte resistencia. Al defender Nanking, argumentaba, las tropas chinas podían simultáneamente ralentizar el avance de los soldados japoneses y dar al resto del ejército chino una posibilidad de descansar y reorganizarse.

Pero cuando Chiang preguntó quién se quedaría para dirigir la defensa, Tang y los demás oficiales guardaron silencio. Señalando a Tang, Chiang le presentó un ultimátum: «O me quedo yo o te quedas tú».^[108] En presencia de los hombres de Chiang, Tang sin duda sentía que no tenía elección. «¿Cómo vamos a permitir que el Generalísimo se quede?», preguntó Tang. Prometió que se quedaría en Nanking y lucharía hasta la muerte.

La decisión de encomendar a Tang la defensa de Nanking fue un gran titular. El 27 de noviembre, Tang ofreció una conferencia de prensa para estimular la moral. Ante los reporteros pronunció un discurso enardecido,^[109] prometiendo vivir o morir con Nanking. Tan apasionado fue su discurso que, cuando terminó, los periodistas rompieron a aplaudir.

Pero algunos reporteros notaron que Tang también parecía estar extremadamente agitado. De hecho, se acababa de recuperar de una grave enfermedad, y en palabras de un corresponsal extranjero, parecía «aturrido, cuando no drogado».^[110] Sudaba con tanta profusión que alguien le acercó una toalla caliente para que se secara la frente.^[111]

Quizá Chiang era consciente de que su consejero no se encontraba en disposición de presentar batalla ante un experimentado ejército japonés, y lo había nombrado meramente para dar la impresión de que los chinos iban realmente a ofrecer una fuerte resistencia. O tal vez la cautela aconsejó a Chiang que tuviera preparado, por si acaso, un plan B. Lo que sabemos es que durante la segunda mitad de noviembre, el plan B se puso en práctica.

Primero Chiang dio órdenes a la mayoría de los funcionarios del gobierno de que se mudaran a las tres ciudades al oeste de Nanking —Changsha, Hankow y Chungking—,[112] alimentando los rumores entre los pocos oficiales que quedaron atrás de que habían sido abandonados al destino que los japoneses hubieran dispuesto para ellos. En pocos días, coches con apariencia de oficiales y cargados de equipaje llenaron las calles; a continuación, con la misma prontitud, esos mismos coches desaparecieron.[113] Los autobuses y las calesas también se fueron con los miembros del gobierno, dejando la ciudad sin transporte público municipal. De hecho, al poco tiempo no quedaba casi ningún camión, ni siquiera aquellos cuyo uso principal era el de transportar arroz desde el campo hasta Nanking. Y entonces, a mediados de noviembre, 50.000 soldados chinos llegaron a ocupar el lugar que habían dejado los funcionarios del gobierno.[114] Provenientes de puertos situados río arriba, procedieron a descargar cajas y cajas de armamento en el muelle, y luego empezaron a ocupar los edificios gubernamentales vacíos que consideraron oportuno.[115] En diciembre unos 90.000 soldados chinos poblaban el área de Nanking.[116]

Los soldados transformaron la cara de Nanking.[117] Los reclutas chinos cavaron trincheras en las calles, tendieron cable telefónico subterráneo y extendieron alambre de espino en las intersecciones de la ciudad —intersecciones que empezaban a tomar el aspecto de campos de batalla—. Las tropas también fortificaron las murallas de la ciudad, instalando ametralladoras a lo largo de las antiguas almenas. Cerraron todas las puertas excepto tres, manteniendo abiertas estrechas vías de paso sólo para el transporte militar. Las puertas se bloquearon con sacos de arena de 20 pies de profundidad y se reforzaron con madera y ángulos de hierro. Al menos una de ellas se tapió en su totalidad con cemento.

A principios de diciembre el ejército tomó también la decisión de despejar con fuego una zona de batalla de un kilómetro y medio de anchura alrededor de la circunferencia completa de las murallas de la ciudad,[118] sin importar el coste ni el sufrimiento que ello conllevara. El coste fue incalculable. Por todo el extrarradio de la ciudad, el infierno consumió combustible y munición, barracones, laboratorios de experimentación agrícola, una escuela de entrenamiento de policía y mansiones en el parque del Mausoleo. En el campo los soldados prendieron fuego a cabañas de paja, granjas con tejados de juncos, árboles, bosquecillos de bambú y maleza. Ni siquiera se respetaron los principales suburbios de Nanking. Las tropas condujeron a los residentes de Hsiakwan y de los distritos en torno a la puerta del Sur al interior de las

murallas de la ciudad, antes de incinerar sus barrios. Aquellas personas cuyas casas habían sido marcadas para ser destruidas recibieron la orden de mudarse en cuestión de horas o arriesgarse a ser arrestados como espías. El ejército justificó la quema como un movimiento estratégico para eliminar cualquier estructura potencialmente útil para el invasor. Pero un corresponsal extranjero señaló que las murallas calcinadas podían servir a los japoneses de refugio contra las balas casi tan bien como los propios edificios. Y especulaba que para los chinos el fuego era en realidad «una vía de escape para la rabia y la frustración»:^[119] un deseo de dejar a los japoneses poco más que tierra quemada.

Y así es como una ciudad se preparó para la invasión. Quien tuviera la fuerza, el juicio, el dinero o la oportunidad de marcharse comenzó a hacerlo. También las cosas se fueron. Colecciones enteras de museos fueron embaladas y trasladadas. El 2 de diciembre, cientos de cajas con tesoros del Museo del Palacio —la práctica totalidad de la herencia cultural china— fueron cargadas y puestas a resguardo en un barco fuera de la ciudad.^[120] Seis días después, el 8 de diciembre, Chiang Kai-shek, su mujer y su consejero se marcharon de la ciudad en avión.^[121] No había ya ninguna duda. El sitio japonés de Nanking estaba a punto de empezar.

Durante décadas uno de los misterios de la Violación de Nanking era cómo pudo ser que, con tantos soldados en el lugar, la ciudad cayera en solo cuatro días, en la tarde del 12 de diciembre de 1937. Las tropas, después de todo, poseían suficiente munición como para durar al menos cinco meses de asedio. Como resultado, muchos supervivientes, periodistas e historiadores atribuyeron el colapso a una pérdida de coraje entre los soldados chinos. También tacharon a Tang de villano, que abandonó a sus tropas cuando más lo necesitaban.

La historiografía posterior, basada en documentos más recientes, sugiere un cuadro algo distinto. Durante la batalla de Shanghái,^[122] la fuerza aérea japonesa, con casi 3.000 aviones, dejaba muy pequeña a la china, con tan solo 300. Además, en otros sentidos los chinos no eran rival aéreo para los japoneses. Durante aquella batalla, los pilotos chinos, entrenados por Italia, causaron estragos en Shanghái, dejando caer sus bombas cerca de buques occidentales, y hasta en calles abarrotadas y en edificios dentro del asentamiento internacional.^[123]

Pero incluso una mala fuerza aérea es mejor que ninguna fuerza aérea. Y esa era la situación en la que se encontraba Tang. El 8 de diciembre, el mismo día en que Chiang y sus consejeros dejaron la ciudad, también lo hizo la

división aérea china al completo.^[124] Así, Tang tuvo que combatir los siguientes cuatro días sin el beneficio estratégico de la información aérea sobre los movimientos japoneses, lo que hacía que las costosas ametralladoras dispuestas en las colinas y montañas alrededor de Nanking fueran mucho menos efectivas.

En segundo lugar, los funcionarios del gobierno que se mudaron a Chungking se llevaron consigo la mayor parte del sofisticado equipo de comunicaciones;^[125] así que una parte del ejército no podía hablar con la otra.

En tercer lugar, las tropas no provenían de las mismas regiones, y literalmente tenían problemas para entenderse.^[126] Un paramédico de Nanking recuerda que los médicos militares chinos hablaban cantonés, mientras que los soldados chinos hablaban mandarín: una situación que creaba una confusión interminable en los hospitales.

En cuarto lugar, muchos de los soldados de este ejército habían sido reclutados en el campo y de un día para otro,^[127] tras ser raptados o llamados a filas en contra de su voluntad. Un número sustancial de entre ellos nunca había empuñado un rifle antes de Nanking. Como las balas eran escasas, se procuró no malgastarlas en la instrucción de estos reclutas para enseñarles a disparar. De entre aquellos soldados que tenían experiencia previa, muchos acababan de regresar de Shanghái. Cansados, hambrientos y enfermos,^[128] la mayoría estaban demasiado exhaustos como para culminar los trabajos preparatorios necesarios, tales como la construcción de barricadas y la excavación de trincheras en la ciudad.

Y lo que es peor: los soldados chinos tenían un escaso sentido de la cohesión o de la meta común.^[129] En un informe de campaña sobre las condiciones en Nanking, un oficial militar chino observó que, cuando los soldados ocupaban un área, tendían a relajarse, en lugar de tomar la iniciativa para ayudar a otras tropas que combatían en batallas cercanas contra los japoneses. Los oficiales al mando, aparentemente, no eran mejores. No confiaban los unos en los otros, según rezaba el informe, y por esta razón los japoneses fueron capaces de moverse de un área a otra, derrotando a los ejércitos chinos uno por uno.

El 9 de diciembre, los aviones japoneses empezaron a arrojar octavillas cerca de Nanking, escritas por Matsui Iwane, uno de los tres generales nipones. La mejor manera de «proteger a los civiles inocentes y las reliquias culturales de la ciudad»,^[130] decía el mensaje, era rendirse. El mensaje

prometía que los japoneses serían duros y no tendrían miramientos con aquellos que resistieran, pero se mostrarían «amables y generosos con los no combatientes y con aquellos soldados chinos que no manifestaran hostilidad hacia Japón». Exigía la rendición de la ciudad en 24 horas, para el mediodía del día siguiente, o «de lo contrario se desatarían todos los horrores de la guerra».

En público, Tang expresó su indignación ante los términos del ultimátum. Mientras arrojaba la octavilla al suelo, dictó dos órdenes que fueron distribuidas entre las tropas. La primera prohibía al ejército retirarse. «Nuestro ejército debe combatir para defender cada pulgada del frente de batalla^[131] —rezaba—. Cualquiera que no obedezca esta orden y se retire, será castigado con severidad». La segunda orden prohibía a cualquier grupo militar utilizar los botes para cruzar el río por cuenta propia. Si algunas unidades militares poseían botes, debían ponerlas a disposición del departamento de transportes. Tang dispuso que el 78.^º Ejército sería la unidad responsable de dirigir y gestionar las cuestiones relacionadas con el transporte, advirtiendo que se castigaría a todo personal militar que fuera sorprendido utilizando botes para uso privado.

En privado, sin embargo, Tang negoció una tregua.^[132] No obstante su promesa original de pelear hasta el último hombre, pareció dispuesto a hacer lo necesario para evitar una confrontación en la ciudad. Apoyándolo en esta posición estaban los pocos estadounidenses y europeos aún presentes en Nanking. Estos individuos altruistas, de los que más tarde nos ocuparemos, habían decidido quedarse en la ciudad para hacer lo que pudieran para ayudar, y habían creado el Comité Internacional para la Zona de Seguridad de Nanking. Uno de sus primeros pasos fue acordonar un área de la ciudad y declararla Zona de Seguridad de Nanking, o Zona de Seguridad Internacional, con el acuerdo de que cualquier persona, china o extranjera, que se encontrara dentro de la misma (con una extensión de cuatro kilómetros cuadrados) estaría fuera del alcance de los japoneses. Ahora, en un esfuerzo final por salvar vidas, ofrecieron tratar de negociar una tregua con los japoneses. Su plan consistía en proponer un alto el fuego de tres días, durante los cuales los japoneses podrían mantener sus posiciones y entrar en Nanking pacíficamente mientras las tropas chinas se retiraban de la ciudad. Tang dio su conformidad a la tregua propuesta y pidió al comité que enviara un mensaje de su parte a Chiang Kai-shek a través de la embajada norteamericana. El plan fue transmitido por radio al Generalísimo a bordo del destructor *USS Panay*. Chiang lo rechazó inmediatamente.

El 10 de diciembre, los japoneses esperaron a que la ciudad se rindiera. [133] A mediodía dos oficiales nipones se plantaron ante la puerta de la Montaña, en la muralla oriental, para ver si el gobierno chino mandaba una delegación con la bandera de la tregua. Cuando nadie vino, el alto mando japonés ordenó un furioso bombardeo de la ciudad.

En los días siguientes hubo intensos combates entre soldados chinos y japoneses en los alrededores de Nanking. Los japoneses tiraron bombas en la ciudad y machacaron la muralla con fuego de artillería pesada. Más tarde Tang revelaría la gravedad de la situación cerca de algunas puertas de la ciudad y lugares estratégicos en un largo, intrincado y desesperado telegrama a Chiang Kai-shek:

Entre los días 9 y 11 de diciembre los japoneses se abrieron paso a través de Guanghuamen por tres veces; en la primera los cuerpos de entrenamiento militar trataron de oponer resistencia, luego la 156.^a división contraatacó, causando muchas bajas en el enemigo y defendiendo con éxito la puerta. Desde el día 11 a mediodía, llegaron con frecuencia malas noticias de la zona de Yuhuatai; Andemen y Fongtaimen cayeron ante el enemigo, se ordenó inmediatamente a la 88.^a división que redujera la línea del frente, se coordinara con el 74.^º y el 71.^º ejércitos, y se transfiriera rápidamente a la 154.^a división como refuerzo. [134]

Pero peores noticias esperaban a Tang, y esta vez no provendrían de los éxitos del enemigo, sino del propio Chiang. A mediodía del 11 de diciembre, el general Gu Zhutong telefoneó a la oficina de Tang. [135] Se habían recibido órdenes directamente de Chiang, según informaba Gu a Tang, de retirada masiva de las fuerzas de Tang. El propio Tang debía apresurarse a ir a Pukow, lugar de una terminal de ferri y ferrocarril al otro lado del río desde Nanking, donde otro general esperaría para recogerlo y llevarlo a un lugar seguro.

Tang expresó su perplejidad. Aparte del hecho de que se le estaba pidiendo que abandonara a sus tropas, lo que en sí era ya una alternativa poco atractiva para cualquier líder, tenía otro problema bien real: sus hombres se encontraban en ese momento combatiendo ferozmente. Informó a Gu de que los japoneses ya habían penetrado en las líneas defensivas; una retirada ordenada no era ni siquiera una posibilidad, ya que de inmediato se convertiría en una desbandada.

«Eso no me preocupa —dijo Gu Zhutong—. Sea como sea, tiene usted que retirarse a medianoche».

Cuando de nuevo Tang le explicó las más que probables consecuencias que tendría una retirada repentina y precipitada, Gu le recordó que él, Tang, había recibido personalmente órdenes de Chiang de «cruzar el río esta noche». «Deje a un subordinado detrás para que maneje la situación si es

necesario», le dijo Gu a Tang, pero «usted debe cruzar el río esta noche», repitió.

«Imposible», dijo Tang. Lo antes que podría cruzar el Yangtsé sería a la noche siguiente. Gu le previno que abandonara la ciudad tan pronto como fuera posible, ya que la situación con el enemigo se había vuelto perentoria.

Esa misma tarde Tang recibió un telegrama de Chiang^[136] que confirmaba la orden: «Comandante en jefe Tang, si usted no puede mantener la situación, deberá aprovechar la oportunidad de retirarse, con el fin de preservar y reorganizar [el ejército] para un futuro contraataque. —Kai. Día 11». Más tarde, aquel mismo día, un angustiado Tang recibió un segundo telegrama de Chiang, de nuevo urgiéndole a que se retirara.

Incapaz de mantener la línea y bajo presión, Tang obedeció. Fue una decisión que desembocó en uno de los peores desastres de la historia militar china.

A las tres de la madrugada del 12 de diciembre, Tang mantuvo una reunión nocturna en su casa.^[137] Cuando sus comandantes y altos oficiales se sentaron en torno a él, Tang les dijo con tristeza que el frente había caído, que no había manera posible de que pudieran defender las puertas de la ciudad, y que Chiang Kai-shek había ordenado que las tropas se retiraran. Les dijo a sus subordinados que se prepararan para la retirada, imprimiendo copias de la orden y otros documentos relacionados. Esa tarde, a la una del mediodía, las órdenes fueron distribuidas entre los militares chinos.

Pero entonces Tang recibió unos informes que lo dejaron electrizado.^[138] Tang esperaba evacuar a sus tropas a través del río Yangtsé. Sin embargo, ahora le informaban de que la armada japonesa estaba dragando las minas del río al este de la isla de Baguazhou y que navegaba por el río rumbo a Nanking. Su llegada bloquearía esa ruta de escape, que era la última que quedaba en la ciudad. Ante lo dramático de la situación, Tang contactó de nuevo con el Comité Internacional para la Zona de Seguridad de Nanking, en el número 5 de la calle Ninghái, y solicitó la ayuda de Eduard Sperling, un hombre de negocios alemán, para negociar una tregua con el enemigo. Sperling aceptó el encargo e intercedió, en calidad de ciudadano alemán, mandando un mensaje a los japoneses;^[139] pero, como luego informaría a Tang, el general Matsui rechazó su ofrecimiento.

Aquella misma tarde,^[140] sólo unos minutos antes de que sus comandantes se reunieran para celebrar un segundo encuentro, Tang

contempló a través de la ventana de su casa cómo una ciudad entera emprendía la huida, las calles abarrotadas de coches, caballos y refugiados —los jóvenes y los viejos, los débiles y los fuertes, los ricos y los pobres—. Cualquiera con un poco de sentido común estaba decidido a escapar mientras pudiera. A las cinco de la tarde comenzó la reunión. Solo duraría diez minutos. Muchos de los oficiales de más alta graduación no asistieron, porque la comunicación entre los comandantes de campo y el mando central estaba prácticamente rota. Otros no llegaron nunca a recibir la notificación de la reunión, pues al ver cuál era la situación con sus propios ojos, habían huido.

Los japoneses, dijo Tang a los reunidos en su casa, ya habían atravesado las puertas de la ciudad y penetrado la muralla en tres lugares. «¿Tienen ustedes aún confianza alguna en poder mantener la línea defensiva?», preguntó. Aunque esperó una respuesta durante varios minutos, la habitación permaneció en silencio.

Tras esta pausa, Tang expuso con tranquilidad las estrategias para la retirada. La evacuación daría comienzo en cuestión de minutos —a las seis de la tarde— y duraría hasta las seis de la madrugada del día siguiente. Una porción del ejército —la 36.^a división— y la policía militar cruzarían el río desde Hsiakwan y se reunirían al otro lado en un pueblo por determinar. El resto del ejército, anunció, tendría que forzar su salida rompiendo el cerco japonés, y los supervivientes se congregarían en la región sur de la provincia de Anhwei. Armas, municiones y equipos de comunicaciones que se dejaran atrás debían ser destruidos, y todas las carreteras y puentes en el camino del ejército en retirada, inutilizados.

Más tarde, en la misma reunión, Tang modificó su orden. Informó a sus hombres de que si la 87.^a y la 88.^a divisiones, el 74.^º ejército y los cuerpos de instrucción militar no podían romper el cerco japonés, en ese caso también ellos debían tratar de cruzar el río. Ahora Tang les daba a cinco divisiones la autoridad de cruzar el río Yangtsé, doblando con ello el número original de hombres involucrados en la operación. Aquella misma tarde el propio Tang se desplazaría a los puertos. Sería un viaje que recordaría durante el resto de su vida.

De forma nada sorprendente, la orden de retirada provocó un gran revuelo en el ejército chino.^[141] Algunos oficiales fueron por toda la ciudad informando al azar a cualquiera con quien se cruzaran de que había que retirarse. Estos soldados se fueron. Otros oficiales no le dijeron nada a nadie,

ni siquiera a sus propias tropas. En lugar de ello, permanecieron ocultos en sus escondites. Sus soldados continuaron combatiendo a los japoneses,^[142] pensando que estaban presenciando una deserción en masa; cuando vieron a otros soldados huir, ametrallaron a cientos de sus camaradas en un esfuerzo por frenar su retirada. Entre la prisa y la confusión por abandonar la ciudad, al menos un tanque chino aplastó a incontables soldados de su propio bando en el camino, solo se detuvo por la explosión de una granada de mano.

Incluso en el trágico cuadro general de la situación, la retirada tuvo sus momentos cómicos.^[143] A medida que los soldados se desesperaban por mezclarse entre la población y evitar así la captura, asaltaron tiendas para robar ropa de civil, que se ponían en público. Las calles pronto se llenaron no sólo de soldados medio desnudos, sino de oficiales de policía medio desnudos, que se habían deshecho de sus uniformes para evitar ser confundidos con soldados. Un hombre deambuló por las calles ataviado solo con su ropa interior y un sombrero de copa, que probablemente había robado de la casa de algún acomodado funcionario gubernamental. En las primeras fases de la retirada, mientras hubo al menos la apariencia de un orden, secciones enteras del ejército chino fueron despojándose de sus uniformes, poniéndose ropa de paisano y marchando en formación, todo simultáneamente. Pero cuando la retirada se convirtió en una desbandada, la rebatiña por la ropa se hizo más desesperada: se llegó a ver a soldados abalanzarse literalmente sobre los viandantes para arrancarles la ropa.

Solo había una manera de salir de la ciudad de forma segura y sin encontrarse con los japoneses, y era a través del puerto norte del río Yangtsé, donde había una flota de juncos esperando a los que llegaran primero. Para alcanzar el puerto, los soldados tenían antes que subir por la principal arteria, que era la calle Chungshan, pasar luego por la puerta noroeste de la ciudad, llamada de Ichang, o puerta del Agua, y a continuación entrar en Hsiakwan, que era el suburbio del puerto del norte.

Pero ante la puerta el escenario era de una congestión casi inverosímil. ^[144] Un problema era que miles de soldados, muchos encaramados en camiones, automóviles y carrozados, estaban tratando de meterse como podían por el estrecho túnel de 70 pies. A las cinco de la tarde el goteo de hombres se había convertido en un río, y al anochecer era ya una inundación: todo el mundo trataba de adentrarse por la pequeña apertura de la puerta. Otro problema era que los soldados en retirada se habían deshecho de infinidad de armamento y suministros para aligerar su carga para el viaje a través del río, y las resultantes pilas de granadas de mano, obuses, ametralladoras, abrigos,

zapatos y cascos junto a la puerta de la ciudad bloqueaban el tráfico. Había también una barricada construida junto a la puerta que bloqueaba la mitad de la calzada. La zona llamaba al desastre.

Tang presenció gran parte de este caos desde la ventanilla de su automóvil negro con chófer, de camino a los muelles.^[145] A medida que el coche maniobraba a través de las marañas de gente, oyó que algunos viandantes lo maldecían. «¿Cómo puedes ir en coche en un momento como este?», le gritaban, sin saber que el pasajero del coche era Tang Sheng-chih. Tang hacía oídos sordos y cerraba los ojos, mientras el coche avanzaba como una tortuga hasta su destino final. Se suponía que debía llegar a los muelles a las seis de la tarde, pero no lo haría hasta las ocho.

Lo que esperaba a Tang a la orilla del río era la locura absoluta. Los oficiales del ejército discutían entre sí a propósito de qué piezas de equipaje había que destruir y cuáles podían embarcar a través del Yangtsé, mientras los soldados trataban de equilibrar los tanques en filas de barcos atadas entre sí. Gran parte de la mercancía se volteó y se hundió de todas formas.

A medida que avanzaba la noche, los soldados se preocupaban por ver cómo cruzaban ellos mismos, dejando atrás tanques y equipamiento. Con cada vez menos barcos disponibles, la escena se fue tornando violenta. Al final, unos 10.000 hombres pugnarían por subirse a bordo de dos o tres barcos, mientras ahuyentaban a otros disparando al aire. Las aterrorizadas tripulaciones trataban de rechazar a la turba que entraba en tropel dando hachazos a los dedos de los soldados que se aferraban a los lados de sus juncos y sampanes.^[146]

Incontables hombres murieron tratando de cruzar el río aquella noche. Muchos ni siquiera lograron cruzar la puerta. Aquella tarde hubo un incendio en la calle Chungshan; las llamas alcanzaron las pilas de munición, tragándose casas y vehículos.^[147] Los caballos atrapados en el tráfico entraron en pánico y recularon, aumentando la confusión de las masas. Los soldados, aterrorizados, salieron en estampida, empujando a cientos de personas a las llamas y a otros tantos hacia el túnel, donde fueron avasallados y pisoteados. Con la puerta bloqueada y un infierno a su alrededor, los soldados que lograron liberarse de la muchedumbre hicieron un intento desesperado por trepar la muralla. Cientos de ellos hicieron jirones sus ropas y las anudaron con cinturones y polainas para fabricar escaleras de cuerda. Uno tras otro fueron escalando las fortificaciones y arrojando rifles y ametralladoras desde los parapetos. Muchos murieron al caer al vacío.

Cuando se fueron los últimos barcos, los soldados se echaron al agua en objetos flotantes improvisados, abrazados o sentados en trozos de vías de madera, troncos, tablas, cubos, bañeras o puertas robadas de las casas de los alrededores. Cuando desaparecieron las últimas piezas de madera, muchos intentaron cruzar a nado, lo que significaba una muerte casi segura.

Tang y otros dos vicecomandantes embarcaron en una pequeña lancha a vapor y esperaron hasta las nueve de la noche a otros dos miembros del personal militar, que nunca llegaron. Desde la lancha, Tang debió de escuchar los gritos de la gente que se peleaba, entremezclados con los sonidos más fuertes y puntuales de los cañones japoneses. Luego estaba la vista, la vista de Nanking en llamas. El resplandor encendía el cielo de la noche.

Uno se imagina los pensamientos que debieron de asaltar al humillado Tang mientras su lancha avanzaba a través del río. Su última imagen de Nanking era la de una ciudad en llamas, con sus gentes que trataban de salvarse a la desesperada, y sus propios soldados que se agarraban a maderos a la deriva para mantenerse a flote en las oscuras y frías aguas del Yangtsé. Más tarde les diría a sus amigos que, aunque había luchado en cientos de batallas a lo largo de veinte años, nunca había vivido un día tan negro como aquel.^[148]

Seis semanas de horror

Para cuando los japoneses franquearon las puertas de Nanking, todos los residentes con algo de dinero, poder o sentido de la previsión ya se habían marchado con destino desconocido. Aproximadamente la mitad de la población original había dejado la ciudad: si antes de la guerra la población nativa excedía el millón de personas, en diciembre había caído a cerca de medio millón.^[149] No obstante, la ciudad había recibido decenas de miles de migrantes provenientes del campo, que habían dejado sus hogares buscando una seguridad que ellos creían que encontrarían dentro de las murallas de Nanking. Los que se quedaron después de la partida de los soldados tendían a ser los más indefensos: niños, ancianos y todos aquellos que eran demasiado pobres, o físicamente débiles, como para asegurarse una vía de escape fuera de la ciudad.

Sin protección, sin recursos personales y sin un plan, todo cuanto poseían estas personas era la esperanza de que los japoneses los tratarían bien. Probablemente muchos se dijeron a sí mismos que, una vez terminados los combates, los japoneses, lógicamente, los tratarían con humanidad. Algunos hasta se habrían convencido de que los japoneses serían mejores gobernantes: después de todo, su propio gobierno los había manifiestamente abandonado cuando más necesitados estaban. Temerosos del fuego, temerosos del bombardeo y temerosos del asedio, grupos dispersos de chinos corrieron, de hecho, a dar la bienvenida a los invasores japoneses, a medida que estos entraban con estrépito en la ciudad con sus tanques, artillería y camiones.^[150] Algunos colgaron banderas japonesas de las ventanas, mientras que otros incluso jaleaban a las columnas niponas que pasaban desfilando por las puertas sur y oeste de la ciudad.

Pero la bienvenida no iba a durar mucho. Testigos oculares relataron más tarde que nada más entrar en la capital los soldados japoneses, que deambulaban en grupos de seis a doce hombres, disparaban contra todo el que veían.^[151] Aparecieron ancianos tendidos boca abajo contra la acera, al parecer disparados por la espalda a capricho; cuerpos de civiles chinos yacían desparramados casi en cada manzana —muchos por hacer cosas tan provocativas como correr cuando vieron aproximarse a los japoneses—.

En las transcripciones sobre crímenes de guerra y en la documentación del gobierno chino sobre lo que aconteció después, las historias empiezan a sonar, por espantosa que sea su dimensión, casi monótonas. Con pocas variantes, el relato de lo sucedido viene a ser algo como lo siguiente:

Los japoneses se llevaban prisioneros a todos los hombres a los que encontraban. Les negaban el agua y el alimento durante días, mientras les prometían comida y trabajo. Al cabo de unos días de semejante suplicio, ataban fuertemente las muñecas de sus víctimas con cable o cuerda y las conducían en grupo a alguna zona aislada. Los hombres, demasiado cansados o deshidratados como para rebelarse, salían con cierto entusiasmo, pues pensaban que les iban a dar de comer. Para cuando veían las ametralladoras, o las espadas ensangrentadas y las bayonetas empuñadas por soldados expectantes, o las fosas comunes hedientes y repletas con los cuerpos de quienes los precedieron, era ya demasiado tarde para escapar.

Más tarde los japoneses justificarían sus acciones con el argumento de que tuvieron que ejecutar a los prisioneros de guerra para salvaguardar sus propias provisiones de alimento, que eran limitadas, y para prevenir revueltas. Pero no hay excusa posible para lo que los japoneses hicieron a cientos de miles de civiles chinos indefensos en Nanking. Estos carecían de armas y no estaban en posición de amotinarse.

Por supuesto, no todos los chinos se sometieron fácilmente al exterminio. La Violación de Nanking no es sólo la historia de una victimización masiva, sino que es también una historia de fortaleza individual y de coraje. Hubo hombres que lograron escapar trepando de tumbas poco profundas, o que aguantaron horas agarrados a los juncos de un Yangtsé helado, o que permanecieron enterrados durante días bajo los cuerpos de sus amigos, para terminar arrastrándose, con el cuerpo perforado por las balas, hasta un hospital, con el único apoyo de una tenaz voluntad de sobrevivir. Hubo mujeres que se ocultaron en agujeros o en trincheras durante semanas, o que entraron sin dudarlo en casas en llamas para rescatar a sus bebés.

Muchos de aquellos supervivientes relatarían luego sus historias a periodistas o historiadores, o testificarían en los juicios por crímenes de guerra que tuvieron lugar en Nanking y Tokio tras la derrota de Japón. Cuando entrevisté a algunos de ellos durante el verano de 1995, supe que muchas de las víctimas chinas de los japoneses al parecer fueron asesinadas por placer. Esa era la observación que hizo Tang Shunsan, ahora octogenario, un residente en Nanking que sobrevivió milagrosamente a uno de los concursos japoneses de matar, en aquel 1937.

Los concursos de matar

A diferencia de los miles de desafortunados civiles que fueron sacados a bombazos de sus casas y terminaron varados en las calles de Nanking, Tang había logrado dar con un refugio durante la masacre.^[152] Tang, que por entonces era un aprendiz de zapatero de veinticinco años, se escondió en la casa de dos compañeros aprendices en Xiaomenkou, una pequeña calle situada en la parte norte de la ciudad. Sus amigos (que Tang conocía con los sobrenombres de «Gran monje» y «Pequeño monje») habían camuflado la entrada de su vivienda retirando la puerta y llenando el espacio vacío con ladrillos, de forma que, desde el exterior, parecía una pared lisa y continua. Durante horas permanecieron sentados en el sucio suelo de la casa, escuchando los gritos y los disparos del exterior.

Los problemas de Tang comenzaron cuando sintió la necesidad repentina de ver a un soldado japonés con sus propios ojos. Durante toda su vida había oído decir que los japoneses tenían el mismo aspecto que los chinos, pero como nunca había estado en Japón, no había podido verificarlo. Ahora se le presentaba una ocasión de oro para hacerlo. Tang trató en un principio de reprimir su curiosidad, pero finalmente sucumbió a ella. Pidió a sus amigos que retiraran los ladrillos de la entrada y que lo dejaran salir.

Como es natural, sus amigos le suplicaron que no saliera, advirtiéndole que los japoneses lo matarían si lo sorprendían deambulando por ahí fuera. Pero no era fácil disuadir a Tang. Gran monje y Pequeño monje trataron durante un buen rato de hacerle entrar en razón, pero al final desistieron. Arriesgando su propia seguridad, retiraron los ladrillos de la puerta y dejaron salir a Tang.

Tan pronto como Tang puso un pie fuera, empezó a lamentarlo. Tan horroso, tan irreal era el escenario que vio ante sí, que quedó paralizado. Tirados en la calle yacían los cuerpos de hombres y mujeres, e incluso de niños pequeños y ancianos. La mayoría habían sido apuñalados o ensartados con bayonetas hasta la muerte. «La sangre lo salpicaba todo —recordaba Tang sobre aquella tarde horrible—, como si los cielos hubieran estado lloviendo sangre».

Entonces Tang vio a otro chino en la calle y, detrás de él, a un grupo de ocho o nueve japoneses que se acercaban a distancia. De forma instintiva, Tang y el extraño se metieron en un cubo de basura y amontonaron paja y papeles sobre sus cabezas. Temblaban de frío y de miedo y, con ellos, a su vez temblaba el cubo.

De pronto, alguien sacudió la paja. Un soldado japonés se cernió sobre ellos con mirada hostil y, antes de que Tang llegara a darse cuenta de lo que sucedía, decapitó con su espada a la persona que estaba junto a él. La sangre brotaba del cuello de la víctima, mientras el soldado metía la mano en el cubo y agarraba la cabeza como un trofeo. «Yo estaba demasiado aterrorizado como para moverme o pensar —recordaba Tang—. Pensé en mi familia y supe que, si moría allí, nunca sabrían lo que me había sucedido».

Entonces una voz china ordenó a Tang que saliera. «*Gun chu lai!*» (¡levanta!) —exclamaba el hombre chino, que Tang sospechaba que era un traidor que trabajaba para los japoneses—. ¡*Gun chu lai*, o te mato!».

Tang salió del cubo lentamente. Al ver que había una acequia al lado de la calle, la idea de intentar la huida se le pasó por la mente, pero se dio cuenta de que estaba demasiado aterrorizado: no podía ni mover las piernas. Entonces vio a un grupo de soldados japoneses que conducían a cientos de chinos calle abajo. Mientras marchaba junto a otros prisioneros, no dejaba de ver cuerpos y más cuerpos extendidos a ambos lados de la calle, algo que le hizo sentirse tan desdichado que casi llegó a desear la muerte.

Al poco, Tang se vio a sí mismo junto a un estanque y a una fosa rectangular recién cavada y llena de cadáveres de chinos, unos sesenta. «Tan pronto como vi la fosa fresca, pensé que o bien nos enterraban vivos o bien nos mataban allí mismo. Tenía demasiado miedo como para moverme, así que me quedé ahí quieto. De pronto se me ocurrió saltar al hoyo, pero entonces vi a dos perros lobo del ejército japonés alimentándose de los cuerpos».

Los japoneses ordenaron a Tang y a los demás prisioneros que se alinearan en fila a cada lado de la fosa común. Él se puso en una de ellas, lo más cerca posible del borde. Al lado aguardaban nueve soldados japoneses, los cuales, con sus uniformes amarillos, sus gorras estrelladas y sus brillantes rifles con bayonetas se antojaban imponentes a ojos de Tang. Estaban lo suficientemente cerca como para comprobar que, en efecto, los japoneses se parecían a los chinos; aunque, llegados a este punto, Tang estaba demasiado aterrado como para que le importara.

Entonces comenzó un concurso entre los soldados: un concurso para determinar quién podía matar más rápido. Mientras un soldado hacía guardia con una ametralladora, preparado para abatir a cualquiera que tratara de escapar, los otros ocho se dividieron en pares para formar cuatro equipos. En cada equipo, un soldado decapitaba prisioneros con una espada mientras los demás recogían las cabezas y las apilaban a un lado. Los prisioneros se quedaban ahí, helados, en silencio y aterrorizados a medida que sus

compatriotas iban cayendo uno a uno. «¡Mata y cuenta, mata y cuenta! — decía Tang, acordándose de lo rápido de la masacre. Los japoneses se reían; uno de ellos incluso hacía fotos—. No había signos de remordimiento por ningún lado».

Tang se vio embargado por una profunda tristeza. «No había escapatoria. Estaba preparado para morir». Le apenaba pensar que su familia y sus seres queridos no llegarían nunca a saber qué había sido de él.

Perdido en estos pensamientos, Tang volvió de pronto a la realidad al comenzar el alboroto. Dos filas más adelante, una mujer embarazada había empezado a luchar por su vida, y arañaba con fuerza a un soldado que trataba de arrancarla del grupo para violarla. Nadie la ayudó, y al final el soldado la mató; abrió su vientre con la bayoneta, sacando no solo sus intestinos, sino también un feto que se retorcía. Tang piensa que ese debió haber sido el momento para que todo el grupo se rebelara, hiciera *algo*, contraatacara y tratara de matar a los soldados, incluso aunque todos los prisioneros murieran en el proceso. Pero aunque los cautivos chinos eran mucho más numerosos que sus torturadores japoneses y tal vez hubieran sido capaces de superarlos, lo cierto es que ninguno se movió. Todo el mundo permaneció extrañamente dócil. Los recuerdos de Tang dan cuenta de un hecho descorazonador: de toda la gente que había alrededor del hoyo, solo una mujer embarazada dio muestras de algún atisbo de coraje.

Poco después un soldado nipón se acercó a Tang blandiendo su espada, para detenerse en la fila anterior a la suya. Entonces Tang tuvo un golpe de suerte, algo casi milagroso. Cuando el soldado decapitó al hombre que estaba directamente enfrente de Tang, el cuerpo de la víctima golpeó a Tang en el hombro, occasionando que Tang, con la inercia, también cayera hacia atrás y terminara, junto con el cadáver, en el hoyo. Nadie se dio cuenta.

Tang metió la cabeza entre las ropas del cadáver. Su plan nunca habría resultado si los japoneses hubieran continuado con su juego original, consistente en decapitar. Al principio los soldados usaban las cabezas de sus víctimas para no perder la cuenta del marcador. Pero luego, para ahorrar tiempo, pasaron a matar a los prisioneros cortándoles la garganta, en lugar de la cabeza. Eso es lo que salvó a Tang: el hecho de que en el hoyo se apilaran también docenas de cuerpos con sus cabezas intactas.

La orgía de matar duró más o menos una hora. Mientras Tang permanecía quieto, haciéndose el muerto, los japoneses tiraron el resto de los cuerpos encima de él. Luego, recuerda Tang, todos los soldados dejaron la escena excepto uno, que se quedó para clavar repetidamente su bayoneta en la fosa

común y asegurarse de que todo el mundo estaba muerto. Tang sufrió cinco heridas de bayoneta sin proferir un quejido y después se desmayó.

Un rato después, hacia las cinco de la tarde, los compañeros de Tang, el Gran monje y el Pequeño monje, fueron al hoyo con la esperanza de recuperar su cuerpo. A través de una grieta en la pared de ladrillos de su casa habían visto a los japoneses llevarse a Tang y a los demás, y ahora suponían que Tang estaría muerto, como el resto. Pero cuando lo vieron moverse bajo la pila de cuerpos, lo sacaron inmediatamente y lo acompañaron de vuelta a la casa.

Entre los cientos de personas asesinadas aquel día durante la competición, Tang fue el único superviviente.

Las torturas

La tortura que los japoneses infligieron a la población nativa de Nanking casi sobrepasa los límites de la comprensión humana. Estos son solo algunos ejemplos:

—*Entierros prematuros*.^[153] Los japoneses dirigieron operaciones de enterramiento con la precisión y eficacia propias de una línea de montaje. Los soldados obligaban a un grupo de cautivos chinos a cavar una fosa, a un segundo grupo a enterrar al primero, luego a un tercer grupo a enterrar al segundo, y así sucesivamente. Con el fin de alargar su agonía, algunas víctimas eran parcialmente enterradas hasta el pecho o el cuello, para ser luego cortadas en pedazos con espadas o atropelladas por caballos o tanques.

—*Mutilación*.^[154] Los japoneses no solo destripaban, decapitaban y desmembraban a sus víctimas, sino que también practicaron formas de tortura aún más atroces. Por toda la ciudad clavaron a prisioneros a tablas de madera y los aplastaron con tanques, los crucificaron a árboles o a postes eléctricos, les extrajeron largas tiras de piel y los usaron como diana para practicar con la bayoneta. Según las fuentes, al menos a un centenar de hombres les arrancaron los ojos, les cortaron la nariz y las orejas y los quemaron vivos. Otro grupo de 200 soldados y civiles chinos fueron desnudados, atados a las columnas y puertas de una escuela y después acuchillados con *zhuizi* (unas agujas especiales con asas) en cientos de puntos por todo el cuerpo, incluyendo la boca, la garganta y los ojos.

—*Muerte por fuego*.^[155] Los japoneses sometieron a grandes multitudes a incineraciones en masa. En Hsiakwan, un soldado japonésató a prisioneros

chinos juntos, de diez en diez, y los tiró a un hoyo, donde fueron rociados con gasolina y prendidos fuego. En la calle Taiping, los japoneses ordenaron a un gran número de dependientes de tiendas que apagaran un fuego, para acto seguido atarlos a todos con cuerdas y arrojarlos a las llamas. Los soldados nipones llegaron a diseñar juegos con fuego. Una forma de entretenimiento era dirigir a grupos de chinos a los pisos altos o a los tejados de edificios, para luego demoler las escaleras e incendiar las plantas bajas. Muchas de aquellas víctimas se suicidaron saltando al vacío desde ventanas y tejados. Otra forma de diversión implicaba empapar a las víctimas en combustible, disparar sobre ellas y ver cómo estallaban en llamas. En un episodio de infiusta memoria, los soldados japoneses llevaron a cientos de hombres, mujeres y niños a una plaza, los rociaron con gasolina y los ametrallaron.

—*Muerte por hielo*.^[156] Con intención y alevosía, miles de víctimas fueron congeladas hasta la muerte durante la Violación de Nanking. Por ejemplo, los soldados japoneses forzaban a cientos de prisioneros chinos a desfilar hasta la orilla de un lago helado, donde se les ordenaba que se desvistieran, rompieran el hielo y se metieran en el agua «a pescar». Sus cuerpos, endurecidos y convertidos en dianas flotantes, eran inmediatamente acribillados a tiros. En otro episodio, los japoneses ataron a un grupo de refugiados, los arrojaron a un estanque poco profundo y los bombardearon con granadas de mano, provocando «una ducha explosiva de sangre y carne».

—*Muerte por perros*.^[157] Una forma diabólica de tortura consistía en enterrar a las víctimas hasta la cintura para ver cómo eran despedazadas por pastores alemanes. Hubo testigos que vieron cómo los soldados japoneses desnudaban a una víctima y luego azuzaban a pastores alemanes para que le mordieran las partes más sensibles de su cuerpo. Los perros no solo le abrieron el vientre, sino que sacaron sus intestinos y los arrastraron por la tierra durante un trecho.

Los episodios arriba mencionados son solo una fracción de los métodos que los japoneses emplearon para atormentar a sus víctimas. Los soldados saturaron a personas en ácido,^[158] empalaron a bebés con bayonetas^[159] o colgaron a la gente por la lengua.^[160] Un reportero japonés que más tarde investigaría la Violación de Nanking supo que al menos un soldado japonés arrancó el corazón y el hígado de una víctima china para comérselos.^[161] Al parecer se consumían hasta los genitales:^[162] un soldado chino que logró escapar de sus guardianes japoneses vio a varios muertos en las calles que tenían los penes cortados. Más tarde le dijeron que los penes se vendían a

clientes japoneses que creían que, al comérselos, su virilidad se vería potenciada.

Las violaciones

Si la escala y la naturaleza de las ejecuciones que tuvieron lugar en Nanking nos resultan difíciles de concebir, lo mismo ocurre con la escala y la naturaleza de las violaciones.

Ciertamente se trató de una de las mayores violaciones en masa de la historia de la humanidad. Susan Brownmiller, autora de un libro de referencia sobre el tema, *Against our Will: Men, Women and Rape*, cree que la Violación de Nanking fue probablemente el peor caso de violación infligida a una población civil, con la única excepción del trato que sufrieron las mujeres bengalíes a manos de soldados paquistaníes en 1971.^[163] (Se estima que entre 200.000 y 400.000 mujeres fueron violadas en Bangladés durante el régimen de terror de nueve meses de duración que siguió a una fallida rebelión). Brownmiller sospecha que la Violación de Nanking sobrepasa en escala incluso la violación de mujeres en la antigua Yugoslavia, aunque es difícil decirlo con certeza debido a la poca fiabilidad de las estadísticas bosnias sobre estos crímenes.

Es imposible determinar con exactitud el número de mujeres que fueron violadas en Nanking. Los cálculos oscilan entre un mínimo de 20.000 y un máximo de 80.000.^[164] Pero lo que los japoneses hicieron a las mujeres de Nanking no es computable como un mero hecho estadístico. Nunca conoceremos toda la dimensión del daño psicológico sufrido, ya que muchas de las mujeres que sobrevivieron a aquel suplicio terminaron embarazadas, y el caso de las mujeres chinas embarazadas por violadores japoneses en Nanking es tan sensible que no ha sido jamás estudiado en profundidad. Que yo sepa, y según los historiadores y funcionarios chinos presentes en el pabellón conmemorativo erigido en memoria de la masacre de Nanking, ni una sola mujer china ha admitido hasta la fecha haber tenido un hijo como resultado de aquella violación. Muchos de aquellos niños fueron asesinados en secreto;^[165] según un sociólogo norteamericano que estuvo en la ciudad en el momento de la masacre, numerosos niños medio japoneses fueron estrangulados o ahogados al nacer. Resulta difícil imaginar la culpa, la vergüenza y la autoconmiseración que aquellas mujeres chinas debieron de sentir ante la disyuntiva de criar a un niño al que no podían amar o cometer

infanticidio. Sin duda, muchas mujeres no pudieron decidirse. Entre 1937 y 1938 un diplomático alemán informó de que incontables mujeres chinas^[166] se estaban quitando la vida arrojándose al río Yangtsé.

Lo que sí sabemos a ciencia cierta, sin embargo, es que era muy fácil convertirse en una víctima de violación en Nanking. Los japoneses violaron a las mujeres de Nanking sin distinción de clase social: mujeres de granjeros, estudiantes, profesoras, trabajadoras de cuello blanco y de cuello azul, esposas de empleados de la YMCA (Asociación Cristiana de Jóvenes), profesoras de universidad e incluso monjas budistas, algunas de las cuales fueron violadas en grupo hasta la muerte.^[167] Eran también sistemáticos en su reclutamiento de mujeres. En Nanking los soldados japoneses las buscaban constantemente cuando saqueaban viviendas y se llevaban a los hombres para ejecutarlos. Algunos llegaron a efectuar registros casa por casa, exigiendo dinero y *hua gu niang* —chicas jóvenes—.^[168]

Esto planteó un terrible dilema^[169] para las mujeres jóvenes de la ciudad, que dudaban si quedarse en casa o buscar refugio en la Zona de Seguridad Internacional —el territorio neutral custodiado por norteamericanos y europeos—. Si se quedaban en sus casas, corrían el riesgo de ser violadas ante sus familias. Pero si dejaban su hogar en busca de la zona de seguridad, se exponían a ser capturadas por los japoneses en las calles. Para las mujeres de Nanking había trampas por todas partes. Por ejemplo, el ejército japonés fabricó historias sobre mercados en los que las mujeres podían intercambiar sacos de arroz y harina por pollos y patos.^[170] Pero cuando las mujeres se presentaban en el lugar con intención de hacer el trueque, encontraban pelotones de soldados esperándolas. Algunos soldados se servían de traidores chinos para localizar a posibles candidatas a ser violadas.^[171] Incluso en la zona de seguridad, los japoneses escenificaron incidentes para distraer a los extranjeros de los campos de refugiados, dejando a las mujeres vulnerables ante incursiones para raptarlas.

Las mujeres chinas fueron violadas en cualquier lugar y a todas horas. Se calcula que un tercio de todas las violaciones tuvieron lugar durante el día.^[172] Las supervivientes recuerdan incluso que los soldados abrían las piernas de las víctimas para violarlas a plena luz del día y en medio de la calle, ante multitud de testigos.^[173] Ningún lugar era demasiado sagrado.^[174] Los japoneses atacaron a mujeres en conventos, iglesias y escuelas bíblicas. Diecisiete soldados violaron, uno tras otro, a una mujer en un seminario. «Cada día, 24 horas al día^[175] —según informaba el periódico *Dagong Dail* y

sobre la gran Violación de Nanking—: No pasaba una sola hora sin que una mujer inocente fuera arrastrada a algún lugar por un soldado japonés».

La avanzada edad no preocupaba a los japoneses. Matronas, abuelas y bisabuelas sufrieron repetidos ataques sexuales. A un soldado japonés que violó a una mujer de sesenta años le ordenaron que «se limpiara el pene con su boca».^[176] Cuando una mujer de sesenta y dos años protestó a los soldados porque era demasiado mayor para el sexo, «le clavaron un palo como alternativa».^[177] Muchas mujeres octogenarias fueron violadas hasta la muerte,^[178] y al menos una mujer de ese grupo de edad fue muerta de un disparo porque rechazó a un soldado japonés.

Si el trato que dispensaron los japoneses a las ancianas fue terrible, lo que les hicieron a las niñas pequeñas fue inconcebible. Violaron a niñas de forma tan brutal que algunas no pudieron caminar durante semanas.^[179] Muchas tuvieron que ser operadas; otras murieron. Testigos chinos vieron a japoneses violar a niñas de menos de diez años en las calles y después cortarlas por la mitad con la espada.^[180] En algunos casos, los japoneses les cortaban la vagina a las niñas prepúberes para poderlas violar con más eficacia.^[181]

Tampoco los avanzados estados de gestación inmunizaban a las mujeres frente a las agresiones.^[182] Los japoneses violaron a muchas que estaban a punto de dar a luz, estaban dando a luz o acababan de dar a luz unos días antes. A una víctima que estaba embarazada de nueve meses la violación no solo le provocó perder el bebé, sino un colapso mental completo.^[183] Al menos una mujer embarazada fue pateada hasta la muerte.^[184] Y más truculento aún fue el trato que recibieron algunos de los niños no nacidos de estas mujeres. Después de las violaciones en grupo, los soldados japoneses a veces abrían en canal los vientres de las embarazadas y les extraían los fetos por diversión.^[185]

La violación de mujeres con frecuencia venía acompañada de la masacre de familias enteras.

Uno de los episodios más conocidos de semejante masacre fue recogido con gran detalle por misioneros norteamericanos y europeos en Nanking.^[186] El 13 de diciembre de 1937, treinta soldados japoneses llegaron a una casa china, situada en el número 5 de Hsing Lu Kao, en la parte suroriental de la ciudad. Asesinaron al propietario cuando abrió la puerta, y después al señor Hsia, el inquilino que se había hincado de rodillas para pedirles que no mataran a nadie más. Cuando la mujer del propietario preguntó por qué

habían matado a su marido, la mataron también a ella. Acto seguido los japoneses sacaron a rastras a la señora Hsia de debajo de una mesa del salón de invitados, donde había tratado de esconderse con su bebé de un año. La desnudaron, la violaron y, cuando terminaron, le clavaron la bayoneta en el pecho. Los soldados le clavaron una botella de perfume en la vagina y después mataron al bebé con la bayoneta. Fueron luego a la habitación contigua, donde encontraron a los padres de la señora Hsia y a dos hijas adolescentes. La abuela, que trató de proteger a las niñas de los violadores, recibió un disparo de revólver; el abuelo se abrazó al cuerpo de su mujer y fue asesinado inmediatamente.

Los soldados desnudaron a las niñas y se turnaron para violarlas: la de dieciséis años, por dos o tres hombres; la de catorce años, por tres. Tras violar a la niña mayor, los japoneses la mataron a puñaladas y después le clavaron una caña de bambú en la vagina. A la más joven se limitaron a clavarle la bayoneta, «ahorrándole el horrible trato que dispensaron a su hermana y a su madre», según palabras del extranjero que describió la escena por escrito. Los soldados también le clavaron la bayoneta a otra hermana, de ocho años, que se había escondido con su hermana de cuatro años bajo las mantas de una cama. La de cuatro años se quedó bajo las mantas durante tanto tiempo que casi se asfixió. La falta de oxígeno le provocó unos daños cerebrales que le durarían de por vida.^[187]

Antes de irse, los soldados asesinaron a los dos hijos del propietario, de cuatro y dos años; al mayor lo mataron con la bayoneta y al pequeño le cortaron la cabeza con una espada. Cuando pudo salir, la superviviente de ocho años, que se había escondido bajo las mantas, se arrastró como pudo hasta la habitación contigua y se recostó junto al cuerpo de su madre. Junto a su hermana de cuatro años, sobrevivieron durante catorce días comiendo las cortezas de arroz que su madre había preparado antes del asedio. Cuando un miembro del Comité Internacional llegó a la casa semanas después de la masacre, vio que una chica joven había sido violada encima de una mesa. «Durante el tiempo que yo estuve allí^[188] —según testificaría más tarde—, la sangre sobre la mesa [no se había] secado del todo».

Una historia parecida, no menos espeluznante, la protagoniza una niña china de quince años cuya familia fue asesinada ante sus propios ojos.^[189] Los japoneses primero mataron a su hermano, a quien acusaron falsamente de ser un soldado chino; luego, a la mujer del hermano y a su hermana mayor, porque ambas se resistieron a ser violadas; y finalmente, a su padre y a su madre, que se arrodillaron en el suelo implorando a los japoneses que

respetaran la vida de sus hijos. Antes de morir bajo las bayonetas, sus últimas palabras suplicaban a la joven hija que hiciera todo cuanto los soldados enemigos le pidieran.

La chica se desmayó. Al volver en sí se encontró desnuda en el suelo de una habitación extraña y cerrada. Alguien la había violado mientras estaba inconsciente. Le habían quitado la ropa, así como a otras chicas del edificio. Su habitación estaba en la segunda planta de un bloque reconvertido para servir de barracones a 200 soldados japoneses. En el interior, las mujeres pertenecían a dos grupos: las prostitutas, que tenían una cierta libertad y no eran maltratadas, y las chicas que, como ella, habían sido raptadas como esclavas sexuales. De este último grupo, al menos una chica había tratado de suicidarse. Durante un mes y medio la niña de quince años fue violada dos o tres veces al día. En un momento dado, llegó a estar tan enferma que los japoneses la dejaron tranquila. Un día un amable oficial japonés y que hablaba chino se acercó a ella y le preguntó que por qué lloraba. Tras oír su historia, la llevó a Nanking en coche, la dejó bajarse en la puerta del Sur y le apuntó en un papel el nombre del Ginling College. La chica estaba demasiado enferma como para caminar hasta Ginling el primer día, así que buscó refugio en una casa china. Solo al segundo día llegó a Ginling, donde miembros del Comité Internacional la llevaron inmediatamente al hospital.

Con todo, aquella chica pudo considerarse afortunada. Muchas otras, atadas desnudas a sillas, camas o postes como si fueran instalaciones permanentes para la violación, no sobrevivieron el trance.^[190] Testigos chinos describieron el cuerpo de una niña de once años que murió después de haber sido violada de forma continuada durante dos días: «Según informes de testigos oculares, la zona hinchada, reventada y manchada de sangre entre las piernas de la niña era algo demasiado perturbador como para mirarlo directamente».^[191]

Durante aquella violación masiva, los japoneses reventaron a chicos y a niños, a menudo porque pasaban por ahí.^[192] Testigos oculares describen cómo ahogaban a niños y a bebés metiéndoles trapos en la boca, o cómo los ensartaban con bayonetas porque lloraban mientras violaban a sus madres. Los observadores norteamericanos y europeos de la Violación de Nanking recogieron muchas entradas de este tipo: «415. 3 de febrero, alrededor de las cinco de la tarde en Chang Su Hsiang (cerca de Ta Chung Chiao). Tres soldados vinieron y obligaron a una mujer a que tirara a su bebé. Después de violarla se marcharon riendo».^[193]

Innumerables hombres murieron tratando de proteger a sus seres queridos de la violación. Cuando los japoneses se llevaban a una mujer de una cabaña y su marido intervino, «le metieron un cable a través de la nariz y ataron el otro extremo del cable a un árbol, igual que se hacía para atar un toro».^[194] Allí le clavaron la bayoneta una y otra vez, sin importarles los ruegos de su madre, que, tirada en el suelo, gritaba fuera de sí. Los japoneses ordenaron a la madre que se metiera en la casa o de lo contrario la matarían. El hijo murió de las heridas allí mismo.

En Nanking, la capacidad de los japoneses para la degradación humana y la perversión sexual parecía no tener límite. De la misma forma que algunos soldados inventaron los concursos de matar para romper la monotonía del asesinato, algunos otros, hastiados por la superabundancia de sexo, inventaron la violación y la tortura recreativas.

Quizá una de las más brutales formas de entretenimiento japonés era el empalamiento de vaginas.^[195] Por las calles de Nanking yacían cadáveres de mujeres con las piernas abiertas y los orificios perforados con palos de madera, ramitas o hierbajos. Resulta doloroso, casi hasta el colapso mental, detenerse en algunos de los demás objetos que empleaban para atormentar a sus víctimas, que sufrieron suplicios insoportables. Por ejemplo, un soldado japonés que violó a una joven le metió una botella de cerveza y le disparó.^[196] Otra víctima de violación fue hallada con un palo de golf incrustado en ella. Y el 22 de diciembre, en un barrio próximo a la puerta de Tongjimen, los japoneses violaron a la mujer de un barbero y después le pusieron un petardo en la vagina. Estalló y la mató.^[197]

Pero no todas las víctimas eran mujeres. Los hombres chinos fueron con frecuencia sodomizados o forzados a practicar toda una variedad de actos sexuales repulsivos ante jocosos soldados japoneses.^[198] Al menos un hombre chino fue asesinado porque se negó a cometer necrofilia con el cadáver de una mujer en la nieve.^[199] A los japoneses también les encantaba tratar de obligar a hombres que habían hecho votos de celibato de por vida a practicar actos sexuales. Una mujer china se había disfrazado de hombre para tratar de pasar inadvertida por una de las puertas de Nanking,^[200] pero los guardias japoneses, que sistemáticamente cacheaban a todos los viandantes manoseando sus entrepiernas, descubrieron su verdadero sexo. Mientras la violaban en grupo, un monje budista tuvo la mala suerte de pasar por allí. Los

japoneses trataron de forzarlo a copular con la mujer a la que acababan de violar. Cuando el monje protestó, lo castraron. Murió allí mismo, desangrado.

Algunos de los más miserables ejemplos de tortura sexual implicaban la degradación de familias enteras. Los japoneses experimentaban un placer sádico en forzar a los hombres chinos a cometer incesto —que los padres violaran a sus propias hijas, los hermanos a sus hermanas, los hijos a sus madres—. Guo Qi,^[201] un comandante de batallón chino varado en Nanking durante tres meses tras la caída de la ciudad, vio o escuchó al menos cuatro o cinco casos en los que los japoneses ordenaron a hijos violar a sus madres; aquellos que se negaban eran asesinados en el acto. Su informe viene a ser corroborado por el testimonio de un diplomático alemán, que informó de que un hombre chino que se había negado a violar a su propia madre fue asesinado a sablazos, y que su madre se suicidó poco después.^[202]

Algunas familias aceptaron abiertamente la muerte, antes que participar en su propia destrucción. Una de esas familias estaba cruzando el río Yangtsé cuando dos soldados japoneses los pararon para una inspección.^[203] Al ver que en la barca había niñas y mujeres jóvenes, los soldados las violaron ante los ojos de sus padres y maridos. Y por si eso no fuera lo suficientemente horrible, los reclutas exigieron después al cabeza de familia que violara también a las mujeres. En lugar de obedecer, toda la familia saltó al río y se ahogó.

Una vez que las mujeres eran aprehendidas por soldados japoneses tenían pocas posibilidades, ya que la mayor parte eran asesinadas inmediatamente después de ser violadas.

Pero no todas las mujeres se sometieron fácilmente. Muchas lograron esconderse de los japoneses durante meses (entre pilas de latas de combustible, bajo pacas de paja o de forraje, en cochiqueras, en barcos, en casas abandonadas, etc.).^[204] En el campo las mujeres se ocultaron en cuevas cubiertas —agujeros que los japoneses trataban de localizar pateando el suelo —.^[205] Una monja budista y una niña pequeña evitaron la violación y el asesinato porque se mantuvieron calladas en una fosa repleta de cadáveres, haciendo las muertas durante cinco días.^[206]

Las mujeres eludieron la violación empleando diversas técnicas. Algunas recurrieron al disfraz —se embadurnaron la cara de hollín para parecer viejas y enfermas, o se afeitaron la cabeza para hacerse pasar por hombres—.^[207] (Una astuta joven se disfrazó de anciana renqueante con bastón, e incluso tomó prestado a un pequeño de seis años a modo de joroba hasta alcanzar la zona de seguridad del Ginling College).^[208] Otras fingieron enfermedad,

como la mujer que les contó a los soldados japoneses que había dado a luz a un niño muerto cuatro días antes.^[209] Otra mujer siguió el consejo de un prisionero chino de meterse los dedos en la garganta y vomitar varias veces.^[210] (Sus guardianes japoneses la expulsaron apresuradamente del edificio). Algunas escaparon a la carrera, perdiéndose entre la multitud y escalando muros para zafarse de los japoneses que las perseguían obstinadamente. Una chica se libró por los pelos porque logró zancadillear a un soldado japonés en la tercera planta de una casa y deslizarse luego hasta el suelo por un tronco de bambú que un chino colocó para ella desde el jardín contiguo.^[211]

Una vez apresadas, las mujeres que se resistían afrontaban la posibilidad de la tortura a modo de advertencia para las demás. Las que se atrevían a desafiar a los nipones con frecuencia eran halladas después sin ojos, sin nariz, sin orejas o con los pechos seccionados.^[212] Pocas mujeres se atrevían a luchar contra sus asaltantes, pero sí hubo episodios aislados de resistencia. Una maestra de escuela abatió a tiros a cinco soldados japoneses antes de ser acribillada.^[213] La historia más famosa la protagonizó Li Xouying, una mujer que no solo sufrió treinta y siete heridas de bayoneta durante su combate contra los japoneses, sino que sobrevivió y conservó la suficiente fuerza como para contar e interpretar la historia casi sesenta años después.

En 1937, Li Xouying, de 18 años, era la novia de un técnico militar.^[214] Cuando el gobierno evacuó la capital, su marido dejó Nanking en un tren repleto de soldados chinos. Li se quedó en la ciudad porque estaba embarazada de seis o siete meses y le pareció que era peligroso, en su estado, meterse en un tren abarrotado.

Al igual que muchos otros civiles chinos en Nanking, Li y su padre huyeron a la Zona de Seguridad, en manos extranjeras. Se escondieron en el sótano de una escuela elemental reconvertida en campo de refugiados. Pero aquel campo, como otros tantos en la zona, era objeto de continuas incursiones e inspecciones japonesas. El 18 de diciembre, un grupo de soldados japoneses entraron en él y se llevaron a rastras a los hombres jóvenes del colegio. A la mañana siguiente volvieron a por las mujeres. Temerosa de lo que los nipones podrían llegar a hacerle a una ama de casa embarazada, Li tomó una decisión impulsiva. Trató de matarse golpeándose la cabeza contra el muro del sótano.

Cuando recobró el conocimiento, se vio a sí misma acostada en un pequeño catre de lona en el suelo del sótano. Los japoneses se habían

marchado, pero se habían llevado a varias mujeres jóvenes con ellos. Desesperados pensamientos rondaban la cabeza de Li mientras yacía aturdida en el catre. Si salía del edificio, podría estar lanzándose a los brazos de los violadores japoneses. Pero si no hacía nada y esperaba, probablemente volverían a por ella. Li decidió quedarse. Si los japoneses no regresaban, todo estaría bien. Pero si lo hacían, pelearía hasta la muerte: prefería morir, se dijo a sí misma, antes que ser violada por los japoneses.

Al poco tiempo escuchó las fuertes pisadas de tres soldados japoneses que bajaban por las escaleras. Dos de ellos agarraron a un par de mujeres y las arrastraron entre gritos fuera de la habitación. El recluta que se quedó miró a Li atentamente mientras esta permanecía inmóvil en el catre. Alguien le dijo que Li estaba enferma, ante lo cual él optó por echar al pasillo, a patadas, a toda la demás gente que había en la habitación.

Lentamente, el soldado caminó hacia atrás y hacia delante, evaluándola. De pronto —antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría—, ella tomó la iniciativa. Saltó del catre, agarró con un rápido movimiento la bayoneta del cinturón del soldado y se tiró de espaldas contra la pared. «El soldado entró en pánico —recuerda Li—. Nunca pensó que una mujer se defendería». Él le agarró la muñeca que blandía la bayoneta, pero ella le cogió por el cuello de la casaca con su mano libre y le mordió en los brazos con todas sus fuerzas. Aunque el soldado llevaba encima todo el equipo de combate y Li un simple *qipao* de algodón que le constreñía, se defendió bien. Ambos forcejearon y se patearon hasta que el soldado, viéndose superado, pidió ayuda a gritos.

Los otros soldados acudieron y, naturalmente, no dieron crédito a lo que vieron. Se abalanzaron sobre ella con sus bayonetas, pero no lograron acertarle de lleno porque su camarada se interponía. Como su oponente era muy bajito y pequeño, Li fue capaz de levantarla en vilo y utilizarla como escudo para protegerse de las puñaladas de los otros. Pero entonces los soldados apuntaron con sus bayonetas a su cabeza, cortándole la cara con las cuchillas y saltándole los dientes. Su boca se llenó de sangre, que ella les escupió en la cara. «Había sangre en las paredes, en la cama, en el suelo, por todas partes —recuerda Li—. Yo no sentía miedo: sentía furia. Mi único pensamiento era pelear y acabar con ellos». Finalmente, un soldado le clavó la bayoneta en el vientre y todo se volvió oscuro.

Los soldados la dieron por muerta. Cuando el cuerpo de Li fue llevado ante su padre, este, al no poder sentir su aliento, asumió lo peor. Le pidió a alguien que la llevara detrás del colegio y que cavara una sepultura. Por fortuna, antes del entierro alguien notó que Li respiraba aún y que de la boca

le salían burbujas de sangre. Los amigos se apresuraron a trasladar a Li al hospital universitario de Nanking, donde los médicos cosieron sus treinta y siete heridas de bayoneta. Mientras seguía inconsciente, aquella noche perdió al bebé.

La noticia del combate de Li llegó de alguna manera a oídos de su marido, que inmediatamente solicitó al ejército tres meses de permiso y pidió dinero prestado para regresar a Nanking. En agosto de 1938, regresó. Encontró a su mujer con la cara hinchada y atravesada de cicatrices y el cabello nuevo que comenzaba a brotarle de la cabeza como un cepillo.

Li sufriría dolor y vergüenza por sus heridas durante el resto de su vida. La mucosa le salía por un agujero abierto en el lateral de la nariz y le lloraban los ojos con el mal tiempo o con los brotes de enfermedad. (Milagrosamente, aunque los japoneses le habían alcanzado los ojos con sus bayonetas, Li no perdió la vista). Cada vez que se miraba al espejo, veía las cicatrices que le recordaban aquel terrible día, el 19 de diciembre de 1938. «Ahora, después de cincuenta y ocho años, las arrugas han cubierto las cicatrices —me dijo durante la visita que le hice en su apartamento en Nanking—. Pero cuando era joven, las cicatrices en mi cara eran evidentes y horribles».

Li cree que aquella determinación de defenderse provenía de una combinación de su propia personalidad y sus antecedentes familiares. A diferencia de otras mujeres chinas, a quienes desde una edad temprana se les enseña a ser sumisas, ella proviene de una familia completamente desprovista de influencia femenina. Su madre murió cuando ella era una niña de trece años, lo que la obligó a crecer entre hombres en una ruda familia de militares. Su padre, su hermano y sus tíos eran soldados o policías, y bajo su influencia ella se convirtió en una dura mocetona. De niña, su temperamento era tan brusco que su padre no se atrevió a enseñarle kung-fu, sin duda por miedo a que aterrorizara a los otros niños del vecindario. Casi sesenta años después, rodeada de sus numerosos hijos y nietos, Li conservaba su salud y pasión por la vida —y también su fama de iracunda—. Lo único de lo que se arrepentía, decía, era de no haber aprendido kung-fu con su padre; de haberlo hecho, tal vez hubiera disfrutado del placer de matar a los tres soldados japoneses aquel día.

Los muertos

¿Cuánta gente murió durante la Violación de Nanking? Cuando el Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente (IMTFE) pidió a Miner Searle Bates, profesor de historia en la Universidad de Nanking, que hiciera una estimación del número de muertes, respondió: «La pregunta es tan vasta que no sé por dónde empezar; la dimensión completa de este crimen es tan extraordinaria que nadie puede ofrecer una panorámica total del mismo».^[215]

El especialista militar chino Liu Fang-chu propuso la cifra de 430.000.^[216] Los delegados presentes en el Pabellón Conmemorativo de las Víctimas de la Masacre de Nanking por los Invasores Japoneses y el procurador del tribunal del distrito de Nanking en 1946 hablaron de un mínimo de 300.000 muertos.^[217] Los jueces del IMTFE concluyeron que se había asesinado a más de 260.000 personas en Nanking.^[218] Fujiwara Akira, un historiador japonés, nos da una cifra de aproximadamente 200.000.^[219] John Rabe, que nunca llevó a cabo un recuento sistemático y que dejó Nanking en febrero, antes de que terminara la masacre, estimó que se había matado a entre 50.000 y 60.000 personas.^[220] El escritor japonés Hata Ikuhiko defiende que la cifra está entre los 38.000 y los 42.000.^[221] Y otros estudiosos japoneses hablan incluso de no más de 3.000 personas.^[222] En 1994 aparecieron pruebas en los archivos de una compañía de ferrocarril de Manchuria, antes en manos de los japoneses, que revelaban que un solo escuadrón de enterramiento se ocupó de más de 30.000 cuerpos en Nanking entre enero y marzo de 1938.^[223]

Quizá nadie haya llevado a cabo un estudio más exhaustivo de las estadísticas que Sun Zhaiwei, historiador en la Academia Jiangsu de Ciencias Sociales.^[224] En un trabajo académico fechado en 1990 y titulado «The Nanking massacre and the Nanking population» [la masacre de Nanking y la población de Nanking], nos informa de que, de acuerdo con los datos censales, en 1937 la población de Nanking excedía el millón de habitantes antes de que estallaran las hostilidades entre Japón y China. Empleando como fuente documentos de los archivos chinos, memorias de oficiales del ejército chino e informes de la delegación de la Cruz Roja en Nanking, determinó que en el momento de la ocupación japonesa debía de haber al menos medio millón de residentes de larga duración en la ciudad (el resto ya se había marchado), además de 90.000 soldados chinos y decenas de miles de migrantes: es decir, un total de aproximadamente 600.000 personas, quizá incluso 700.000.

Sun nos ofrece sus cálculos en un segundo trabajo de investigación. Los archivos de la ciudad de Nanking y los Archivos Nacionales de China (núm. 2) contenían datos de enterramientos suministrados por familias,

organizaciones caritativas locales y por el *Nanjing zizhi weiyuanhui*^[225] —el gobierno títere chino bajo control japonés—. Después de examinar minuciosamente estos datos, Sun descubrió que las organizaciones caritativas de Nanking enterraron al menos 185.000 cuerpos; los particulares, a un mínimo de 35.000; y el gobierno local controlado por Japón, a más de 7.400. (Algunos de los datos de enterramiento son tan detallados que incluyen hasta categorías como el sexo de las víctimas y la ubicación de los emplazamientos). Si nos fiamos exclusivamente de los datos de inhumación chinos, Sun calculó que el número de fallecidos en la Violación de Nanking excedía la cifra de 227.400.

Con todo, esta estadística se queda corta, pues no tiene en cuenta la increíble confesión que hizo un prisionero japonés casi cuatro décadas antes de que Sun escribiera su trabajo de investigación.^[226] En 1954, mientras esperaba el juicio en el campo para criminales de guerra de Fuxuan, en la provincia nororiental de Liaoning, Ohta Hisao, un mayor del ejército imperial japonés, presentó un informe de 44 páginas en el que confesaba que el ejército japonés se deshizo de cadáveres, los incineró o los enterró en un esfuerzo masivo de inhumación. La mayoría de los cuerpos provenían de Hsiakwan, el área contigua al río al noroeste de Nanking. En el embarcadero los japoneses apilaron cincuenta cuerpos en cada una de las barcazas que aguardaban, para llevarlos luego a la mitad del río y tirarlos por la borda. Los camiones llevaban cadáveres a otras áreas, donde eran incinerados y enterrados para eliminar pruebas de la masacre. Durante tres días, desde el 15 de diciembre de 1937, la unidad del ejército de Ohta arrojó al río 19.000 cuerpos de víctimas chinas, mientras que una unidad vecina inhumó 81.000 cadáveres y otras unidades se deshicieron de 50.000, lo que nos da una cifra total de 150.000 cuerpos. Sumando la cifra de Ohta a sus propios cálculos de los datos estadísticos de inhumaciones chinas, Sun concluyó que el número total de cadáveres ascendía a la asombrosa cifra de 377.400 —un número que excede la suma de víctimas mortales de los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki combinados—.

ESTIMACIÓN DEL NÚMERO DE VÍCTIMAS DE LA MASACRE JAPONESA EN NANKING

Tsun-Shan-tang	112.266
Sociedad de la Esvástica Roja	43.071
Distrito de Shia Kwan (sic)	26.100
Consignadas por el Sr. Lu Su	57.400
Consignadas por los Sres. Jui, Chang y Young	7.000 o más
Consignadas por el Sr. Wu	2.000 o más
Consignadas en el Sepulcro de las Víctimas Desconocidas	3.000 o más
 TOTAL (aproximadamente)	 260.000

FUENTE: documento número 1.702, caja 134, memoria del IMTJE, exhibiciones procesales, 1948, Colección de registros sobre Crímenes de guerra de la Segunda Guerra Mundial [WWII War Crimes Records Collection], entrada 14, actas del grupo 238, Archivos Nacionales.

Por mucho que los escépticos consideren que la confesión de Ohta no es veraz, debe tenerse en cuenta que, incluso si omitimos su testimonio, los datos referentes a las inhumaciones en el periodo de la masacre en Nanking ofrecen una prueba convincente de que el balance de muertos se sitúa, como mínimo, en el orden de los 200.000. La investigación de Sun se ve corroborada por las exhibiciones que se hicieron durante los procesos judiciales, que pude rescatar de las memorias del IMTFE (véase la tabla de la página 137). Si sumamos los cálculos de inhumaciones de las organizaciones caritativas y los recuentos de cuerpos efectuados por otros individuos (no mencionados en el trabajo de investigación de Sun), el tribunal concluyó que aproximadamente 260.000 personas fueron asesinadas durante la masacre de Nanking. Es importante recordar que la cifra del IMTFE no incluye las estadísticas de inhumación japonesas de los muertos chinos, que elevarían la cifra al orden de los 300.000 o incluso los 400.000.

En años recientes otros académicos han venido a reforzar el estudio de Sun, y a dar credibilidad al argumento de que el balance de muertos de Nanking pudo haber superado las 300.000 personas. Por ejemplo, en su trabajo de investigación «Let the whole world know the Nanking Massacre» [Que el mundo conozca la masacre de Nanking], Wu Tien-wei, profesor emérito de Historia en la Universidad del Sur de Illinois, calcula que la población de la ciudad con anterioridad a su caída era de aproximadamente 630.000 personas, una cifra que, según reconoce, no es exacta, pero que bien puede aproximarse al número real.^[227] Después de proporcionar una detallada historiografía de la investigación sobre el recuento de cuerpos, y de examinar las cifras minuciosamente, concluye que el balance de muertos de la masacre excedió las 300.000 personas —fueron probablemente 340.000, de las cuales 190.000 fueron asesinadas colectivamente y 150.000, individualmente—.

Los autores James Yin y Shi Young dieron con una cifra parecida —aproximadamente 355.000 muertos—, después de llevar a cabo su propia investigación.^[228] Aunque su cálculo ya representa el máximo dentro del espectro de las estimaciones, Yin y Young creen que el número real de personas asesinadas en Nanking excede con mucho la cifra que ellos mismos han sido capaces de desenterrar de los registros. Rechazan los argumentos expuestos por otros expertos, que creen que puede existir un solapamiento considerable entre las estadísticas de muertos y que sugieren, por ejemplo, que muchos de los cuerpos que los japoneses arrojaron al río terminaron en la orilla, fueron de nuevo enterrados y constaron dos veces en el recuento de cadáveres.^[229] Cualquier cuerpo que apareciera en la orilla, sostienen ellos, habría sido enterrado cerca de allí, en lugar de en alguna ubicación remota y lejos del río; pero, de acuerdo con su investigación, la mayor parte de las zonas de enterramiento estaban situadas a millas de distancia de las riberas del Yangtsé. Por sentido común, argumentan, unos cadáveres expuestos, y que estaban en avanzado estado de descomposición, es difícil pensar que fueran transportados colina arriba, montaña arriba o a través de los campos para ser enterrados. Y, por si esto fuera poco, Yin y Young descubrieron, a la luz de entrevistas con supervivientes, que los familiares de las víctimas de violación y asesinato normalmente enterraban a sus muertos inmediatamente y no informaban de los entierros a las autoridades. Como su estudio se limita a tabular cifras provenientes exclusivamente de informes de asesinatos en masa —en lugar de los individualizados y aleatorios—, Yin y Young creen que el número total de muertos de la masacre de Nanking supera con creces los 400.000.

Hay incluso pruebas convincentes de que los propios japoneses creían en el momento de la masacre que los muertos podían llegar a los 300.000. Las pruebas son significativas porque no solo fueron generadas por los propios japoneses, sino que se hizo durante el primer mes de la masacre, cuando los asesinatos no habían hecho más que empezar. El 17 de enero de 1938, el ministro de asuntos exteriores Hirota Koki en Tokio transmitió el siguiente mensaje a sus contactos en Washington, un mensaje que la inteligencia estadounidense interceptó, descifró y posteriormente tradujo al inglés, el 1 de febrero de 1938 (paréntesis en el original):

Desde mi regreso (a) Shanghái hace unos días, he estado investigando las atrocidades que se informa que cometió el ejército japonés en Nanking y otros lugares. Testimonios orales (de) testigos oculares fiables y cartas de individuos cuya credibilidad (está) fuera de toda duda aportan pruebas convincentes (de que) el Ejército de Japón se comportó y continúa comportándose de (una) manera que recuerda (a) Atila (y) los hunos. (No) menos de 300.000 civiles chinos asesinados, en muchos casos (a) sangre fría.^[230]

Es tentador sugerir que si Chang Kai-shek hubiera retirado sus ejércitos durante la evacuación en masa del gobierno de Nanking en noviembre, dejando tras de sí una ciudad sin defensas, quizás la gran masacre se podría haber evitado. Sin embargo, si se piensa un minuto, se verá la debilidad de este argumento. Los japoneses, después de todo, se habían pasado los meses anteriores destruyendo sistemáticamente pueblos y ciudades enteras en su marcha guerrera hacia Nanking, cometiendo atrocidades similares en otros lugares. Está claro que no necesitaban provocación alguna por parte de los chinos para cometer ese tipo de acciones. Todo lo que podemos decir con seguridad es que una ciudad desprovista de soldados chinos les habría quitado a los japoneses —al menos— el pretexto de que las ejecuciones en serie eran necesarias para eliminar a los soldados que se ocultaban entre la población civil. Pero no hay pruebas que lleven a pensar que su manera de proceder habría sido distinta.

También es tentador sugerir que si Chiang se hubiera abstenido de ordenar una insensata retirada de última hora de Nanking, y en lugar de ello hubiera luchado hasta el último hombre para salvar la ciudad, el destino de Nanking habría sido diferente. Pero de nuevo aquí hay que tener cuidado. El combate cuerpo a cuerpo ciertamente no habría funcionado. Los japoneses, mucho mejor armados y entrenados, seguramente habrían superado a las fuerzas chinas antes o después. Sin embargo, un prolongado combate de desgaste, empleando tácticas de guerrilla, podría haber desmoralizado a los japoneses y elevado la moral de los chinos. Cuando menos, muchos más soldados

japoneses habrían muerto combatiendo a los chinos, y su arrogancia hacia el soldado chino habría sido puesta en sordina por una fiera resistencia.

La Zona de Seguridad de Nanking

En la historia de cualquier guerra, siempre hay algunos raros individuos que surgen como faros de esperanza para los perseguidos. En Estados Unidos, los cuáqueros liberaron a sus propios esclavos y ayudaron a establecer el Ferrocarril Clandestino [Underground Railroad]. En la Europa de la Segunda Guerra Mundial Oskar Schindler, un nazi, empleó su fortuna para salvar a 1.200 judíos de las cámaras de gas de Auschwitz, y Raoul Wallenberg, un diplomático sueco, salvó a más de 100.000 judíos extendiéndoles pasaportes falsos. ¿Cómo no acordarse de Mies Giep, la mujer austriaca que junto con otras personas ocultó a la joven Ana Frank y a su familia en un ático de Ámsterdam?

Los tiempos oscuros paralizan a la mayoría de la gente, pero algunos, muy pocos, por razones que la mayoría de nosotros nunca entenderemos, son capaces de dejar a un lado toda cautela y hacer cosas que ni siquiera ellos podrían imaginar que harían en tiempos normales. Se hace difícil hablar de algún punto de luz en medio del horror que fue la Violación de Nanking, pero si se logra, seguramente será para iluminar las acciones de un pequeño grupo de norteamericanos y europeos que arriesgaron sus vidas para desafiar a los invasores japoneses y rescatar a cientos de miles de refugiados chinos de un exterminio casi seguro. Estos valientes hombres y mujeres crearon el Comité Internacional para la Zona de Seguridad de Nanking. Esta es su historia.

La decisión de crear una Zona de Seguridad en la ciudad de Nanking surgió, casi espontáneamente, a las pocas semanas del colapso de Shanghái. En noviembre de 1937, el padre Jacquinot de Bessage, un cura francés, estableció una zona neutral en Shanghái para dar asilo a 450.000 refugiados chinos cuyos hogares habían sido destruidos por los invasores nipones.^[231] Cuando el misionero presbiteriano W. Plumber Mills supo del proyecto de Bessage, sugirió a sus amigos crear una zona similar en Nanking.^[232] Mills y unas dos docenas de personas más (la mayoría, estadounidenses, pero también alemanas, danesas, rusas y chinas) terminaron designando Zona de Seguridad un área situada un poco al oeste del centro de la ciudad. Esta zona comprendía la Universidad de Nanking, el Instituto Femenino de las Artes y las Ciencias de Ginling, la embajada de Estados Unidos y varios edificios gubernamentales chinos. Al establecer la Zona, el comité buscaba ofrecer

asilo a no combatientes atrapados en el fuego cruzado entre los ejércitos japonés y chino. Los extranjeros tenían la intención de cerrar la Zona durante unos días o semanas después de que la ciudad hubiera pasado ordenadamente a manos japonesas.

Al principio la idea no fue unánimemente aceptada. De entrada, los japoneses afirmaron de plano que no la respetarían. Y a medida que las tropas enemigas se acercaban a la ciudad, el comité de la Zona recibió requerimientos urgentes, no solo de amigos y familiares, sino también de chinos, japoneses y funcionarios occidentales, de que abandonaran el proyecto inmediatamente y huyeran para ponerse a salvo. A principios de diciembre, el personal de la embajada de Estados Unidos insistió a los líderes de la Zona que se unieran a ellos a bordo del *USS Panay*, un destructor repleto de diplomáticos, periodistas y refugiados occidentales y chinos que se preparaba para navegar río arriba, lejos de Nanking. Los líderes de la Zona declinaron cortésmente el ofrecimiento, así que, después de darles un último aviso, los diplomáticos del *Panay* zarparon el 9 de diciembre de 1937, abandonando al resto de extranjeros a su suerte.

Es interesante señalar que el *Panay* fue más tarde bombardeado y ametrallado por aviadores japoneses.^[233] En la tarde del 12 de diciembre, aviadores japoneses hundieron el buque sin previo aviso, matando a dos personas e hiriendo a muchas otras; hasta dieron círculos en el aire una y otra vez, como si planearan exterminar a los supervivientes, que se escondían en la orilla bajo un matorral de juncos. Las razones del ataque no estaban claras. Más tarde los japoneses alegarían que sus aviadores perdieron los nervios en el calor de la batalla y que la niebla o el humo les impidieron distinguir las banderas estadounidenses en el *Panay*, pero esta alegación se demostraría ulteriormente falsa. (No solo el del bombardeo fue un día soleado y sin nubes, sino que además los aviadores japoneses habían recibido órdenes explícitas de bombardear el *Panay*, órdenes que los aviadores ejecutaron a regañadientes y solo después de protestar y discutir vehementemente). A día de hoy algunos sospechan que el bombardeo era un test para ver cómo reaccionaban los norteamericanos, mientras que otros creen que era resultado de la política interna dentro del alto mando japonés. En cualquier caso, y fuera cual fuera la verdadera razón del ataque, lo cierto es que la ciudad de Nanking resultó ser un lugar más seguro para los extranjeros que quedaban que el *Panay*.

Los primeros refugiados que entraron en la Zona de Seguridad de Nanking fueron aquellos que habían perdido sus hogares debido a bombardeos aéreos o que habían abandonado sus viviendas a las afueras de la

ciudad ante el avance del ejército japonés. Pronto estos primeros refugiados abarrotaron los campos de tal forma que se decía que muchos tenían que quedarse de pie sin dormir durante varios días, hasta que se abrieron nuevos campos. Una vez que cayó la ciudad, la Zona dio cobijo, no ya a miles, sino a cientos de miles de personas. Durante las siguientes seis semanas, el comité tuvo que encontrar la manera de aprovisionar a todos estos refugiados con lo básico para sobrevivir —comida, refugio y asistencia médica—. Los miembros del comité también tenían que protegerlos del daño físico. A menudo esto requería intervenciones *in situ* para impedir que el ejército japonés materializara alguna amenaza. Y durante todo este tiempo, aunque nadie les pidió que lo hicieran, documentaron y difundieron las atrocidades japonesas al mundo entero. Al hacerlo, dejaron un testimonio escrito para la posteridad de lo que habían presenciado.

En retrospectiva, parece casi milagroso que unas dos docenas de extranjeros lograran hacer todo lo que hicieron mientras 50.000 soldados japoneses abrían la ciudad en canal. Hay que recordar que estos hombres y mujeres eran misioneros de profesión, o bien doctores, profesores y ejecutivos —no oficiales militares curtidos—. Siempre protegidos, sus estilos de vida habían sido tranquilos. «No éramos ricos^[234] —decía una mujer, recordando aquel periodo—, pero en China un poco de dinero extranjero daba para mucho». No pocos estaban instalados en mansiones lujosas, rodeados de equipos de sirvientes.

Extrañamente, a causa de un incidente que había tenido lugar en Nanking una década antes, la mayoría esperaba que tendrían más problemas con los chinos que con los japoneses. Aquellos que habían estado en Nanking en 1927 recordaban que durante la invasión nacionalista de la ciudad, las tropas chinas asesinaron sin piedad a extranjeros y asediaron a un grupo, incluyendo al cónsul estadounidense y a su mujer, en una casa en lo alto de la colina Socony. («¿Nos matarán?^[235] —escribía una mujer en aquellos días horribles—. ¿Nos torturarán como cuando los bóxers? ¿Harán algo peor? ¿Torturar a nuestros hijos ante nuestros ojos? No permití que mi mente abordara lo que podrían llegar a hacernos en tanto que mujeres»). De hecho, uno de los testigos oculares de la masacre de 1937 admitía: «Estábamos más preparados para afrontar excesos por parte de los chinos que huían [...], pero nunca, nunca de los japoneses. Al contrario, preveíamos que con la aparición de los japoneses volverían la paz, la tranquilidad y la prosperidad».^[236]

Los heroicos esfuerzos de los estadounidenses y europeos durante aquel periodo son tan numerosos (sus diarios tienen miles de páginas) que se hace

imposible dar aquí cuenta de todos ellos. Por esta razón, he decidido concentrarme en las actividades de tres individuos —un hombre de negocios alemán, un médico estadounidense y una profesora y misionera estadounidense—, antes de pasar a describir los logros del comité en su conjunto. A primera vista, los tres no podían haber sido más diferentes.

El nazi que salvó Nanking

Quizá el personaje más fascinante que destaca en la historia de la Violación de Nanking es el hombre de negocios alemán John Rabe. Para la mayor parte de los chinos de la ciudad fue un héroe, «el buda viviente de Nanking», el líder legendario de la Zona de Seguridad Internacional, que salvó la vida a cientos de miles de chinos. Pero para los japoneses Rabe era un salvador extraño e improbable. Pues no se trataba solo de un ciudadano alemán —es decir, de un país aliado de Japón—, sino que además era el líder del partido nazi en Nanking.

En 1996 inicié una investigación sobre la vida de John Rabe, y eventualmente descubrí miles de páginas de diarios que él y otros nazis escribieron durante la Violación. Estos diarios me llevaron a la conclusión de que John Rabe fue «el Oskar Schindler de China».

Antes de la Violación, Rabe había llevado una vida relativamente apacible, aunque muy viajada. Hijo de un capitán de barco, nació en Hamburgo (Alemania), el 23 de noviembre de 1882.^[237] Tras completar su formación en Hamburgo, trabajó algunos años en África y después, en 1908, se mudó a China, donde encontró empleo en la oficina de Pekín de la sucursal china de la Siemens. En 1931 fue transferido a la oficina de Nanking, para vender teléfonos y equipos eléctricos al gobierno chino. Calvo y con gafas, vestido con trajes conservadores y pajaritas, tenía el aspecto típico de un hombre de negocios occidental de mediana edad en la ciudad. Pronto se convertiría en un pilar de la comunidad germana en Nanking, donde administraría su propio colegio alemán para estudiantes de primaria y de secundaria.

Con los años, Rabe se convertiría en un acérrimo partidario del nazismo, llegando a ser el líder local de la representación del partido nazi en Nanking. En 1938 diría ante un público alemán: «no solo creo en la corrección de nuestro sistema político, sino que, en cuanto que organizador del partido, estoy con el sistema al cien por cien».^[238]

Décadas más tarde su nieta, Ursula Reinhardt, insiste en que Rabe veía el partido nazi ante todo como una organización socialista y no apoyaba la persecución de los judíos y otros grupos étnicos en Alemania. Es probable que fuera así. Durante sus visitas a varios ministerios en Nanking, Rabe resumía recurrentemente su filosofía nazi en términos socialistas: «Somos soldados del trabajo, somos un gobierno de trabajadores, somos amigos del trabajador y nunca dejaremos de estar del lado del trabajador en tiempos de crisis».

Cuando la mayoría de sus conciudadanos alemanes, siguiendo el consejo de amigos y del personal de la embajada, abandonaron China mucho antes de que el ejército japonés llegara a las puertas de la ciudad, Rabe decidió quedarse, y al poco tiempo fue elegido principal responsable de la Zona de Seguridad. De hecho, incluso cuando diplomáticos de la embajada japonesa fueron a verle y le sugirieron en los términos más apremiantes que se marchara, él no cedió. El mayor japonés Oka, a quien sus superiores le habían encargado expresamente que protegiera a Rabe durante la caída de Nanking, le preguntó: «¿Por qué demonios se quedó? ¿Por qué quiere inmiscuirse en nuestros asuntos militares? ¿Qué le importa a usted todo esto? ¡No se le ha perdido nada aquí!».

Rabe guardó silencio durante un momento, y después le dio a Oka su respuesta: «Llevo viviendo aquí en China durante más de treinta años. Mis hijos y nietos nacieron aquí, y aquí soy feliz y tengo éxito. Los chinos siempre me han tratado bien, incluso durante la guerra. Si hubiera pasado treinta años en Japón y los japoneses me hubieran tratado así de bien, puede usted estar seguro de que, en una situación de emergencia como la que China vive hoy, no abandonaría a la gente de Japón».

Esta respuesta satisfizo al mayor japonés, que respetaba el concepto de lealtad. «Dio un paso atrás, murmuró algunas palabras sobre las obligaciones del samurái e hizo una profunda reverencia», anotó Rabe sobre aquel incidente.

Pero Rabe tenía una razón aún más personal para no marcharse y ponerse a salvo: se sentía responsable de la seguridad de sus empleados chinos, un equipo de mecánicos de la Siemens que mantenían las turbinas de la principal planta eléctrica de la ciudad, los teléfonos y relojes de cada ministerio, las alarmas de los bancos y comisarías de policía, así como una enorme máquina de rayos X en el hospital central. Rabe escribió: «Lo que en aquel entonces sólo intuía —escribió Rabe—, pero hoy sé a ciencia cierta, es que a todos

ellos los habrían asesinado o les habrían hecho mucho daño si los hubiera abandonado».

Unos meses atrás, aquel mismo año, Rabe había sufrido incontables incursiones aéreas en Nanking con poco más que una guarida de zorro y unos tablones de madera por toda protección. Andaba además falto de vestimenta, especialmente después de que cometiera el error, a fines de septiembre, de subir todo su guardarropa a bordo del *Kutwo*, un buque utilizado para transportar nacionales alemanes fuera de Nanking, para ponerlo a salvo. A su llegada a Hankow, el *Kutwo* se deshizo de todo su equipaje sin dueño, con lo que Rabe se quedó únicamente con dos trajes, uno de los cuales se lo dio a un refugiado chino porque creía que lo necesitaba más que él.

Pero su mayor preocupación no era su seguridad o bienestar personal, sino establecer la Zona de Seguridad. Los miembros del comité querían que la Zona estuviera libre de toda actividad militar, pero el ejército japonés se negó a reconocerla como territorio neutral, y al comité le resultó casi imposible sacar al general chino Tang Sheng-chih del área —sobre todo porque la propia villa del general se encontraba dentro de ella—. Para Rabe la gota que colmó el vaso llegó cuando el ejército chino no solo se negó a evacuar el área, sino que dispuso sus torretas de ametralladoras en las calles del interior de la Zona. Perdiendo la paciencia, Rabe amenazó con dimitir de su cargo de jefe de la Zona de Seguridad y contarle al mundo la razón, a no ser que Tang evacuara sus tropas del área inmediatamente. «Me prometieron que mis deseos serían respetados», dijo Rabe, pero «entre las palabras y los hechos pasó bastante tiempo».

Rabe sintió la necesidad de pedir ayuda a más altas autoridades. El 25 de noviembre le envió un cable a Adolf Hitler, solicitando del Führer su «amable intercesión para pedir al gobierno japonés que permita el establecimiento de una zona neutral para los no combatientes en la batalla de Nanking». Al mismo tiempo Rabe le envió también un telegrama a su amigo el cónsul general, el señor Kriebel: «Le pido cordialmente su apoyo en mi petición al *Führer*, ya que, de lo contrario, el baño de sangre será inevitable. *Heil Hitler!* Rabe, representante de Siemens y jefe del Comité Internacional en Nanking».

Ni Hitler ni Kriebel contestaron nunca, pero Rabe pronto se percató de una anomalía en el esquema que seguían los japoneses para bombardear la

ciudad. Antes de que enviara los telegramas, los aviones japoneses bombardeaban indiscriminadamente todas las áreas del interior de Nanking; después, pasaron a atacar únicamente objetivos militares, tales como escuelas militares, pistas de aterrizaje y arsenales. Escribió Rabe: «Este [...] era el objetivo de mi telegrama, así que mis colegas norteamericanos quedaron muy impresionados».

Pero su triunfo no habría de durar mucho, a medida que se iban sucediendo las crisis. Al principio Rabe y sus colegas esperaban reservar los edificios vacíos de la Zona para los ciudadanos más pobres de Nanking. Para evitar una avalancha de gente, el comité había pegado carteles por toda la ciudad, impeliendo a los refugiados a que alquilaran viviendas de amigos. Pero era tanta la gente que terminó agolpándose en aquel área de cuatro kilómetros cuadrados que Rabe pronto se encontró con 50.000 residentes más de los que había previsto, incluso en el peor de los escenarios. Los refugiados no solo llenaban los edificios, sino que se agolpaban en jardines, trincheras y refugios antiaéreos. Familias enteras dormían al raso en la calle, mientras cientos de esterillas crecían como hongos en las inmediaciones de la embajada estadounidense. Para cuando la ciudad cayó, la Zona de Seguridad (con sus confines demarcados con banderas blancas y sábanas con el símbolo de la cruz roja dentro de un círculo rojo) era un «enjambre humano» de 250.000 refugiados.

Las condiciones de salubridad pronto se convirtieron en una pesadilla añadida. La inmundicia en los campos —especialmente en los servicios— enfurecían a Rabe, y costó una diatriba suya lograr poner orden en el centro de refugiados situado en los terrenos de la Siemens. Más tarde, cuando Rabe inspeccionó el campo de Siemens, comprobó que no solo los lavabos estaban en mejores condiciones, sino que todas las paredes habían sido reparadas. «Nadie quería decirme de dónde provenían los bellos ladrillos nuevos — escribió Rabe—. Luego me di cuenta de que muchos de los edificios más recientes de la Zona eran considerablemente más bajos que antes».

Pero el peor quebradero de cabeza para los responsables de la Zona era la escasez de comida. A principios de diciembre el alcalde de Nanking había cedido al Comité Internacional 30.000 *tans* (o 2.000 toneladas) de arroz y 10.000 sacos de harina para alimentar a la población.^[239] Pero la comida estaba almacenada fuera de la ciudad, y el comité carecía de camiones para traerla a la Zona. Con anterioridad el ejército chino había dispuesto que la mayoría de los vehículos de la Zona transportaran a 20.000 hombres y 5.000 cajas con los tesoros del palacio de Pekín fuera de la capital; y civiles

desesperados y soldados individuales habían robado prácticamente todo lo demás. Sin otra alternativa, Rabe y el resto de los extranjeros que quedaban condujeron a toda prisa a través de Nanking sus propios automóviles para llevar a la Zona tanto arroz como pudieran. Los extranjeros no interrumpieron estas expediciones en busca de alimentos ni mientras los japoneses bombardeaban la ciudad; de hecho, un conductor perdió un ojo por la metralla.^[240] Al final los líderes de la Zona solo lograron llevar una parte del total de alimentos disponibles —10.000 *tans* de arroz y 1.000 sacos de harina —,^[241] pero la comida bastó al menos para engañar el estómago de muchos de los refugiados en la Zona.

El 9 de diciembre, reconociendo el negro panorama que se avecinaba, el comité trató de negociar un alto el fuego de tres días (véase el capítulo 3), durante el cual los japoneses podrían mantener sus posiciones y los chinos retirarse pacíficamente de la ciudad amurallada. Sin embargo, Chiang Kai-shek no aceptó el alto el fuego, lo que llevó a los japoneses a iniciar un furioso bombardeo de Nanking al día siguiente. El 12 de diciembre, el comité fue de nuevo contactado por el ejército chino, esta vez para negociar una rendición, pero de nuevo el plan quedó en nada.

A partir de ese momento, no había ya mucho que Rabe pudiera hacer, aparte de observar y esperar lo inevitable. Registró los acontecimientos de aquel 12 de diciembre según iban sucediendo, hora a hora. A las 18:30 horas, escribió: «Los cañones de la Montaña Púrpura disparan continuamente y hay destellos y truenos alrededor. De pronto, toda la montaña está en llamas; algunas casas y depósitos de munición también están ardiendo». En ese momento Rabe recuerda un viejo proverbio chino que predecía la condena de la ciudad: «Si la Montaña Púrpura arde..., entonces Nanking está perdida».

A las 20:00 horas, Rabe observó cómo el cielo al sur de la ciudad se volvía rojo por las llamas. Entonces oyó que alguien golpeaba frenéticamente las dos puertas de su casa: mujeres y niños chinos suplicaban que los dejara entrar, había hombres que trataban de escalar el muro del jardín detrás de su colegio alemán, y la gente se apretaba como podía en madrigueras en su jardín, e incluso se escondía bajo la enorme bandera alemana que había empleado para advertir a los pilotos que no bombardearan su propiedad. Los golpes y los gritos fueron aumentando hasta que Rabe, que ya no podía soportarlo más, abrió las puertas y dejó entrar a la multitud. Pero el ruido, de nuevo, fue intensificándose a medida que pasaba la noche. Exasperado, Rabe se puso un casco de metal y fue por todo su jardín gritando a todo el mundo que se callara.

A las 23:00 horas, Rabe recibió una visita sorpresa. Se trataba de Christian Kröger, un compañero del partido nazi de treinta y tantos años, que trabajaba para la empresa de ingeniería alemana Carlowitz & Company. El alto y rubio ingeniero había venido a China para supervisar la construcción de una enorme planta de acero, pero, como Rabe, se vio metido en medio de la locura de Nanking. El Comité Internacional había nombrado a Kröger su tesorero.

Kröger había visitado a Rabe para contarle que la calle Chungshan estaba repleta de armas y suministros desperdigados que el ejército chino había dejado tras de sí durante su retirada. Alguien había abandonado hasta un autobús, que vendía por veinte dólares.

—¿Crees que alguien se lo quedará? —preguntó Kröger.

—Pero, Christian, ¿cómo? —dijo Rabe.

—No. Ordené al hombre que viniera a mi oficina por la mañana.

Al final el barullo en torno a su casa empezó a disminuir. El agotado Rabe, que en dos días no había tenido tiempo ni para cambiarse de ropa, se tumbó en la cama, tratando de relajarse mientras la sociedad que conoció y amó se desmoronaba a su alrededor. Sabía que el edificio del Ministerio de Comunicaciones estaba ardiendo, y que la ciudad caería de un momento a otro. Rabe se dijo a sí mismo que de ahí en adelante las cosas solo podían ir a mejor, y no a peor. «No tienes que tener miedo de los japoneses —le habían dicho sus colegas chinos—. Tan pronto como conquisten la ciudad, la paz y el orden prevalecerán, las conexiones por ferrocarril con Shanghái serán restablecidas rápidamente y los negocios volverán a abrir normalmente». Antes de caer dormido, Rabe pensó: «¡Gracias a Dios que lo peor ha pasado!».

A la mañana siguiente Rabe se despertó con el ruido de otro ataque aéreo. Al parecer, no todo el ejército chino había sido expulsado de la ciudad, pensó. Eran solo las 5:00 de la madrugada, así que se volvió a acostar. Al igual que la mayoría de la gente en la ciudad, Rabe estaba tan hastiado de los bombardeos que ya ni le molestaban.

Más tarde, aquella misma mañana, Rabe exploró la ciudad para calibrar los daños. Tirados en las calles había numerosos cadáveres de chinos, muchos de ellos civiles a los que habían disparado por la espalda. Observó cómo un grupo de soldados japoneses entraba a la fuerza en una cafetería alemana. Cuando Rabe los reprendió por robar, señalando las banderas alemanas que

ondeaban en el edificio, un soldado japonés dijo secamente en inglés: «¡Tenemos hambre! Si quiere protestar, vaya a la embajada japonesa. ¡Ellos pagarán!». Los soldados japoneses también le dijeron a Rabe que su columna de aprovisionamiento no había llegado, y que además no podían contar con ella para quitarse el hambre ni aunque llegara. Más tarde Rabe supo que los soldados habían saqueado la cafetería y después le habían prendido fuego.

Peores cosas sucederían aquel día. En la distancia, Rabe pudo distinguir a soldados japoneses que desfilaban de norte a sur de Nanking, para ocupar el resto de la ciudad. A fin de evitarlos, dirigió su automóvil inmediatamente hacia el norte, hasta llegar a la calle principal de la ciudad, la calle Chungshan, y se detuvo en el hospital de la Cruz Roja ubicado en el Ministerio de Asuntos Exteriores. El personal chino había abandonado las instalaciones y había cuerpos por todas partes, obstruyendo el paso en las habitaciones, los pasillos e incluso las salidas del hospital.

Aquel día Rabe se topó con lo que quedaba del ejército chino —los rezagados que, hambrientos y agotados, no habían logrado cruzar el río Yangtsé para ponerse a salvo—. Conduciendo por la rotonda de Sanshi, se encontró con 400 soldados chinos, aún armados, que desfilaban en dirección al ejército japonés que avanzaba. Fue entonces cuando Rabe tuvo un repentino «impulso humanitario» que le iba a asaltar la conciencia durante muchos meses, si no años. Advirtiéndoles de la presencia de las tropas japonesas en el sur, Rabe aconsejó a los chinos que tiraran sus armas y se unieran a los refugiados en la Zona de Seguridad. Tras una breve discusión, accedieron y siguieron a Rabe hasta la Zona.

De forma similar, cuando cientos de soldados chinos se vieron atrapados en la parte norte de la ciudad, incapaces de cruzar el río, muchos se adentraron en la Zona de Seguridad, pidiendo a los administradores europeos y estadounidenses que les salvaran la vida. Los miembros del comité tenían dudas sobre si ayudarlos o no. Después de todo, habían creado la Zona como un santuario para civiles, no para soldados. El comité trató de resolver el dilema dirigiendo el asunto a través del alto mando del ejército japonés, pero no lograron contactar con nadie por encima de un capitán en la calle Han Chung.^[242]

Conmovidos ante la difícil situación que atravesaban los soldados, los del comité terminaron cediendo a sus súplicas. Al igual que hiciera Rabe, les dijeron a los soldados que, si deponían las armas, los japoneses quizá los tratarían con clemencia. Acto seguido, ayudaron a los soldados a desarmarse y los alojaron en varios edificios dentro del área neutral. En medio de la

confusión, muchos soldados se quitaron los uniformes y se mezclaron con los civiles de la Zona.^[243]

Al día siguiente, John Rabe escribió una larga carta, explicando la situación a un comandante militar japonés. Suplicó a los japoneses que tuvieran clemencia con los excombatientes y que los trataran humanamente, de acuerdo con las leyes de la guerra vigentes. Para gran alivio de Rabe, un oficial japonés le prometió que las vidas de los soldados chinos serían respetadas.

Sin embargo, el alivio dio paso al horror cuando los japoneses traicionaron a Rabe y capturaron a los soldados desarmados para ejecutarlos. Si Rabe había albergado alguna esperanza de que los japoneses no serían capaces de distinguir a los soldados de los cientos de miles de civiles, no pudo estar más equivocado. Los japoneses detectaron a prácticamente todos y cada uno de los excombatientes examinándoles las manos, pues sabían muy bien que el uso diario de los fusiles provocaba callos en ciertas zonas de los dedos de los soldados. También les examinaron los hombros en busca de marcas de mochila, las frentes y el cabello por si había mellas de gorras militares, e incluso los pies, para detectar las ampollas provocadas por meses de marcha.

Durante una conferencia interna que el comité celebró en la noche del 14 de diciembre, trascendió que los japoneses habían rodeado a 1.300 hombres en un campo de la Zona de Seguridad cercano a la base para dispararles. «Sabíamos que había un número de excombatientes entre ellos, pero Rabe había recibido la promesa de un oficial esa misma tarde de que sus vidas serían respetadas^[244] —anotaba George Fitch, representante del YMCA, en su diario a propósito del incidente—. Ahora quedaba meridianamente claro lo que se disponía a hacer. Soldados con las bayonetas caladas alinearon a los hombres y luego los ataron en grupos de a cien, más o menos; a aquellos que llevaban gorras se las quitaron bruscamente y se las tiraron al suelo. Luego, a la luz de nuestros focos, vimos cómo se alejaban, marchando hacia su fatal destino».

«¿Tenía yo derecho a actuar como lo hice? —escribiría luego Rabe en su diario a propósito de su decisión de alojar a los soldados en la Zona—. ¿Encaré bien aquel dilema?».

Durante los días sucesivos, Rabe observó impotente cómo los japoneses se llevaban de la zona a miles de soldados más y los ejecutaban. Los nipones mataron a miles de hombres inocentes (*culis ricksha*, trabajadores manuales,

oficiales de policía...) que simplemente tenían callos en los dedos, la frente o los pies. Más tarde Rabe presenció cómo la Sociedad de la Esvástica Roja, una organización benéfica budista de la ciudad, sacaba más de 120 cadáveres de un solo estanque. (En un informe posterior, Rabe señaló que varios estanques de Nanking desaparecieron de hecho, de tantos cadáveres como tenían dentro).

En su calidad de jefe del Comité Internacional y de jefe local del partido nazi, una posición que sin duda tenía cierto peso ante las autoridades japonesas, Rabe escribió carta tras carta a la embajada japonesa. Al principio era sistemáticamente amable y educado: como ciudadano alemán y líder nazi, se sentía obligado a mantener la relación entre las dos embajadas, obligación que le forzaba a contener su ira. Asimismo, les pidió a los miembros norteamericanos del comité que le permitieran revisar las cartas que le dirigían a la embajada japonesa, para añadirles también «algo de miel». El mismo tono cortés lo mantuvo en sus visitas personales a la embajada.

A su vez, los diplomáticos japoneses recibían las cartas de Rabe y sus visitas con sonrisas complacientes y cortesía oficial, pero al final siempre le daban la misma respuesta: «Hemos de informar a las autoridades militares». A medida que pasaban los días, cada uno con su implacable avalancha de atrocidades frescas, las comunicaciones escritas de Rabe a los japoneses se fueron haciendo cada vez más hostiles, salpicadas con exclamaciones escandalizadas:

¡Los 27 occidentales que había en la ciudad en aquel momento y nuestra población china no dábamos crédito ante la rapiña, el robo y el asesinato a que se abandonaron sus soldados el día 14![245]

¡No hallamos ni una sola patrulla japonesa en la Zona ni en sus accesos![246]

Ayer, a plena luz del día, ¡varias mujeres del seminario fueron violadas en medio de una gran sala repleta de hombres, mujeres y niños! Los 22 occidentales no podemos alimentar a 200.000 civiles chinos y protegerlos noche y día. Esa obligación les corresponde a las autoridades japonesas. Si ustedes les pueden ofrecer protección, ¡nosotros podemos contribuir a su alimentación![247]

Si este proceso de terrorismo continúa, será prácticamente imposible localizar a trabajadores que puedan empezar a ocuparse de los servicios esenciales.[248]

De forma gradual, Rabe y el resto del Comité Internacional empezaron a leer el mensaje real que traslucían las respuestas de los diplomáticos, a saber, que era el ejército, y no la embajada, quien estaba al mando. Fukuda Tokuyasu, secretario de la embajada japonesa, así se lo hizo saber a Rabe: «El ejército japonés quiere que la ciudad sufra, pero nosotros, la embajada, vamos a tratar de impedirlo». Durante la gran Violación, algunos funcionarios de la

embajada japonesa sugirieron que el Comité Internacional buscara publicidad directamente en Japón, de forma que la opinión pública obligara al gobierno japonés a tomar cartas en el asunto.^[249] Pero, al mismo tiempo, otro funcionario de la embajada conminó a Rabe a que guardara silencio, advirtiéndole que «si le cuenta a los periodistas algo negativo, se pondrá en contra a todo el ejército japonés».^[250]

Finalmente, con la única protección que le brindaba su estatus de funcionario de una nación aliada, Rabe hizo lo que hoy parece inimaginable: empezó a deambular por la ciudad, para tratar de impedir atrocidades él mismo.

Siempre que Rabe conducía por Nanking, algún hombre inevitablemente se le echaba encima y paraba el coche para suplicarle que detuviera una violación que se estaba cometiendo en ese momento —y que normalmente involucraba a una hermana, a una esposa o a una hija—. Rabe invitaba al hombre a subir al coche para que le llevara a la escena del crimen. Una vez allí, ahuyentaba a los soldados japoneses de su presa (en una ocasión, incluso levantó en volandas a un soldado que estaba echado sobre una joven).^[251] Era consciente de que estas expediciones eran altamente peligrosas («Los japoneses tenían pistolas y bayonetas, mientras que yo... tenía solo algunos símbolos del partido y mi brazalete con la esvástica», escribió Rabe en su informe a Hitler). Pero nada podía disuadirle: ni siquiera el riesgo cierto de la muerte.

La entrada de su diario con fecha de 1 de enero de 1938 es un ejemplo típico: «La madre de una joven atractiva me llamó y, de rodillas y sollozando, me dijo que tenía que ayudarla. Al entrar [en la casa] vi a un soldado japonés completamente desnudo echado sobre una chica joven que lloraba, histérica. Yo le grité al cerdo, en una lengua que pudiera entender: “¡Feliz Año Nuevo!”. A lo que salió huyendo, desnudo y con sus pantalones en la mano».

Rabe estaba horrorizado por las violaciones en la ciudad. Por las calles pasaba por delante de veintenas de cuerpos de mujeres, violadas y mutiladas, junto a los restos humeantes de sus hogares. «Grupos de entre tres y diez soldados salen a merodear por la ciudad y a robar cualquier cosa que se pueda robar», escribió Rabe en su informe dirigido a Hitler.

Luego se dedican a violar a las mujeres y niñas, y a matar cualquier cosa, persona o animal que ofrezca una mínima resistencia, trate de huir de ellos o simplemente se encuentre en el lugar equivocado en el momento equivocado. Han violado a niñas de menos de ocho años y a mujeres

de más de setenta, a las que después han golpeado y apaleado de la forma más brutal. Encontramos cuerpos de mujeres sobre vasos de cerveza y otras que habían sido atravesadas por cañas de bambú. He visto a las víctimas con mis propios ojos —y con algunas de ellas pude hablar justo antes de su muerte—. Me trajeron sus cuerpos a la morgue en el hospital de Kulo para que pudiera cerciorarme personalmente de que todos estos informes no tienen otra base que la verdad.

Mientras avanzaba a través de las ruinas humeantes de su amada ciudad, Rabe podía leer, en casi cada esquina, bonitos carteles japoneses que proclamaban: «Confiad en nuestro ejército japonés: ellos os protegerán y os alimentarán».

Decidido a salvar vidas chinas, dio cobijo a tanta gente como pudo, convirtiendo su casa y su oficina en un santuario para los empleados de la Siemens y sus familias. Rabe también albergó a cientos de mujeres chinas en su propiedad, permitiéndoles vivir en pequeñas cabañas de paja en su patio trasero. Con estas mujeres Rabe ideó un sistema de alerta para protegerlas de los violadores japoneses. Cada vez que los soldados nipones tratasen de trepar el muro de su parcela, las mujeres tocarían un silbato y Rabe saldría corriendo al jardín a ahuyentar a los intrusos. Esto sucedía con tanta frecuencia que Rabe rara vez dejaba su casa durante la noche, temeroso de que los japoneses cometieran una orgía de violaciones en su ausencia. Si bien protestó por la situación ante los oficiales militares japoneses, estos no se tomaron el asunto en serio.^[252] Incluso cuando Rabe sorprendió in fraganti a un soldado japonés violando a una mujer en una de las cabañas de paja de su patio trasero, un oficial militar no movió un dedo para castigar al violador, al que se limitó a abofetear.

Aunque Rabe estuviera frustrado por el corto alcance de sus esfuerzos (no podía ser de otra manera, dado que él y otros veinte individuos tenían ante sí la tarea de proteger a cientos de miles de civiles de más de 50.000 soldados japoneses), no dio muestras de ello. Sabía que era crucial ocultar cualquier signo de debilidad ante los japoneses, para superarlos con «una presencia y una energía dominante».

Por suerte, su estatus de nazi hizo que varios soldados japoneses se lo pensaran dos veces antes de cometer más atrocidades, al menos en su presencia. George Fitch, el secretario local de la YMCA, escribió: «cuando alguno de ellos hace alguna objeción, Rabe le pone bruscamente su brazalete nazi en la cara y le señala su condecoración nacionalsocialista, que es la de más alto rango en todo el país, al tiempo que les pregunta si saben lo que significa. ¡Siempre funciona!». ^[253] Los soldados japoneses parecían respetar

—y a veces incluso temer— a los nazis de Nanking. Mientras que los reclutas nipones no dudaban en apalear a estadounidenses, cargar hacia ellos con bayonetas o incluso empujar a un misionero norteamericano por una escalinata, actuaban con un comedimiento considerable en su trato con Rabe y sus compatriotas. En una ocasión, cuando cuatro soldados japoneses que estaban violando y saqueando vieron el brazalete de Eduard Sperling con la esvástica, gritaron: *Deutsche, deutsche!*, y salieron corriendo.^[254] En otra ocasión, la esvástica probablemente salvó la vida de Rabe. Una noche los soldados japoneses entraron en su propiedad y Rabe los confrontó con su linterna. Uno de ellos echó mano a su pistola, como para disparar a Rabe, pero se detuvo cuando se dio cuenta de que «disparar a un súbdito alemán sería un mal negocio».^[255]

Si los japoneses respetaban a Rabe, la comunidad de refugiados chinos lo veneraba. Para ellos él era el hombre que había rescatado a las hijas de la esclavitud sexual y a los hijos del fuego de ametralladora. En ocasiones la mera presencia de Rabe provocaba disturbios en los campos de la Zona de Seguridad. Durante una de sus visitas a la Zona, miles de mujeres chinas se echaron al suelo ante él, llorando y suplicando protección, declarando que se suicidarían allí mismo antes que dejar la Zona para ser violadas y torturadas.^[256]

Rabe trató de mantener viva la esperanza de sus refugiados en medio del terror que los invadía. Organizó pequeñas fiestas de cumpleaños para los recién nacidos de mujeres refugiadas que vivían en su patio trasero. Cada recién nacido recibía un regalo: 10 dólares si era varón y 9,5 dólares si era niña (tal y como Rabe le explicaría a Hitler en su informe: «En China las niñas no valen tanto como los niños»). Lo típico era que, cuando nacía un niño, le pusieran el nombre de Rabe, y si era niña, el de su mujer, Dora.

El coraje y la generosidad de Rabe terminaron por ganarse el respeto de otros miembros del Comité internacional, incluso de aquellos que se oponían frontalmente al nazismo. George Fitch escribió a sus amigos que estaría «casi dispuesto a portar un emblema nazi»^[257] para mantener la camaradería con Rabe y los demás alemanes en Nanking. Incluso el doctor Robert Wilson, anti-nazi hasta el tuétano, cantó las loas a Rabe en cartas a su familia: «Está bien situado en los círculos nazis, y después de entablar un contacto tan cercano con él como el que hemos establecido durante las últimas semanas, y de descubrir el hombre tan espléndido que es y el tremendo corazón que tiene, se hace difícil reconciliar su personalidad con su adulación del Führer».^[258]

El único cirujano de Nanking

No es sorprendente que Robert Wilson se quedara en Nanking cuando prácticamente todos los demás médicos se habían marchado, ya que Nanking, su ciudad de nacimiento y juventud, siempre había ocupado un lugar especial en su corazón. Nacido en 1904,^[259] Wilson se crió en una familia de misioneros metodistas que habían dado forma a muchas de las instituciones educativas de Nanking. Su tío, John Ferguson, fundó la universidad. Su padre trabajó como sacerdote y profesor de escuela secundaria en la ciudad, mientras que su madre, una helenista que hablaba varias lenguas con fluidez, dirigía su propia escuela para niños de las misiones. Siendo todavía un adolescente, Robert Wilson incluso aprendió geometría de la mano de Pearl Buck, quien más tarde ganaría el premio Nobel de Literatura por sus novelas sobre China. Gracias a este próspero ambiente, y al intelecto excepcional al que ya apuntaba, Wilson ganó, a la edad de diecisiete años, una beca para la universidad de Princeton. Tras graduarse, enseñó latín y matemáticas durante dos años en un instituto de Connecticut, se inscribió en el colegio médico de Harvard y después hizo unas prácticas en el hospital de Saint Luke, en Nueva York, donde inició una relación con la enfermera jefe, con quien se casaría. Pero en lugar de hacer carrera en Estados Unidos, Wilson decidió que su futuro estaba en su ciudad natal de Nanking y, llevándose a su esposa con él, allí regresó en 1935, con el propósito de practicar la medicina en el hospital de la Universidad de Nanking.

Los primeros dos años fueron para los Wilson acaso los más idílicos de sus vidas.^[260] El tiempo estaba marcado por una cadencia lenta y encantadora, de cenas con otras parejas de misioneros, elegantes recepciones de té en embajadas extranjeras y fiestas en suntuosas villas rurales llenas de cocineros privados y culis. Por las tardes Wilson leía en chino antiguo original y estudiaba con un tutor privado para ampliar su conocimiento de la lengua. Las tardes de los miércoles se las reservaba para jugar al tenis. Y, ocasionalmente, su esposa y él iban al lago juntos a cenar en una barca y a respirar el aire perfumado, mientras flotaban por calles de agua entre rojas flores de loto.

La guerra, sin embargo, destruyó para siempre la serenidad intemporal de la que los Wilson habían disfrutado. Después del incidente de julio en el puente de Marco Polo, los habitantes de Nanking empezaron a llevar máscaras de gas por la calle, junto con una solución química y capas de gasa, temerosos ante la posibilidad de un ataque japonés con gas venenoso.^[261] En

agosto de 1937, cuando los japoneses empezaron a bombardear la capital, su mujer, Marjorie, y su hija pequeña, Elizabeth, se marcharon a bordo de un buque de guerra y llegaron sanas y salvas a Kuling. Pero Wilson, temiendo que su mujer y su hija murieran de hambre si la guerra continuaba, insistió en que regresaran a Estados Unidos. La señora Wilson cumplió sus deseos y regresó a trabajar al hospital neoyorquino de Saint Luke, mientras su madre cuidaba del bebé. Lo que siempre estuvo claro es que el doctor Wilson se quedaría en Nanking. «Lo consideraba su deber^[262] —recordaba su mujer, casi sesenta años después—. Los chinos eran su gente».

Sin duda para disipar la soledad en aquel otoño,^[263] Wilson se mudó a la casa de J. Lossing Buck, el exmarido de Pearl Buck, y la casa pronto se llenó de sus amigos: el cirujano Richard Brady, el misionero de Cristianos Unidos James McCallum, y otras personas que después prestarían sus servicios como miembros del Comité Internacional para la Zona de Seguridad de Nanking. Al igual que el propio Wilson, muchos de aquellos hombres habían enviado a sus mujeres y niños lejos de Nanking.

Cuando no estaba ocupado con pacientes, a menudo Wilson escribía cartas a su familia. La mayoría contenía espeluznantes descripciones de las víctimas de las bombas japonesas, como la de aquella niña que se había acurrucado de espaldas ante una explosión, que le arrancaría las nalgas de cuajo.^[264] De las víctimas de la guerra extrajo un creciente montón de metralla y balas —suficiente, escribió cínicamente, para abrir «un museo respetable»^[265] antes de que terminara la guerra—.

Aunque sabía que los japoneses no tenían reparos en bombardear hospitales, Wilson siguió yendo al trabajo. El 25 de septiembre, en una de las peores incursiones aéreas que Nanking experimentara jamás, los japoneses arrojaron dos bombas de cerca de 500 kilos cada una sobre el hospital central y sobre el ministerio de Salud, a pesar de la enorme cruz roja que se había pintado con toda claridad sobre uno de los tejados.^[266] Las bombas cayeron a tan solo 15 metros de un refugio subterráneo donde se escondían cientos de médicos y enfermeras.

En el hospital, Wilson hizo todo lo posible para minimizar el riesgo de atraer bombas japonesas.^[267] Se colgaron pesadas cortinas negras de las ventanas para ocultar la luz de las habitaciones a los aviadores japoneses. Pero por la ciudad corrían rumores de que había espías que, por las noches, guiaban a los pilotos hacia los objetivos clave con linternas rojas y verdes. Durante uno de los bombardeos un extraño se adentró sigilosamente en el hospital con una linterna con visera roja, en lugar de verde o negra, y levantó

sospechas cuando trató de abrir una ventana que había sido cerrada a conciencia para prevenir que se filtrara gas venenoso. Las sospechas crecieron cuando dirigió a un aviador chino, paciente del hospital, una serie de preguntas nada usuales sobre la altura de vuelo y la autonomía de los bombarderos chinos.

A medida que terminaba el otoño, Wilson vio que no daba abasto. Más gente que nunca necesitaba atención médica. No se trataba solo de las víctimas civiles de las bombas japonesas, sino también de veteranos de Shanghái. Había aproximadamente 100.000 veteranos chinos heridos en hospitales entre Shanghái y la ciudad de Wuhu.^[268] Trenes y más trenes repletos los descargaban en la estación de Hsiakwan, el distrito norte de Nanking. Algunos yacían moribundos en el suelo de la estación, mientras otros vagababan cojeando sin rumbo por la capital. Los soldados que se curaban eran devueltos al frente,^[269] pero aquellos que perdían brazos o piernas, los lisiados sin esperanza, eran simplemente dados de alta con una compensación de dos dólares e instrucciones de irse a su casa. Pero el hogar estaba lejos para la mayoría de los soldados, y pocos tenían el dinero o la energía física para llegar hasta él. Abandonados por sus líderes, encallados en el área de Shanghái-Nanking, miles de veteranos chinos —ciegos, cojos, pudriendose por las heridas e infecciones— se vieron rebajados a mendigar por las calles.

A medida que la situación empeoraba, el personal del hospital se encogió. Los médicos y enfermeros chinos huyeron de la ciudad, uniéndose a los cientos de miles de residentes de Nanking en su migración hacia el oeste.^[270] Wilson hizo cuanto pudo por retener a su personal médico, haciendo hincapié en que, según la ley marcial, no tendrían nada que temer una vez la ciudad hubiera caído. En último término, sin embargo, fue incapaz de convencerles de que se quedaran.^[271] Así, a finales de la primera semana de diciembre sólo quedaban tres doctores en el hospital de la Universidad de Nanking: Robert Wilson, C. S. Trimmer y un médico chino.^[272] Cuando Richard Brady, el otro cirujano norteamericano presente en la ciudad, abandonó a su vez Nanking porque su hija pequeña estaba seriamente enferma en Kuling, Wilson pasó a ser la única persona que quedaba para llevar a cabo las amputaciones a cada hora.^[273] «Es toda una sensación^[274] —escribió el 7 de diciembre— ser el único cirujano en una gran ciudad devastada por la guerra».

Una semana después, Wilson casi pierde la vida. En la tarde del 13 de diciembre, había decidido llevar a cabo una operación delicada en un paciente que había sufrido un daño severo en un ojo por culpa de una bomba. Wilson tenía que extraer lo que quedaba del ojo para salvar el otro. El globo ocular

estaba ya a medio sacar cuando un proyectil aterrizó a unos 50 metros de Wilson y explotó, haciendo añicos las ventanas y rociando la sala con metralla. Nadie resultó muerto ni herido, pero Wilson notó que las enfermeras, como era natural, «temblaban bastante»,^[275] y querían saber si debían continuar con la operación. «Obviamente, no quedaba otra —escribió Wilson—, pero creo que nunca un ojo se extrajo tan rápido».

Al anochecer del 13 de diciembre, los japoneses se habían apoderado completamente de la antigua capital. Wilson vio ondear banderas japonesas por toda la ciudad.^[276] Al día siguiente, el ejército conquistador comenzó a tomar los hospitales. Penetraron en el hospital principal del ejército chino (que se encontraba dentro del ministerio de asuntos exteriores y lo gestionaban miembros de la Zona de Seguridad que se habían organizado como una sección de la Cruz Roja), atrapando dentro a cientos de soldados chinos.^[277] Los japoneses prohibieron a los médicos entrar en el hospital o enviar comida a los soldados heridos, a quienes más tarde sacaron a la calle y ejecutaron uno a uno. Después de que tres de los cuatro hospitales de la Cruz Roja cayeran de esta forma en manos de los japoneses, el Comité Internacional concentró sus esfuerzos en el hospital de la Universidad de Nanking.

Durante los primeros días de la ocupación, Wilson observó cómo los soldados japoneses saqueaban y quemaban la ciudad. Los vio robar en el hospital de la Universidad de Nanking y, frustrado por no poder evitarlo, mentalmente propinó una «veloz patada»^[278] a un soldado que trataba de robarle una cámara a una enfermera. Vio también cómo los soldados quemaban en la calle una montaña de instrumentos musicales, y se preguntó si la destrucción de la propiedad era una artimaña nipona para que más tarde la gente de Nanking se viera forzada a comprar bienes japoneses.^[279]

Wilson presenció incluso el saqueo de su propio domicilio. Tras aventurarse a ir a su casa para comprobar cualquier posible daño, sorprendió a tres saqueadores japoneses con las manos en la masa. Los soldados habían entrado por el desván, abierto un gran baúl y desparramado su contenido por el suelo. Uno de ellos estaba mirando por un microscopio cuando Wilson hizo su aparición. Al verlo, los tres soldados corrieron escaleras abajo y salieron por la puerta. «El insulto final estaba en la segunda planta, donde uno acababa de dejar su regalito en el suelo del baño, a apenas un pie de distancia de la taza del inodoro»^[280] —escribió Wilson—. Lo había tapado con una toalla limpia que estaba por ahí colgada en la habitación».

Pero los saqueos no eran nada comparados con las violaciones y asesinatos que presenció en la ciudad. Incluso Wilson, un hastiado cirujano de guerra, quedó conmocionado por la intensidad de las atrocidades.

15 de diciembre. La masacre de civiles es espeluznante. Podría llenar páginas y páginas con los casos de violación y brutalidad casi increíbles.^[281]

18 de diciembre. Hoy marca el sexto día del moderno Infierno de Dante, escrito con los grandes caracteres de la sangre y la violación. El asesinato al por mayor y la violación por millares. No parece haber freno a la ferocidad, ansia y atavismo de las bestias. Al principio traté de ser amable con ellos para evitar suscitar su ira, pero la sonrisa ha ido desapareciendo y mi rostro de pez es ahora tan frío como el suyo.^[282]

19 de diciembre. Están robándoles toda la comida a los pobres, que se encuentran en un estado de pánico histérico y asolados por el terror. ¡Cuándo terminará esto!^[283]

Nochebuena. Ahora nos dicen que aún quedan 20.000 soldados en la Zona (de dónde sacan estas cifras es algo que nadie sabe), y que van a darles caza y a acribillarlos a todos. Eso incluye a todo varón capacitado entre los 18 y los 50 años que se encuentre en este momento en la ciudad. ¿Cómo pueden volver a mirar a alguien a la cara?^[284]

A finales de año sus cartas tenían un tono fatalista. «El único consuelo es que no puede ser peor^[285] —escribió el 30 de diciembre—. No pueden matar a más gente porque ya no hay más gente a la que matar».

A menudo Wilson y los demás veían cómo los japoneses rodeaban a los soldados chinos, les disparaban y metían sus cadáveres en sucios refugios antiaéreos que hacían las veces de fosas comunes.^[286] Pero Wilson había oído que muchos chinos eran ejecutados no porque supusieran una amenaza para el ejército japonés, sino porque sus cuerpos tenían una finalidad práctica. Después de la caída de Nanking, las grandes trincheras que los chinos habían construido a modo de trampas antitanques, los japoneses las llenaron con los cuerpos de los soldados muertos y heridos.^[287] Cuando ya no pudieron hallar suficientes cadáveres de soldados como para que los tanques pudieran pasar sobre ellos, los nipones empezaron a disparar a los residentes de las inmediaciones y a tirarlos también a las trincheras. El testigo que le contó a Wilson esta historia le prestó una cámara para que él mismo pudiera confirmar sus revelaciones con fotografías.

Wilson no podía hacer gran cosa para impedir estos asesinatos. Los soldados japoneses a los que confrontó con frecuencia reaccionaban jugando ostentosamente con sus armas —cargándolas y descargándolas—, para intimidarlo a él y a otros extranjeros.^[288] Wilson no tenía la menor duda de que podían dispararle por la espalda en cualquier momento.

Una de las peores escenas que Wilson presenció en Nanking —una escena que recordaría durante el resto de su vida— fue una masiva violación en grupo de adolescentes en la calle.^[289] Un grupo de mujeres de entre quince y

dieciocho años fueron alineadas por los japoneses y luego violadas entre la suciedad, una después de otra, por un regimiento entero. Algunas murieron de las hemorragias, mientras que otras se suicidaron poco después.

Pero lo que vio en los hospitales fue incluso más espeluznante que las escenas callejeras. Wilson se sentía devastado ante las mujeres que llegaban a la sala de emergencias con los vientres abiertos, ante los hombres medio carbonizados y horriblemente desfigurados a los que los japoneses habían tratado de quemar vivos, y ante otros tantos horrores que apenas si tenía tiempo de describir sobre papel. Le confesó a su mujer que nunca olvidaría a la mujer cuya cabeza, que había sido casi seccionada, se tambaleaba sobre un punto del cuello.^[290] «Esta mañana ha venido otra mujer en un estado lastimero y con una historia horrible tras de sí»,^[291] escribió un voluntario del hospital en su diario, el 3 de enero de 1938.

Era una de un grupo de cinco mujeres que los soldados japoneses habían llevado a una de sus unidades médicas, para que les lavaran la ropa durante el día y violarlas por la noche. Dos de ellas fueron forzadas a satisfacer a entre 15 y 20 hombres, y la más atractiva, hasta a 40 cada noche. La que vino ante nosotros había sido llamada por tres soldados a un lugar aislado, donde trataron de cortarle la cabeza. Le habían cortado los músculos del cuello, pero no habían logrado seccionarle la médula espinal. Se hizo la muerta y logró arrastrarse hasta el hospital: otro testimonio viviente de las atrocidades de los soldados.

Pero en medio de tanto dolor y sufrimiento, Wilson se impresionaba ante la fuerza de voluntad de algunos de sus pacientes. En una carta que escribió a su familia con fecha del día de Año Nuevo de 1938, dio cuenta de un relato de supervivencia increíble.^[292] Algunos soldados chinos quemaron la casa de una mujer de veintinueve años en un pequeño pueblo al sur de Nanking, obligándola a marchar hacia la capital a pie con sus cinco niños pequeños. Antes de que cayera la noche, un avión japonés se lanzó sobre ellos, acosando a la familia con fuego de ametralladora y alcanzando a la madre con una bala que le atravesó el ojo derecho y le salió por el cuello. Cayó desmayada en estado de *shock*, pero se despertó a la mañana siguiente, tendida en una piscina de sangre junto a sus hijos, que lloraban. Demasiado débil para llevar al más pequeño, un bebé de tres meses, lo dejó tras de sí en una casa vacía. Pero de alguna forma encontró la fuerza para llegar hasta Nanking con sus otros cuatro hijos, donde lograron alcanzar el hospital.

Wilson y otros voluntarios permanecían en el hospital hasta que, tambaleantes, llegaban al borde del colapso. El Comité Internacional habría agradecido sobremanera la llegada de ayuda médica proveniente de fuera de la ciudad, pero los japoneses no permitían a doctores ni a voluntarios médicos

entrar en Nanking. Así las cosas, la carga de cuidar a los enfermos y administrar la Zona recayó sobre este pequeño comité asediado de no más de veinte individuos. Trabajaban por turnos para asegurar que el hospital estuviera vigilado de los japoneses por al menos un extranjero 24 horas al día. A algunos de ellos la carga de trabajo los debilitó tanto que sucumbían a cualquier resfriado, gripe y otras dolencias. Durante la masacre, por ejemplo, el único médico occidental presente en la ciudad aparte de Wilson, C. S. Trimmer, se debatía con 39 grados de fiebre.^[293]

El hospital de la Universidad de Nanking pronto se convirtió en otro campo de refugiados, porque Wilson se negó a dar de alta a pacientes que no tenían a dónde ir. Los pacientes que dejaban el hospital eran acompañados por extranjeros para asegurarse de que llegaban bien a su casa. James McCallum hacía las veces de chófer del hospital; llevaba a pacientes por la ciudad en sus ambulancias parcheadas y sin pintar. Supervivientes de la masacre recuerdan cómo el agotado McCallum se apretaba toallas frías contra la cara para mantenerse despierto mientras llevaba a los pacientes a casa.^[294] Y cuando ni con las toallas frías lograba mantener los ojos abiertos, McCallum recurría a morderse la lengua hasta que sangraba.

Poca gente en Nanking se exigía tanto a sí misma como Wilson en el hospital. Cuando la masacre y las violaciones amainaron gradualmente, varios médicos del hospital empezaron a ir a Shanghái los fines de semana para recuperarse de la tensión.^[295] No así Wilson, que continuaba operando a pacientes sin descanso, día y noche, las 24 horas del día. Su altruismo era bien recordado casi sesenta años después por supervivientes, que hablaban de él con gran reverencia. Al menos uno de ellos describía con gran profusión de detalles los prolegómenos de su exitosa operación a manos de Wilson. Este operaba gratis, porque pocos pacientes tenían dinero para pagarle, pero a él las intervenciones le costaban caro en términos de su propia salud. Al final, su familia cree que solo su fe de metodista devoto, combinada con su amor por China, le dieron el coraje para sobrevivir a la Violación de Nanking.

La diosa viviente de Nanking

Wilhelmina Vautrin (o Minnie Vautrin, como la llamaba la mayoría de la gente), de profesión, jefa del departamento de educación y decana de estudios del Ginling Women's Arts and Science College, fue una de las pocas mujeres occidentales que permanecieron en la ciudad durante las primeras semanas de

la masacre de Nanking. Años después sería recordada no sólo por su coraje a la hora de proteger a miles de mujeres de los soldados japoneses, sino también por el diario que escribió, un diario que algunos historiadores creen que eventualmente será reconocido, al igual que el de Ana Frank, por su importancia en iluminar el espíritu de un testigo individual durante un holocausto de guerra.

Vautrin, hija de un herrero, tenía cincuenta y un años en 1937.^[296] Criada en la minúscula comunidad de granjeros de Secor (Illinois), la enviaron a vivir con vecinos cuando su madre murió, seis años después. En sus diversos hogares, donde pastoreaba el ganado durante los meses más duros del invierno, a Vautrin a menudo no la trataron mucho mejor que a un sirviente o a un jornalero. A pesar de la pobreza que experimentó en su infancia, logró acceder a la escuela a fuerza de trabajo, graduándose con honores en 1912 por la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign.

Alta y guapa en su juventud, con una larga cabellera oscura, era una mujer vivaz y popular que atrajo a numerosos pretendientes. Sin embargo, para cuando se graduó por la Universidad de Illinois ya había decidido renunciar al matrimonio. En lugar de ello, se unió a la Asociación Misionera de los Cristianos Unidos y se mudó a Hofei, una ciudad situada en la provincia china de Anhwei, donde trabajó durante siete años como directora de una escuela femenina y aprendió a hablar chino. Tiempo después Vautrin se mudó a Nanking, a ocupar el cargo que ostentaba en el momento de la masacre.

Sin duda Vautrin era muy feliz en Nanking. Durante las visitas que hacía a su lugar natal en Illinois, hablaba sin cesar de China: de su cultura, de su gente y de su historia. Obsequiaba a su familia con capullos de gusanos de seda, y les enseñaba a cocinar y a comer comida china. En su diario, nunca dejó de maravillarse ante la belleza del paisaje de Nanking.^[297] Como jardinera ávida que era, plantó rosas y crisantemos en el Ginling College. Solía visitar los invernaderos del parque conmemorativo de Sun Yat-sen, donde paseaba por las aromáticas sendas de ciruelos y melocotoneros, cerca de las tumbas Ming.

En el verano de 1937, mientras disfrutaba de unas vacaciones con amigos a la orilla del mar en la ciudad de Tsingtao, Vautrin oyó decir que un soldado japonés había desaparecido unos kilómetros al sur de Pekín.^[298] La desaparición había desencadenado algunos combates entre chinos y japoneses en la zona, lo que llevó a un amigo suyo a comentar cáusticamente que el asesinato de solo dos personas en Sarajevo en 1914 había terminado por provocar la muerte a más de 11 millones de personas.

Con todo, Vautrin se negó a unirse a los demás norteamericanos que evacuaban Nanking, y así la embajada de Estados Unidos le prestó una bandera nacional de unos tres metros para que la extendiera en el centro de la parcela de hierba del Ginling College, a fin de proteger el campus de los pilotos japoneses.^[299] El personal de la embajada también les dio, a Vautrin y a otros miembros del Comité Internacional, varios metros de cuerda para atar a modo de escaleras, diciéndoles que una vez que el *Panay* hubiera zarpado con el personal de la embajada estadounidense y una vez que el ejército chino hubiera cerrado todas las puertas, su única esperanza de escapar sería trepando por los muros de la ciudad.^[300]

Pero Vautrin a duras penas tenía tiempo para pensar en escapar. Dado que la mayor parte del personal del Ginling se había marchado de Nanking (casi todos habían abandonado sus hogares para huir a ciudades como Shanghái y Chengtu), Vautrin era ahora la responsable *de facto* de la institución. Trabajó a fin de acondicionar el campus para las refugiadas y para evacuar a los soldados heridos de la Zona.^[301] Para ocultar sus identidades, quemó sus cartillas militares y sus indumentarias en la incineradora del centro. Ordenó que subieran los muebles a los desvanes, que se vaciaran las cajas fuertes, se limpiaran los dormitorios y que los objetos valiosos se envolvieran en papel aceitado y se escondieran. Entretanto, se fabricaron y se distribuyeron entre los voluntarios carteles, señales y brazaletes de la Zona de Seguridad de Nanking. Vautrin también encargó el bordado de una segunda bandera estadounidense, esta vez de más de ocho metros de largo, pero el sastre chino que debía coser los trozos colocó por error la parte azul con las estrellas en la esquina inferior izquierda de la enseña, en lugar de en la superior.^[302]

En la segunda semana de diciembre las puertas del Ginling se abrieron para las mujeres y los niños.^[303] Miles de personas entraron. Los refugiados atravesaban la ciudad a un ritmo de 1.000 al día.^[304] Muchos de ellos, agotados, desconcertados y hambrientos, llegaban a los campos de la Zona de Seguridad con nada más que algo de ropa cubriendo las espaldas.^[305] «Desde las 8:30 de esta mañana hasta las 18:00 horas, exceptuando la comida del mediodía, he estado sentada en la puerta principal mientras los refugiados entraban^[306] —continuaba—. Hay terror en las caras de muchas de las mujeres: la de ayer fue una noche terrible en la ciudad y muchas mujeres jóvenes fueron sacadas de sus hogares por los soldados japoneses».

Vautrin permitió que las mujeres y los niños entraran libremente, pero imploró a las más ancianas que se quedaran en sus casas para dejar sitio a las más jóvenes.^[307] Pocas mujeres hicieron caso, y la mayoría suplicó que les

dejaran un simple hueco para sentarse en el césped. Al caer la noche del 15 de diciembre, la población de los campos de Ginling había aumentado hasta superar las 3.000 personas.

Al día siguiente los soldados japoneses asaltaron el centro. A las 10:00 del 16 de diciembre, más de cien soldados japoneses entraron en el campus de Ginling, con la intención de inspeccionar los edificios en busca de soldados chinos escondidos. Exigieron que se les abrieran todas las puertas, y si faltaba una llave, un soldado japonés estaba preparado con un hacha para tirar la puerta abajo. A Vautrin le vino un escalofrío al pensar que los japoneses encontrarían los cientos de prendas militares guateadas que estaban guardadas en la oficina del departamento de geografía en la planta superior, pero por fortuna un desván atiborrado con 200 mujeres y niños chinos desvió la atención de los soldados japoneses.^[308] (Más tarde Vautrin quemaría las prendas para ocultarlas de los japoneses).

Por dos veces durante aquel día los japoneses capturaron a sirvientes del campus y comenzaron a llevárselos. Con toda seguridad los habrían matado si Vautrin no los hubiera rescatado, con gritos de «Soldado, ¡no! ¡Culi!».^[309] Solo más tarde sabría que los japoneses habían dispuesto al menos seis ametralladoras en el campus, y a muchos más soldados en guardia en el exterior del mismo, preparados para disparar a cualquiera que tratara de huir.

Aquella tarde Vautrin vio cómo se llevaban a mujeres por la calle, y oyó sus súplicas desesperadas. Pasó un camión con ocho o diez niñas, y mientras pasaba las oyó gritar: «*Jiu Ming Jiu Ming!* (¡Socorro!).^[310]

El día siguiente, 17 de diciembre de 1937, fue incluso peor. La migración de mujeres a Ginling se intensificó a medida que los soldados japoneses inundaban la ciudad. «¡Qué escena tan desoladora!»^[311] —escribió Vautrin—. Mujeres agotadas y niñas aterrorizadas, que caminan a duras penas con bebés, sábanas y pequeños bultos con ropa». Si alguien tuviera tiempo para escribir la historia de cada refugiado que llegaba..., pensó, especialmente las historias de las niñas que se habían oscurecido el rostro y cortado el cabello. Mientras orientaba el flujo de «mujeres de ojos enloquecidos», escuchó historias de japoneses que violaban a niñas de doce años y a mujeres de sesenta, o que violaban a embarazadas a punta de bayoneta. La agobiada Vautrin se pasó todo el día tratando de conseguir comida para los refugiados, dirigiendo a los hombres chinos a otros campos de la Zona de Seguridad y corriendo hacia las zonas del campus donde se había visto a soldados japoneses.

Pero nada podía preparar a Vautrin para el encuentro que le esperaba aquella noche. Dos soldados japoneses tiraban de la puerta del edificio

central, exigiendo que Vautrin la abriera inmediatamente, pero cuando ella insistió en que no tenía la llave y que no había soldados chinos escondidos dentro, un soldado japonés la abofeteó y golpeó también al hombre chino que estaba junto a ella. Vautrin vio entonces a dos soldados japoneses llevarse de la escuela a tres sirvientes atados. Los siguió hasta la puerta de entrada, donde los japoneses habían obligado a un gran grupo de chinos a arrodillarse junto a la carretera. Los japoneses exigían hablar con quien estuviera al mando de la institución y, cuando supieron que era Vautrin, le ordenaron que identificara a cada una de las personas que estaba de rodillas. Un hombre del grupo habló para ayudar a Vautrin, lo que le costó una severa lluvia de bofetadas.

En medio de aquel suplicio, tres miembros del comité aparecieron por la carretera: el secretario de la YMCA, George Fitch; el profesor de sociología de la Universidad de Nanking, Lewis Smythe; y el misionero presbiteriano W. Plumer Mills. Los soldados obligaron a los tres hombres a ponerse en fila y los hostigaron jocosamente con las pistolas. De pronto, oyeron gritos y lamentos, y vieron a japoneses llevarse a mujeres por la puerta lateral. Fue solo entonces cuando Vautrin se dio cuenta de que todo el interrogatorio no era más que una treta para mantener a los extranjeros en la puerta principal mientras otros soldados japoneses inspeccionaban el campus en busca de mujeres para violar. «Nunca olvidaré aquella escena^[312] —escribió, recordando su rabia y su desesperación—: la gente arrodillada al borde de la carretera, Mary, la señora Tsen y yo de pie, las hojas secas vibrando, el silbido del viento, el grito de las mujeres a las que se llevaban».

Durante los meses siguientes, Vautrin fue con frecuencia uno de los pocos defensores de los campos de refugiados en el Ginling College. Los soldados japoneses hostigaban constantemente a los refugiados allí alojados, rodeando a los hombres para ejecutarlos o a las mujeres para llevarlas a burdeles militares.^[313] A veces sus tácticas de reclutamiento eran descaradas. En al menos una ocasión los soldados japoneses llegaron al campus con un camión y preguntaron por chicas. La mayor parte de las veces, sin embargo, los raptos de mujeres para violarlas se hacían de manera encubierta. Los soldados saltaban por la noche las vallas de bambú, o bien forzaban las puertas traseras o laterales para capturar mujeres al azar en la oscuridad —expediciones que empezaban a hacerse conocidas entre la población como «la lotería»—.^[314]

El día de Año Nuevo de 1938, Vautrin rescató a una niña a quien un soldado había arrastrado hasta un bosquecillo de bambú al norte de la

biblioteca.^[315] En varias ocasiones su heroísmo casi le costó a Vautrin la vida. Muchos de los soldados se mostraban «fieros y nada razonables»^[316] ante ella, blandiendo bayonetas enrojecidas con manchas de sangre fresca. Escribió que «en algunos casos se muestran desafiantes y me miran con un puñal en los ojos, y otras veces con un puñal en las manos». En una ocasión, cuando trató de detener a unos soldados japoneses que estaban saqueando, uno de ellos le apuntó con el arma.

A veces, cuando trataba con los japoneses, Vautrin cometía errores. Al igual que Rabe y los demás miembros del comité habían sido engañados por los japoneses para que les entregaran a prisioneros que luego ejecutarían, al parecer a Vautrin la engañaron para que pusiera a mujeres refugiadas al alcance de los soldados japoneses. El 24 de diciembre, Vautrin fue convocada a la oficina para encontrarse con un alto oficial del ejército japonés y con un viejo intérprete chino, para tratar con ella la necesidad que tenía el ejército japonés de prostitutas. «La solicitud consistía en que se les permitiría elegir a las que fueran prostitutas de entre nuestras 10.000 refugiadas^[317] —escribiría luego Vautrin en su diario acerca de la reunión—. Dijeron que querían cien. Creen que si pueden establecer un lugar regular y autorizado para los soldados, no molestarán a las mujeres inocentes y decentes».

Por extraño que parezca, Vautrin cedió a la solicitud. Quizá no tuviera elección al respecto, o quizás creyera realmente que, una vez que los japoneses se hubieran marchado con las prostitutas a su burdel militar, dejarían de molestar a las vírgenes y a las respetables matronas de los campos de refugiados. Fueran cuales fueran las razones de su decisión, lo que sí se puede asumir es que Vautrin la tomó bajo presión. Esperó mientras los japoneses llevaban a cabo su búsqueda y, tras un largo rato, terminaron escogiendo a veintiuna mujeres. Vautrin no nos dice cómo lograron los soldados identificar a aquellas mujeres como prostitutas; sí menciona que los japoneses no quedaron satisfechos con el resultado, porque estaban convencidos de que había más prostitutas escondidas en la Zona. «Un grupo tras otro de chicas me han preguntado si seleccionarán a las otras setenta y nueve de entre las chicas decentes, y todo lo que yo puedo responder es que no lo harán si yo puedo impedirlo»,^[318] escribió.

Una semana después de que la ciudad cayera, los japoneses iniciaron un esfuerzo sistemático para regular la actividad dentro de la misma.^[319] El comandante de la policía militar del ejército japonés hizo una proclamación,

que entró en vigor el 24 de diciembre, que dictaminaba que todos los civiles debían obtener pasaportes (también llamados «documentos de buenos ciudadanos») en la oficina expendedora del ejército japonés. No se permitiría que nadie obtuviera un pasaporte para otra persona, y aquellos sin pasaporte no tendrían permiso para vivir dentro de los muros de la ciudad de Nanking. El ejército publicó boletines en las calles notificando a la gente que se registrara o que, de lo contrario, asumiera el riesgo de ser ejecutada.

El 28 de diciembre dio comienzo el registro de los hombres. En el Ginling College formaron filas de a cuatro, recibieron copias de formularios y marcharon a un edificio situado en la esquina noreste del campus, donde los japoneses registraron sus nombres, edades y profesiones. Vautrin se dio cuenta de que los hombres que llegaban para registrarse eran sobre todo ancianos o lisiados, porque la mayor parte de los jóvenes habían abandonado la ciudad, o bien habían sido asesinados.^[320] Entre los que se presentaron, se llevaron a más hombres que consideraron excombatientes, dejando atrás a ancianos y a mujeres que lloraban de rodillas ante los líderes de la Zona de Seguridad, suplicándoles que lograran la liberación de sus maridos e hijos. En algunos pocos casos los líderes de la Zona tuvieron éxito en el intento, pero se dieron cuenta de que los oficiales del ejército japonés estaban cada vez más resentidos ante sus interferencias.^[321]

Cuando la escasa afluencia de hombres que se presentaron para el registro defraudó a los japoneses, estos optaron por intimidar a la población para que obedeciera. El 30 de diciembre, anunciaron que a todo aquel que no se hubiera registrado a las 14:00 horas del día siguiente se le pegaría un tiro. «Esto quedó luego en un farol^[322] —según escribió un misionero sobre el incidente—, pero aterrorizó a la gente». A la mañana siguiente grandes multitudes de personas se presentaron diligentemente en las zonas de registro. Muchas se habían levantado antes de las tres de la madrugada para asegurarse un sitio en la cola. Las amenazas draconianas de los japoneses habían extendido tal miedo entre la población que para el 14 de enero las autoridades habían logrado registrar a al menos 160.000 personas.^[323]

Entonces se dio paso al registro de las mujeres. A las 9:00 de la mañana del 31 de diciembre, miles de mujeres chinas se congregaron ante el edificio central del Ginling College, donde un oficial militar japonés les daba instrucciones. Los discursos se pronunciaban primero en japonés, y después un intérprete los traducía al chino. «Debéis respetar las viejas costumbres del matrimonio^[324] —Vautrin recordaba que decían—. No debéis estudiar inglés ni ir al teatro. China y Japón deben ser una sola». Luego las mujeres eran

conducidas en fila india y en dos filas a través de puestos originalmente dispuestos para la venta de arroz, donde se les daban tiques. Vautrin observó que los soldados japoneses parecían disfrutar bastante conduciendo a las mujeres de un lado a otro como si fueran ganado, y a veces estampándoles el sello en la mejilla.^[325] Los soldados también obligaban a las mujeres a sonreír y a mostrarse alegres ante los reporteros y fotógrafos japoneses, aunque la mera perspectiva del registro había hecho enfermar de miedo, literalmente, a muchas de ellas.^[326]

Por momentos el registro japonés de mujeres chinas le parecía a Vautrin nada menos que una inspección exhaustiva de las candidatas más atractivas para la violación. Ya durante el primer día del registro femenino, los japoneses escrutaron a ciertas mujeres en la Zona y trataron de llevárselas. Habían apartado a veinte chicas, sin duda para la prostitución, porque tenían el pelo rizado o vestían demasiado bien. Pero todas fueron liberadas, según escribiría luego Vautrin, «porque una madre o alguna otra persona pudo responder por ellas».^[327]

Después del registro los japoneses trataron, pura y simplemente, de eliminar la Zona.^[328] A finales de enero anunciaron que querían que todos salieran de los campos y regresaran a sus hogares a final de mes. Se fijó el 4 de febrero como fecha límite para la evacuación.^[329] Cuando se cumplió el plazo, los soldados inspeccionaron el Ginling College y ordenaron a las chicas y a las mujeres que quedaban que se marcharan. Cuando Vautrin les dijo a los inspectores que no podían irse porque eran de otras ciudades o bien porque sus casas se habían quemado, los japoneses anunciaron que la policía militar asumiría la responsabilidad de protegerlas. Vautrin era precavida ante tales promesas, y hasta el intérprete chino que venía con los japoneses para dar sus mensajes le susurró a Vautrin que presentía que las jóvenes no estarían a salvo y que harían mejor en quedarse donde estaban.^[330]

El mero número de refugiados terminó por sobrepasar a Vautrin. Cientos de mujeres se apretaban en las galerías y obstruían los pasos de un extremo al otro y muchas más pasaban las noches al raso sobre la hierba.^[331] El ático del Salón de Ciencias del Ginling albergaba a más de 1.000 mujeres, y un amigo de Vautrin observó alarmado que estas «dormían hombro con hombro sobre el suelo de cemento durante semanas en los fríos meses de invierno. Cada escalón de cemento del edificio albergaba a una persona —y eran escalones de poco más de un metro de largos!—. Algunas estaban contentas de tener un

sitio donde descansar en las mesas del laboratorio de química, sin que les molestaran las tuberías y demás parafernalia».^[332]

La Violación de Nanking hizo mella física en Vautrin, pero la tortura mental que sufría diariamente era mucho peor que el deterioro físico. «Oh, Dios, controla la cruel bestialidad de los soldados en Nanking esta noche...^[333] —escribió en su diario—. Qué avergonzadas estarían las mujeres de Japón si supieran de estos horribles episodios».

Teniendo en cuenta la presión a la que estaba sometida, es un hecho notable que Vautrin todavía encontrara fuerzas para consolar a otros y darles un sentido renovado de patriotismo. En una ocasión una anciana entró en la cocina de la Cruz Roja del Ginling College a por un bol de arroz y vio que no quedaba más. Inmediatamente, Vautrin le dio el que ella estaba comiendo, diciéndole: «No os preocupéis. Japón fracasará. China no perecerá».^[334] Otro día, viendo a un chico que llevaba un brazalete con el símbolo japonés del sol naciente a modo de protección, Vautrin lo regañó, diciéndole: «Tú no necesitas llevar ese emblema con el sol naciente. Tú eres chino y tu país no ha muerto. Acuédate de ello ahora, que llevas eso puesto, y no lo olvides nunca».^[335] Una y otra vez, Vautrin instaba a los refugiados chinos del campus a que no perdieran la fe en su futuro. «China sigue viva^[336] —les decía—. China nunca morirá. Y al final Japón fracasará, seguro».

Otros se percataron de lo mucho que estaba trabajando. «Día y noche apenas si dormía^[337] —recordaba una superviviente china—. Se mantenía alerta, y si los soldados japoneses venían, hacía cuanto podía por mantenerlos fuera y salía en busca de los oficiales al mando para rogarles que no cometieran atrocidades con las mujeres y las niñas chinas». Otro testigo presencial de la masacre de Nanking relató en su informe: «Se decía que, cuando unos bestiales soldados nipones la abofetearon varias veces, todo el mundo se preocupó por ella. Todo el mundo trató de consolarla. Siguió luchando por la causa de proteger a las mujeres chinas con el mismo coraje y determinación de principio a fin».^[338]

La tarea de administrar la Zona no era solo físicamente extenuante, sino que también hacía mella en la psique. Christian Kröger, un miembro nazi del Comité Internacional, decía que había visto tantos cadáveres en las calles que no tardarían en asolarlo las pesadillas.^[339] Pero al final, en condiciones

increíbles, lo cierto es que la Zona salvó vidas. He aquí algunos hechos asombrosos:

—Los saqueos e incendios provocaron que la comida escaseara tanto que algunos refugiados chinos se comieron las margaritas estrelladas y las varas de oro que crecían en el campus del Ginling College, mientras que otros subsistían a base de setas que encontraban por la ciudad.^[340] Hasta los líderes de la Zona pasaron hambre. Estos no solo proporcionaban arroz gratuito a los refugiados a través de cantinas, sino que les llevaban alimento directamente a sus instalaciones, ya que muchos refugiados de la Zona tenían demasiado miedo como para dejar sus edificios.^[341]

—Gente refinada y estudiosa, la mayoría de los líderes de la Zona tenían poca experiencia a la hora de vérselas con una horda de violadores, asesinos y pendencieros. Sin embargo, ejercieron de guardaespaldas incluso de la policía china de la ciudad y, de alguna forma, actuaron como verdaderos guerreros; encontraron la energía física y el puro coraje para lanzarse a la línea de fuego, a veces liberando con sus propios brazos a chinos que esperaban al verdugo, librando a más de una mujer del soldado japonés de turno, e incluso interponiéndose ante los cañones y las ametralladoras para impedir que los nipones abrieran fuego.^[342]

—En el proceso, muchos líderes de la Zona estuvieron a punto de ser abatidos, y algunos recibieron golpes o cortes de sable o bayoneta. Por ejemplo: Charles Riggs, profesor de ingeniería Agrícola en la Universidad de Nanking, fue golpeado por un oficial cuando trató de impedir que se llevara a un grupo de civiles chinos a los que confundía con soldados. El iracundo oficial japonés «amenazó a Riggs con su sable tres veces, y al final le dio dos fuertes puñetazos en el corazón».^[343] Un soldado japonés amenazó también al profesor Miner Searle Bates con una pistola.^[344] Otro encañonó a Robert Wilson cuando éste trató de echar del hospital a un soldado que se había metido en una cama con tres mujeres jóvenes.^[345] Y otro recluta disparó su rifle contra James McCallum y C. S. Trimmer, pero falló.^[346] Cuando Miner Searle Bates visitó la sede de la policía militar japonesa para averiguar el paradero de un estudiante universitario de primer ciclo al que unos soldados habían atado y raptado, los japoneses tiraron a Bates por las escaleras.^[347] Ni siquiera las esvásticas que los nazis portaban como amuletos funcionaban siempre. El 22 de diciembre, John Rabe escribió que Christian Kröger y otro alemán de nombre Hatz fueron atacados cuando trataron de salvar a un chino al que un soldado japonés borracho había herido en la garganta. Hatz se

defendió con una silla, pero al parecer Kröger terminó atado y molido a golpes.^[348]

—La Zona llegó a dar asilo a entre 200.000 y 300.000 refugiados, es decir, a casi la mitad de la población china que quedaba en la ciudad.^[349]

Se trata de un dato escalofriante, cuando se contempla a la luz de los estudios posteriores sobre la masacre de Nanking. La mitad de los habitantes originales de Nanking se fueron antes de la masacre. De entre los que se quedaron (de 600.000 a 700.000 personas, entre refugiados chinos, residentes nativos y soldados que estaban en la ciudad cuando esta cayó), la mitad (350.000) fueron asesinados.

Si la mitad de la población de Nanking huyó a la Zona de Seguridad durante los peores momentos de la masacre, entonces la otra mitad (es decir, casi todos los que no lograron entrar en la Zona) probablemente murieron a manos de los japoneses.

SEGUNDA PARTE

Lo que el mundo sabía

Al mundo no se le ocultó la Violación de Nanking; las noticias de la masacre fueron llegando continuamente a la opinión pública mundial mientras los acontecimientos se sucedían. Durante los meses anteriores a la caída de Nanking, numerosos corresponsales extranjeros vivieron en la capital para cubrir los bombardeos aéreos de los aviadores japoneses. A principios de diciembre, a medida que el ejército japonés se aproximaba a la capital condenada, los periodistas aportaron una cobertura vivaz y casi diaria de los combates, incendios y evacuaciones de última hora, así como de la creación de la Zona de Seguridad Internacional. Y, por sorprendente que pueda parecer, al comenzar la masacre los periódicos japoneses publicaron fotografías de chinos reunidos para la ejecución, pilas de cuerpos esperando la inhumación a la orilla del río, concursos de matar entre soldados japoneses y hasta algún comentario atónito de los propios reporteros.

Al parecer, antes de que la opinión pública internacional entrara en juego, los primeros días de la masacre fueron una tremenda fuente de orgullo para el gobierno japonés. Las celebraciones estallaron por todo Japón cuando la gente escuchó las noticias de la derrota de Nanking. En Tokio se prepararon menús especiales de *noodles* de Nanking,^[350] y por todo el país los niños portaron linternas de papel con forma de globo en desfiles nocturnos, para simbolizar el ascenso del sol naciente. Solo más tarde, después de que las noticias del hundimiento del *Panay* y de la carnicería de los ciudadanos de Nanking hubieran desencadenado la condena internacional, el gobierno japonés trató rápidamente de ocultar lo que su ejército había hecho, y sustituyó las noticias por propaganda. Gracias a los esfuerzos de unos cuantos periodistas norteamericanos, los japoneses en cuanto que nación pronto se encontraron ante un escándalo de proporciones gigantescas.

Los periodistas norteamericanos

Los periodistas que ejercían una mayor influencia en la opinión pública occidental eran en aquella época tres corresponsales estadounidenses: Frank

Tillman Durdin, de *The New York Times*, Archibald Steele, del *Chicago Daily News*, y C. Yates McDaniel, de la Associated Press. Los tres hombres tenían en común una veta aventurera. Durdin, un periodista de Houston de veintinueve años, se había pasado un tiempo fregando la cubierta y limpiando cabrestantes en un carguero para conseguir un pasaje gratis de Estados Unidos a China.^[351] Una vez en Shanghái, trabajó para un diario en lengua inglesa y pronto pasó al *Times*, donde informó de la guerra chino-japonesa. Steele era un corresponsal de más edad, que había cubierto la ocupación japonesa de Manchuria y la guerra expansionista en Asia.^[352] McDaniel era quizá el más audaz de los tres: antes de la masacre había conducido a través de las líneas del frente hasta el campo, escapando a duras penas, en su propósito de «dar con la guerra», de los obuses que estallaban por doquier.^[353]

Durdin, Steele y McDaniel se marcharon apenas unos días antes de que comenzara la masacre, pero en el breve tiempo que pasaron en Nanking tuvieron un enorme impacto. No solo escribieron historias fascinantes que caían como una bomba en los mayores y más prestigiosos periódicos de Estados Unidos, sino que también se unieron al Comité de la Zona de Seguridad Internacional para tratar de salvar vidas.^[354]

La Violación de Nanking obligó a los reporteros a salirse de su papel habitual de observadores neutrales y a adentrarse en el drama de la guerra como participantes con todas las de la ley. Algunas veces eran los protagonistas de sus propias historias, cuando optaban por proteger a ciudadanos chinos de los invasores japoneses. Por ejemplo, C. Yates McDaniel asumió la responsabilidad de hacer de vigilante para los sirvientes chinos de la embajada de Estados Unidos. Durante la masacre, la mayoría estaban tan aterrados que se negaban a dejar el edificio ni para beber agua, así que McDaniel se pasó horas llenando cubos con agua del pozo y llevándolos a cuestas de vuelta a la embajada para que los sirvientes pudieran beber.^[355] Hizo por encontrar a sus familiares desaparecidos (a menudo solo les podía entregar sus restos mortales), y también ahuyentaba a los soldados japoneses que trataban de colarse en la embajada.

Los periodistas trataron incluso de salvar a gente que claramente no tenía salvación, aunque solo fuera para ofrecer consuelo a aquellos que estaban a punto de morir. Durante la masacre, Durdin encontró a un soldado chino que yacía en la acera con la mandíbula volada de un disparo y el cuerpo ensangrentado. El soldado le tendió la mano, y Durdin se la sostuvo. «No sabía a dónde llevarlo ni qué hacer^[356] —recordaría el reportero años después—. Así que, estúpidamente, decidí hacer algo. Simplemente le puse un billete

de cinco dólares en la mano. Algo del todo inútil para él, por supuesto, pero en cualquier caso, de alguna manera, sentí el impulso de hacer algo. Apenas vivía».

El 15 de diciembre, la mayoría de los periodistas dejaron Nanking en dirección a Shanghái para entregar su material. El último día que pasaron en la ciudad fue truculento. De camino al muelle, al pasar por la puerta del Agua, el automóvil de los reporteros tuvo que pasar, literalmente, por encima de una alfombra de cadáveres de un metro de espesor. Los perros estaban ya empezando a mordisquear los cuerpos. Más tarde, mientras esperaban a que llegara su barco, vieron cómo el ejército japonés alineaba a 1.000 chinos, los obligaba a arrodillarse en pequeños grupos y le pegaba a cada uno un tiro en la nuca. Durante la ejecución algunos de los japoneses se reían y fumaban, como si se lo estuvieran pasando de maravilla con el espectáculo.

McDaniel, de la AP, se quedó en Nanking un día más, antes de subir a bordo de un destructor con destino a Shanghái. El 16 de diciembre, su último día en las ruinas de la capital china, vio más cadáveres y pasó por delante de una larga fila de chinos con las manos atadas. Uno de ellos se separó corriendo del grupo, se tiró de rodillas y suplicó a McDaniel que lo salvara de la muerte. «No pude hacer nada^[357] —escribió McDaniel—. Mis últimas imágenes de Nanking: chinos muertos, chinos muertos, chinos muertos».^[358]

Los hombres de los noticiarios

Cerca de Nanking había también dos estadounidenses que trabajaban en los informativos, y que arriesgaron sus vidas para filmar el bombardeo del *Panay*.^[359] Durante el ataque, Norman Alley, de la Universal, y Eric Mayell, de la Fox Movietone, se encontraban a bordo del buque, y aprovecharon para obtener unas tomas soberbias del incidente. Aunque resultaron ilesos (Alley salió de entre las bombas y la metralla con solo un rasguño en un dedo y un agujero de bala en el sombrero), otro periodista no tuvo tanta suerte.^[360] Una esquirla fue a clavársele al corresponsal italiano Sandro Sandri en la parte posterior del ojo mientras seguía a Alley escaleras arriba en el *Panay*, y moriría sólo unas horas después.

Mientras se escondían junto con los pasajeros supervivientes del *Panay* entre los juncos de la orilla, Alley envolvió su película y la de Mayell en lienzo y las enterró bajo el fango, convencido de que los japoneses vendrían a matarlos.^[361] Más tarde la película se pudo desenterrar intacta y fue enviada a

Estados Unidos, donde se proyectaron fragmentos del documental, en salas de cine por todo el país.

El hundimiento del *Panay* causó más revuelo en Estados Unidos que todas las violaciones y carnicerías a gran escala que tuvieron lugar en Nanking. El 13 de diciembre, el presidente Franklin D. Roosevelt anunció que estaba «consternado» por el ataque, y exigió una reparación inmediata al emperador Hirohito.^[362] Unos días después, cuando los exhaustos supervivientes regresaron finalmente a la civilización, la respuesta de la opinión pública no hizo sino empeorar. Sucios, helados y arropados solo con mantas, colchas chinas y jirones de ropa, algunos de los supervivientes seguían todavía moribundos o en estado de *shock*.^[363] Sus relatos, junto con sus fotografías, pronto aparecieron en todos los principales periódicos del país, con titulares como «Las víctimas del *Panay*: una hora entera bajo el fuego japonés», o «Los saqueos y las carnicerías reinan en Nanking». Y cuando el metraje de Alley y Mayell llegó a los cines, las protestas y el sentimiento anti-japonés de la opinión pública norteamericana se exacerbaron.^[364]

Control de daños japonés

En el momento en que los corresponsales extranjeros abandonaron Nanking, los japoneses sellaron la ciudad para prevenir la entrada de otros periodistas. George Fitch fue testigo del comienzo de esta operación el 15 de diciembre, día en el que condujo en automóvil a algunos de los corresponsales extranjeros fuera de la ciudad hasta la orilla del río, para que embarcaran en un destructor rumbo a Shanghái. Cuando Fitch trató de regresar a Nanking desde Hsiakwan, un centinela japonés lo detuvo en la puerta y se negó a dejarlo entrar. Ni siquiera el acompañante de Fitch, el señor Okamura, miembro de la legación japonesa en Shanghái, fue capaz de persuadirlo: «El parecer del personal diplomático no es relevante para el ejército de Japón».^[365] Al final Okamura tuvo que conducir uno de los coches hasta el cuartel general para obtener un pase especial para Fitch.

Cuando por fin los japoneses permitieron a un puñado de extranjeros entrar en la ciudad, controlaron minuciosamente sus movimientos. En febrero permitieron a algunos oficiales navales norteamericanos desembarcar en Nanking, pero solo a condición de que fueran acompañados por representantes de la embajada de Japón en vehículo diplomático.^[366] Todavía

en abril el alto mando nipón impedía a la mayoría de los extranjeros entrar o salir libremente de la ciudad.^[367]

Para encubrir los detalles nauseabundos de las atrocidades cometidas por su ejército, los japoneses ni siquiera permitían el regreso a Nanking de los diplomáticos extranjeros. Sin embargo, en último término no lograron ocultar la verdad; especialmente, no lograron ocultársela a los alemanes ni a los norteamericanos.

Los servicios de inteligencia extranjeros ante la violación de Nanking

El gobierno de Hitler pronto supo de los motivos que tenían los japoneses para el retraso. «La suposición que hice en mi informe precedente de que los japoneses estaban retrasando nuestro regreso para evitar testigos oficiales de las atrocidades se ha visto confirmada^[368] —reportó un diplomático alemán a Berlín en enero—. Según testigos alemanes y norteamericanos allí presentes, una vez que se comunicó la intención de los representantes extranjeros de regresar a Nanking, se procedió a una frenética y apresurada operación de limpieza, con el fin de eliminar las pruebas de los masivos y absurdos asesinatos de civiles, mujeres y niños».

El gobierno estadounidense también sabía lo que los japoneses estaban tratando de ocultar. Un cifrado mecánico había protegido las comunicaciones diplomáticas de alto nivel del servicio exterior japonés, pero en 1936 los analistas del Servicio de Inteligencia de Señales del Ejército de Estados Unidos habían logrado descifrar el código nipón, que los norteamericanos apodaban *RED*.^[369] La inteligencia americana, por lo tanto, era capaz de interceptar y leer mensajes secretos entre la jerarquía japonesa en Tokio y sus representantes en Washington durante la Violación de Nanking. El 26 de diciembre de 1937, el ministro de asuntos exteriores japonés Hirota Koki le envió uno de estos mensajes al embajador japonés en Washington, Saito Hiroshi; en él hacía hincapié en la necesidad de obstaculizar con evasivas el regreso inmediato del personal diplomático estadounidense a Nanking. «Si regresan y reciben informes desfavorables de las actividades del ejército por parte de sus propios nacionales, y si los diplomáticos, haciendo eco de tales protestas, remiten los informes a sus respectivos países, nos veremos en una posición extremadamente desventajosa^[370] —decía el mensaje—. Creemos, por lo tanto, que la mejor política es hacer cuanto podamos por retenerlos allí

tanto como sea posible. Incluso aunque esto provoque algunos roces, creemos que es preferible a correr el riesgo de una confrontación sobre el terreno».

Pero el gobierno estadounidense no reveló a la opinión pública lo que sabía en aquel entonces, e incluso contribuyó a la censura japonesa de la verdad. Por ejemplo, Norman Alley, el reportero de la Universal, había filmado 5.300 rollos de película sobre el ataque japonés al *Panay*, pero antes de que el filme pasara a los cines, el presidente Roosevelt le pidió que cortara unos nueve metros de película, donde se veía a varios bombarderos japoneses disparando al destructor casi a ras de suelo.^[371] Alley dio su conformidad, aunque en esos metros estuvieran quizá las mejores imágenes de todo el metraje, y ciertamente las más dañinas para el gobierno japonés. Hamilton Darby Perry, autor de *The Panay Incident*, cree que Roosevelt quería dar crédito a las excusas japonesas de que el ataque era un caso de confusión de identidad, y que no obedecía a un plan deliberado. Sin duda el gobierno de Estados Unidos estaba deseoso de lograr un acuerdo financiero y diplomático con los japoneses que cerrara la disputa, y sabía que esos nueve metros de película habrían imposibilitado ese tipo de acuerdo.

La propaganda japonesa

Los intentos japoneses de influir en la opinión pública no eran nada nuevo. Incluso antes de la Violación de Nanking, la inteligencia norteamericana tenía constancia de los planes japoneses, con el sello de «Altísimo secreto»,^[372] para diseminar propaganda favorable de sí mismos en Estados Unidos. El gobierno japonés disponía de un alto presupuesto para cortejar a influyentes magnates de la prensa, para colocar anuncios en emisoras de radio y en los periódicos más importantes y para la impresión de panfletos y octavillas.

Pero durante la Violación de Nanking los japoneses sufrieron, en términos de relaciones públicas, un desastre tan colosal que, visto en retrospectiva, parece casi ridículo que se molestaran en tratar de encubrirlo. En lugar de hacer algo por disciplinar a sus tropas en Nanking, los japoneses dedicaron sus esfuerzos a lanzar una ofensiva propagandística, con la que esperaban de alguna forma oscurecer los detalles de uno de los mayores baños de sangre de la historia universal.

Los medios de comunicación japoneses proclamaron, de entrada, que todo iba bien en la ciudad de Nanking. El 20 de diciembre, Robert Wilson oyó que

Domei, la agencia de noticias japonesa, informaba de que la población de Nanking estaba regresando a casa y que todo era normal. «Si esas son todas las noticias provenientes de Nanking, se va a montar una buena cuando las noticias reales trasciendan»,^[373] escribió Wilson.

Después el gobierno nipón autorizó recorridos cuidadosamente preparados para visitantes japoneses. Una semana después del informe de Domei, un buque mercante japonés atestado de turistas nipones arribó a Nanking procedente de Shanghái. «Fueron conducidos con cuidado por las pocas calles que han despejado ahora de cadáveres —escribió George Fitch sobre aquella visita—. Gentilmente, repartían dulces a los niños chinos y les daban palmaditas en las aterrorizadas cabecitas».^[374] Algunas señoras acompañaban a representantes de negocios japoneses en aquel *tour* por la ciudad, y Fitch observó que parecían «tremendamente complacidos de sí mismos, también con la maravillosa victoria de Japón, pero por supuesto no escucharon nada de la verdad real —ni el resto del mundo tampoco, supongo—».^[375]

En enero vinieron reporteros japoneses a Nanking para escenificar estampas de la ciudad con el fin de distribuirlas por todo Japón y por el resto del mundo. En Nochevieja la embajada japonesa convocó a los encargados chinos de los campos de refugiados a una reunión, y les dijo que al día siguiente tendrían lugar en la ciudad celebraciones «espontáneas».^[376] Se ordenó a los chinos que confeccionaran miles de banderas japonesas, y que las portaran en un desfile para una película que mostraría a las masas de entusiasmados residentes dando la bienvenida a los soldados japoneses. También vinieron a Nanking fotógrafos japoneses, para inmortalizar a los niños chinos recibiendo cuidados de un médico militar japonés y dulces de soldados nipones. «Pero —escribía Lewis Smythe en una carta a sus amigos, — ¡estos actos no se repetían cuando no había una cámara cerca!».^[377]

El ejemplo más flagrante de propaganda japonesa era un artículo que apareció el 8 de enero de 1938 en el *Sin Shun Pao*, un periódico de Shanghái controlado por los japoneses. Bajo el titular «La armoniosa atmósfera de la ciudad de Nanking rezuma bienestar», el artículo afirmaba que «el Ejército Imperial entró en la ciudad, envainó las bayonetas y estrechó las múltiples manos agradecidas para examinarlas y curarlas»,^[378] dando a las masas hambrientas y enfermas de Nanking ayuda médica y alimento.

Hombres y mujeres, viejos y jóvenes se arrodillaron para saludar al Ejército Imperial, expresando sus respetos [...]. Las vastas multitudes que se congregaron en torno a los soldados bajo las banderas del sol y de la cruz roja gritaron «Banzai» en expresión de gratitud [...]. Los soldados y los niños chinos están felices juntos, y juegan alegremente en los toboganes. Nanking

es hoy el mejor lugar que los países del mundo puedan contemplar, pues aquí uno respira la atmósfera de la residencia pacífica y el trabajo alegre.

Los intentos japoneses de enturbiar todo el hecho de la masacre con paparruchas suscitaron respuestas incrédulas en los diarios de los misioneros que se conservan. He aquí algunos ejemplos:

Del diario de James McCallum, 9 de enero de 1938:

Ahora los japoneses tratan de desacreditar nuestros esfuerzos en la Zona de Seguridad. Amenazan con intimidar a los pobres chinos para que repudien lo que hemos dicho [...]. Algunos de los chinos están incluso dispuestos a probar que los saqueos, violaciones e incendios fueron obra de los propios chinos, y no de los japoneses. A veces tengo la sensación de que hemos estado tratando con maniacos e idiotas, y me maravillo de que todos los extranjeros hayamos salido vivos de este suplicio.^[379]

Del diario de George Fitch, 11 de enero de 1938:

hemos visto un par de ejemplares de un periódico japonés de Shanghái, y dos del *Tokyo Nichi Nichi*. Nos cuentan que ya el 28 de diciembre las tiendas se daban prisa en volver a abrir, que los negocios regresaban a la normalidad, que los japoneses estaban cooperando con nosotros para alimentar a los pobres refugiados, que la ciudad había sido limpiada de saqueadores *chinos*, y que ahora reinaban el orden y la paz. Bueno, nos habrían entrado ganas de reír si esto no fuera tan trágico. Son las típicas mentiras que Japón ha ido sembrando por ahí desde que comenzó la guerra.^[380]

Del diario de George Fitch, reimpresso en *Reader's Digest*:

En marzo, una emisora de radio gubernamental de Tokio lanzó este mensaje al mundo: «Los rufianes responsables de tantas muertes y destrucción de la propiedad en Nanking han sido capturados y ejecutados. Se descubrió que eran soldados descontentos de las brigadas de Chiang Kai-shek. Ahora todo está en calma y el ejército japonés está alimentando a 300.000 refugiados».^[381]

De una carta escrita por Lewis Smythe y su esposa el 8 de marzo de 1938:

Ahora las últimas noticias que nos cuenta el periódico japonés es que han dado con once ladrones armados chinos que... ¡son los responsables de todo! Bueno, si cada uno de ellos violó a entre 100 y 200 mujeres cada noche y cada día durante dos semanas, y se largó con los 50.000 dólares incautados..., vaya chinos más poderosos.^[382]

Otra forma de propaganda japonesa eran las octavillas. Durante las ejecuciones en masa, el ejército japonés inundó desde sus aviones a la población de Nanking con mensajes caídos desde el cielo. Por ejemplo: «A todos los chinos decentes que vuelvan a sus casas se les proporcionará ropa y alimentos. Japón desea ser un buen vecino para aquellos chinos que no se dejen engañar por los monstruos que son los soldados de Chiang Kai-shek».

[383] Las octavillas mostraban estampas coloridas de un apuesto soldado japonés con un niño chino en brazos («como un Cristo redentor», decía un observador), y con una madre china a sus pies agradeciéndole los sacos de arroz. Según George Fitch, el día en que se lanzaron las octavillas miles de chinos dejaron los campos de refugiados para regresar a sus hogares en ruinas.

Los nipones también pegaron carteles brillantes y de colores vistosos en las casas (o junto a ellas) donde habían ocurrido tragedias. En uno se veía a un soldado japonés con un niño pequeño mientras daba un cubo de arroz a su madre y azúcar y otros alimentos al padre. Un informe diplomático alemán decía que el cartel mostraba «a un amable y encantador soldado con utensilios de cocina en la mano que lleva a hombros a un niño chino, cuyos padres, pobres pero honrados campesinos, elevan la mirada hacia él (el soldado) llenos de felicidad familiar y de gratitud, hacia el bueno del tío».^[384] La leyenda en la esquina superior derecha rezaba: «¡Volved a vuestros hogares! ¡Os daremos arroz para comer! Confiad en el ejército japonés: ¡os puede ayudar!».

Al mismo tiempo, los japoneses organizaban glamurosas recepciones y eventos mediáticos en Nanking y Shanghái para desviar la atención de las atrocidades. A principios de febrero un general japonés invitó a representantes diplomáticos extranjeros a tomar el té en la embajada japonesa en Nanking.^[385] Alardeó de que el ejército nipón era conocido en el mundo entero por su disciplina, y que no había habido ni una sola violación de dicha disciplina durante la guerra ruso-japonesa ni tampoco durante la campaña de Manchuria. El general afirmó que, si se diera el caso de que los japoneses cometieran algún desmán en Nanking, ello solo podría deberse a que los chinos, instigados por extranjeros (se refería, por supuesto al comité de la Zona de Seguridad Internacional), se habían resistido. Pero lo curioso es que en el mismo discurso el general contradijo sus afirmaciones previas, al admitir que los soldados japoneses se habían desahogado con la población porque no habían encontrado nada útil ni comestible durante su avance hacia Nanking.

El circo mediático japonés, sin embargo, no logró engañar a la comunidad diplomática extranjera con respecto a los incendios, las violaciones y los asesinatos que asolaban Nanking. A mediados de febrero, los japoneses celebraron un concierto militar en Shanghái, con *geishas* y fotógrafos de prensa. Pero un diplomático alemán observó que, mientras el asunto de la gala estaba teniendo lugar, «la madre de una niña de once años que no quería

entregar a su hija para que los soldados la violaran fue quemada viva junto con su casa».^[386]

Los líderes de la zona de seguridad contraatacan

El Comité de la Zona de Seguridad Internacional hizo todo lo que pudo para contrarrestar el bombardeo propagandístico. Durante los primeros días de la masacre los líderes de la Zona buscaron la colaboración de corresponsales internacionales norteamericanos, como Frank Tillman Durdin, Archibald Steele y C. Yates McDaniel. Pero cuando estos se marcharon, el Comité Internacional tuvo que arreglárselas solo. El gobierno japonés impidió que otros informadores, como Max Coppening, del *Chicago Tribune*, entraran en Nanking, y la conducta de los soldados japoneses empeoró cuando se dieron cuenta de que sus acciones no serían observadas por los medios internacionales.^[387]

Pero el gobierno japonés subestimó la capacidad del Comité Internacional para llevar su propia campaña de publicidad. Uno de los rasgos distintivos que tenían en común los líderes de la Zona era su preparación superior en las artes verbales.^[388] Casi sin excepción, eran elocuentes escritores y oradores. Los misioneros, educados en las mejores universidades de Norteamérica y Europa, habían dedicado la mayor parte de su vida adulta a dar sermones, escribir ensayos académicos y trabajar en el circuito de enseñanza cristiano; algunos de los profesores del comité habían escrito libros. Es más, en cuanto que grupo eran sofisticados a la hora de trabajar con los *media*; mucho antes de la caída de Nanking habían dado discursos radiofónicos en alguna emisora local, o habían escrito artículos sobre China en la prensa popular. Finalmente, los misioneros tenían una ventaja adicional que los japoneses no habían previsto: ellos habían pasado sus vidas enteras contemplando el verdadero sentido del infierno. Habiendo encontrado uno en Nanking, no tardaron ni un minuto en describirlo para el mundo entero. Su prosa dura y contundente capturaba el terror que habían presenciado:

Durante diez días ha reinado la anarquía más total: ha sido el infierno en la tierra. Tener que mirar sin hacer nada, mientras hasta a los más pobres les quitan su última posesión, su última moneda, su última pieza de ropa de cama (con el frío que hace), y al pobre hombre de la calesa, su calesa; mientras miles de soldados desarmados que habían acudido a ti en busca de santuario, junto con muchos cientos de civiles inocentes, son llevados ante tus ojos para ser fusilados o utilizados en prácticas de bayoneta, y tienes que escuchar los sonidos de los fusiles que los están

matando; mientras mil mujeres se arrodillan ante ti llorando sin consuelo, rogándote que las salves de los bestias que las están depredando; quedarte ahí y no hacer nada, mientras tu bandera es pisoteada y ultrajada, no una, sino una docena de veces; mientras tu casa es saqueada, y mientras contemplas cómo la ciudad que has terminado amando y la institución a la que habías planeado dedicar lo mejor de ti son deliberada y sistemáticamente incendiadas. He aquí un infierno que nunca antes había imaginado.^[389] (George Fitch, 24 de diciembre de 1937).

Es una historia horrible y difícil de contar; no sé por dónde empezar ni dónde acabar. Nunca había oído o leído nada de una brutalidad comparable... ¡Violación! ¡Violación! Calculamos que hay al menos 1.000 casos por la noche y otros muchos durante el día. En caso de resistencia o de cualquier cosa que pueda parecer desaprobación, hay una bayoneta hundida o una bala. Podríamos escribir sobre cientos de casos al día; la gente está histérica; se tiran de rodillas y dicen «Kutow» a cada momento que nosotros, los extranjeros, hacemos acto de presencia; suplican ayuda. Aquellos sospechosos de ser soldados, y muchos otros, han sido conducidos fuera de la ciudad y fusilados a cientos —no, a miles—. Incluso los refugiados pobres han sido robados en ciertos centros una y otra vez, hasta el último céntimo, hasta casi la última prenda y la última sábana... A las mujeres se las llevan cada mañana, cada tarde, cada noche.^[390] (John McCallum, 19 de diciembre de 1937).

Creo que ya he dicho lo bastante sobre estos horribles casos: hay cientos de miles de ellos. Habiendo tantos como hay, al final la mente se embota y casi terminan por dejar de impactarte. Nunca imaginé que en el mundo moderno pudiera existir una gente tan cruel... Parecería que solo una persona rara y demente como Jack el Destripador podría actuar así.^[391] (John Gillespie Magee, 28 de enero de 1938).

Los detalles gráficos de los excesos japoneses aparecieron no solo en los diarios de la Zona de Seguridad, sino también en cartas y boletines informativos que eran poligrafiados o mecanografiados una y otra vez, para que amigos, familiares, autoridades públicas y la prensa recibieran copias. Cuando enviaban por correo descripciones de la masacre, los líderes de la Zona a menudo rogaban a los destinatarios que, en caso de que fueran publicados, no revelasen la autoría de los documentos, por miedo a que los miembros individuales del comité fueran represaliados o expulsados de Nanking. «Os pido que extreméis las precauciones con esta carta, ya que, si fuera publicada, todos corremos el riesgo de ser expulsados, y eso sería un desastre para los chinos de Nanking»,^[392] escribió Magee a su familia. Los japoneses, explicaba, dejarían marchar «con muchísimo gusto» a los extranjeros, pero no permitirían regresar a ninguno.

Al final la persistencia, el trabajo duro y la cautela de los líderes de la Zona dieron resultado. El diario de George Fitch fue el primero en filtrarse fuera de Nanking, y provocó toda una «sensación»^[393] en Shanghái. Sus historias y las de otros (cuyos nombres muchas veces se omitían) se abrieron rápidamente camino hacia las publicaciones más populares, tales como las revistas *Time*, *Far Eastern* y *Reader's Digest*, suscitando una enorme indignación entre los lectores norteamericanos. Algunas de aquellas historias reaparecerían eventualmente en libros, tales como *Japanese Terror in China*

(1938), de Harold John Timperley, reportero del *Manchester Guardian*, y *Documents of the Nanking Safety Zone* (1939), de Hsu Shuhsí.

Para ir preparando a los lectores, los líderes de la Zona a veces comenzaban sus documentos con un prefacio con advertencias. «Lo que voy a relatar a continuación es lo contrario de una historia agradable; de hecho, es tan desagradable que no puedo recomendar su lectura a nadie que no tenga un estómago fuerte^[394] —escribía Fitch en su diario antes de la publicación—. Porque es la historia de unos crímenes y horrores casi inimaginables, la historia de las abominaciones de una horda de criminales degradados y de increíble bestialidad, sobre una gente pacífica, amable y cumplidora de la ley. [...] Creo que esto no tiene parangón en la historia moderna».

Tal y como habían previsto, los informes del Comité de la Zona de Seguridad Internacional provocaron escepticismo entre el público norteamericano. Cuando el artículo «The Sack of Nanking» («el saqueo de Nanking») apareció en *Reader's Digest*, un suscriptor escribió: «Es increíble que se le pueda dar credibilidad a algo que obviamente no es más que flagrante propaganda, y que tanto recuerda al tipo de cosas con que se alimentaba a la opinión pública durante la última guerra».^[395] Y otros suscriptores hacían comentarios parecidos. Pero los editores de la *Reader's Digest* insistieron en que las historias eran ciertas. Para defender su credibilidad, los editores hicieron «denodados esfuerzos» para recoger más cartas de los líderes de la Zona de Seguridad, cartas que reprodujeron en el número de octubre de 1938 de la revista. «Los materiales que hemos visto —se apresuraban a añadir los editores— ocuparán un número entero de esta revista, y todos ellos corroboran los extractos típicos que se reproducen a continuación».

Afortunadamente, los crímenes de Nanking se registraron no solo en papel, sino también en película, lo cual prácticamente imposibilita su negación. John Magee, que poseía una cámara de cine de aficionado, filmó a algunas víctimas postradas en la cama en el hospital de la Universidad de Nanking.^[396] Eran imágenes pavorosas: hombres horriblemente desfigurados y medio carbonizados que los japoneses habían tratado de quemar vivos; un empleado de una tienda de cacerolas esmaltadas que había recibido un tremendo golpe de bayoneta en la cabeza (seis días después de ingresar en el hospital, todavía podían verse claramente las pulsaciones de su cerebro); o una víctima de violación en grupo cuya cabeza había sido casi seccionada por los soldados japoneses.

George Fitch logró eventualmente sacar de forma subrepticia la película de China, con gran riesgo de su vida. El 19 de enero recibió un permiso para dejar Nanking y tomó un tren militar japonés a Shanghái, donde compartió un atestado vagón de tercera clase con «la peor especie de soldados que uno pueda imaginar».^[397] Cosidos al forro de su abrigo de pelo de camello llevaba ocho rollos de negativos de película de 16 milímetros sobre las atrocidades de Nanking. Como él mismo le confesaría más tarde a su familia, en su mente no había ninguna duda de que, si lo hubieran cacheado y hubieran hallado la película, lo habrían matado al instante.^[398] Pero por suerte Fitch logró llegar hasta Shanghái, donde llevó los negativos a la oficina de Kodak y reveló cuatro series de copias. Una se la envió al líder nazi John Rabe antes de que dejara Nanking para marchar a Alemania. Y otras terminaron en Estados Unidos, donde Fitch y otros misioneros las proyectaron en conferencias con grupos políticos y religiosos. Algunos fotogramas de las películas se imprimieron en la revista *Life*; y fragmentos de las propias filmaciones aparecieron más tarde en el documental de noticias de Frank Capra *Why We Fight: Battle of China* (Por qué combatimos: la batalla de China). Décadas después, la película reaparecería en dos documentales históricos que se estrenaron durante la década de 1990: *Magee's Testament* (el testamento de Magee) y *In the name of the Emperor* (en nombre del emperador).

Uno se imagina la ira que debió consumir a los líderes militares nipones cuando estos informes escritos, fotografías e incluso películas de las atrocidades japonesas llegaron a los medios internacionales. Muchos de los líderes de la Zona vivían en un estado de terror constante, y creían que los japoneses los matarían a todos si pensaran que podían librarse de las consecuencias. Algunos de los hombres se recluyeron en sus casas y no se aventuraban a salir tras ponerse el sol, a no ser en grupos de dos o tres. Al menos uno de ellos, George Fitch, sospechaba que su cabeza tenía un precio.^[399] Pero, a pesar del miedo, continuaron turnándose para vigilar las áreas clave de la Zona durante la noche, y perseveraron en la tarea de dar a conocer las atrocidades japonesas. «Los militares japoneses nos odian más que al enemigo, porque los hemos delatado ante el mundo^[400] —escribió John Magee el 28 de enero de 1938—. Estamos muy sorprendidos de que ninguno de nosotros haya sido asesinado, y sigue sin estar claro que podamos salir de aquí sanos y salvos».

La ocupación de Nanking

La Violación de Nanking continuó durante meses, aunque lo peor se concentró entre las primeras seis y ocho semanas. En la primavera de 1938 la gente de Nanking sabía que la masacre había terminado, y que, aunque seguirían ocupados, no necesariamente serían asesinados. Mientras Nanking seguía postrada bajo la bota japonesa, el ejército empezó a implementar medidas para subyugar a la población entera.

Al principio no había gran cosa que subyugar. «No puedes imaginarte la desorganización que hay en la ciudad^[401] —escribió un extranjero—, las inmundicias de toda índole tiradas por todas partes». La basura y la carne humana se pudrían en las calles porque los japoneses no permitían que se hiciera nada sin su permiso, ni tan siquiera la inhumación de los cadáveres o la recogida de basuras. De hecho, durante días camiones del ejército llevaron pilas de varios metros de cuerpos^[402] bajo la puerta del Agua y las volcaron ante la población, para que vieran cuáles eran las terribles consecuencias de resistir ante Japón.

Algunos observadores calcularon que los daños que los japoneses habían causado en la propiedad pública ascendían a 836 millones de dólares estadounidenses de 1939,^[403] mientras que las pérdidas en la propiedad privada eran de al menos 136 millones. Estas cifras no incluían el coste de los bienes culturales irreemplazables usurpados por el ejército japonés.

Bajo la dirección del sociólogo Lewis Smythe, el Comité de la Zona de Seguridad Internacional llevó a cabo un estudio sistemático del daño producido en el área de Nanking. Los investigadores visitaron una de cada 15 casas habitadas de la ciudad, y fueron también a ver a una de cada 10 familias en una de cada tres aldeas del campo. En un informe de 60 páginas que vio la luz en junio de 1938, Smythe concluyó que los cuatro días de asedio y las 120 incursiones aéreas que la ciudad había sufrido solo habían provocado el 1 por ciento del daño infligido por el ejército japonés tras la toma de Nanking.^[404]

Los incendios provocaron la mayor parte de la destrucción. Los fuegos comenzaron en Nanking con la caída de la ciudad y duraron más de seis semanas.^[405] Los soldados prendieron fuego a edificios siguiendo instrucciones de los oficiales, e incluso emplearon cintas químicas especiales para encenderlos.^[406] Quemaron iglesias, embajadas, almacenes comerciales,

tiendas, mansiones y cabañas: incluso áreas del interior de la Zona de Seguridad. Los líderes de la Zona no podían apagar los fuegos, porque los japoneses les habían robado las bombas y los equipos antiincendios.^[407] Al final de las primeras semanas de la Violación de Nanking, el ejército había incinerado una tercera parte de la ciudad y las tres cuartas partes de los comercios.^[408]

Quemaron la legación diplomática rusa, dañaron la embajada de Estados Unidos y saquearon casi todas las casas extranjeras —incluso aquellas claramente señaladas con banderas o escudos—.^[409] Los japoneses se reservaron los mayores ultrajes para las propiedades norteamericanas: por seis veces arrancaron la bandera de las barras y las estrellas de la Universidad de Nanking y la pisotearon en el barro, amenazando con matar a cualquiera que osara volver a izarla.^[410] Pero las propiedades alemanas sufrieron casi tanto como las estadounidenses, a pesar de la alianza entre los gobiernos nazi y japonés. Los japoneses arrancaron banderas nazis, quemaron casas y negocios alemanes, e incluso robaron retratos de Hitler y Hindenburg («algo curioso^[411] —escribió un alemán—, teniendo en cuenta el culto que rendían los japoneses a los retratos de su emperador»).

Las consecuencias del saqueo de Nanking fueron más allá de las murallas de la ciudad. Los soldados japoneses devastaron los campos de los alrededores, quemaron pueblos enteros, empezando por las cabañas de paja, y metieron muebles, herramientas y utensilios agrícolas en edificios de ladrillo para poder incinerarlo todo de una vez.^[412] La región próxima a la ciudad fue limpiada de animales de granja, tanto domésticos como silvestres.

Los japoneses también emplearon antorchas de acetileno, balas y granadas de mano para reventar las cajas de seguridad de los bancos, incluyendo la caja fuerte personal de depósitos de oficiales y residentes alemanes.^[413] A los soldados se les permitió enviar por correo a Japón parte de su botín, pero la mayor parte de los bienes fueron confiscados y declarados de uso exclusivo de los oficiales.^[414] Los almacenes se llenaron rápidamente de raros objetos de jade y porcelana, alfombras y pinturas, tesoros de oro y plata.^[415] En un único hangar se almacenaron más de 200 pianos. A finales de diciembre los japoneses empezaron a apilar los bienes robados (joyas, arte, muebles, metales, antigüedades, etc.) en los muelles para transportarlos a Japón.^[416]

Los saqueadores japoneses solían buscar artículos de alta gama. Codiciaban los automóviles extranjeros, lo que llevó a pensar a los miembros del comité que el ejército se habría llevado todos los que había en la ciudad si no hubiera sido porque los extranjeros se sentaban en ellos.^[417] (También

robaron los camiones utilizados para trasladar los cadáveres).^[418] Pero los japoneses también invadieron el hospital de la Universidad de Nanking para llevarse objetos triviales (estilográficas, linternas, los relojes de pulsera de las enfermeras...), e hicieron repetidas incursiones en la Zona de Seguridad en busca de la ropa de cama, los utensilios de cocina y la comida de los sintechos.^[419] Un informe alemán observó que el 15 de diciembre los japoneses habían obligado a 5.000 refugiados a ponerse en fila para robarles 180 dólares en total.^[420] «Los soldados les quitaban hasta los puñados de arroz sucio que les sacaban de los bolsillos^[421] —escribió George Fitch—. Cualquier protesta llevaba siempre aparejada la pena de muerte».

En enero de 1938 no había ninguna tienda abierta oficialmente en Nanking, a excepción de un almacén militar y la tienda de arroz del Comité Internacional.^[422] El puerto estaba prácticamente vacío de barcos.^[423] La mayor parte de la ciudad carecía de electricidad, teléfono y agua corriente, porque los japoneses se habían llevado a cincuenta empleados de la planta eléctrica local para ejecutarlos.^[424] (Si bien la falta de agua corriente complicaba mucho el aseo personal, en todo caso muchas mujeres optaban por no bañarse,^[425] con la esperanza de repeler así a los soldados japoneses que pretendieran violarlas).

Poco a poco la ciudad fue recobrando una cierta vida. Se empezó a ver a gente revolviendo en casas por todo Nanking, arrancando las tablas de los suelos y los revestimientos de madera para hacer fuegos, y llevándose el metal y el ladrillo para reparar sus propias viviendas o para venderlos en la calle.^[426] En la calle de Shanghái, dentro de la Zona de Seguridad, densas multitudes se apretaban ante cientos de vendedores ambulantes que ofrecían todo tipo de botines imaginables, incluyendo puertas y ventanas.^[427] Esta actividad incentivó la economía local, ya que al lado de la calle los mercaderes de objetos desvalijados fueron abriendo nuevas casas de té y restaurantes.^[428]

El 1 de enero de 1938, los japoneses inauguraron un nuevo gobierno de la ciudad: el Comité de Autogobierno de Nanking (*Nanjing zizhi weiyuanhui*), o «Gobierno Autónomo», que era como lo llamaban algunos de los occidentales de la ciudad.^[429] El Comité de Autogobierno de Nanking lo componían funcionarios chinos títeres, que estaban a cargo de la administración de la ciudad, las políticas públicas, las finanzas, la policía, el comercio y el tráfico. Al llegar la primavera Nanking parecía, desde fuera, que empezaba a

funcionar de nuevo como una ciudad normal. Se reanudaron los servicios de luz, agua corriente y comedor diario.^[430] Se inauguró un servicio de autobús urbano japonés, en las calles aparecieron calesas y la gente podía tomar el tren de Nanking a Shanghái. Para los japoneses Nanking se convirtió pronto en un transitado punto de partida de mercancías (pequeñas locomotoras, caballos, elementos agrícolas, camiones, etc.), que se embarcaban en ferri diariamente desde la ciudad hasta el cercano Pukow.

Pero por todas partes estaban los signos de una ocupación brutal. Los comerciantes chinos debían soportar onerosos impuestos y confiscaciones de renta para financiar los salarios de los nuevos funcionarios en el poder.^[431] Los japoneses abrieron también tiendas militares para la población china que dejaron la ciudad sin oro y dinero chinos, reemplazándolos por moneda militar sin valor alguno.^[432] El gobierno títere chino exacerbó la pobreza, al confiscar los bienes de valor y las partidas de inventario que quedaban en la ciudad, incluso aunque el propietario no se hubiera marchado,^[433] lo que llevó a que algunos de los funcionarios chinos de los niveles bajos bromearan cínicamente: «Ahora saqueamos con autorización».^[434]

Mucho más alarmante que la explotación de la población a través de los impuestos y las confiscaciones era la reaparición del opio en la ciudad.^[435] Antes de la ocupación japonesa, el opio era en Nanking una droga clandestina, que aristócratas y comerciantes fumaban secretamente en oscuros antros. No se vendía abiertamente en las calles a plena luz del día, ni se exhibía con descaro ante la gente joven. Sin embargo, tras la caída de la ciudad la gente podía pasearse libremente por los locales del opio sin interferencias de la policía. Estos antros anunciaban la droga abiertamente, con rótulos comerciales en caracteres chinos con la palabra *Kuang To* o «Tierra Oficial» (un término que significa «opio»).

Para fomentar la adicción y así terminar de esclavizar a la gente, los japoneses utilizaban de forma rutinaria la droga como forma de pago por el trabajo y la prostitución en Nanking. Se ofrecían cigarrillos de heroína a niños de apenas diez años. Basándose en sus indagaciones, Miner Searle Bates, profesor de Historia en la Universidad de Nanking, concluyó que unas 50.000 personas del área metropolitana consumían heroína, lo que representa un octavo de la población de Nanking en aquel momento.

Muchos de los ciudadanos deprimidos de Nanking cayeron presa de las drogas porque les permitían escapar, aunque solo fuera temporalmente, de la miseria de sus vidas. Algunos incluso trataron de emplear el opio para suicidarse, engullendo grandes dosis como veneno.^[436] Otros cayeron en el

crimen para financiar su adición, lo que provocó una ola de delincuencia por toda la ciudad.^[437] Después de haber puesto las condiciones para un ascenso de la criminalidad en Nanking, los japoneses se dedicaron a sermonear sobre la necesidad de la ley y el orden imperiales, utilizando la epidemia de crímenes como excusa para justificar su ocupación.

Los empleadores japoneses trataban a muchos de los trabajadores chinos locales, a los que con frecuencia mataban por las infracciones más leves, peor que a esclavos.^[438] Los supervivientes dijeron más tarde que las duras condiciones en los lugares de trabajo y los castigos arbitrarios fueron deliberados, con el fin de mantener a los empleados chinos en un estado de terror constante. Un chino que trabajó en una fábrica expropiada por los japoneses describió los horrores que tuvo que presenciar en un periodo de apenas unos meses. Cuando un compañero de trabajo fue falsamente acusado por un capataz japonés de robarle el jersey, terminó siendo atado con una cuerda desde los pies hasta el cuello, casi como si fuera una momia, y luego lapidado hasta la muerte con un montón de ladrillos. Al terminar, el cuerpo había perdido la forma, y la carne y los huesos, entreverados con la cuerda, fueron alimento para perros. En otra ocasión, los japoneses echaron en falta en la fábrica cuatro pequeñas hombreras y descubrieron que alguien las había usado a modo de papel higiénico. Una mujer de veintidós años que admitió haber usado el lavabo aquel día fue arrastrada detrás de la fábrica y decapitada con un cuchillo. Aquella misma tarde el mismo asesino japonés mató también a un adolescente, al que acusó de robar un par de zapatillas.

Los japoneses llegaron incluso a someter a experimentos médicos a la gente de Nanking.^[439] En abril de 1939 abrieron en la ciudad un centro de investigación con cobayas humanos, a los que llamaron *zaimoku* («chatarra»). En la calle Chungshan (o Zhongsan) Este, a sólo una pequeña distancia a pie desde el río Yangtsé, los japoneses reconvirtieron un hospital chino de seis plantas en un laboratorio para la investigación de epidemias, al que llamaron Unidad Ei 1644. Aunque el laboratorio estaba situado cerca de un aeropuerto militar, un distrito de *geishas*, cines y enclaves japoneses notorios (como, por ejemplo, el consulado nipón, la oficina de la policía militar y la sede del Alto Mando de la Fuerza Expedicionaria China), siempre fue un secreto bien guardado. Un alto muro de ladrillos coronado con alambre de espino rodeaba el complejo; había guardias en la puerta, y a los empleados se les ordenaba no mencionar jamás el Ei 1644 en las cartas que enviaran a Japón. En el interior, científicos inyectaban o daban de comer a prisioneros chinos una variedad de venenos, gérmenes y gases letales; las sustancias incluían dosis de acetona,

arsénico, cianuro, nitrito de prusiato y venenos de serpiente (cobra, habu y amagasa). Los científicos japoneses mataron de esta forma a unas diez o más personas a la semana, y luego las incineraban en el propio complejo Ei 1644.

Cuando los japoneses se rindieron, en agosto de 1945, el personal del Ei 1644 destruyó los equipos y los datos, voló el laboratorio y emprendió la huida antes de la llegada de las tropas chinas a Nanking. Si sabemos de la existencia de este laboratorio secreto es solo porque algunos científicos de la unidad confesaron sus actividades ante las autoridades norteamericanas que los interrogaron después de la guerra.

Aquellos chinos de la ciudad que tuvieron la suerte de escapar a la brutalidad física, a los experimentos médicos japoneses y al señuelo de las drogas, vivieron en una atmósfera asfixiante de intimidación militar. Las autoridades japonesas diseñaron un método de control de masas que consistía en organizar a la población en una jerarquía piramidal:^[440] uno de cada diez hogares recibía la orden de designar a un jefe, y a uno de cada diez de estos jefes se le ordenaba a su vez que designara a otro jefe, y así sucesivamente. Bajo este sistema, todo hombre en Nanking estaba obligado a llevar consigo una tarjeta de registro firmada por sus jefes de diez, cien y mil dando fe de su lealtad al nuevo gobierno. A cada persona se le exigía asimismo que informara de la presencia en su domicilio de cualquier persona desconocida o no registrada al jefe inmediato de diez, que a su vez reportaba a su jefe directo, y este al suyo, hasta que la información llegaba al oficial de distrito del gobierno de la ciudad. Este ordenamiento piramidal no era una invención japonesa, sino un sistema chino tradicional llamado *baojia*, que fue recuperado por los japoneses, sin ninguna duda, para tratar de legitimar su gobierno de Nanking a ojos de la población local.

Los japoneses sometieron este sistema de *baojia* a frecuentes test, algunas veces por la vía de soltar a hombres sin papeles por la ciudad para ver si podían encontrar un lugar donde dormir. Si los hombres no eran interceptados y denunciados a las dos horas, los jefes de los grupos de los barrios por donde anduvieran eran severamente castigados. «Se supone —escribió Albert Steward en su diario en 1939—, que esta es la forma que tienen los japoneses de preservar la lealtad al nuevo régimen».

A pesar de la guerra, el fuego y la masacre, Nanking se recuperó. La temida hambruna no tuvo lugar,^[441] y no sólo porque los japoneses terminaron por permitir que los envíos de comida entraran en la ciudad, sino

también porque los granjeros locales fueron capaces de cultivar granos de trigo de invierno después de que la mayoría de las tropas japonesas abandonaran Nanking para perseguir a las fuerzas chinas dentro del continente. En el lapso de un año, gran parte de la agricultura de la fértil zona del delta del Yangtsé produjo cosechas cercanas a los niveles de preguerra. Ello no significa que Nanking no sufriera carestía de alimentos bajo la ocupación japonesa. Los jardines y granjas del interior de los muros de la ciudad no prosperaron,^[442] porque los soldados no solo confiscaron las verduras, sino que forzaron a los granjeros a cavar y transportar los productos para uso japonés. Además, a medida que la guerra se prolongaba, las autoridades japonesas de Nanking estrecharon su control sobre los suministros y racionaron estrechamente bienes de primera necesidad como el carbón y el arroz. Pero no hay pruebas que lleven a pensar que Nanking sufriera más hambre o malnutrición que otras zonas de China.^[443] Otras ciudades, tales como la nueva capital nacionalista de Chungking, sufrieron durante la guerra una escasez de alimentos mucho más aguda.

Si bien es cierto que la venta de opio y heroína se disparó bajo la ocupación japonesa, la población de Nanking se mantuvo relativamente a salvo de enfermedades. Después de la ocupación, las autoridades japonesas de la ciudad impusieron estrictas políticas de incineración de los muertos por enfermedad. Asimismo, comenzaron un programa agresivo de inoculación contra el cólera y la tifoidea, sometiendo a la población a inyecciones varias veces al año.^[444] Funcionarios médicos chinos esperaban en las calles y en las estaciones de tren para administrar inoculaciones a peatones o a visitantes cuando entraban en la ciudad. Esto provocó un gran resentimiento entre los civiles, muchos de los cuales temían que las agujas los mataran. Los hijos de misioneros occidentales recuerdan también que en la estación de tren a los chinos que venían de visita a Nanking se les ordenaba que se metieran en recipientes de desinfectante, un requisito que muchos consideraban profundamente humillante.^[445] (Los occidentales eran a menudo rociados con Lysol al entrar en la ciudad).^[446]

En pocos años Nanking se levantó de sus ruinas. En la primavera de 1938 empezaron a volver hombres a la ciudad, algunos para examinar los daños, otros para buscar trabajo porque estaban arruinados y otros para comprobar si las condiciones eran seguras para que sus familias regresaran.^[447] Al comenzar la reconstrucción, la demanda de trabajo creció. Pronto más hombres fueron atraídos de nuevo, y sus mujeres e hijos no tardaron mucho en engrosar el flujo migratorio hacia Nanking. Al año y medio, la población

se había doblado: de unas 250.000 a 300.000 personas en marzo de 1938, se había pasado a 576.000 en diciembre de 1939. Aunque la población no llegó al nivel del millón de habitantes que tenía la ciudad en 1936, en 1942 alcanzó el pico de 700.000 personas, estabilizándose durante el resto de la guerra.

La vida bajo los japoneses no era precisamente agradable. Sin embargo, en la ciudad se fue instalando una sensación de resignación, a medida que muchos se iban haciendo a la idea de que los conquistadores habían llegado para quedarse. Si bien existía una resistencia clandestina ocasional (de vez en cuando alguien entraba en un teatro repleto de oficiales japoneses y arrojaba una bomba), por lo general las acciones de insurgencia armada eran esporádicas y raras.^[448] Las más de las veces la hostilidad contra los nipones se expresaba de forma no violenta, como, por ejemplo, en carteles antijaponeses, octavillas y grafitis.

El suplicio de Nanking llegó a su fin en el verano de 1945. El 6 de agosto de 1945, Estados Unidos arrojó una bomba de uranio no testada sobre Hiroshima, la octava mayor ciudad de Japón, matando a 100.000 de sus 245.000 habitantes en el primer día. Como Japón no se rindió, los norteamericanos arrojaron, el 9 de agosto, una segunda bomba, esta vez de plutonio, en la ciudad de Nagasaki. Menos de una semana después, el 14 de agosto, los japoneses tomaron la decisión final de rendirse.

Los nipones permanecieron en la antigua capital de China hasta el día de la capitulación, y acto seguido abandonaron rápidamente la ciudad.^[449] Testigos oculares reportaron que pudieron ver a soldados japoneses bebiendo profusamente o llorando en la calle; algunos oyeron rumores de japoneses desarmados que habían sido obligados a arrodillarse a un lado de la calle para ser golpeados por residentes locales. Las represalias contra la guarnición japonesa, sin embargo, parece que fueron limitadas, ya que muchos residentes se escondieron en sus casas durante aquellos años caóticos, demasiado aterrados para salir a celebrar, por si al final las noticias de la rendición japonesa no hubieran sido ciertas. La evacuación fue rápida y no hubo persecución masiva ni internamiento de soldados nipones. Una ciudadana de Nanking recuerda que permaneció en su casa durante semanas después de que los japoneses se rindieran y que, cuando por fin salió, ya se habían ido.

El día del juicio

Incluso antes de que la Segunda Guerra Mundial se acercara a su fin, los aliados habían organizado tribunales de guerra para llevar ante la justicia a los criminales del ejército japonés. Ya convencidos de la derrota nipona, los gobiernos estadounidense y nacionalista chino hicieron arreglos preliminares para los juicios. En marzo de 1944 las Naciones Unidas crearon el Comité de Investigación de Crímenes de Guerra;^[450] en Chungking, la capital china durante la guerra tras la caída de Nanking, se estableció un subcomité para los crímenes de guerra del lejano oriente y el Pacífico. Tras la capitulación japonesa se pusieron en marcha los planes para los tribunales. El Mando Supremo de las Potencias Aliadas en Japón (SCAP) trabajó estrechamente con el gobierno nacionalista chino para recoger información sobre las atrocidades japonesas en China. Para los crímenes cometidos durante la Violación de Nanking, se sometió a juicio a miembros del *establishment* japonés no solo en Nanking, sino también en el propio Tokio.

El juicio por los crímenes de guerra de Nanking

La Violación de Nanking había sido una herida profunda y purulenta en la psique de la ciudad, una herida que ocultaba años de odio y miedo reprimidos. Al comenzar los juicios de los criminales de guerra de las clases B y C en la ciudad en agosto de 1946, la herida se abrió, destilando todo el veneno acumulado durante la guerra.

En Nanking solo se juzgó a un puñado de criminales de guerra japoneses, pero los juicios dieron a los ciudadanos chinos locales la oportunidad de manifestar los agravios sufridos y participar en la catarsis de masas. Durante los juicios, que duraron hasta febrero de 1947, más de 1.000 personas testificaron sobre 460 casos de asesinato, violación, incendios provocados y saqueos.^[451] El gobierno chino había pegado avisos por las calles de Nanking en los que urgía a los testigos a que aportaran pruebas, mientras doce oficinas de distrito recopilaban testimonios de personas por toda la ciudad. Uno tras

otro, todos se presentaban en la sala del tribunal, escuchaban al juez chino advertirles de los cinco años de prisión que conllevaba el perjurio, y luego juraban decir toda la verdad firmando impresos al efecto por escrito, con sellos, huellas o cruces. Los testigos incluían no solo a supervivientes chinos, sino también a líderes de la Zona de Seguridad, tales como Miner Searle Bates y Lewis Smythe.

Durante los juicios salieron a la luz pruebas que habían sido concienzudamente guardadas durante años. Una de las más notorias exhibiciones fue la de un pequeño álbum de dieciséis fotografías de atrocidades tomadas por los propios japoneses.^[452] Cuando se llevaron los negativos a una tienda de revelado durante la masacre, los dependientes duplicaron en secreto una serie de imágenes, que a continuación pegaron en un álbum que escondieron en la pared de un cuarto de baño y luego bajo una estatua de Buda. El álbum pasó de mano en mano; los hombres arriesgaron su vida para ocultarlo, también cuando los japoneses lanzaron amenazas y llevaron a cabo registros en busca de pruebas fotográficas de sus crímenes. Un hombre incluso huyó de Nanking y vagabundeo de ciudad en ciudad durante años como un fugitivo por culpa de las dieciséis fotografías. (El largo y complicado viaje que dichas fotografías hicieron desde la tienda de revelado al tribunal de crímenes de guerra, para terminar finalmente en los archivos, ha inspirado numerosos artículos e incluso todo un documental en China).

Pero no todas las pruebas habían hecho un viaje tan accidentado hasta la sala del juicio. Algunas provenían directamente de periódicos viejos: eran simples recortes de prensa. Así, se aportó un artículo del *Japan Advertiser* al juicio contra dos tenientes, Noda Takeshi y Mukai Toshiaki, que habían participado en el famoso concurso de matar descrito en el capítulo 2.^[453] Durante el juicio ambos soldados, por supuesto, negaron haber matado a más de 150 personas cada uno; uno de ellos echó la culpa del artículo a la imaginación de los corresponsales internacionales, mientras que el otro insistía en que había mentido sobre el concurso para conseguir más fácilmente una esposa a su regreso a Japón. Cuando el veredicto se leyó en la sala del tribunal el 18 de diciembre de 1947, el público chino vitoreó y lloró de alegría. Ambos tenientes fueron ejecutados ante un pelotón de fusilamiento.

El centro de atención en los juicios por crímenes de guerra de Nanking fue Tani Hisao.^[454] En 1937 había servido como teniente general en la 6.^a división del ejército japonés en Nanking, una división que perpetró muchas de las atrocidades en la ciudad, especialmente junto a la puerta de Chunghua. En agosto de 1946, Tani fue devuelto en un furgón de presos a China para ser

juzgado e internado provisionalmente en un campo de detención en Nanking. Para preparar su proceso, los expertos forenses, vestidos con monos blancos, abrieron cinco fosas comunes en los alrededores de la puerta de Chunghua y expusieron miles de esqueletos y cráneos, muchos de ellos con agujeros de bala y todavía manchados de sangre oscura.

Para Tani Hisao debió de haber sido terrorífico tener que enfrentar la furia concentrada de una ciudad entera. Mientras estuvo en el banquillo, con su uniforme militar japonés amarillo despojado de sus barras y estrellas, más de ochenta testigos subieron al estrado para recitar una letanía interminable de horrores. La acusación era larga, e incluía cientos de apuñalamientos, quemaduras mortales, estrangulamientos, violaciones, robos y destrucciones cometidas por la división de Tani. A medida que aumentaban las pruebas, todas ellas condenatorias, los fiscales chinos llegaron a traer peritos que agudizaron el drama mostrando pilas de calaveras en la sala del tribunal. El 6 de febrero de 1947, el día en que se anunció el veredicto, a la sala del juicio le faltaba sitio para acoger a todos los que querían estar presentes. Más de 2.000 espectadores llenaban el recinto, mientras un altavoz transmitía las sesiones a decenas de miles de ciudadanos que aguardaban fuera.

A nadie sorprendió que el veredicto fuera de culpabilidad. El 10 de marzo de 1947, el tribunal sentenció a muerte a Tani Hisao, tras concluir que sus fuerzas habían violado el Convenio de la Haya sobre «Las leyes y costumbres de la guerra terrestre y el tratamiento debido a los prisioneros de guerra en tiempo de guerra», y ayudado a perpetrar una masacre que había costado la vida a alrededor de 300.000 personas en Nanking. La mayor parte de la ciudad acudió a presenciar su ejecución. El 26 de abril, el público hizo una cola en las calles y aceras mientras los guardias conducían a Tani Hisao, con los brazos atados detrás de la espalda, al lugar de la ejecución en Yuhuatai, o Terraza de la Flor de Loto, un área ubicada justo al sur de Nanking. Allí encontró la muerte por fusilamiento, un destino que muchos supervivientes consideraron infinitamente más humano que el que había sufrido la mayoría de sus víctimas.

El Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente

El Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente (IMTFE, en sus siglas en inglés), también conocido como el Juicio de Tokio por Crímenes de

Guerra, se inauguró en la capital japonesa el 3 de mayo de 1946. El alcance del juicio fue asombroso.^[455] Más de 200.000 espectadores y 419 testigos acompañaron al IMTJE. Las transcripciones del juicio ocupaban 49.000 páginas, contenían 10 millones de palabras e incluían 779 declaraciones juradas y testimonios, además de 4.336 pruebas. Apodado «el juicio del siglo», se prolongó durante dos años y medio: duró tres veces más que los juicios de Núremberg. De hecho, el IMTJE se convertiría en el proceso por crímenes de guerra más largo de la historia.

El IMTJE atrajo una tremenda atención de los medios y del mundo del derecho, aunque en el banquillo se sentaban tan solo veintiocho oficiales militares y políticos japoneses. En un día cualquiera más de 1.000 personas abarrotaban la sala del juicio, incluyendo jueces, abogados, corresponsales extranjeros, cámaras de televisión, personal jurídico, diputados, estenógrafos y traductores. A la izquierda de la sección de prensa y a la derecha de los acusados se sentaban, sobre una plataforma elevada, los jueces de once naciones aliadas. Los asientos del público parecían colgar de los balcones, mientras que los abogados, ayudantes y actuarios permanecían de pie debajo, en el foso. Todo el mundo llevaba auriculares, porque los procesos se seguían en inglés y en japonés.

«En el IMTJE salieron a la luz mil My Lais»,^[456] escribió Arnold Brackman en su libro *The Other Nuremberg: The Untold Story of the Tokyo War Crimes Trials* [«El otro Núremberg: la historia no contada de los juicios de Tokio por crímenes de guerra»]. Durante el juicio se recopilaron miles de detalles espantosos sobre la conducta japonesa a lo largo y ancho de Asia, en páginas y páginas de informes de prensa, estudios, estadísticas y testimonios de testigos. El IMTJE no solo creó para la posteridad un archivo de historia oral sobre la masacre de Nanking, sino que probó que aquella no fue más que una pequeña fracción de las atrocidades cometidas por los japoneses durante la guerra. La acusación supo, entre otras cosas, de los experimentos médicos que los japoneses practicaron en sus prisioneros; de las marchas, en las que, como en la Marcha de la Muerte de Bataán, de triste recuerdo, prisioneros gravemente enfermos y hambrientos caían muertos del cansancio; de las salvajes condiciones bajo las que se construyó el «ferrocarril de la muerte» Siam-Birmania; de la «terapia de agua» japonesa, consistente en bombar agua o queróseno por la nariz y la boca de las víctimas hasta que les estallaban los intestinos; de la forma en que colgaban a los prisioneros de guerra por las muñecas, brazos o piernas hasta que las articulaciones se les descoyuntaban; de cómo obligaban a arrodillarse a sus víctimas sobre

instrumentos afilados; de las atroces extracciones de uñas; de las torturas con electrodos; de cómo obligaban a mujeres desnudas a sentarse en hornillos de carbón; de todas las formas de azotamiento y flagelación imaginables (uno de los métodos favoritos de tortura de los policías militares consistía en atar a los prisioneros a árboles, rodearlos y darles patadas hasta la muerte, en un método que ellos llamaban eufemísticamente «ataque triple», o «convergiendo desde tres direcciones»); o, incluso, de la vivisección y el canibalismo.^[457] Ulteriormente se determinó que el trato que los japoneses dispensaron a sus prisioneros de guerra sobrepasó en brutalidad incluso al de los nazis. Sólo uno de cada veinticinco prisioneros de guerra estadounidenses murieron bajo cautiverio nazi, en contraste con uno de cada tres bajo los japoneses.^[458]

La Violación de Nanking —quizá el episodio más destacado de entre los vistos por el IMTFE— sirvió a modo de metáfora de la conducta japonesa durante toda la guerra. Brackman, que había cubierto el IMTFE en cuanto que joven reportero de la United Press, señaló que «la Violación de Nanking no fue el tipo de incidente aislado que se da en *todas* las guerras.^[459] Fue deliberada. Era una política. Era conocida en Tokio. De hecho, ocupó la primera página de la prensa mundial. Esta era la razón de ser del IMTFE». Las pruebas presentadas durante el juicio desbordaron a la defensa japonesa. Algunos miembros del Comité de la Zona de Seguridad Internacional volaron a Tokio para leer en voz alta de sus diarios, presentar sus propias indagaciones y responder a preguntas sobre la Violación de Nanking. El veredicto del IMTFE denunció inequívocamente a los japoneses por sus crímenes en Nanking, citando la alegación hecha por un observador de que los soldados japoneses «fueron desatados como una horda bárbara para profanar la ciudad».^[460] El tribunal concluyó asimismo que el gobierno japonés había estado siempre al tanto de las atrocidades en Nanking. Los crímenes, después de todo, sucedieron ante la mirada atenta de la embajada japonesa. El Comité Internacional había efectuado visitas diarias a representantes del servicio exterior japonés y de la embajada japonesa para informarles de la situación, e incluso había elevado dos protestas al día durante las primeras seis semanas. Joseph Grew, el embajador de Estados Unidos en Tokio, mantuvo reuniones personales con altos oficiales japoneses, incluyendo a Hirota Koki, para informarles de las atrocidades. Además, Ito Nobufumo, el ministro japonés para China en 1937 y 1938, también había enviado informes de las atrocidades japonesas en China a Hirota.

El grueso de la culpa por las atrocidades de Nanking recayó sobre Matsui Iwane. En su calidad de comandante de la fuerza expedicionaria japonesa en China central en aquel momento, Matsui era el objetivo más evidente: un mes antes de la invasión de Nanking, Matsui había fanfarroneado diciendo que su misión era «castigar al gobierno de Nanking y a los vergonzosos chinos».^[461] El 17 de diciembre de 1937, había entrado en la ciudad con gran pompa y ceremonia, a lomos de un caballo castaño mientras los soldados lo vitoreaban. Pero los historiadores han apuntado que Matsui bien pudo haber hecho de chivo expiatorio por la Violación de Nanking. Después de todo, Matsui, un hombre frágil y enfermizo que sufría de tuberculosis, ni siquiera estaba allí cuando la ciudad cayó.

Debido a la escasa bibliografía disponible sobre la cuestión, la responsabilidad de Matsui por los crímenes de Nanking sigue siendo una cuestión abierta a la investigación y al debate. Las pruebas sugieren, sin embargo, que el general tuberculoso estaba acongojado por la culpa a raíz de todo el episodio, sin duda porque era incapaz de mantener el orden en el ejército japonés después de que Asaka tomara el mando. Para expiar los pecados por Nanking, Matsui erigió un santuario de arrepentimiento en una colina de su ciudad natal de Atami, una localidad playera a unas 50 millas de Tokio, bajando por la costa.^[462] Mezcló sacos de arcilla traídos de las orillas del río Yangtsé con tierra japonesa del lugar para esculpir, hornear y vidriar la estatua de Kanon, la diosa budista de la clemencia. La familia de Matsui contrató a una sacerdotisa para que recitara salmodias y llorara por los muertos chinos de la guerra.

Pero una cosa es el espectáculo público de la autoflagelación y otra, la voluntad de hacer justicia por las víctimas. Hasta el día de hoy la conducta de Matsui ante el IMTFE sigue siendo desconcertante. Durante su testimonio no contó la historia completa de lo que sucedió en Nanking, algo que habría implicado a la familia imperial. En lugar de ello, se explayó sin decir nada, entre mentiras y autoinculpaciones ocasionales. Trató de excusarse por las atrocidades de Nanking, algunas veces negándolas completamente, e irritó al fiscal con sus disquisiciones circulares y vagamente místicas sobre el budismo y la naturaleza de la amistad chino-japonesa. Pero ni una sola vez levantó un dedo acusador contra el trono imperial. En lugar de ello, se culpó a sí mismo por no haber sabido guiar apropiadamente al príncipe Asaka y al emperador, y le dijo a la acusación que era su deber morir por ellos. «Me hace feliz terminar así^[463] —dijo—. Verdaderamente estoy deseando morir en cualquier momento».

Logró que se cumplieran sus deseos. El tribunal concluyó que la Violación de Nanking «fue ordenada en secreto y llevada a cabo con obstinación»,^[464] y sentenció a Matsui a muerte. No fue el único; un total de siete criminales de guerra japoneses de clase A, incluyendo al ministro de asuntos exteriores Hirota Koki, fueron declarados culpables por el IMTFE y más tarde ahorcados en la prisión de Sugamo, en Tokio.

Por desgracia, muchos de los principales culpables de la Violación de Nanking —o aquellos que podrían haber ejercido su prerrogativa real para detenerla— nunca pisaron el tribunal.^[465]

El general Nakajima Kesago^[466] murió poco después de la capitulación de Japón. El hombre cuyas tropas habían cometido algunas de las peores atrocidades en Nanking pasó a mejor vida el 28 de octubre de 1945, al parecer por uremia y cirrosis del hígado. Se rumoreó que Nakajima era un alcohólico y se suicidó, pero su hijo mayor dijo que su enfermedad la había provocado la inhalación de gases a los que se vio expuesto cuando trabajó en la investigación e instrucción con armas químicas. Por casualidad, un diputado norteamericano que fue a interrogar a Nakajima sobre crímenes de guerra llegó a su puerta justo cuando un médico estaba informando a la familia de su muerte. Su biógrafo Kimura Kuninori —que cree que Nakajima siguió una política de «no tomar prisioneros» en Nanking— citó las siguientes palabras del hijo de Nakajima: «De haber vivido, probablemente mi padre no se habría librado de la ejecución».

El general Yanagawa Heisuke^[467] también murió en 1945. Antes de su mortal ataque al corazón, sin embargo, concedió varias entrevistas a su amigo Sugawara Yutaka, que reunió los siete volúmenes de notas de sus conversaciones para publicar un libro. Aunque el libro es en su mayor parte elogioso de las proezas militares de Yanagawa («Era un hombre raro y un gran talento», escribe Sugawara), sí dedica atención a la Violación de Nanking. Yanagawa se limitó a reírse de todo el episodio, asegurando a Sugawara que los informes de las atrocidades de sus hombres no eran más que «rumores sin fundamento». Al contrario, fanfarroneó diciendo que en Nanking sus soldados habían seguido una disciplina militar tan estricta que cuando se alojaron en viviendas chinas hasta se cuidaron de ponerse zapatillas.

Hirohito sobrevivió por muchos años a la derrota de Japón, pero nunca ofreció un relato en clave moral de sus actos durante la guerra. A cambio de

la rendición del país, el gobierno norteamericano le había garantizado, como emperador de Japón, inmunidad total ante el tribunal, de forma que ni siquiera fue llamado como testigo. Como los términos de la capitulación exoneraban a todos los miembros de la familia imperial japonesa, el tío de Hirohito, el príncipe Asaka (bajo cuyo mando se dio la orden de «matar a todos los prisioneros») también escapó a la justicia, y no tuvo que aparecer por el IMTJE en absoluto.

La decisión de conceder a Hirohito inmunidad de toda responsabilidad por la guerra y, lo que es peor, la decisión de mantenerlo en el trono impedirían ulteriormente al pueblo japonés llegar a una conciencia histórica propia de sus crímenes durante la Segunda Guerra Mundial. Según Herbert Bix, biógrafo de Hirohito y destacado especialista en Japón: «A muchos les costaría creer que habían sido cómplices en la represión y el asesinato a una escala casi genocida cuando el emperador, a quien habían servido lealmente, nunca tuvo que afrontar responsabilidad alguna por sus propias palabras y acciones [...]. MacArthur ayudó a preparar el terreno para las futuras interpretaciones conservadoras japonesas de la monarquía de posguerra, que negaban que el emperador Showa hubiera ni siquiera ostentado poder real alguno».^[468]

Los detalles del papel que jugó el emperador Hirohito en la Violación de Nanking continúan siendo un tema controvertido, debido a la escasez de fuentes materiales primarias disponibles. A diferencia de los archivos del gobierno nazi, que fueron confiscados y microfilmados por los aliados y después utilizados como prueba en los juicios por crímenes de guerra, los japoneses destruyeron deliberadamente, ocultaron o falsificaron la mayor parte de sus documentos secretos de la época de la guerra antes de que llegara el general MacArthur. Incluso la mayor parte de los archivos militares japoneses de alto nivel que las fuerzas de ocupación norteamericanas sí lograron aprehender en 1945 —documentos que un profesor definió como «un tesoro histórico de incalculable valor»^[469] fueron inexplicable e irresponsablemente devueltos a Japón por el gobierno estadounidense poco más de una década después, antes de que pudieran ser apropiadamente microfilmados. Por estas razones, resulta prácticamente imposible a día de hoy probar si el emperador Hirohito planeó, aprobó o incluso conoció las atrocidades en Nanking.

Quizá el único libro en lengua inglesa que ha tratado de explicar la implicación de Hirohito en la masacre de Nanking sea *Japan's Imperial Conspiracy* [La conspiración imperial de Japón], de David Bergamini. En su libro, Bergamini sostiene que los japoneses diseñaron un intrincado programa

para la conquista del mundo, y que la persona que tomó la decisión de invadir Nanking fue el propio Hirohito. Bergamini ofrece un relato fascinante (complementado, al parecer, con citas de mensajes de alto secreto japoneses) para explicar la cadena de acontecimientos que llevaron a la tragedia de Nanking. Por desgracia, el libro de Bergamini fue criticado con contundencia por historiadores reputados, que alegaban que aludía a fuentes que simplemente no existían, o bien citaba a misteriosos informantes anónimos que decían cosas sorprendentes pero no verificables.^[470]

Para añadir más confusión, está el debate entre académicos sobre si realmente existió una conspiración imperial japonesa para conquistar el mundo. Durante años se creyó que el primer ministro Tanaka Giichi había remitido un informe secreto al emperador durante la Conferencia del Lejano Oriente de 1927, un informe conocido como la «Memoria Tanaka», que supuestamente compendiaba las ambiciones japonesas del momento. «Para conquistar el mundo, primero tenemos que conquistar China^[471] — dictaminaba presuntamente el informe—. Pero para conquistar China, primero tenemos que conquistar Manchuria y Mongolia [...]. Si logramos conquistar China, el resto de los países de Asia y de los mares del Sur nos temerán y se rendirán ante nuestros pies. Entonces el mundo se dará cuenta de que el Lejano Oriente es nuestro, y no se atreverá a violar nuestros derechos. Este es el plan que nos legó el emperador meiji, y llevarlo a buen término es esencial para nuestra existencia como nación».

A día de hoy, los académicos en general consideran que este informe es una falsificación, cuyo origen hay que buscar probablemente en Rusia. Pero cuando la memoria salió por primera vez a la luz en Pekín en septiembre de 1929, llevó a muchos a pensar que la agresión japonesa contra China formaba parte de una conspiración bien coordinada para conquistar el planeta. La versión inglesa de la «Memoria Tanaka» apareció más tarde en un periódico de Shanghái, y hasta inspiró un clásico de Hollywood, la película *Blood on the Sun [Sangre sobre el sol]*, en la que James Cagney trata de robar el gran plan japonés y así salvar el mundo. Hoy en día la «Memoria Tanaka» mantiene aún un considerable tirón en la imaginación global: muchos historiadores chinos creen en su autenticidad, y las encyclopedias y diccionarios chinos, así como varios artículos de periódico y teletipo en lengua inglesa siguen citando la memoria como si se tratara de un hecho histórico.

Actualmente ningún historiador reputado de Japón cree que hubiera una conspiración premeditada en su país para conquistar el mundo.^[472] Y el caos

en el que se encontraba la administración estatal japonesa en las décadas de 1920 y 1930 nos lleva a pensar que es poco probable que dicha conspiración existiera: el ejército japonés odiaba a la marina, el alto mando en Tokio no sabía lo que estaba haciendo el Ejército de Kwantung en Manchuria hasta que fue demasiado tarde, y las relaciones entre el Ministerio de Asuntos Exteriores y las Fuerzas Armadas fueron a menudo frías hasta el punto del silencio.

Sin embargo, muchos académicos creen que Hirohito debió de estar al tanto de la Violación de Nanking. (Herbert Bix cree personalmente que es «inconcebible»^[473] que Hirohito no supiera nada). En primer lugar, la noticia estaba en la primera página de la prensa mundial. En segundo lugar, su propio hermano le podía haber contado hasta los detalles más escabrosos. En 1943, el príncipe Mikasa Takahito, el hermano pequeño del emperador Hirohito, pasó un año como oficial en el cuartel de Nanking de la fuerza expedicionaria del ejército japonés en China, donde oyó a un joven oficial hablar de utilizar a prisioneros chinos para entrenar a nuevos reclutas mediante la práctica de bayoneta con vivos.^[474] «Les ayuda a adquirir agallas»,^[475] le dijo el oficial al príncipe. El horrorizado Mikasa describió la práctica como «un espectáculo en verdad horrible, que solo puede ser calificado de masacre». Movido por un «deseo desesperado de poner fin a la guerra», el príncipe distribuyó un cuestionario entre jóvenes oficiales para recabar sus opiniones acerca del conflicto, preparó un seminario que denunciaba la agresión japonesa en China y escribió el informe «Reflexiones de un japonés ante la guerra chino-japonesa».

Si esta historia hubiera trascendido durante los juicios por crímenes de guerra japoneses, podría haber implicado tanto a la familia real como al alto mando militar, por no haber actuado contra los criminales de guerra cuando las noticias de sus fechorías llegaron a sus oídos. (Mikasa reconoció haber informado «de manera fragmentada y ocasional»^[476] de la situación en China a su hermano el emperador, e incluso vio con él un noticario sobre las atrocidades japonesas en China). Pero la confesión de Mikasa no salió a la luz hasta 1994, casi medio siglo después del IMTFE.

Probablemente no lleguemos nunca a saber con exactitud qué noticias recibió Hirohito sobre Nanking mientras sucedía la masacre, pero los datos sugieren que estaba encantado ante el acontecimiento. El día después de la caída de la capital china, el emperador expresó su «extrema satisfacción»^[477] al príncipe Kanin, el tío abuelo de la emperatriz y jefe del generalato del ejército, y el príncipe, a su vez, envió un telegrama de felicitación a Matsui

Iwane: «No ha habido en los anales de la historia hazaña militar semejante». [478] Hirohito llegó a invitar a Matsui, Asaka y Yanagawa a su villa de verano para obsequiarles con jarrones de plata grabados con el crisantemo imperial. [479]

En último término, los miembros de la familia real no sólo eludieron el escrutinio del tribunal, sino que siguieron disfrutando de una vida ociosa y de la adoración general. El príncipe Asaka se retiró para ver semanalmente noticiarios con Hirohito, sentarse con él en el Consejo de los Príncipes de la Sangre y jugar juntos al golf hasta el final de sus días.^[480] (Asaka no solo era un excelente jugador, sino que se interesó activamente en la promoción de campos de golf, convirtiéndose en el artífice del campo de golf Plateau en la ciudad vacacional de Hakone, en la costa este de Japón). El propio Hirohito vivió una vida apacible y honorable hasta su muerte, en 1989.

El destino de los supervivientes

Más de un estudiado de la masacre de Nanking se ha referido a la forma tan deprimente en que se impartió justicia después del IMTFE. Mientras que muchos de los japoneses que atormentaron a los ciudadanos de Nanking recibieron beneficios y pensiones militares completas por parte del gobierno japonés, miles de sus víctimas padecieron (y siguen padeciendo) unas vidas de pobreza silenciosa, vergüenza y dolor crónico, tanto físico como mental.

El momento fundamental de este revés de la justicia vino con la llegada de la Guerra Fría. En un principio Estados Unidos había tratado de implementar la democracia en Japón, purgando para ello de las altas esferas del país a los individuos involucrados en la contienda. Pero después de la guerra, la Unión Soviética rompió las promesas que hizo en la Conferencia de Yalta y se apoderó de Polonia y de parte de Alemania. A medida que el «telón de acero» del comunismo caía en el este de Europa, así lo hacía también en China «la cortina de bambú»; en 1949 las fuerzas comunistas de Mao Tse-tung derrotaron a los ejércitos de Chiang Kai-shek, obligando a su gobierno a retirarse a la isla de Taiwán. Entonces, en 1950, estalló la guerra de Corea, que costaría la vida a un millón de coreanos, a un cuarto de millón de chinos y a 34.000 estadounidenses. Con China, la Unión Soviética y Corea del Norte como nuevos enemigos de posguerra, Estados Unidos no tardaría en ver en Japón un país de importancia estratégica. Washington decidió mantener un gobierno estable en Japón para afrontar mejor el desafío del comunismo en Asia. Estados Unidos dejó la burocracia de preguerra en Japón virtualmente intacta, y permitió que muchos funcionarios con cuentas pendientes de la época de la guerra quedaran impunes. Por lo tanto, mientras que el régimen nazi fue superado y reemplazado y numerosos criminales de guerra nazis fueron detenidos y llevados ante la justicia, muchos de los que habían sido altos oficiales japoneses durante la guerra volvieron al poder y prosperaron. En 1957 Japón llegó incluso a elegir como primer ministro a un hombre que había sido encarcelado en calidad de criminal de guerra de clase A.

Al mismo tiempo, casi todos —si no todos— los supervivientes de la masacre de Nanking desaparecieron para la opinión pública. Durante la Guerra Fría y los turbulentos años del mandato de Mao, Nanking —junto con el resto de China— quedó aislada de la mayor parte de la comunidad

internacional. El gobierno comunista chino no solo cortó la comunicación con Occidente durante varias décadas, sino que expulsó a muchos de los extranjeros que quedaban en Nanking, incluyendo a aquellos que habían salvado miles de vidas chinas en cuanto que administradores de la zona de seguridad de Nanking.

En el verano de 1995 me convertí en una de las primeras personas de Occidente en capturar en cinta de vídeo los testimonios orales de varios supervivientes de la Violación de Nanking. Es triste decir que, si hubiera visitado Nanking solo una década antes, habría encontrado intactos muchos de los lugares de la masacre: por entonces la ciudad era un modelo de conservación histórica, y gran parte de su arquitectura de la década de 1930 seguía en pie. Sin embargo, a finales de las décadas de 1980 y 1990 la ciudad sufrió una fiebre constructora y de especulación del suelo que terminó con casi todos sus antiguos paisajes, para dejar sitio a los nuevos hoteles de lujo, fábricas, rascacielos y bloques de apartamentos, todo ello bajo espesas capas de polución. De la demolición no se libró ni siquiera la famosa muralla de Nanking, de la que hoy solo quedan algunas puertas como atracciones turísticas.

Si no hubiera sabido de la Violación de Nanking antes de visitar esta floreciente, congestionada y vibrante ciudad, nunca habría sospechado siquiera que hubiera tenido lugar, ya que la población de la ciudad era al menos diez veces mayor de lo que había sido inmediatamente después de la masacre. Sin embargo, por debajo de la prosperidad, ocultos a la mirada, estaban los últimos vínculos humanos con el pasado: los ancianos supervivientes de la masacre de Nanking. Algunos académicos de la ciudad me guiaron hasta algunos de ellos, desperdigados por todo Nanking.

Lo que vi me chocó y me llenó de tristeza. La mayoría vivía en apartamentos oscuros y escuálidos, repletos de los residuos de la pobreza, entre el moho y la humedad. Me enteré de que durante la masacre algunos habían sufrido heridas físicas tan graves que les habían impedido llevar una vida decente durante décadas. La mayoría vivía en medio de una pobreza tan devastadora que hasta una mínima compensación financiera por parte de Japón les habría ayudado enormemente a mejorar sus condiciones de vida. Cien dólares que les hubiera enviado Japón en concepto de indemnización para comprar un aparato de aire acondicionado habrían supuesto una gran diferencia para muchos de ellos.

Después de la guerra algunos de los supervivientes se habían agarrado a la esperanza de que su gobierno intercediera por ellos y que presionara para

obtener reparaciones japonesas y una disculpa oficial. Sin embargo, esa esperanza pronto se vería truncada, cuando la República Popular China (RPC), deseosa de forjar una alianza con Japón para ganar legitimación internacional, anunció en varias ocasiones que había perdonado a los nipones. En 1991, el gobierno chino llegó incluso a invitar al primer ministro japonés a visitar la China continental. Escuchar esas noticias fue como sufrir una segunda violación. La traición que muchos sintieron era doble: primero, por los soldados del KMT, que se marcharon de Nanking antes de que la ciudad cayera; luego, por el gobierno de la RPC, que vendió su futuro a los japoneses.

Según Karen Parker, abogada especialista en derecho internacional de derechos humanos, la RPC nunca ha firmado ningún tratado con los japoneses por el que renuncie a su derecho a buscar compensaciones nacionales por los crímenes de la guerra, a pesar de sus declaraciones conciliadoras hacia Japón.^[481] Y no solo eso: Parker sostiene que, incluso si existiera un tratado semejante, este no podría, por el principio de *ius cogens*, prevalecer sobre el derecho individual que asiste al pueblo chino de buscar reparaciones por los sufrimientos de la guerra.

Sin embargo, la mayoría de los supervivientes con los que pude hablar en Nanking no conocían los entresijos del derecho internacional y, por lo tanto, creían que la RPC ya había dilapidado su derecho a exigir una indemnización. Cualquier noticia referente a las relaciones amistosas entre los gobiernos chino y japonés es para ellos algo emocionalmente devastador. Un hombre que fue casi quemado vivo por los japoneses durante la Violación de Nanking me confesó que lloró desconsoladamente cuando oyó rumores de que la RPC había perdonado a los japoneses sus pasados crímenes.^[482] Y otra mujer, cuyo padre había sido ejecutado durante la masacre,^[483] dijo que su madre se vino abajo y se desmayó cuando la noticia de la visita del primer ministro le golpeó desde la radio.^[484]

También dan que pensar los destinos de muchos de los extranjeros que organizaron la Zona de Seguridad de Nanking. Aunque sacrificaron su energía y salud para ayudar a los chinos en Nanking, muchos de estos occidentales nunca recibieron lo que merecían de la vida o la posteridad. No hay libros conocidos dedicados a estos héroes olvidados de la Segunda Guerra Mundial, y ciertamente no se ha rodado ninguna película sobre ellos que haya capturado la imaginación del público mundial tan intensamente como lo ha hecho *La lista de Schindler*. Su espíritu vive principalmente en unos cuantos archivos y en áticos de Berlín a Sunnyvale —y en las mentes de un puñado de

supervivientes en China, que los recuerdan simplemente como los budas vivientes que salvaron Nanking—.

La mayoría de los supervivientes de Nanking saben de las acciones de los líderes de la Zona de Seguridad, pero pocos conocen lo que fue de sus vidas. Los supervivientes con los que hablé en China se entristecieron cuando supieron que algunos de sus protectores cayeron luego en desgracia y terminaron por ser expulsados de China, sufrieron interrogatorios y ostracismo en sus países de origen, así como heridas psicológicas y físicas irreparables, hasta llegar al suicidio. Algunos de estos extranjeros pueden considerarse las víctimas tardías de la Violación de Nanking.

Las experiencias de Miner Searle Bates y Lewis Smythe ilustran cómo aquel heroísmo durante la masacre de Nanking fue luego instrumentalizado con fines políticos. Durante la guerra de Corea, la RPC distorsionó la historia de la masacre en artículos de prensa, para asignar a los norteamericanos el papel de los villanos de Nanking, que asistieron a los japoneses en la carnicería. En el periódico local, Lewis Smythe vio artículos que acusaban a los extranjeros de la Zona de Seguridad de haber entregado la ciudad a los japoneses, y de haberles entregado a miles de mujeres para que las violaran.^[485] En la misma tónica, un artículo del diario nacional *Xinhua Yuebao* afirmaba que los estadounidenses que permanecieron en Nanking en 1937 «no solo respondían bien a las políticas imperialistas del gobierno norteamericano, sino que también protegieron sus compañías, iglesias, escuelas y residencias con la sangre y los huesos del pueblo chino».^[486] El autor insistía en que el Comité de la Zona de Seguridad Internacional era una organización de imperialistas que actuaba en plena «confianza y colusión» con los invasores japoneses, y citaba a un superviviente chino que decía que «los demonios americanos decían los nombres y los diablos japoneses se encargaban de la ejecución». Se imprimieron fotografías de las atrocidades con la leyenda: «Recuerda la masacre de Nanking. ¡No a la remilitarización norteamericana de Japón!».

Aquella propaganda conmocionó y aterró a Smythe, aunque su profesor chino le aseguró que no corría peligro. «Dr. Smythe, en esta ciudad hay 100.000 personas que saben lo que ustedes hicieron»^[487] —le dijo el profesor—. No hay nada por lo que preocuparse». Pero sus días en Nanking estaban contados. En 1951 dejó su puesto en la Universidad de Nanking, y al año siguiente ingresó en la facultad del Lexington Theological Seminary, en Kentucky.^[488] Bates también se fue de Nanking, pero no antes de haber sido sometido a un virtual arresto domiciliario por parte de los comunistas.^[489]

Smythe y Bates no sufrieron tanto como otros de sus colegas. A algunos miembros del comité, la masacre les quitó muchos años de vida. David Magee, hijo del reverendo John Magee, está convencido de que el estrés que le provocó la negociación con los japoneses estuvo detrás de la muerte prematura de su padre.^[490] Otros líderes de la Zona sufrieron años de agonía psicológica. Por ejemplo, Edith Fitch Swapp, hija del secretario de la YMCA George Fitch, dijo que su padre había quedado tan traumatizado por las atrocidades japonesas en Nanking que a menudo sufría una total amnesia cuando daba conferencias sobre el tema.^[491] Así le había ocurrido en al menos dos ocasiones, mientras hablaba sobre la guerra chino-japonesa ante grandes organizaciones en Estados Unidos.

Robert Wilson, el cirujano del Hospital de la Universidad de Nanking, pagó el precio de Nanking con su salud.^[492] Su viuda recordaba que mientras que otros médicos del Comité de la Zona se cuidaron de no sobrecargarse y viajaban a Shanghái al menos una vez por semana para recuperar horas de sueño, Wilson trabajaba sin descanso, sin concederse ni un respiro. La cirugía consumía la mayor parte de su energía durante el día, mientras que los soldados japoneses interrumpían su sueño por la noche, pues los avisos urgentes lo sacaban de casa una y otra vez para que detuviera una violación que estaba teniendo lugar. Al parecer, operaba simplemente a base de adrenalina. Al final su cuerpo se rebeló. En 1940, ataques violentos e incluso un colapso mental obligaron a Wilson a regresar a Estados Unidos, donde descansó durante un año en Santa Bárbara, California. Nunca regresó a China, ni se llegó a recuperar del todo de la presión sufrida. En Estados Unidos Wilson no solo sufrió regularmente ataques y pesadillas, sino que también le costaba enfocar la vista por las mañanas.

Minnie Vautrin lo pagó con su vida. A ella la masacre de Nanking le afectó psíquicamente de manera más profunda de lo que los demás líderes de la zona o los refugiados percibieron en su día. Pocos se dieron cuenta de que por debajo de la leyenda que había alcanzado dimensiones míticas, había una mujer vulnerable y exhausta que nunca llegó a recuperarse, ni emocional ni físicamente, de la exposición diaria a la violencia japonesa. La última entrada de su diario, fechada el 14 de abril de 1940, da cuenta de su estado de ánimo: «Estoy casi al final de mi energía. No puedo ya avanzar ni planificar el trabajo, pues por todas partes parece haber obstáculos de algún tipo. Desearía poderme tomar la licencia de una vez, pero entonces ¿quién pensará en el curso?».^[493]

Dos semanas después Vautrin sufriría un ataque nervioso. Al final de la última página de su diario hay una frase que fue escrita, sin duda, por otra persona: «En mayo de 1940 la salud de la señora Vautrin empeoró, obligándola a regresar a Estados Unidos».^[494] Su sobrina recuerda que los colegas de Vautrin la enviaron de vuelta a Norteamérica para que recibiera asistencia médica, y que durante el viaje a través del Pacífico trató repetidamente de suicidarse.^[495] Un amigo que la acompañaba podía impedirle a duras penas que saltara por la borda del buque. Una vez en Estados Unidos, Vautrin ingresó en un hospital psiquiátrico de Iowa, donde recibió un tratamiento con electrochoque. Después de recibir el alta, Vautrin comenzó a trabajar para la United Christian Missionary Society en Indianápolis. Su familia en Shepherd (Michigan), quería visitarla, pero ella los disuadió con una carta en la que les escribía que pronto iría a verlos. Quince días después Vautrin estaba muerta. El 14 de mayo de 1941, cuando había pasado un año desde el día en que abandonó Nanking, Vautrin selló las puertas y ventanas de su casa con cinta adhesiva y abrió la espita del gas.

Y qué decir del destino de John Rabe. Durante años su vida siguió siendo un misterio para los historiadores. Antes de que se lo convocara de vuelta a Alemania, había prometido a los chinos de la ciudad que divulgaría en su patria natal las atrocidades japonesas, y que trataría de que lo recibieran Hermann Göring e incluso Adolf Hitler.^[496] La gente de Nanking rogó para que la exposición de Rabe llevara a los líderes nazis a ejercer presión sobre el gobierno japonés para que detuvieran la carnicería. Antes de la partida de Rabe, un médico chino le había pedido que les dijera a los alemanes que los chinos no eran comunistas, sino gentes amantes de la paz que querían vivir en armonía con otras naciones. Tras una serie de emotivas fiestas de despedida, en febrero de 1938 Rabe partió hacia Alemania con una copia de la película de John Magee sobre las atrocidades de Nanking. A partir de ese momento desapareció de todos los registros, y su paradero trajo de cabeza a los académicos durante décadas.

Me propuse llegar hasta el fondo de esta historia por dos razones. En primer lugar estaba la ironía —demasiado enigmática como para ignorarla— de un nazi de buen corazón, que colabora con misioneros norteamericanos para salvar a los refugiados chinos de los soldados japoneses. Y en segundo lugar, estaba convencida de que algo terrible debió de haberle sucedido a Rabe tras su regreso a Alemania. Rabe, después de todo, no compareció en el Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente para testificar con sus colegas sobre los horrores de Nanking. Además, según se desprendía de una

entrevista —que forma parte de la historia oral— con uno de sus amigos, Rabe había de alguna manera caído en desgracia ante el régimen de Hitler. Pero el amigo no llegó a aportar detalles concretos, y para cuando di con la transcripción ya no estaba vivo para contarme la historia completa.^[497]

Por todas partes me asaltaban las preguntas: ¿había Rabe informado a Hitler? ¿Le había llegado a mostrar la película? ¿O se habría, acaso, Dios quiera que no, integrado en la maquinaria nazi en Alemania, colaborando en el exterminio de los judíos? (Esto último lo dudaba muchísimo, dado el heroísmo que demostró en Nanking, pero la posibilidad estaba ahí). Es posible que lo hubieran mandado a prisión después de la guerra. Quizá nadie había sabido de él porque se había convertido en un prófugo, en un fuera de la ley, y había pasado sus últimos años de vida en un país latinoamericano. También me preguntaba si habría llevado un diario personal de la masacre de Nanking. Pero si guardaba esos escritos, seguro que se habrían destruido durante la guerra, hecho cenizas tras cualquier bombardeo; de otro modo, no podía explicarse que un diario así no hubiera acabado en los archivos correspondientes, para que el resto del mundo pudiera acceder a él. Así las cosas, me dije a mí misma que no perdería nada por escribir algunas cartas a Alemania para ver lo que podía encontrar.

Pero sí tenía una pista importante sobre Rabe: sabía que había sido aprendiz en Hamburgo a finales del siglo XIX y principios del XX. Quizá había nacido en esa ciudad y seguía teniendo familiares allí. De alguna forma tenía que establecer contacto con alguna fuente principal en Hamburgo. Le pedí ayuda a un viejo amigo. John Taylor, a quien los académicos llaman un «tesoro nacional», había trabajado durante más de medio siglo en los Archivos Nacionales en Washington, y sabía prácticamente de cualquier historiador serio en el mundo. Si en algún lugar del planeta había algún experto que hubiera estudiado la historia de la comunidad alemana en China durante la Segunda Guerra Mundial, probablemente él sabría quién. Taylor me aconsejó que me pusiera en contacto con el historiador Charles Burdick, de Ferndale (California). Este a su vez me sugirió que escribiera a un historiador de la ciudad de Hamburgo; también me dio la dirección de Martha Begemann, amiga suya y, según me dijo, una «adorable señora» que no sólo estaba bien conectada en la ciudad, sino que siempre estaba encantada de ayudar. A los pocos días escribí a Begemann sobre el misterio de Rabe, así como al editor del mayor periódico de Hamburgo, con la esperanza de que este último me diera alguna información sobre mi búsqueda. Luego, sin esperar una respuesta inmediata de ninguno de los dos, pasé a otras cosas.

Para mi sorpresa, enseguida me llegó una carta de Begemann. Resulta que, por una serie de coincidencias, ella ya había localizado a la familia de Rabe. «Me alegra poder ayudarte, y no ha sido muy difícil^[498] —escribió el 26 de abril de 1996—. En primer lugar escribí al pastor Müller, en Baviera, que recopiló información sobre el paradero de todos los antiguos alemanes en China. No tardó en llamarle el otro día para darme los nombres del Dr. Otto Rabe, hijo de John Rabe, y de su hermana Margarethe». En su carta había añadido un mensaje de Ursula Reinhardt, la nieta de Rabe en Berlín.

A partir de ese momento, las cosas avanzaron deprisa. Ursula Reinhardt, según pude saber, había nacido en China; siendo una niña pequeña, llegó incluso a visitar Nanking sólo unos meses antes de que la ciudad cayera. Era la nieta favorita de Rabe. Para mi satisfacción, Reinhardt se mostró muy dispuesta a ayudarme en mis indagaciones y me envió multitud de cartas muy extensas. Con textos escritos a mano, fotografías y artículos de prensa, Reinhardt llenó algunos de los espacios vacíos de la vida de Rabe.

Rabe mantuvo la promesa que les hizo a los chinos de que informaría a las autoridades alemanas de los horrores japoneses en Nanking.^[499] El 15 de abril, su mujer y él volvieron a Alemania, donde Rabe recibió numerosos elogios por sus logros. En Berlín el secretario de Estado alemán le felicitó oficialmente por su trabajo en China; a Rabe le fue concedida la Cruz al Servicio de la Orden de la Cruz Roja. En Stuttgart recibió otra condecoración, esta vez el Galardón de Plata por el servicio a Alemania y el Galardón de la Orden del Diamante por parte del gobierno chino, con un collar rojo, blanco y azul. Ese mes de mayo, Rabe divulgó por todo Berlín la masacre de Nanking mediante conferencias y proyecciones de la película de John Magee; habló en salas abarrotadas en la compañía Siemens, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, en la Asociación para el Lejano Oriente y en el Ministerio de Guerra. Sin embargo, Rabe no logró que lo recibiera Adolf Hitler, y así el 8 de junio decidió enviarle una carta, junto con una copia de la película y un informe mecanografiado sobre la Violación de Nanking.

Pero si Rabe se había esperado una respuesta cordial del Führer, estaba muy equivocado. Pocos días después dos miembros de la Gestapo llegaron a su casa para arrestarlo. Ursula Reinhardt estaba allí cuando ocurrió. Tenía siete años, estaba tratando de probarse unos patines nuevos cerca de la puerta cuando vio a dos hombres con aspecto de polizontes con uniformes negros y solapas blancas llevarse a Rabe a un coche que aguardaba fuera. «Mi abuelo parecía avergonzado y los dos hombres, muy severos y tiesos, así que ni siquiera me atreví a darle un abrazo de despedida».^[500]

Rabe fue interrogado durante varias horas en la sede de la Gestapo, que lo liberó solo después de que el jefe de su detenido, Carl Friedrich von Siemen, respondiera por su carácter y les prometiera que Rabe se abstendría en lo sucesivo de hablar de los japoneses de una forma tan abierta. A Rabe le advirtieron que no volviera nunca a hablar en público, debatir ni escribir sobre la materia y, por encima de todo, que nunca le mostrara a nadie la película de John Magee. Cuando soltaron a Rabe, la compañía Siemens lo destinó de inmediato al extranjero, probablemente buscando su protección. Durante los meses siguientes Rabe trabajó en Afganistán, ayudando a los ciudadanos alemanes a dejar el país a través de Turquía. En octubre el gobierno alemán le devolvió el informe, pero se quedó con la copia de la película de Magee. (Rabe nunca llegaría a saber si Hitler leyó el informe o vio la película, aunque su familia está hoy en día convencida de que sí lo hizo). El gobierno alemán informó de que su informe había sido remitido al Ministerio de Economía, donde se había leído en las más altas esferas del gobierno, pero que en cualquier caso no debía esperar ningún cambio en la política exterior alemana hacia Japón a raíz de ello.

Para Rabe los años siguientes serían una pesadilla. Su apartamento fue bombardeado, y la invasión rusa de Berlín redujo a su familia a la pobreza. Ursula Reinhardt está convencida de que si sobrevivieron fue porque les tocó vivir en el sector británico de Berlín, y no en el soviético. Rabe continuó trabajando esporádicamente para la Siemens, traduciendo correspondencia económica al inglés. Pero su mísero salario a duras penas llegaba para mantener viva a su familia.

La inmediata posguerra debió de ser para Rabe una larga serie de feroces acusaciones. Primero fue arrestado por los soviéticos, que lo interrogaron durante tres días y tres noches, siempre bajo la luz despiadada de unos potentes focos. Despues fue arrestado por los británicos, que lo bombardearon durante un día entero, pero después le dieron un permiso de trabajo. (El permiso, sin embargo, tenía poco valor para Rabe, ya que la empresa Siemens todavía no tenía un puesto permanente para él). La humillación final vino cuando un conocido alemán denunció a Rabe, metiéndolo en un largo, interminable proceso de «desnazificación»; tuvo que costearse su propia defensa, en un proceso que le hizo perder su permiso de trabajo, dilapidó sus ahorros y su energía. Hacinado en una minúscula habitación con su familia, luchando contra el hambre y el frío, Rabe se vio forzado a vender, pieza por pieza, su querida colección de arte chino al ejército norteamericano para comprar alubias, pan y sopa. La malnutrición le hizo sucumbir a una

enfermedad de la piel, mientras que la tristeza y la tensión casi arruinaron su salud. Si en Nanking había sido una leyenda, en Alemania era un hombre moribundo.

Algunos extractos de su diario revelan el estado mental en el que se encontraba Rabe en 1945-1946:

No hay trabajo para mí en Siemens: estoy en paro... Según el Gobierno Militar, tengo que entregar mis Pólizas de Vida Estándar en Spandau [un distrito del noroeste de Berlín] en el Stadtkontorbank. Las pólizas de más de 1.027,19 libras (el resto de las 5.000), para las que he trabajado y ahorrado durante tantos años, las tiene Gretel [Margarethe, su hija] en Bunde. ¡Así como lo veo es un dinero que está perdido! [501]

El domingo pasado estuve con Mommy [Dora Rabe, la esposa de John Rabe] en la Xantener Strasse [el apartamento bombardeado de Rabe]. Han forzado la puerta del sótano y nos han robado mi máquina de escribir, la radio y más cosas: ¡Meo fatze! [502]

Ahora Mommy solo pesa 44 kilos —hemos adelgazado mucho—. Termina el verano: ¿qué nos deparará el invierno? ¿Dónde encontraremos combustible, comida y trabajo? Ando ahora traduciendo *What War Means* [«Lo que la guerra significa»], un libro de documentos sobre la matanza de Nanking], de Timperley. En este momento no es algo que me vaya a dar dinero, pero quizás consiga una cartilla de racionamiento mejor... Todos los alemanes sufren como nosotros. [503]

Pasamos hambre y más hambre; no tenía nada que decir, así que no he escrito nada. Aparte de la escasa comida, tomamos sopa de harina de bellota. Mommy recogió en secreto las bellotas en otoño. Ahora que se nos acaban las provisiones, un día tras otro hemos estado comiendo ortigas: las hojas nuevas saben como las espinacas. [504]

Ayer mi solicitud para ser desnazificado fue rechazada. Aunque salvé las vidas de 250.000 chinos como jefe del Comité Internacional de la Zona de Seguridad de Nanking, mi solicitud fue rechazada porque por un corto espacio de tiempo fui líder del *Ortsgruppenleiter* de distrito del NSDAP en Nanking, y un hombre de mi inteligencia no debería haberse hecho miembro de este partido. Voy a apelar... si no me dan ninguna posibilidad de trabajar en SSW [la Siemens Schuckert Werke, que es como se llamaba la empresa de Rabe] no sé de qué voy a vivir. Así que voy a pelear —con lo cansado que estoy—. Ahora la policía me interroga todos los días. [505]

Si en China me hubiera enterado de cualquier atrocidad cometida por los nazis, jamás habría ingresado en el NSDAP, y si cualquiera de mis opiniones como alemán hubiera diferido de las de los extranjeros en Nanking, entonces aquellos ingleses, norteamericanos, daneses, etc., ¡nunca me habrían elegido presidente del Comité de la Zona de Seguridad Internacional de Nanking! En Nanking fui el buda viviente para cientos de miles de personas, mientras que aquí soy un «paria», un marginado. ¡Ay, si hubiera una cura para la nostalgia del hogar! [506]

El 3 de junio fui por fin desnazificado por la comisión de desnazificación del sector británico en Charlottenburg. [507]

El veredicto es el siguiente: «Aunque usted fue vicepresidente de distrito del NSDAP, y aunque tras su regreso a Alemania no se dio de baja en el partido [Ursula Reinhardt observa enfáticamente que hacerlo habría sido como suicidarse], la comisión ha decidido aceptar su objeción, habida cuenta de su fructífera labor humanitaria en China», etc.

Con esto terminó por fin la crisis nerviosa que me venía torturando. Muchos amigos me felicitaron, así como los directores de SSW. La empresa me ha concedido unas vacaciones para que me recupere de la tensión.

Hoy Mommy ha salido con uno de nuestros ídolos de madera chinos a visitar al Dr. Krebs, que de vez en cuando nos daba comida y que adoraba ese ídolo. La alfombra china, regalo de Kong, se la dimos a la señora Toepfer por unos sacos de patatas.^[508]

En 1948 las noticias del suplicio de Rabe habían llegado a China. Cuando el gobierno de la ciudad de Nanking anunció a la población que Rabe necesitaba ayuda, la respuesta fue tremenda, casi como al final del filme clásico de Frank Capra *Qué bello es vivir*. En pocos días los supervivientes de la masacre habían recaudado 100 millones de dólares chinos (lo que más o menos equivalía a 2.000 dólares estadounidenses de la época), una cantidad nada despreciable en 1948.^[509] En marzo de aquel mismo año el alcalde de Nanking viajó a Suiza, donde compró grandes cantidades de leche en polvo, salchichas, té, café, carne, mantequilla y jamón, que envió a Rabe en cuatro grandes paquetes.^[510] Desde junio de 1948 y hasta la caída de la capital en manos de los comunistas, la gente de Nanking también envió a Rabe por correo un fardo de comida al mes, para expresarle su sentida gratitud por su liderazgo de la Zona de Seguridad Internacional. El gobierno del Kuomintang incluso le ofreció a Rabe alojamiento gratis en China y una pensión vitalicia si alguna vez decidía regresar.^[511]

Los paquetes fueron como una bendición para Rabe y su familia. En junio de 1948 la ciudad de Nanking se enteró de cuánto los había necesitado, cuando recibieron de Rabe unas emotivas cartas de agradecimiento (cartas que se conservan hasta el día de hoy en archivos chinos).^[512] Antes de que llegaran los paquetes, la familia había estado recogiendo hierbas silvestres, que los niños comían con la sopa. Los adultos venían subsistiendo con poco más que pan duro. Pero en el momento en que Rabe escribió sus cartas a Nanking, en el mercado de Berlín había desaparecido hasta el pan, por lo que los paquetes cobraron todavía más valor. Toda la familia estaba agradecida por el apoyo del pueblo de Nanking. Rabe escribió que el gesto le había devuelto la fe en la vida.

Rabe murió de un ataque de apoplejía en 1950.^[513] Dejó tras de sí un legado escrito de su labor en China: más de 2.000 páginas de documentos sobre la Violación de Nanking, que había escrupulosamente mecanografiado, numerado, encuadrernado e incluso ilustrado; los documentos incluían sus propios informes y los de otros testigos oculares extranjeros, así como artículos de prensa, programas de radio, telegramas y fotografías de las atrocidades. Sin lugar a dudas, Rabe era consciente del valor histórico de estos documentos; quizá incluso predijo su futura publicación. Una década después de su muerte, la madre de Ursula Reinhardt encontró los diarios entre

sus papeles y se los ofreció a su hija, pero el ofrecimiento llegó en un mal momento: Reinhardt estaba embarazada y en plena temporada de exámenes. [514] Además, lo cierto es que tenía miedo de leer los durísimos contenidos de los diarios. Al declinar ella la oferta con amabilidad, el hijo de John Rabe, el Dr. Otto Rabe, heredó los documentos. Con él permanecieron ocultos para el mundo —incluso para los historiadores alemanes— durante medio siglo.

Hay una serie de posibles razones para explicar ese secretismo. Según los Reinhardt, el propio John Rabe le había pedido a su hijo que no desvelara la existencia de los diarios. Es muy probable que el trato que había sufrido a manos de la Gestapo hubiera tenido algo que ver con esa cautela. Pero había un motivo más profundo en la renuencia de la familia a publicitar la existencia de los diarios. El estatus previo de Rabe en el partido nazi planteaba preocupaciones comprensibles entre algunos miembros de su familia, y en los inmediatos años de posguerra simplemente no era políticamente correcto publicar documentos de un nazi o alardear de sus logros, por importantes que hubieran sido. [515]

Los demás nazis del Comité de la Zona de Seguridad Internacional de Nanking también mantuvieron silencio al respecto. Poco después del descubrimiento de los documentos de Rabe, me enteré de la existencia de otro diario nazi de la Violación de Nanking, titulado «Días fatales en Nanking», de Christian Kröger. [516] Su hijo, Peter Kröger, había encontrado una copia del diario en el escritorio de su padre después de su muerte, a la edad de noventa años. Fue una feliz coincidencia, escribió, que mi carta le llegara cuando lo hizo; de haberla recibido solo un mes antes, me habría dicho que su padre solo había poseído unos cuantos artículos de prensa sobre el tema. Hasta el día de hoy se pregunta por qué su padre nunca le contó nada sobre la Violación de Nanking o sobre el diario. Sospecho que la razón tiene que ver con la caída en desgracia de Rabe, y la persecución que sufrió en Alemania después de que le enviara el informe sobre la gran Violación a Hitler. De hecho, al pie del diario hay un garabato escrito a mano, sin duda de Kröger, que advierte: «Contrario a las opiniones actuales del gobierno de Hitler. Por consiguiente, tuve que tener mucho cuidado con esto». [517]

Fue Ursula Reinhardt quien finalmente le contó al mundo sobre los esfuerzos heroicos de Rabe. Cuando le llegó mi carta, decidió que los diarios merecían un examen más exhaustivo. Tomó prestados los documentos de su tío y se armó de valor para leerlos. Su contenido era más violento de lo imaginable, y la conmoción le hizo tambalearse cuando leyó las descripciones de las violaciones en grupo de los soldados japoneses en plena calle o de

cómo quemaban viva a la gente de Nanking.^[518] Meses después, Reinhardt seguía tan horrorizada por el informe de su abuelo que no dudó en contarle a un reportero del *Renmin Ribao* (diario del pueblo) su sincera opinión sobre la masacre de Nanking, una opinión por fuerza controvertida: que la tortura japonesa en Nanking superó en crueldad incluso la de los nazis, y que los japoneses fueron peores que el mismo Hitler.

Reinhardt estaba preocupada por las consecuencias que traería publicar los diarios ante el mundo. A su juicio los diarios eran dinamita política, con potencial para hundir las relaciones chino-japonesas.^[519] Pero animada por mí, y también por Shao Tzuping, expresidente de la Alianza por la Memoria de las Víctimas de la Masacre de Nanking, que trabajaba para Naciones Unidas, se decidió por fin a hacerlos públicos. Pasó quince horas fotocopiándolos.^[520] Shao, que tenía miedo de que japoneses de extrema derecha pudieran entrar en su casa y destruir los diarios, o bien ofrecer a la familia grandes cantidades de dinero para comprar los originales, se apresuró a llevar a Ursula Reinhardt y a su marido a Nueva York.^[521] Donaron copias de los diarios a la biblioteca de la Yale Divinity School, en una conferencia de prensa anunciada previamente en una noticia prominente en *The New York Times*, y después cubierta por Peter Jennings en la ABC-TV, en la CNN y en otros medios internacionales. Era el 12 de diciembre de 1996: el quincuagésimo noveno aniversario de la caída de Nanking.

Los historiadores fueron unánimes a la hora de proclamar el valor de los diarios. Muchos vieron en ellos una prueba concluyente —otra más— de que la Violación de Nanking realmente sucedió, y en la medida en que el relato estaba contado desde la perspectiva de un nazi, los encontraron fascinantes. La versión de Rabe añadía autenticidad a los informes norteamericanos de la masacre, no solo porque un nazi no podía haber tenido motivo alguno para fabricar mentiras sobre las atrocidades, sino también porque los informes de Rabe incluían traducciones de los diarios de los norteamericanos del inglés al alemán que coincidían con los originales palabra por palabra. En la República popular China, varios académicos anunciaron al *Renmin Ribao* que los documentos verificaban y corroboraban gran parte de las fuentes materiales chinas que existían sobre la masacre. En Estados Unidos, William Kirby, profesor de historia china en la Universidad de Harvard, dijo al *The New York Times*: «Es un relato increíblemente apasionante a la par que deprimente, escrito con mucho cuidado y una gran cantidad de detalle y drama. Va a reabrir este caso de una manera muy importante, en el sentido de que la gente

podrá acercarse al día a día del acontecimiento, y añadir 100 o 200 historias más a lo ya conocido».^[522]

Incluso los historiadores japoneses declararon que el hallazgo de Rabe era importante. Kasahara Tokushi, profesor de historia china moderna en la Universidad de Utsunomiya, afirmó en el *Asahi Shimbun*: «Lo que hace que este informe sea significativo es el hecho de que no solo fue recogido por un alemán, un aliado de Japón, sino que Rabe le remitió el informe a Hitler para ponerlo al tanto de las atrocidades que ocurrían en Nanking. El que Rabe, que era un vicepresidente del partido nazi, se dirigiera a Hitler, líder supremo de un aliado japonés, para que interviniese nos da una idea de la tremenda escala de la masacre».^[523] Hata Ikuhiko, profesor de historia japonesa moderna en la Universidad de Chiba, añadió: «El significado de este informe es importante en el sentido de que un alemán, cuyo país era aliado de Japón, describe la atrocidad de Nanking de manera objetiva. Desde ese punto de vista, tiene más valor como documento histórico que el testimonio del pastor norteamericano. En aquel momento Alemania no tenía claro de qué lado posicionarse, si del japonés o del chino. Sin embargo, el nombramiento de Ribbentrop como ministro de exteriores promovió la alianza de Alemania con Japón. Es increíble lo valiente que fue [Rabe], al tratar de persuadir a Hitler de la atrocidad en Nanking en un momento tan crítico».^[524]

TERCERA PARTE

El holocausto olvidado: una segunda violación

¿Hay hoy en día algún niño en alguna parte de Estados Unidos, y quizá en muchas otras partes del mundo, que no haya visto las horribles fotografías de las cámaras de gas de Auschwitz o leído al menos en parte el evocador e inquietante relato de la joven Ana Frank? Desde luego, al menos en Estados Unidos, la mayor parte de los escolares también aprenden de los devastadores efectos que provocaron las bombas atómicas que Estados Unidos lanzó sobre Hiroshima y Nagasaki. Pero si le preguntas a la mayoría de los norteamericanos —niños o adultos, incluso entre los más cultos— sobre la Violación de Nanking, te darás cuenta de que a la mayoría nadie les ha contado nunca lo que pasó en aquella ciudad hace sesenta años. Una prominente historiadora del gobierno me tuvo que admitir que el tema no había salido ni una sola vez en todos sus años de carrera. Una abogada licenciada en Princeton me confesó avergonzada que ni siquiera sabía que China y Japón hubieran estado en guerra; su conocimiento de la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico se limitaba a Pearl Harbor e Hiroshima. La ignorancia se extiende incluso entre los estadounidenses de origen asiático. Una chica, por ejemplo, dejó ver sus deficientes nociones de geografía e historia cuando me preguntó: «¿Nanking? ¿Qué fue eso, una dinastía?».

Un acontecimiento que hace sesenta años ocupó la primera página de los periódicos norteamericanos parece haberse desvanecido, casi sin dejar rastro. Hollywood no ha producido una película para el gran público sobre la masacre, aunque la historia contenga elementos dramáticos similares a los de *La lista de Schindler*. Y hasta hace poco la mayoría de los novelistas e historiadores norteamericanos tampoco se habían ocupado del tema.

Tras escuchar todas estas cosas, me asaltó el pensamiento aterrador de que la historia de 300.000 chinos asesinados podría desaparecer, así como ellos mismos desaparecieron bajo la ocupación japonesa; que el mundo bien podría terminar creyendo un día a los políticos japoneses que han venido insistiendo en que la Violación de Nanking es un engaño y un invento: que en realidad la masacre nunca sucedió. Al escribir este libro, me obligué a mí misma a profundizar no solo en la historia, sino también en la historiografía:

examinando las fuerzas de la historia y el proceso por el cual la historia se hace. ¿Qué es lo que hace que ciertos acontecimientos de la historia queden, mientras los demás son condenados al olvido? ¿Cómo funciona exactamente el proceso por el que un acontecimiento como la Violación de Nanking se desvanece de la memoria colectiva de Japón (e incluso del mundo)?

Una de las razones de que la información sobre la Violación de Nanking no haya sido muy divulgada tiene que ver sin duda con las diferencias de posguerra respecto a cómo Alemania y Japón lidiaron cada una con sus crímenes de guerra. Quizá en mayor medida que ninguna otra nación en la historia, los alemanes han incorporado en su identidad política de posguerra el reconocimiento de que era el gobierno mismo de la época, y no sólo determinados nazis individuales, el culpable de los crímenes de guerra. El gobierno japonés, en cambio, nunca se ha impuesto a sí mismo ni a la sociedad japonesa hacer algo semejante. Como resultado, aunque algunos han luchado con gran valentía para obligar a la sociedad japonesa a afrontar la amarga verdad, muchos en Japón siguen tratando los crímenes de guerra como si hubieran sido acciones aisladas de soldados individuales o incluso acontecimientos que simple y llanamente no ocurrieron.

En Japón continúan apareciendo relatos que pugnan por explicar lo que ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial. Según un enfoque revisionista actualmente en boga, el país no tiene ninguna responsabilidad en el asesinato a gran escala de civiles en ningún lugar durante la guerra. Los japoneses combatieron para asegurar su propia supervivencia y para liberar Asia de las garras del imperialismo occidental. Y en efecto, a cambio de su noble empeño, el propio Japón terminó siendo la víctima definitiva en Hiroshima y Nagasaki.

Esta percepción tan tranquilizadora de la historia sigue impregnando todavía los libros de texto de historia en Japón, que o bien ignoran la masacre de Nanking, o bien dan a las acciones del ejército una impronta decididamente projaponesa. En el extremo del espectro político, los ultranacionalistas nipones han amenazado con todo tipo de medidas, desde la denuncia judicial hasta el asesinato, para silenciar a cualquier oponente que ose sugerir que estos libros de texto no están contando a las generaciones venideras la historia real.

Pero no son solo unos grupos fanáticos y marginales los que están tratando de reescribir la historia. En 1990 Ishihara Shintaro, uno de los dirigentes del Partido Liberal Democrático conservador de Japón y autor de *best sellers* como *The Japan that can say No* [El Japón que puede decir No],

le comentó a un entrevistador de la revista *Playboy*: «La gente dice que los japoneses hicieron un holocausto allí [en Nanking], pero eso no es verdad. Se trata de una historia fabricada por los chinos. Ha manchado la imagen de Japón, pero es mentira».^[525]

Como es natural, esta afirmación enfureció a especialistas y periodistas por todo el mundo. Alguien llegó a decir que «la negación por parte de Japón de la Violación de Nanking tendría la misma trascendencia política que una negación del Holocausto por parte de Alemania».^[526] Pero las protestas no lograron silenciar a Ishihara, que respondió con una furiosa serie de contraataques. En sus réplicas, y ante las abrumadoras pruebas en contrario, Ishihara afirmaba que el mundo no supo nada sobre la masacre de Nanking hasta que el Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente enjuició a las personas que supuestamente jugaron un papel en ella; que ni los corresponsales de guerra japoneses ni los reporteros occidentales escribieron nada de la masacre en tiempo real, mientras sucedía; que el corresponsal Frank Tillman Durdin, de *The New York Times*, no presenció masacre alguna; y que el sacerdote episcopal John Magee sólo vio el asesinato de una persona.^[527]

En la década de 1990 John Magee, por supuesto, ya no estaba vivo para defenderse, pero su hijo, David Magee, se ocupó de refutar a Ishihara. Concedió entrevistas a los medios y asistió a conferencias sobre la masacre de Nanking, donde leyó de los documentos de su padre y mostró la cámara con la que John había filmado las atrocidades japonesas. Frank Tillman Durdin sí estaba vivo, y actuó de forma expeditiva. Interrumpió su jubilación en San Diego para dar una conferencia de prensa en la que refutar las afirmaciones de Ishihara. Les explicó a los periodistas que, si bien era cierto que había escrito un artículo en 1937 en el que describía el paisaje entre Shanghái y Nanking como pacífico, aquel artículo lo escribió dos meses antes de que los japoneses iniciaran su avance sobre Nanking.

Las demás afirmaciones de Ishihara son muy fáciles de rebatir. En docenas de periódicos occidentales aparecieron informes coetáneos a la Violación, e incluso los periódicos japoneses publicaron noticias detalladas de la masacre. En cuanto a Durdin, sus artículos no solo fueron contemporáneos, sino que se publicaron en las primeras páginas de *The New York Times*. Las cartas de John Magee contenían descripciones como: «La violación de mujeres ha ido más allá de lo imaginable, más allá de toda descripción»;^[528] y «Como pude comprobar, había cadáveres en cada calle y avenida de la ciudad; y eso que me moví mucho por la ciudad, incluyendo Hsiakwan».^[529]

Ishihara, sin embargo, no se daba por vencido. Sugirió que las denuncias chinas de una masacre en Nanking influyeron en la decisión estadounidense de bombardear Hiroshima y Nagasaki. Como quiera que las refutaciones de cada una de sus anteriores afirmaciones le impedían seguir repitiéndolas, Ishihara modificó un poco su posición. En un punto, sin embargo, siguió siendo inflexible: por mucho que los alemanes hubieran pedido perdón por matar a los judíos, no por ello los japoneses tenían que hacer lo mismo; bajo ninguna circunstancia debían los japoneses admitir jamás que eran culpables de nada.

La carrera de Ishihara no se resintió por la entrevista a *Playboy*. Pero a otros no les fue tan bien.

—Una de las personas a las que se tragó el torbellino de la controversia fue al general Nagano Shigeto. En la primavera de 1994, a días de su nombramiento como ministro de justicia, Nagano concedió una entrevista al *Mainichi Shimbun* que terminaría siendo su suicidio político. «Creo que la masacre de Nanking y todo lo demás fue un invento^[530] —le dijo al periódico —. Yo estuve en Nanking inmediatamente después». Y continuó diciendo que las mujeres de consuelo coreanas eran «prostitutas autorizadas» y no esclavas sexuales, y que Japón no tuvo otra opción que ir a la guerra porque estaba «en peligro de ser aplastado». La violenta reacción que sus comentarios provocaron por toda Asia obligaron a Nagano a dimitir en medio del escándalo.^[531]

—En septiembre de 1986, Fujio Masayuki, ministro japonés de educación, echó a perder su carrera cuando declaró que la Violación de Nanking fue «solo una parte de la guerra».^[532] En una entrevista con la revista *Bungei Shunju*, Fujio defendió las acciones de los japoneses durante la masacre de Nanking, y afirmó que el número de muertos se había exagerado. También dijo que Corea tenía parte de la culpa de su anexión por Japón en 1910, que Corea aceptó de buen grado la colonización y que los juicios de Tokio por crímenes de guerra fueron una «venganza racial» orientada a «quitarle a Japón su poder». Aunque Fujio hizo estos comentarios solo «para restaurar el espíritu japonés a través de la historia de la tradición», le costaron su empleo. Aquel mismo mes el primer ministro japonés Nakasone Yasuhiro lo cesó de su puesto.^[533]

—Okuno Seisuki, que había sido el director de prefectura de la famosa *Kempeitai* (la policía militar secreta japonesa) durante la guerra, posteriormente hizo carrera hasta llegar a convertirse en ministro japonés de justicia y ministro de educación. En 1988 Okuno era el jefe de la agencia

agraria japonesa y el tercer miembro más veterano del gabinete. Pero su caída se produciría aquella primavera, a raíz de su visita al santuario de Yasukuni en Tokio (donde se venera a criminales de guerra japoneses de clase A, allí consagrados), un gesto que demostraba cuál era su verdadera actitud a propósito de la Segunda Guerra Mundial. «No había intención alguna de agredir^[534] —le dijo a uno a los reporteros—. La raza blanca hizo de Asia una colonia, pero solo se habla mal de Japón. ¿Cuál fue el país agresor? Fue la raza blanca. No sé por qué a los japoneses se les llama militaristas y agresores». Sus afirmaciones provocaron una oleada de indignación por toda Asia, lo que llevó a Okuno a precisar sus palabras: «No dije que Japón no hubiera sido un agresor. Lo que dije es que no fue el único agresor».^[535] En mayo Okuno había sido obligado a dimitir, pero siguió sin arrepentirse hasta el final.^[536] Había dado un paso atrás, según dijo, sólo bajo la presión del gobierno, y no porque quisiera retractarse de sus afirmaciones.

—En agosto de 1994, Sakurai Shin, director general de la agencia japonesa para el medio ambiente, observó que Japón no fue a la guerra con la intención de cometer agresión alguna.^[537] Ante las protestas airadas de China (un portavoz del ministerio de asuntos exteriores de ese país anunció que «el gobierno chino lamenta que, una vez más, un ministro de gabinete japonés haya hecho con el mayor descaro afirmaciones que distorsionan los hechos históricos»),^[538] el primer ministro Murayama Tomiichi terminó pidiendo disculpas por los comentarios de Sakurai, a quien además reprendió tachando sus palabras de «inapropiadas»^[539] y obligó a conceder una conferencia de prensa esa misma medianoche para retractarse de las mismas.

—En 1995 Hashimoto Ryutaro, ministro de industria y comercio internacional y persona influyente dentro del Partido Liberal Democrático (más tarde se convertiría en primer ministro de Japón), comentó que durante la Segunda Guerra Mundial la intención de Japón había sido combatir solo contra Estados Unidos, Gran Bretaña y «otros». Según dijo, si bien es cierto que Japón fue agresivo con respecto a China, en realidad no tuvo intención de invadir otros países de Asia.^[540]

Las negaciones oficiales continuaron, y se seguían sucediendo mientras este libro estaba en imprenta. Kajiyama Seiroku, secretario del jefe de gabinete de Japón, indignó a varios países de Asia cuando dijo que las esclavas sexuales y las víctimas de violación del ejército imperial japonés durante la Segunda Guerra Mundial no fueron esclavas en absoluto, sino prostitutas voluntarias. En enero de 1997, proclamó que las mujeres de consuelo del ejército japonés «perseguían el dinero»,^[541] y que nada las

distinguía de las prostitutas japonesas que trabajaban legalmente en Japón en aquel tiempo. Por sorprendente que pueda parecer, estos comentarios se produjeron en la víspera de una cumbre de fin de semana entre el primer ministro japonés Hashimoto Ryutaro y el presidente de Corea del Sur Kim Young-sam. Ambos expresaron su profunda consternación por los comentarios de Kajiyama.

Más tarde Kajiyama hizo un gesto de disculpa, con el cual enfureció a sus críticos porque la disculpa parecía insultante e insincera. El secretario de gabinete «lamentó que sus comentarios hubieran causado malestar en la cumbre entre Japón y Corea del Sur, así como malentendidos entre el pueblo surcoreano»,^[542] pero se negó a retractarse de los mismos. No era la primera vez que la boca de Kajiyama lo metía en problemas. En 1990 había sido obligado a dimitir de su puesto de ministro de justicia japonés por haber comparado a los afroamericanos con prostitutas que llegaban y echaban un barrio a perder.^[543]

La controversia de los libros de texto

Acaso uno de los aspectos más siniestros del mal estado de la educación en Japón sea la deliberada omisión de información histórica relevante sobre la Segunda Guerra Mundial a través de la censura de los libros de texto.

Casi desde el nacimiento, los niños japoneses pelean por alcanzar puestos en la resbaladiza pirámide de la educación, pugnando por lograr la cúspide, que es la admisión en la Todai, o Universidad de Tokio. Hay escuelas elementales masificadas desde las que acceder al instituto correcto, donde los chicos estudian desde las nueve de la noche hasta las seis de la madrugada; abarrotados jardines de infancia preparatorios que aseguran la admisión en una de las escuelas elementales correctas; y hasta en los hospitales, áreas exclusivas de maternidad que garantizan que los bebés lograrán un billete de entrada en la guardería adecuada.

Pero a pesar de los «exámenes infernales» que han hecho famosos a los japoneses, ¿qué es lo que aprenden los escolares sobre la Segunda Guerra Mundial?

Resulta que muy poco. Todo el sistema educativo japonés sufre de amnesia selectiva. Hasta 1994 los estudiantes japoneses no recibían noticia alguna de que el ejército de Hirohito fue responsable de la muerte de al menos 20 millones de soldados aliados y civiles asiáticos durante la Segunda Guerra

Mundial.^[544] A principios de la década de 1990, un artículo de periódico citaba a un profesor de instituto japonés que aseguraba que sus alumnos habían mostrado sorpresa al enterarse de que Japón había estado en guerra con Estados Unidos. Lo primero que querían saber es quién ganó.^[545]

¿Por qué sucede esto? Todos los libros de texto que se usan en las escuelas elemental y secundaria de Japón deben contar con la aprobación del Ministerio de Educación del país. Los críticos en Japón observan que los libros de texto que reciben un escrutinio más riguroso son los de ciencias sociales. Por ejemplo, en 1977 el Ministerio de Educación redujo una sección sobre la Segunda Guerra Mundial de un libro de historia estándar, de varios cientos de páginas a solo seis, que consistían principalmente en fotografías del bombardeo incendiario estadounidense de Tokio, de las ruinas de Hiroshima, y una estadística de las víctimas de guerra japonesas.^[546] El texto no mencionaba las bajas del bando contrario, las atrocidades de guerra japonesas ni las evacuaciones forzosas de prisioneros chinos y coreanos a campos de trabajo en Japón.

Gran parte de esta censura podría haber pasado sin réplica de no haber sido por los esfuerzos de un valiente luchador. En 1965 el historiador japonés Ienaga Saburo demandó al gobierno de su país. Aquel caso marcaría el principio de una batalla legal que se prolongaría durante tres décadas, y que se ganaría el apoyo de miles de simpatizantes japoneses.

Aquellos que han conocido a Ienaga han quedado impresionados por su fragilidad. El calvo historiador octogenario tiembla al andar, y su voz es a duras penas más que un suspiro. Pero por debajo lo que hay es una poderosa voluntad en marcha.

El ministerio interfirió en los intentos de Ienaga de documentar la masacre de Nanking para escolares de primaria. Por ejemplo, en su manuscrito de libro de texto Ienaga escribió: «Inmediatamente después de la ocupación de Nanking, el ejército japonés mató a numerosos soldados y ciudadanos chinos. Este incidente se conoció luego como la Masacre de Nanking».^[547] El examinador comentó: «Los lectores podrían interpretar que esta descripción pretende decir que el ejército japonés masacró unilateralmente a los chinos inmediatamente después de la ocupación. Este pasaje debe ser revisado para que no pueda interpretarse de esta manera».

Finalmente, tras las protestas de Ienaga el pasaje fue corregido así: «En los duros combates ante la fiera resistencia de las fuerzas armadas chinas, el ejército japonés ocupó Nanking y mató a numerosos soldados y civiles chinos. Este incidente se conoció luego como la Masacre de Nanking». De

esta manera los censores de los libros de texto tal vez quedaran satisfechos, creyendo hallar un compromiso entre el argumento de Ienaga y la posición del ministerio sobre la masacre. Por desgracia, la afirmación simplemente no es cierta, porque da a entender que la masacre se produjo en el calor de la batalla.

El examinador exigió a Ienaga que borrara su descripción de la Violación misma, con el argumento de que «la violación de mujeres es algo que ha sucedido en todos los campos de batalla de cada era de la historia de la humanidad. No se trata de un asunto que deba airearse con respecto al ejército japonés en particular».

Incluso la palabra *agresión* se consideraba tabú. «*Agresión* —escribían los censores— es un término que contiene connotaciones éticas negativas». El Ministerio de Educación se enfureció también por los esfuerzos de Ienaga de condenar la conducta japonesa durante la guerra. En concreto, se sintió ofendido por el siguiente pasaje: «La guerra fue glorificada como una “guerra santa”, y la derrota del ejército japonés y los actos brutales que perpetró en el campo de batalla fueron completamente ocultados. Como resultado, la mayor parte del pueblo japonés no tenía forma de conocer la verdad, y fue relegado a una posición en la que no tenía más elección que colaborar con entusiasmo en esa guerra irresponsable». El Ministerio de Educación borró este pasaje, con el argumento de que expresiones como «los actos brutales del ejército japonés» y «esa guerra irresponsable» eran «críticas unilaterales de la posición de Japón y de sus acciones» durante la Segunda Guerra Mundial.

En 1970, cuando de hecho Ienaga ganó el caso (Sugimoto Ryokichi, juez del juzgado de distrito de Tokio, dictaminó que la revisión de los libros de texto no debería ir más allá de la corrección de errores fácticos u ortotipográficos), elementos extremistas amenazaron de muerte a los abogados del demandante, al juez y al propio Ienaga, mientras los matones atormentaban al historiador gritando eslóganes y haciendo caceroladas nocturnas a la puerta de su domicilio.^[548] La policía tenía que escoltar a Ienaga y a su abogado para entrar y salir del juzgado a través de una puerta secreta.

Con la excepción de un galardón que Ienaga recibió en 1948 (cuando, como él mismo admite, era «políticamente sordo»,^[549] indiferente), el profesor ha sido continuamente ignorado por los comités oficiales que reparten los premios nacionales de su disciplina. Y sin embargo, el historiador se ha ganado un lugar en la historia propiamente dicha. La horrible publicidad que sus esfuerzos reciben ha ido suscitando protestas en el extranjero que a su

vez propician cambios en el —tan conservador— Ministerio de Educación. En la década de 1980, los años de demandas judiciales y de activismo político estaban empezando a dar sus frutos. En 1982 la distorsión del episodio de la Violación de Nanking en los libros de texto de historia de los institutos japoneses se había convertido en un asunto tan candente en Japón que provocó una crisis diplomática internacional. Los cuatro principales periódicos del país llevaron el asunto a primera plana. Representantes chinos y coreanos también elevaron protestas formales, acusando a los japoneses de tratar de borrar de la memoria la historia de su agresión para preparar el terreno a un militarismo renovado en la generación más joven. Sin embargo, el consejo de revisión de los libros de texto en Japón trató de defenderse ante los periodistas con el siguiente argumento: «No era justo describir la atrocidad de Nanking en tres o cinco líneas, al tiempo que se mencionaban las atrocidades soviéticas o norteamericanas contra los japoneses en solo una línea o dos».^[550]

En último término, la difusión de la controversia de los libros de texto logró dos cosas. Una fue la destitución del ministro de educación de Japón, Fujio Masayuki, que había defendido con ahínco la política del ministerio de edulcorar la historia de la Segunda Guerra Mundial. La segunda fue una mayor toma de conciencia dentro del ministerio de que la masacre de Nanking fue algo que no podían seguir ignorando. Antes del cese de Fujio,^[551] la Conferencia Nacional por la Defensa de Japón había preparado un libro de texto conservador que resumía la masacre de Nanking de la siguiente manera: «La batalla de Nanking fue extremadamente dura. China ha pedido a Japón una reflexión con respecto a las bajas en el ejército chino y entre los civiles chinos». Pero tras la destitución de Fujio el Ministerio de Educación reescribió el pasaje de la siguiente manera: «La batalla de Nanking fue extremadamente dura. Cuando Nanking cayó, se informó de que el ejército japonés mató e hirió a muchos soldados y civiles chinos, suscitando con ello las críticas internacionales».

Por supuesto, la cuestión de la censura de los libros de texto dista mucho de haber terminado. En lugar de negar directamente la masacre, algunas autoridades de Japón centran ahora sus esfuerzos en minimizar su escala. En 1991, los revisores del ministerio ordenaron a los autores de los libros de texto que eliminaran todas las referencias a las cifras de muertos chinos durante la Violación de Nanking, porque las autoridades creían que las pruebas para verificarlas eran insuficientes. Tres años después el ministerio llegó incluso a obligar al autor de un libro de texto a reducir de 25.000 a

15.000 personas el número de muertos a manos de soldados japoneses durante un día de la masacre de Nanking. La versión original del libro de texto citaba como fuente una entrada de diario en la que se decía que 25.000 cautivos fueron sacrificados [*were «put away»*] en un solo día. Pero bajo presión del ministerio, el editor del libro de texto se echó atrás y acortó la cita del diario, para que quedara de esta forma: «La unidad Sasaki despachó a 15.000 personas».^[552]

El encubrimiento académico

Con pocas excepciones, la comunidad académica de Japón ha rehusado el estudio de la Violación de Nanking. Algunos han alegado que todavía no ha pasado el tiempo suficiente como para que la cuestión merezca un estudio histórico o que permita a los historiadores emitir un juicio sobre las acciones perpetradas por Japón. Algunos llegan incluso a reaccionar con indignación ante las críticas de las fechorías japonesas de la época de la guerra. («¿Por cuánto tiempo tenemos que seguir pidiendo disculpas por los errores que cometimos?», dijo uno acaloradamente).^[553]

Otros actúan como apologistas de Japón, hasta el punto de aliarse con ultranacionalistas conservadores japoneses para minimizar el significado de la masacre y su balance de muertos. Un prominente revisionista que ha lanzado su propia cruzada para distorsionar la historia de la Violación de Nanking y otros aspectos de la historia de la Segunda Guerra Mundial es Fujioka Nobukatsu, profesor de educación en la Universidad de Tokio. Entre sus comentarios más incendiarios está la afirmación de que mucha menos gente murió en la Violación de Nanking de lo que pretenden los chinos; que la mayoría de las víctimas de Nanking eran guerrilleros, y no civiles; y que las esclavas sexuales asiáticas, o «mujeres de consuelo» del ejército japonés, no eran sino prostitutas ordinarias. Fujioka ha equiparado la expectativa de las mujeres de recibir una compensación financiera con «ganar la lotería»,^[554] y ha pedido al gobierno japonés no solo que retire las disculpas que ha presentado a estas mujeres, sino que borre cualquier información sobre ellas de los libros de texto de historia japoneses.

En Japón la investigación rigurosa sobre la Violación de Nanking ha quedado en gran medida relegada a los esfuerzos de aquellos que operan fuera de las comunidades académicas tradicionales, como los escritores *freelance* y los periodistas. Ono Kenji, un trabajador de fábrica, es un perfecto ejemplo de

ello.^[555] En 1988 comenzó a entrevistar a granjeros de su zona que formaron parte del Batallón Aizu Wakamatsu durante la Violación de Nanking. El soltero Ono tenía tiempo para dedicarse al tema, porque disfrutaba de descansos de 36 horas entre los largos turnos de fábrica, y además no tenía responsabilidades familiares. Años después se supo que Ono Kenji había visitado unos 600 hogares, entrevistado a 200 personas, fotocopiado 20 de unos 30 diarios y grabado entrevistas en vídeo con 7 personas. Algunos de sus hallazgos aparecieron en el semanario *Shukan Kinyobi*, y la recepción fue positiva: se trataba del primer trabajo sobre la masacre de Nanking basado exclusivamente en fuentes japonesas. En 1996 coeditó un importante libro sobre la masacre de Nanking, pero sigue viviendo bajo la sombra constante de la posible represalia japonesa: rechaza incluso que lo fotografíen, por miedo a caer presa de los fanáticos de extrema derecha.^[556]

Censura autoimpuesta

En Japón la censura no solo la practica el gobierno cuando interviene en los libros de texto, sino también los medios de comunicación, que hacen de policías de sí mismos. En muchos aspectos la autocensura del sector privado puede ser más insidiosa que la del gobierno, porque es más sutil y más difícil de identificar.

Lo que las distribuidoras hicieron con una escena de la Violación de Nanking en la película *El último emperador* es muy ilustrativo de la autocensura japonesa en acción. En 1988 la distribuidora Shochiku Fuji cortó del filme de Bernardo Bertolucci sobre la vida de Pu Yi la escena 32, que muestra la Violación de Nanking. Bertolucci, por supuesto, se enfureció cuando se dio cuenta de ello. «La distribuidora japonesa no solo ha cortado toda la secuencia de la Violación de Nanking sin mi autorización y contra mi voluntad, sin ni siquiera informarme, sino que encima ha declarado a la prensa que fuimos el productor, Jeremy Thomas, y yo mismo quienes propusimos originalmente mutilar la película^[557] —declaró—. Esto es absolutamente falso y repugnante».

La enérgica protesta de Bertolucci obligó a los distribuidores a restaurar inmediatamente la escena cortada. Ofrecieron toda una serie de excusas por su conducta. Kubotani Motoyuki, director de la Shochiku Fuji, pidió perdón por la «confusión y el malentendido»,^[558] explicando que su compañía pensó que la escena de Nanking era simplemente «demasiado atroz» para

proyectarla en Japón. «Cortar la película fue una decisión que tomamos voluntariamente. No teníamos ni idea de que fuera a desencadenar esto», dijo. Saito Mitsuhiro, otro representante de Shochiku Fuji, dijo a los periodistas que la escena fue retirada «por respeto a las audiencias japonesas». Nakane Takehiko, crítico de cine japonés, especuló con la idea de que la decisión de cortar la escena provino tanto de la pusilanimidad de la distribuidora como de la amenaza de la violencia ultranacionalista. «Creo que los distribuidores de la película y muchos propietarios de cines tenían miedo de que estos grupos de extrema derecha pudieran causar problemas fuera de los cines», dijo el crítico a los periodistas. Algunas de estas personas creen todavía que las acciones de Japón en China y durante la guerra formaban parte de alguna «cruzada sagrada».

Debates sobre la masacre de Nanking

Los japoneses que se atreven a escribir libros sobre la Violación de Nanking se enfrentan a menudo a ataques implacables. Está, por ejemplo, el caso de Hora Tomio y Honda Katsuichi. Hora, profesor de historia japonesa en la Universidad Waseda, visitó China en 1966 para investigar las atrocidades japonesas allí; más tarde publicó su investigación sobre la masacre de Nanking en varios libros. Honda Katsuichi fue un reputado y galardonado periodista del *Asahi Shimbun* que rompió el tabú que prohibía cualquier debate sobre la masacre de Nanking en la prensa japonesa, viajando a la China continental en las décadas de 1970 y 1980 para entrevistar a los supervivientes. Sus conclusiones, que se publicaron en varias series en el *Asahi Shimbun* y en otros periódicos, fueron más tarde ampliadas para transformarlas en libros completos. Tanto Hora como Honda llegaron a la conclusión de que los soldados japoneses habían matado a unas 300.000 personas en Nanking entre 1937 y 1938.

Ambos sufrieron una feroz reacción en Japón. Un ruidoso crítico de Hora y Honda era el autor ultraconservador Suzuki Akira, que puso en entredicho sus hallazgos en un artículo titulado «La ilusión de la masacre de Nanking». Suzuki alegaba que algunos de los relatos de Honda y Hora eran invenciones, que no había suficientes fuentes materiales primarias para apoyar la tesis de la masacre, y que la Violación de Nanking era una «ilusión».^[559] El libro que resultó de sus artículos ganó el premio Bungei Shunju a la mejor obra de no ficción, y recibió los elogios de críticos literarios «admirables» y «valientes».

Cuando Hora publicó una serie de refutaciones de las tesis de Suzuki, varios conocidos escritores japoneses inmediatamente saltaron en defensa de Suzuki.

Otro crítico fue Tanaka Masaaki, un hombre que decía ser el protegido de Matsui Iwane. En 1984 publicó un libro contra Honda titulado *La fabricación de la «masacre de Nanking»*, utilizando material proveniente del diario de guerra de Matsui. Tras acusar a Honda de divulgar «propaganda enemiga», [560] Tanaka argumentaba que, a diferencia de lo que sucede en Europa o en China, «no se encontrará una sola instancia de asesinato planificado o sistemático en toda la historia de Japón». Esto es así porque, escribía, en contraste con los occidentales o los chinos, «los japoneses tienen un sentido diferente de los valores». Los revisionistas se pusieron detrás de Tanaka y se sumaron a sus ataques contra Honda y Hora. El escritor conservador Watanabe Shoichi, que escribió un prefacio al libro de Tanaka, también arremetía contra Honda por echarles todas las culpas «no solo a los oficiales japoneses y a los hombres de la época, sino a todos los japoneses y a nuestros hijos que están por nacer». [561]

Pronto arreció una discusión entre los dos campos. Por un lado estaba la «facción de la masacre» —es decir, los más progresistas—, compuesta por Hora, Honda y sus partidarios, y por el otro, los conservadores de la «facción de la ilusión», dirigidos por Suzuki y Tanaka. El bando progresista publicaba sus conclusiones en el *Asahi Shimbun* y otros periódicos, mientras que los conservadores lo hacían en publicaciones derechistas, tales como *Bungei Shunju*, *Shokun!* y *Seiron*. Los progresistas pedían que el gobierno japonés se disculpara por sus crímenes en China, mientras los conservadores consideraban que una disculpa de ese tipo constituía un insulto a los veteranos y una injerencia externa en los asuntos internos de Japón.

La ironía es que los intentos de desmentir la masacre de Nanking se volvieron en contra de sus promotores, cuando los propios revisionistas empezaron a indagar en el asunto en busca de munición contra la «facción de la masacre». Por ejemplo, en la década de 1980 *Kaikosha*, una hermandad de cadetes graduados de la escuela militar, pidió a sus 18.000 miembros que buscaran relatos de testigos oculares que desacreditaran la teoría de la masacre de Nanking. Pero, para desgracia de la «facción de la ilusión», muchos miembros de la *Kaikosha* corroboraron los detalles de la Violación de Nanking y describieron atrocidades que aterraron hasta al núcleo más duro de los conservadores japoneses. Un antiguo oficial que había servido bajo las órdenes de Matsui calculó que unos 120.000 prisioneros habían sido asesinados bajo las órdenes de un oficial de personal, aunque después, sin

duda bajo presión, cambió la cifra a «no menos de decenas de miles».^[562] Pero su testimonio echó por tierra todo el propósito de la encuesta, y llevó incluso a un editor de la revista de la *Kaikosha* a escribir, en la parte de conclusiones de la serie, que «no había excusa alguna para semejantes ejecuciones ilegales a gran escala. En calidad de alguien relacionado con el viejo ejército japonés, tengo que disculparme profundamente ante el pueblo chino».^[563]

Pero el incidente más embarazoso no había llegado aún. En 1985 una popular revista de historia, *Rekishi to jinbutsu*, descubrió nada menos que 900 errores en el recién publicado diario de guerra de Matsui. La mayor parte de ellos consistían en intentos deliberados de falsificar documentos primarios, una revelación que escandalizó a los historiadores por todo Japón. Todavía más perturbador era el hecho de que el autor de estas alteraciones no fuera otro que Tanaka Masaaki, que venía autoproclamándose un crítico incondicional de la distorsión histórica.

Intimidación

Lo que le sucedió a Azuma Shiro, el primer veterano nipón en admitir abiertamente sus crímenes en Nanking, es una muestra espectacular de hasta dónde puede llegar el sistema de intimidación japonés.^[564] En 1987 causó sensación, cuando se convirtió en el primer exsoldado japonés en pedir perdón públicamente por su papel en la masacre de Nanking. En la víspera de su viaje a Nanking para participar en una ceremonia conmemorativa de los 50 años de la gran Violación, concedió entrevistas a periódicos y televisiones en una conferencia de prensa en Kioto. El resultado fue una avalancha de críticas y amenazas de muerte. Para protegerse, Azuma dejó su empleo y se mudó con su mujer a un pequeño pueblo de las afueras de Kioto, donde se atrincheró en su casa con un arsenal de armas: porras, bates, espráis de pimienta, cadenas y puños americanos.

Para Motoshima Hitoshi, alcalde de Nagasaki, los problemas comenzaron cuando un miembro del Partido Comunista le preguntó en el pleno del ayuntamiento lo que pensaba de la culpa del emperador durante la guerra.^[565] Era el 7 de diciembre de 1988, el cuadragésimo séptimo aniversario del ataque japonés en Pearl Harbor. El emperador Hirohito moría lentamente de cáncer, y la nación, de luto por el fin de la era showa, había cancelado la celebración de las festividades. Motoshima respondió que, después de haber

leído relatos de la guerra provenientes del exterior y de haber combatido él mismo en ella como soldado, creía que el emperador tenía responsabilidad por la guerra. La reacción a su afirmación fue inmediata. Al día siguiente unos enfurecidos miembros del concejo municipal, así como la rama local del Partido Liberal Democrático, exigieron al alcalde que se retractara de sus palabras. Pero Motoshima se negó, diciendo que no podía «traicionar su propio corazón».

A partir de ese momento sus oponentes se embarcaron en una violenta campaña de intimidación y acoso, calculada para poner al alcalde de rodillas. Los liberal-demócratas no solo lo cesaron como consejero de su partido, sino que lograron convencer al gobernador de la prefectura para que se negara a cooperar políticamente con el alcalde. Grupos derechistas llegaron incluso a pedir la muerte de Motoshima. El 19 de diciembre de 1988, veinticuatro grupos ultranacionalistas condujeron por Nagasaki subidos en treinta camiones con altavoces, para bombardear con soflamas que exigían la muerte de Motoshima como «represalia divina». Dos días después el número de grupos que se manifestaban en Nagasaki había crecido hasta sesenta y dos, y el número de camiones con altavoces, hasta ochenta y dos. Representantes de numerosas organizaciones conservadoras, incluyendo la oficina para los santuarios sintoístas, pidieron que se abriera un proceso de *impeachment* para cesar al alcalde. Habían transcurrido menos de dos semanas desde la muerte de Hirohito cuando, el 7 de enero de 1989, un fanático de extrema derecha disparó a Motoshima por la espalda. La bala le atravesó los pulmones, pero milagrosamente el alcalde sobrevivió. El intento de asesinato excitó a los extremistas de todo el país, muchos de los cuales proclamaron que la acción había sido nada menos que un «castigo divino».

Epílogo

La Violación de Nanking fue solo un incidente en una larga saga de barbarie japonesa que se prolongó durante nueve años de guerra. Antes de la gran masacre, Japón ya había ganado notoriedad como primer país de Asia en romper tabúes, empleando la fuerza aérea no solo como arma en el campo de batalla, sino como medio para aterrorizar a la población civil. Después, lanzó sus fuerzas armadas en una campaña de asesinatos que comenzó en Shanghái, pasó por Nanking y continuó tierra adentro.

Si bien es cierto que no hubo un equivalente japonés a la «solución final» con respecto al pueblo chino, el gobierno imperial avaló políticas que erradicarían a poblaciones enteras en ciertas regiones de China. Una de las más mortíferas fue la política de «los tres todos» («Saquearlo todo, matar a todos, quemarlo todo»)^[566] en el norte de China, donde las guerrillas comunistas chinas habían combatido a los japoneses con ferocidad y efectividad. En su diario, un frustrado coronel japonés revela la cruel simplicidad de su política: «He recibido órdenes de mi superior de matar a todas las personas de este lugar».^[567]

El resultado fue una campaña terrorista a gran escala en 1941, diseñada para exterminar a todo el mundo en las áreas rurales del norte de China. Allí la población se vio reducida de 44 millones a 25 millones. Al menos un experto en China, Jules Archer, cree que los japoneses mataron a la mayor parte de los 19 millones de personas que desaparecieron de la región, si bien otros académicos especulan con la idea de que varios millones huyeron a zonas más seguras.^[568] R. J. Rummel, autor de *China's Bloody Century* [El sangriento siglo de China], señala que con que solo el 5 por ciento de la pérdida de población se debiera a los asesinatos, estaríamos hablando de casi un millón de chinos.^[569]

Los japoneses también llevaron a cabo despiadados experimentos en el marco de una guerra biológica contra los chinos. En gran medida se trataba de una represalia, ya que estaban dirigidos sobre todo contra las aldeas chinas

sospechosas de ayudar a los pilotos estadounidenses durante el bombardeo Doolittle sobre Tokio, en 1942. En aquellas áreas susceptibles de ser utilizadas como pistas de aterrizaje por los bombarderos, los japoneses masacraron a un cuarto de millón de civiles y destrozaron cualquier pista aérea china en un área de 32.000 kilómetros cuadrados.^[570] Aquí como en cualquier otro lugar durante la guerra, ciudades y regiones enteras fueron objetivo de la guerra bacteriológica. Hoy sabemos a ciencia cierta que los aviadores japoneses rociaron con moscas portadoras de gérmenes de plagas áreas metropolitanas como Shanghái, Ningbó y Changde, y que se vertieron en ríos, pozos, depósitos y hogares frascos con microbios causantes de cólera, disentería, tifus, peste, ántrax y paratifoidea.^[571] Los japoneses también mezclaron la comida con gérmenes mortales para infectar a los civiles chinos y a la población militar. Colocaron tartas rociadas con tifus cerca de asentamientos, como señuelo para los campesinos hambrientos, y se suministraron panecillos impregnados con tifus y paratifoidea a miles de prisioneros chinos antes de su liberación.

El recuento final de muertos era casi increíble: entre 1.578.000 y 6.325.000 personas.^[572] R. J. Rummel da una estimación prudente de 3.949.000 asesinados, de los cuales casi 400.000 eran civiles. Pero señala que varios millones más perecieron de inanición y enfermedades provocadas en gran parte por los japoneses: por los saqueos, los bombardeos y los experimentos médicos. Si añadiéramos esos muertos a la cifra final, podríamos concluir que los japoneses mataron a más de 19 millones de chinos en su guerra contra China.

Para la mayoría de la gente es imposible hacerse una idea precisa de lo que se cruzaba por la mente de los soldados y oficiales japoneses mientras cometían las atrocidades. Pero muchos historiadores, testigos oculares y supervivientes, además de algunos de los perpetradores, han avanzado teorías para tratar de explicar qué pudo haber desencadenado la cruda brutalidad del ejército imperial japonés.

Algunos expertos japoneses creen que los horrores de la Violación de Nanking y otras atrocidades de la guerra chino-japonesa pueden explicarse por un fenómeno llamado «transferencia de opresión».^[573] Según Tanaka Yuki, autor de *Hidden Horrors: Japanese War Crimes in World War II* [Horrores ocultos: crímenes de guerra japoneses en la Segunda Guerra Mundial], el ejército japonés moderno tenía un gran potencial para la

brutalidad desde el momento de su creación, y ello por dos razones: el trato arbitrario y cruel que los militares infligían a sus propios oficiales y soldados, y la naturaleza jerárquica de la sociedad japonesa, en la que el estatus venía dictado por proximidad al emperador. Con anterioridad a la invasión de Nanking, el ejército nipón había sometido a sus propios soldados a humillaciones sin fin. Los soldados japoneses eran obligados a lavar la ropa interior de los oficiales o a soportar dócilmente que sus superiores los abofetearan repetidamente hasta que la sangre les manaba a chorros.^[574] Echando mano de una terminología de tipo orwelliano, los oficiales llamaban «acto de amor»^[575] a las palizas rutinarias [*bentatsu*] que propinaban a sus soldados, y la violenta disciplina que la armada japonesa imponía mediante el *tekken seisai*, o «puño de hierro», a menudo era referida como *ai-no-muchi*, o «látigo de amor».

A menudo se dice que los que menos poder tienen son con frecuencia los más sádicos cuando se ven en posición de decidir sobre la vida y la muerte de aquellos que vienen a ocupar un lugar aún más bajo en la jerarquía. La rabia acumulada por el rígido orden jerárquico del ejército nipón fue de pronto liberada cuando los soldados salieron al exterior. En tierras extranjeras o en territorios colonizados, los soldados japoneses —representantes del emperador— disfrutaban de un poder tremendo sobre la población. En China, hasta el último recluta japonés era considerado superior al nativo más poderoso y distinguido, y es fácil ver cómo años de rabia reprimida, odio y miedo a la autoridad pudieron haber estallado en forma de violencia incontrolada en Nanking. El soldado japonés había sufrido en silencio cualquier cosa que sus superiores hubieran deseado imponerle, y ahora el chino tenía que soportar la arbitrariedad del soldado japonés.

Un segundo factor que jugó un papel en las atrocidades, según los expertos, es el desprecio virulento que muchos elementos del ejército japonés sentían por el pueblo chino —un desprecio cultivado por décadas de propaganda, educación y adoctrinamiento social—. Por mucho que japoneses y chinos comparten similares —cuando no idénticos— rasgos raciales (algo que, de una forma retorcida, pudo haber amenazado la visión del japonés como un pueblo único), en el ejército imperial había quienes veían a los chinos como seres infrahumanos, y asesinarlos no les planteaba un dilema moral mayor que aplastar un insecto o matar un puerco. De hecho, tanto antes como durante la guerra miembros del ejército japonés, sin importar el rango, con frecuencia comparaban a los chinos con cerdos. Por ejemplo, un general japonés le dijo a un corresponsal: «Para ser sinceros, su visión de los chinos

es totalmente diferente de la mía. Usted ve a los chinos como seres humanos, mientras que para mí son cerdos».^[576] En Nanking, un oficial japonés que había atado a prisioneros chinos en grupos de diez, empujado a cada grupo a una fosa y que a continuación los había quemado vivos, explicaba que al hacerlo había sentido exactamente lo mismo que cuando mataba cerdos.^[577] En 1938 el soldado japonés Azuma Shiro confesó en su diario de Nanking que «en este momento un cerdo vale más que la vida de un ser humano [chino]. Porque un cerdo es comestible».^[578]

Un tercer factor era la religión. Al imbuir un sentido sagrado en la violencia, el ejército imperial de Japón hizo de esta un imperativo cultural tan poderoso como el que impulsó a los europeos durante las Cruzadas y la Inquisición española. «Cada bala debe ir cargada con el Camino Imperial, y en la punta de cada bayoneta debe ir grabada con fuego la Virtud Nacional», declaró un general japonés en un discurso en 1933.

Pocos japoneses dudaban de la rectitud de su misión en China. Nagatomi Hakudo, un antiguo soldado japonés que participó en la Violación de Nanking, dijo que le habían educado en la creencia de que el emperador era el líder natural del mundo, que los japoneses eran racialmente superiores al resto y que era el destino de Japón controlar Asia. Cuando un sacerdote cristiano local le preguntó: «¿Quién es más grande, Dios o el emperador de Japón?», no tuvo ninguna duda de que «el emperador» era la respuesta correcta.

Con una entidad más grande que Dios de su lado, al ejército japonés no le resultaba difícil dar el siguiente paso, en la creencia de que la guerra, incluso con la violencia que llevaba aparejada, en último término beneficiaría no solo a Japón, sino también a sus víctimas. Algunos percibían la atrocidad como una herramienta necesaria para lograr una victoria japonesa que sirviera a todos, y que contribuyera a crear una China mejor bajo la órbita japonesa (cuyo título de presentación era «Gran Espacio de Coprosperidad del Extremo Oriente»). Era una actitud que sintonizaba con la de los profesores y oficiales nipones, que apaleaban a sus alumnos y soldados hasta dejarlos inconscientes mientras insistían, entre golpe y golpe, que todo lo hacían por su bien.

Quizá fuera el general Matsui Iwane quien mejor resumió esa mentalidad dominante de autoengaño, cuando trató de justificar la opresión japonesa de China. Antes de marcharse a Shanghái en 1937, les dijo a sus partidarios: «Marcho al frente no a combatir a un enemigo, sino en el estado mental que tiene uno cuando se propone apaciguar a su hermano».^[581] Más tarde, refiriéndose a la invasión de China, diría:

La lucha entre Japón y China siempre fue un combate entre hermanos dentro de la «Familia Asiática». [...] Había sido mi convencimiento durante todos estos días que debíamos considerar esta lucha como un método para llevar a los chinos a que hagan un ejercicio de introspección. No hacemos esto porque los odiemos, sino al contrario: lo hacemos porque *los queremos demasiado*. Es lo mismo que pasa en una familia cuando un hermano mayor ha soportado hasta el límite las fechorías de su hermano pequeño y debe imponerle un castigo para que se corrija. [582]

Cualquiera que sea el curso que tome la historia de posguerra, la Violación de Nanking seguirá siendo una mancha en el honor de los seres humanos. Pero lo que hace que la mancha sea particularmente repugnante es que la historia no ha llegado nunca a escribir un verdadero final a la historia de aquel suceso. Todavía en 1997, los japoneses como nación siguen tratando de enterrar a las víctimas de Nanking; ya no bajo tierra, como en 1937, sino bajo el olvido histórico. En lo que constituye una vergonzosa exacerbación de la ofensa, la historia de la masacre de Nanking apenas es conocida en Occidente, por el simple hecho de que muy poca gente ha tratado de documentarla y relatarla de manera sistemática para el gran público.

Este libro empezó como un intento de rescatar a todas aquellas víctimas de una mayor degradación a manos de revisionistas japoneses, y para aportar mi propio epitafio a los cientos de miles de tumbas sin nombre que hay en Nanking. Y terminó como una exploración personal del lado oscuro de la naturaleza humana. Hay varias lecciones importantes que aprender de Nanking, y una de ellas es que la civilización misma es delgada como el papel de seda. Están aquellos que creen que los japoneses son particularmente siniestros —una raza peligrosa de gente que nunca cambiará—. Pero después de leer archivos enteros de documentos sobre los crímenes de guerra japoneses, así como otros relatos de antiguas atrocidades del panteón de la historia universal, he llegado más bien a la conclusión de que la conducta de Japón durante la Segunda Guerra Mundial fue menos el producto de un pueblo peligroso que de un gobierno peligroso, en una cultura vulnerable, en una época peligrosa, donde se podían vender peligrosas rationalizaciones a aquellos cuyos instintos humanos les decían otra cosa. La Violación de Nanking debería ser percibida como una advertencia: una ilustración de cuán fácilmente se puede animar a los seres humanos a que permitan que sus adolescentes sean moldeados para convertirse en eficientes máquinas de matar, capaces de suprimir lo mejor de su naturaleza.

Otra lección que se puede extraer de Nanking tiene que ver con el papel que juega el poder en el genocidio. Los que han estudiado las pautas de las matanzas a gran escala a lo largo de la historia han observado que la pura concentración de poder en el gobierno es letal: solo un sentido del poder

absoluto y que no responde ante nadie puede hacer realidad atrocidades como la Violación de Nanking. En la década de 1990 R. J. Rummel, quizá la máxima autoridad mundial en materia de *democidio* (término acuñado por él mismo para referirse tanto al genocidio como al asesinato de masas perpetrado por un gobierno), llevó a cabo un estudio sistemático y cuantitativo de atrocidades, tanto del siglo XX como de tiempos remotos, que constituye un impresionante corpus de investigación que él resumió jugando con el conocido aforismo de lord Acton: «El poder mata, y el poder absoluto mata absolutamente». Rummel llegó a la conclusión de que cuanto menos restringido esté el poder de un gobierno, mayor probabilidad habrá de que ese gobierno actúe arbitrariamente, llevado por impulsos provenientes de la psicología oscura de sus líderes, para hacer la guerra contra gobiernos foráneos.^[583] Japón no fue una excepción en este sentido. Atrocidades como la Violación de Nanking pueden verse como un brote predecible, aunque no inevitable, resultado de ceder a un régimen autoritario, dominado por una élite militar e imperial, el poder total y exclusivo de someter a todo un pueblo para la consecución de las metas enfermizas de unos cuantos tiranos todopoderosos.

Y hay también una tercera lección que aprender, que es quizás la más alarmante. Se trata de la aterradora facilidad con que la mente puede aceptar el genocidio, convirtiéndonos a todos en espectadores pasivos de lo impensable. La Violación de Nanking fue una noticia de primera página en el mundo entero, pero el mundo miró impasible y sin hacer prácticamente nada mientras una ciudad entera era convertida en una carnicería. Lo inquietante es que la respuesta internacional ante las atrocidades de Nanking fue muy parecida a las reacciones más recientes ante las atrocidades en Bosnia-Herzegovina y Ruanda: mientras miles sufrían una muerte cruel hasta lo inconcebible, el mundo entero miraba la CNN y se retorcía las manos. Se podría argumentar que si Estados Unidos y otros países no intervinieron antes para impedir a los nazis llevar a cabo su «solución final», fue porque el genocidio se produjo en secreto y en tiempo de guerra, y con una eficiencia tan fría que, hasta que los soldados aliados no liberaron los campos y vieron con sus propios ojos la dimensión del horror, la mayor parte de la gente no podía aceptar que los informes que habían estado recibiendo eran literalmente ciertos. Pero en el caso de la Violación de Nanking, o en el de los asesinatos en la antigua Yugoslavia, esa excusa no vale. Las atrocidades de Nanking ocuparon espacios prominentes en las páginas de periódicos como *The New York Times*, mientras que las atrocidades de Bosnia salieron todos los días en

televisión, en prácticamente cada sala de estar. Al parecer hay alguna rareza en la naturaleza humana que hace que hasta los actos más indeciblemente malvados se conviertan en banales en cuestión de minutos, con tal de que sucedan lo suficientemente lejos como para que no representen una amenaza personal.

El mundo, es triste decirlo, sigue actuando como un espectador pasivo ante esta segunda violación nipona, a saber: la negativa de los japoneses a reconocer siquiera sus crímenes en Nanking (no hablamos ya de pedir perdón por ellos), y los intentos de extremistas japoneses de borrar el suceso de la historia del mundo. Para hacerse una mejor idea de la magnitud de la injusticia, uno solo tiene que comparar la restitución de posguerra que los gobiernos de Japón y Alemania han hecho a sus víctimas de antaño. Aunque es cierto que el dinero no puede devolver la vida a los asesinados ni borrar de la memoria las torturas que los supervivientes sufrieron, al menos puede transmitir la idea de que lo que se les hizo a las víctimas representaba la maldad de otros.

A fecha de 1997, el gobierno alemán ha pagado al menos 88.000 millones de marcos en concepto de reparaciones y compensaciones, y habrá pagado otros 20.000 millones para el año 2005.^[584] Si uno cuenta todo el dinero que los alemanes han pagado como compensación a víctimas individuales, restitución por propiedad perdida, pensiones compensatorias, pagos con base en regulaciones estatales, restituciones finales en casos especiales y dinero en base a acuerdos globales con Israel y otros dieciséis países por daños de guerra, el total alcanza casi los 124.000 millones de marcos alemanes, es decir, casi 60.000 millones de dólares estadounidenses. Los japoneses, en cambio, no han pagado prácticamente nada por los crímenes que perpetraron durante la guerra. En un tiempo en que hasta los suizos se han comprometido a aportar miles de millones de dólares a un fondo para restituir lo que fue robado de las cuentas bancarias de propiedad judía, muchos mandatarios japoneses siguen creyendo (o simulando creer) que su país no hizo nada que exija compensación alguna, ni tan siquiera una disculpa: hasta el punto de defender que muchas de las peores fechorías de que se acusa al gobierno de entonces nunca ocurrieron, y que las pruebas en contrario fueron fabricadas por los chinos y otros amigos de denigrar a Japón.

La postura del gobierno japonés es que todas las cuestiones relacionadas con las reparaciones de guerra quedaron resueltas en virtud del Tratado de Paz de San Francisco de 1952. Sin embargo, si leemos detenidamente aquel tratado, veremos que el asunto fue meramente pospuesto hasta que Japón

estuviera en una situación financiera más saneada. «Se reconoce que Japón debería pagar reparaciones a las potencias aliadas —estipula el tratado en el capítulo 5, artículo 14—. Sin embargo, también se reconoce que los recursos de Japón no son actualmente suficientes, si ha de mantener una economía viable, para asumir completamente las reparaciones por todos los daños y por el sufrimiento mencionados, y al mismo tiempo hacer frente al resto de sus obligaciones».

Una de las mayores ironías de la Guerra Fría es que Japón no solo eludió su responsabilidad de pagar reparaciones, sino que recibió miles de millones de dólares en ayudas por parte de Estados Unidos, el cual contribuyó a hacer de su antiguo enemigo una potencia económica y un competidor. Ahora existe en Asia una preocupación considerable ante la perspectiva de un renovado militarismo entre el pueblo japonés. Durante los gobiernos de Reagan Estados Unidos presionó a Japón para que acrecentara su poder militar —algo que alarmó a muchos, que habían sufrido años de agresión nipona durante la guerra—. «Aquellos que ignoran la historia tienden a convertirse en sus víctimas^[585] —advirtió Carlos Rómulo, ministro de exteriores filipino y premio Pulitzer, que fue el ayuda de campo de MacArthur durante la Segunda Guerra Mundial y que comprendía el espíritu nacional competitivo engendrado por la cultura japonesa—. Los japoneses son un pueblo con mucha determinación; tienen cerebro. Al final de la Segunda Guerra Mundial nadie pensó que Japón se convertiría en la formidable potencia económica mundial que es hoy —pero lo consiguió—. Si se les da la oportunidad de convertirse en una potencia militar, se convertirán en una potencia militar».

Pero la Guerra Fría ha terminado, China está emergiendo rápidamente de la crisálida del comunismo, y otras naciones asiáticas que fueron pisoteadas por Japón durante la guerra pueden desafiarlo a medida que van creciendo en la arena económica internacional. Los próximos años bien podrían presenciar grandes progresos en el activismo en torno a la cuestión de los crímenes de guerra japoneses. La población norteamericana, desde el punto de vista demográfico, va siendo cada vez más asiática. Y a diferencia de sus padres, cuyas carreras estaban muy concentradas en los ámbitos científicos, las generaciones más jóvenes de chinos americanos y de chinos canadienses están ganando una rápida influencia en el derecho, la política y el periodismo —unas profesiones en las que históricamente los asiáticos de Norteamérica estaban infrarrepresentados—.

El conocimiento público de la masacre de Nanking ha aumentado sustancialmente desde cuando empecé mi investigación para este libro. En la

década de 1990 ha habido una proliferación de novelas, libros de historia y artículos de prensa sobre la Violación de Nanking, las mujeres de consuelo, los experimentos médicos japoneses con víctimas de la guerra y otras atrocidades que perpetró Japón durante la Segunda Guerra Mundial. Si hablamos de 1997, el distrito escolar [administración educativa] de San Francisco tiene previsto incluir la historia de la Violación de Nanking en su currículo, e incluso hay unos promotores inmobiliarios chinos que han esbozado proyectos para construir un museo del holocausto chino.

Cuando este libro llegaba a su fin, el gobierno estadounidense comenzaba a responder a las demandas de los activistas de que presionara a Japón para que este confronte su pasado bélico. El 3 de diciembre de 1996, el Departamento de Justicia norteamericano estableció una lista de vigilancia de criminales de guerra japoneses, con el fin de prohibirles la entrada en el país. En abril de 1997, el exembajador de Estados Unidos Walter Mondale le dijo a la prensa que Japón necesita afrontar la historia honesta y directamente, y expresó su deseo de que Japón ofrezca una disculpa completa por sus crímenes de guerra.^[586] La Violación de Nanking ha llegado al Congreso de Estados Unidos, en forma de una ley que está previsto que se adopte próximamente.^[587] Durante la primavera de 1997, los legisladores trabajaron con activistas de derechos humanos en un proyecto de ley que condene a Japón por el maltrato infligido a prisioneros estadounidenses y de otras nacionalidades durante la Segunda Guerra Mundial, y que le exija una disculpa oficial y una compensación para sus víctimas de la guerra.

El movimiento para obligar al gobierno japonés a afrontar toda la verdad sobre el legado de su gobierno de guerra está ganando apoyos incluso en Japón, donde las negaciones oficiales de las atrocidades de entonces han ocasionado un considerable grado de bochorno y vergüenza entre aquellos ciudadanos que se ven a sí mismos como algo más, aparte de solo japoneses. Hay una minoría que hace oír su voz y que está convencida de que su gobierno debe reconocer su pasado, si es que espera que sus vecinos se fíen de él en el futuro. En 1997 la Asociación Japonesa de Reconciliación hizo público el siguiente comunicado:

En la pasada guerra Japón fue arrogante y pomposo, se comportó como agresor en otros países de Asia y trajo miseria a un gran número de personas, especialmente en China. Durante quince años en torno a la década de 1930, Japón continuó haciendo la guerra contra los chinos. Los actos de guerra continuaron, convirtiendo en víctimas a decenas de millones de personas. Queremos aquí pedir sinceramente disculpas por los pasados errores de Japón y suplicar vuestro perdón.^[588]

La presente generación de japoneses ha de afrontar una elección crítica. Pueden continuar engañándose a sí mismos y seguir pensando que la guerra de agresión japonesa fue una guerra justa y sagrada que Japón perdió únicamente por culpa del poderío económico norteamericano; o pueden hacer tabla rasa con el legado de horror de su nación y reconocer la verdad, a saber, que el mundo es hoy un lugar mejor gracias a que Japón perdió la guerra y no fue capaz de imponer su severo «amor» a más gente. Si los japoneses modernos no hacen nada para proteger la verdad, corren el riesgo de que la historia los deje tan manchados como a sus ancestros de aquella época.

Japón no tiene únicamente la responsabilidad legal de reconocer el mal que perpetró en Nanking, sino que tiene también la obligación moral de hacerlo. Como mínimo, el gobierno japonés debe presentar una disculpa oficial a las víctimas, pagar reparaciones a la gente cuyas vidas destrozó y, lo más importante, educar a las futuras generaciones de ciudadanos japoneses desde la verdad, instruyéndoles sobre los hechos de la masacre. Estas medidas, que deberían haberse tomado mucho antes, son cruciales para Japón, si es que el país espera merecerse el respeto de la comunidad internacional. Y lo son también para cerrar por fin un capítulo oscuro que ha manchado su historia.

Epílogo a la edición de 2011

Por Brett Douglas,
23 de septiembre de 2011

Cuando conocí a mi esposa, Iris Chang, era una chica hermosa, brillante y encantadora, que estaba llena de vida. No me habría sorprendido si alguien me hubiera dicho que algún día escribiría un libro que alcanzaría un récord de ventas y sería traducido a quince idiomas. Lo que me sorprende es estar escribiendo un epílogo a *La Violación de Nanking* un día como hoy, siete años después de su muerte. Con la energía, pasión e ímpetu que mostraba con treinta años, yo pensaba que lo normal sería que siguiera escribiendo grandes libros hasta que tuviera ochenta o noventa y tantos años.

Cuando nos conocimos, ninguno de los dos sabía demasiado de citas amorosas, pero ambos teníamos la certeza de que éramos una pareja perfecta. Tuvimos la infinita suerte de pasar dieciséis años muy felices juntos. Mientras escribo esto, se han publicado dos libros sobre la vida de Iris: *Finding Iris Chang* [Tras los pasos de Iris Chang], de Paula Kamen, y *The Woman who could not Forget* [La mujer que no podía olvidar], de su propia madre, Ying-Ying Chang. Ambos son buenos libros, y animo a aquellos que quieran saber más sobre Iris a que los lean. La vida de Iris terminó demasiado pronto y, debido a que era una persona reservada, gran parte de su vida y muerte se ha visto envuelta en un cierto misterio. Agradezco a Basic Books que me haya dado la oportunidad de llenar algunos de los huecos, disipar algo del misterio asociado a la vida de Iris y contribuir a que su legado y el de su libro puedan perdurar.

The Woman who could not Forget, de Ying-Ying Chang, ofrece una descripción detallada de lo que fue la vida de Iris, y no tengo intención alguna de intentar completar o mejorar aquel libro. En lugar de ello, trataré de

centrarme en unos pocos factores clave, que a mi juicio la condujeron al éxito. Sus padres fueron ambos doctores en Harvard que pasaron sus carreras haciendo investigación científica. Por lo tanto, Iris aprendió el valor del logro intelectual a una edad muy temprana. En su primera juventud pasó miles de horas en la biblioteca de la Universidad de Illinois y en otras bibliotecas locales aprendiendo a leer y procesar información rápidamente. Iris compiló una lista exhaustiva de todos los libros ganadores del Nobel y del Pulitzer, así como de todas las películas ganadoras del Óscar, que a continuación leyó y vio. Sus días libres consistían en trabajar metódicamente con estos libros y filmes.

Iris asistió al Instituto Universitario de la Universidad de Illinois, una pequeña olla a presión académica poblada sobre todo por hijos de profesores con mucha motivación que han aprobado un riguroso examen de ingreso. El instituto ha producido varios premios Nobel, así como muchos otros graduados que ulteriormente lograron éxitos extraordinarios. En 1985, Iris fue una de las pocas mujeres que lograron entrar en el competitivo programa de informática y matemáticas de la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign. Estaba encaminada a graduarse en poco más de tres años, pero pocas horas antes de obtener el título decidió cambiar su asignatura principal a periodismo. En aquella época era bastante raro que una chica estudiara matemáticas e informática, era raro que alguien terminara el programa tan rápido, y era extremadamente raro que alguien que había completado el programa tan fácilmente cambiara de asignatura justo al final.

La mayoría esperaría que alguien que ha cambiado de asignatura después de casi tres años esté bastante por detrás de sus compañeros, pero Iris pronto marcó la diferencia y ganó becas en *Newsweek*, la Associated Press y el *Chicago Tribune*. En el *Tribune*, descubrió que su pasión verdadera era escribir artículos de fondo y reportajes, así que envió una solicitud y fue admitida en el prestigioso programa Writing Seminars de la Johns Hopkins University. Con solo veintidós años, en aquel programa conoció a quien sería su editora y luego agente, Susan Rabiner. Susan le propuso un tema e Iris empezó a investigar para su primer libro, *The Thread of the Silkworm* [El hilo del gusano de seda].

Cuando Iris se graduó por la Johns Hopkins, se mudó a Santa Bárbara (California), para vivir conmigo. Siempre estuvo interesada en el cine, así que llevó una cartera con muestras de fotografías a una agencia de cazatalentos y pronto fue seleccionada para bailar en un vídeo de MC Hammer. Sin embargo, Iris tenía una propuesta de beca de la fundación MacArthur que

expiraba al día siguiente, así que declinó la oferta. Pensamos que era probablemente la primera vez que alguien rechazaba a MC Hammer y a su productora por una razón así. Iris tomó la decisión correcta. Ganó la beca de la fundación MacArthur.

Más tarde Iris ganaría una beca de una fundación de ciencias naturales para continuar su investigación sobre «El hilo del gusano de seda». Lo realmente sorprendente era que Iris nunca había sacado ningún título de ciencias y no tenía ninguna afiliación formal con universidad o instituto de investigación alguno.

A parte de su belleza, su inteligencia y su formación, había otros dos factores que contribuyeron grandemente al éxito de Iris. Nunca tuvo reparos en pedir ayuda o consejo a alguien, sin importar lo famoso que pudiera ser, y siempre estaba tratando de mejorar. Por ejemplo, en 1991 estaba muy nerviosa ante la perspectiva de ofrecer una pequeña recepción y un brindis ante 200 personas con motivo de nuestra boda. Pero se puso a trabajar concienzudamente en materia de hablar en público, de manera que para cuando se publicó *La violación de Nanking*, en 1997, era capaz de mantener la atención de 200 personas durante una hora o más mientras hablaba de su investigación y sus libros.

Durante los primeros diez años de nuestra relación fue un verdadero placer ver a Iris construirse a sí misma, desde la persona a ratos tímida e introvertida que era al principio, hasta la «súper-Iris», la famosa autora e historiadora capaz de escribir libros superventas, mantener a las audiencias embelesadas con sus discursos y ganar debates en la televisión nacional. Mucho más triste fue ver cómo «súper-Iris» sucumbía rápidamente a la enfermedad mental durante el verano de 2004.

Sigue habiendo toda una serie de mitos y malentendidos sobre la vida y la carrera de Iris Chang. Hasta yo mismo tengo aún algunas preguntas sin respuesta. Sin embargo, puedo ofrecer información que creo que aportará claridad a los lectores de este libro. El primer malentendido tiene que ver con si hubo un «momento Eureka». A finales de 1994 Iris asistió a una conferencia en Cupertino (California), donde vio fotos de la Violación de Nanking. Existe el mito extendido de que Iris vio las fotos y decidió allí y en aquel instante que tenía que escribir un libro sobre la atrocidad. Es una historia bonita, pero es exactamente lo contrario de la manera en que ella trabajaba. Iris mantenía con mucha meticulosidad una carpeta de ideas para libros, que fue creciendo hasta llegar a los 400 proyectos potenciales en 2004. Siendo niña, había oído historias sobre la Violación de Nanking de boca de

sus padres y abuelos. En octubre de 1998, poco después de empezar a salir conmigo, me habló de su deseo de escribir un libro sobre la masacre de Nanking. Tan pronto como terminó el manuscrito final de su primer libro, *The Thread of the Silkworm*, decidió que el asalto japonés en Nanking era el tema más prometedor para su segundo libro, así que empezó a investigar sobre el tema. Un mes después, en otoño de 1994, asistió a la conferencia de Cupertino, donde conoció al grupo de activistas que lo patrocinaron. Vio muchas fotografías de víctimas, y entabló relación con muchas personas que más tarde se revelarían extremadamente útiles en su investigación. Sin embargo, de alguna manera caló la idea de que al ver las fotografías en la conferencia le vino la inspiración para escribir el libro, y ese mito no ha parado de crecer. Iris no tomó nunca una decisión así, impulsiva, con respecto a su carrera. Escribir *La Violación de Nanking* era algo que llevaba planeando durante años, y ya estaba investigando para el libro cuando fue a la conferencia.

Otro mito es el de que el tema de la Violación de Nanking y la Marcha de la Muerte de Bataán la llevaron al colapso y a la muerte. Iris terminó *La Violación de Nanking* a principios de 1997, pero no manifestó ningún síntoma real de enfermedad mental hasta 2004. Mientras investigaba sobre la Violación de Nanking y sobre la Marcha de la Muerte de Bataán leyó enormes cantidades de información. Casi todos los días me informaba de sus progresos, y también discutía el material con sus padres y un puñado de amigos cercanos. Mi impresión era que, lejos de incomodarla, ver las fotos y leer el material la motivaban y la llevaban a hacer todo cuanto estuviera en su mano para contar las historias. Expresaba su tristeza por el hecho de que la gente de Nanking que tanto sufrió en 1937 y 1938 estuviera todavía viviendo en la pobreza extrema sesenta años después. Estableció un vínculo cercano con muchos veteranos de la Marcha de la Muerte de Bataán, que sufrieron a manos de los japoneses entre 1942 y 1945. Muchos de aquellos veteranos de Bataán eran chicos de pueblo del Medio Oeste norteamericano, como yo mismo y muchos de sus amigos de infancia, de forma que ella se identificaba íntimamente con ellos. La mayoría tenía ya más de ochenta años por aquel entonces, y en 2004 muchos habían muerto o padecían enfermedades terminales. La única vez que vi a Iris llorar por un tema relacionado con el trabajo fue cuando se enteró de la muerte de uno de los veteranos de Bataán con el que había entablado amistad.

Luego está el mito según el cual las exigencias de ser una madre trabajadora contribuyeron a su enfermedad mental. Durante los dos años entre

el nacimiento de nuestro hijo y su caída en la enfermedad, tuvimos una niñera a tiempo completo para cuidar de Christopher, cocinar, limpiar, lavar la ropa y hacer la compra. Yo pasé mucho tiempo cuidando de Christopher, y tanto mis padres como los de Iris nos ayudaron con él. Realmente es difícil pensar en alguien con un mejor sistema de apoyo para el cuidado infantil y el trabajo doméstico que Iris.

Otro mito es el de que la CIA y el gobierno estadounidense fueron responsables de su enfermedad y muerte. La propia Iris estaba convencida de ello, porque fue detenida a la fuerza y confinada contra su voluntad en un centro psiquiátrico en Louisville. Fue una experiencia terrible para ella, y después de pasar varios días con muy poca comida y agua, y durmiendo mal, empezó a creer que el gobierno de Estados Unidos estaba detrás. Le confió esta creencia a algunas personas durante sus últimos tres meses de vida, pero yo nunca vi prueba alguna que la corroborara.

Por último, está el mito de que el gobierno japonés fue de alguna manera responsable final del suicidio de Iris. Las experiencias vitales de Iris le habían dado muchas razones para temer a los japoneses. Los padres de Iris y sus familias experimentaron la invasión japonesa y la ocupación de China entre 1937 y 1945, así que Iris creció oyendo las historias horribles sobre las atrocidades japonesas. Mientras investigaba para *La Violación de Nanking*, muchas de las personas con las que trabajó habían sufrido la invasión japonesa de China. Mientras estuvo de gira promoviendo sus libros, muchos antiguos soldados de Estados Unidos, así como gente de Corea, China, Taiwán, Vietnam, Tailandia, Malasia y Filipinas la buscaban para contarle sus horribles historias de la época de la ocupación, y para expresarle sus miedos sobre el gobierno japonés. La prensa y los activistas de Japón la atacaron verbalmente tanto como pudieron. Recibió un buen número de correos hostiles durante 1998 y 1999, años en los que promocionó activamente *La Violación de Nanking*. Durante ese tiempo, casi todo en la vida de Iris le daba razones para temer a los japoneses, y ese miedo se retroalimentaba. Sin embargo, los correos amenazantes fueron cesando, y pararon casi del todo después de que Iris pasara a centrarse en su siguiente libro, *The Chinese in America* [«Los chinos en Norteamérica»]. Durante los trece años que viví con Iris, nunca vi prueba alguna de que alguien de Japón amenazara su seguridad física o hiciera algo que pudiera contribuir a la enfermedad o al suicidio de Iris.

Muchos han especulado con la idea de que Iris estuviera ya mentalmente enferma con anterioridad a 2004. En parte esta percepción puede deberse a su

trayectoria, y en parte puede estar motivada por sus elecciones profesionales y su estilo de vida. Los padres de Iris sufrieron la invasión japonesa de China y la guerra civil entre las fuerzas comunistas de Mao y las nacionalistas de Chiang. Le contaron a Iris muchas de las horrendas historias que ellos habían escuchado a su vez, o habían visto. Durante su carrera de escritora, Iris investigó sobre el genocidio armenio, el ascenso de los nazis y la persecución de los judíos, las múltiples atrocidades de la Segunda Guerra Mundial, la guerra civil china, el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural. Durante los últimos cinco años de vida de Iris, el gobierno de Estados Unidos emprendió varias acciones que la perturbaron profundamente, sobre todo el ataque a Irak por parte del gobierno de Bush en 2003. El asalto y la masacre de los davidianos, el bombardeo por parte del gobierno de Clinton de múltiples países del Medio Oriente durante el escándalo de Monica Lewinsky, el «bombardeo humanitario» en Kosovo, la hostilidad hacia China de la administración Bush en 2001, la pérdida de privacidad y de libertades personales a resultas de la Ley Patriota, así como la detención indefinida y sin cargos de sospechosos de terrorismo. Iris veía estas cosas como una secuencia de cambios que llevaban a Estados Unidos más cerca de convertirse en una sociedad capaz de cometer atrocidades similares a las que ella había estudiado. A menudo entablaba largas discusiones con gente en torno a estos y similares asuntos, así como sobre las consecuencias potencialmente desastrosas que tendría la prolongación de las tendencias actuales. En público siempre se cuidaba de controlar bien sus emociones, pero en las conversaciones privadas, cuando discutía de un asunto que era importante para ella, con frecuencia daba rienda suelta a su emotividad. Alguien que hubiera discutido ocasionalmente en privado con Iris podría haber concluido que esto tenía que ver con una conducta maníaca. Por mi parte, pienso que se trataba del hecho de que le ponía pasión a una variedad de temas, y tenía la energía y el intelecto para defender con vehemencia su punto de vista. Yo no aprecié cambio alguno en ese aspecto de su conducta entre 1988 y 2004.

Iris era una persona más orientada a perseguir metas que a centrarse en las relaciones sociales, así que muchas veces estaba más concentrada en lograr sus propósitos que en atender a cómo la percibían los demás. Esto causó algunos problemas al principio de su carrera, cuando se esperaba de ella que diera las gracias a empleadores, colegas, editores, etc. Después de que se publicara *La violación de Nanking*, sin embargo, sabía que nunca tendría que volver a trabajar para nadie más, porque sus habilidades orales y escritas se demandarían. Muy poca gente experimenta ese tipo de libertad a la edad de

treinta años. Trabajar para una empresa u organización contribuye en gran medida al conformismo de la gente. Mientras que los trabajadores reciben casi continuamente evaluaciones por parte de sus supervisores y colegas, Iris, durante los últimos trece años de su vida, no tuvo nada de eso. Creo que lo que algunos pueden haber percibido como conducta inusual no era resultado de una enfermedad mental, sino el reflejo del hecho de que ella tuvo la gran suerte de comportarse como quería.

Las giras para promocionar sus libros la afectaron mucho. La analogía más próxima que puedo hacer con las giras literarias de Iris es la de las giras de una estrella de rock. La mayoría de las mañanas Iris se despertaba, iba directa al aeropuerto, volaba a una ciudad nueva, participaba en un evento, atendía a las partes y luego se volvía a su habitación de hotel a última hora de la noche. En los eventos, a menudo la gente le contaba sus horribles historias personales sobre lo que había sido de los prisioneros de guerra japoneses y de los civiles que vivían en áreas ocupadas por los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial. Iris repetiría con frecuencia la misma rutina durante muchos días seguidos. Esa fue la vida que vivió durante la mayor parte de 1998, la primera parte de 1999, seis semanas en 2003 y cinco semanas en 2004. La mayor parte de la gente que se reunió con ella durante los últimos siete años de su vida lo hizo cuando ella estaba viviendo este caótico estilo de vida.

Mucho se ha especulado sobre la causa de la crisis de Iris. Yo mismo ignoro cuál fue. Hay varios factores diferentes que podrían haber contribuido a ella. Es *posible* que tuviera una predisposición genética a la enfermedad mental. Al igual que Iris, una de sus parientes había tenido una carrera exitosa hasta que cumplió treinta y tantos años, cuando de forma abrupta se vino abajo y no volvió a trabajar nunca. Durante el primer minuto en que la conocí, me pareció una dama encantadora, pero pronto llevó la conversación a la gente que la odiaba y quería matarla. Estaba atormentada por los mismos pensamientos que asolarían a Iris durante sus últimos tres meses de vida.

Después de pasar un año y medio promocionando *La Violación de Nanking*, en el verano de 1999 Iris se tomó un respiro. Pretendía pasar tiempo en casa descansando y recuperándose, y tratamos de formar una familia. Durante los meses siguientes, Iris sufrió varios abortos espontáneos, lo que le provocó unas salvajes oscilaciones hormonales que, según supimos más tarde, pudieron acelerar un trastorno bipolar. Estaba más volátil y excitable que en cualquier otro momento anterior a 2004. Cualquiera que la viera por aquel

entonces —y que no entendiera su agotamiento por los viajes y las oscilaciones hormonales— podía llegar a la conclusión de que estaba mentalmente enferma.

Iris tenía además hábitos de trabajo inusuales. Pasó directamente de ser estudiante a ser escritora por cuenta propia, así que nunca vivió la rutina del «horario de nueve a cinco», que afecta a la mayoría de los norteamericanos. A lo largo de su carrera, pasó muchas noches en vela para cumplir unos plazos normalmente autoimpuestos. Iris usaba una agenda de tipo Franklin, que la ayudaba a concentrar en cada día tanta productividad como podía. Cuando recibía una solicitud para escribir una nota publicitaria para un libro de pronta publicación, siempre leía el libro de arriba abajo y después producía una reseña minuciosa, de escritura muy cuidada. En consecuencia, trabajaba por las noches hasta tarde, para evitar retrasos en sus propios proyectos. Estos hábitos de trabajo sin duda fueron añadiendo más estrés físico y mental a medida que Iris se adentraba en la década de los treinta años, y pueden haber contribuido a su enfermedad.

Iris tenía además otros problemas médicos, como trombofilia y tiroidismo, que aceleraron su metabolismo. Una vez me dijo que sus problemas de tiroides podían provocarle una enfermedad mental si no los trataba apropiadamente con medicinas. Cuando Iris tuvo su crisis, un médico me pidió que anotara todas las vitaminas y suplementos que estaba tomando, porque cualquier abuso de suplementos herbáceos sin regular es una causa frecuente de enfermedad mental. Cuando abrí el armario donde los guardaba, no pude creer lo que veían mis ojos. Junto con sus multivitaminas, encontré muchas botellas diferentes llenas de los siguientes ingredientes: corteza de *hymenaea courbaril*, corteza de lapacho rosado, corteza de *schinus molle*, hierba de *Peiveria alliacea* entera, hoja de *Cassia occidentalis*, corteza de uña de gato, hierba entera de camapú, hierba entera de *boerhaavia diffusa*, hierba entera de *Petiveria alliacea*, raíz de *Smilax*, hojas y tallo de camapú, hoja entera y tallo de *Petiveria alliacea*, hoja de *Mirabilis jalapa*, hoja de *Achyrocline satureoides*, hoja de *Urva usi*, corteza de jatoba, clorella, ajo, carragenina, L-metionina, L-cisteína, L-lisina hcl, atapulgita activada (arcilla), alginato de sodio, EDTA de calcio disódico, ácido alfa lipoico, betaína vanadilo, sulfato de colina, inositol, ácido paraaminobenzoico, rutina, limón bioflavonoides complejo, complejo de hesperidina, quercetina, extracto de cardo de leche, coenzima Q-10, L-glutatión, extracto de semilla de uva, L-carnitina, alcachofa en polvo, jugo de remolacha en polvo, extracto de ginkgo biloba, licopeno, sulfato de condroitina A, cilantro, metilsulfonilmetano,

taurina, L-prolina, extracto de Hawthorne Berry, extracto de té verde, Aphanizomenon, algas de agua dulce, acacia amilasa, glucoamilasa, lipasa, proteasa, invertasa, diastasa de malta, celulase, bromelina, lactasa, papaína, papaya verde, pectina de manzana, jengibre, cúrcuma, hinojo, fucus, nori, wakeme, menta, remolacha, pimientos habaneros, pimientos jalapeños, pimientos africanos, pimientos chinos, pimientos tailandeses, pimientos coreanos, pimientos japoneses, aceite de semilla de calabaza, bardana, hojas de melocotonero, manzanilla, jaborandi, hojas de salvia, alcohol desnaturalizado y salicilato de metilo, yodo de Kelp, alfalfa, fosfato dicálcico, ácido esteárico, estearato de magnesio y extracto de mirtilo.

Iris empezó a promocionar *La Violación de Nanking* a la edad de veintinueve años, y terminó con treinta y uno. Durante su gira, visitó al menos sesenta y cinco ciudades, muchas de ellas varias veces. A esa edad, parecía capaz de recuperarse del estrés de los viajes. Sin embargo, tenía treinta y cinco y treinta y seis años cuando se lanzó a la promoción de *The Chinese in America*. Si bien es cierto que su agenda de viajes era por entonces más corta, era aún más intensa, y había perdido la capacidad de recuperarse que tenía seis años atrás. La Iris Chang que se fue de gira para promocionar su libro en marzo de 2004 era una persona muy diferente a la Iris Chang que regresó cinco semanas más tarde.

Creo que el temor prolongado de Iris y su aprehensión por causa de los extremistas de derecha japoneses, su genética, sus múltiples abortos, sus incontables noches sin dormir, sus agotadoras giras literarias y sus suplementos herbáceos son todos ellos factores que pueden haber contribuido a la crisis que sufrió en Louisville en agosto de 2004. Paula Kamen escribió que una de las formas de enfermedad mental consiste en la incapacidad de controlar los propios miedos. Así es como escalaron los miedos de Iris:

Cuando nuestro hijo Christopher empezó a mostrar síntomas de autismo, ella descubrió que muchos pensaban que la culpa la tenían las vacunas. Indagó más en el tema, y supo que las vacunas y medicamentos que se les suministraron a los veteranos de la guerra del Golfo les provocaron una serie de enfermedades. Por la misma época fuimos a ver la versión de 2004 de *El candidato de Manchuria*, en la que el Gobierno empleaba tácticas de control mental sobre soldados de la guerra del Golfo. La película exacerbó su ansiedad. Pasó los días siguientes preparando un próximo viaje de trabajo a Louisville, donde debía encontrarse con el coronel Arthur Kelly y entrevistar a supervivientes de la Marcha de la Muerte de Bataán. En lugar de dormir, pasó las noches siguientes visitando páginas web sobre autismo, el síndrome

de la Guerra del Golfo y muchas teorías conspirativas. Cuando se marchó a Louisville, estábamos todos bastante preocupados por ella, pero pensamos que aquel viaje de investigación le permitiría centrarse en su trabajo y olvidarse de todas aquellas conspiraciones. Sin embargo, su mente empezó a jugarle malas pasadas por culpa de la falta de sueño. Creía que el gobierno estaba tratando de envenenarla, así que se negó a comer o beber nada desde el momento en que salió de casa. Su estado se deterioró rápidamente por culpa de la falta de comida, agua y sueño. Llamó a su madre en un estado terrible, y su madre contactó con el coronel Kelly. Cuando el coronel Kelly y su mujer, una enfermera retirada, vieron en qué estado se encontraba, llamaron a una ambulancia. Iris nunca había visto al coronel en persona; se había convencido a sí misma de que ambos eran parte de una conspiración para hacerle daño, así que trató de huir. La policía y el personal sanitario la obligaron a ir al hospital de Louisville para hacerse unos test exhaustivos. Ingresó en el área de psiquiatría, donde, según Iris, fue repetidamente amenazada por los camilleros. En aquel momento ya estaba firmemente convencida de que pretendían drogarla o envenenarla, así que de nuevo rechazó la comida y la bebida. Tampoco durmió durante el tiempo en que estuvo allí. Si Iris hubiera sufrido la crisis en casa, rodeada por la gente a la que quería y en la que confiaba, la situación no habría sido ni de lejos tan traumática para ella. En cambio, concluyó que las personas que había tratado de ayudarla en Louisville formaban todos parte de una conspiración del gobierno de Bush para hacerle daño. Durante sus últimos tres meses de vida no logramos en ningún momento hacer que se olvidara de esa convicción.

Después de que sus padres la trajeran a casa desde el hospital de Louisville, tuvimos problemas para encontrar a un buen psiquiatra que la tratara. Para empeorar el problema, la enfermedad mental de Iris no hacía de ella una paciente colaboradora. Y su experiencia previa al tratar de resolver nuestros problemas de fertilidad le había hecho perder la confianza en la mayoría de los médicos. Era un momento en el que necesitábamos desesperadamente dar con un buen psiquiatra. Aún más desesperadamente necesitábamos que Iris siguiera el tratamiento, pero en cambio se resistía en cada tramo del mismo.

Los padres de Iris y yo mismo pensábamos que sería una buena idea llevarla a un grupo de apoyo de personas bipolares, así que la llevaron a una reunión en la Universidad de Stanford. La gente que Iris encontró allí no estaba precisamente ganando la batalla contra el desorden bipolar. Casi ninguno trabajaba, y muchos tomaban cinco o seis tipos de medicación. Iris

los describió como zombis, y dijo que nunca dejaría que a ella la medicaran de esa forma. Poco después, su psiquiatra le diagnosticó formalmente un desorden de personalidad bipolar, lo que implicaba que, en lugar de con antidepresivos y antipsicóticos, sería tratada con medicinas para estabilizarle el ánimo. El riesgo de suicidio de los pacientes con problemas mentales es más alto durante los períodos de cambio en la medicación.

Tras la muerte de Iris, su madre hizo muchas indagaciones sobre las medicinas que le habían recetado, y descubrió que los asiáticos pueden ser más sensibles a muchos de los fármacos que se recetan habitualmente. Estos fármacos se han testado en muy pocos asiáticos, porque su proporción en la población de Estados Unidos es pequeña, y por esta razón las medicinas tienen más riesgo de producir efectos secundarios en los pacientes de origen asiático. Probablemente, en el caso de Iris ocurrió algo así. Al parecer las potentes medicinas antipsicóticas y para alterar el estado de ánimo que tomó le produjeron muchos efectos secundarios.

Dos días después del diagnóstico y del cambio en la medicación, su madre encontró en el bolso de Iris un folleto sobre un curso para aprender a disparar de la armería de Reed. Ese fue el primer indicio que tuvimos de que estaba pensando en comprar un arma. Cuando le preguntamos, nos dijo que creía que el gobierno de Estados Unidos estaba detrás de ella y que necesitaba un arma para protegerse. El encuentro con los pacientes bipolares hipermedicados, el diagnóstico formal de Iris de desorden de personalidad bipolar, el cambio en su medicación y los efectos secundarios resultantes fueron todos ellos factores que llevaron a Iris a un estado extremadamente inestable. Los padres de Iris, su psiquiatra y yo mismo tratamos de dar con gente que estuviera sobrellevando con éxito el trastorno bipolar, para que hablaran con Iris y la animaran, pero apenas teníamos tiempo.

Después de su experiencia en Louisville, Iris no salía de su convicción de que la administración de Bush quería hacerle daño. Tenía esperanzas de que John Kerry venciera a George Bush en las elecciones de noviembre de 2004, pero el 3 de noviembre se anunció la victoria de Bush. Pensar en cuatro años más de persecución fue demasiado para ella. La investigación policial después de su muerte concluyó que había comprado la primera pistola al día siguiente de conocerse el resultado de las elecciones.

El último factor que yo creo que llevó a Iris al suicidio es uno que nadie más ha mencionado: el orgullo. En su nota de suicidio escribió: «Es mucho mejor que me recordéis como fui —en mis años de apogeo de escritora

superventas—, y no como la ruina de mirada salvaje que volvió de Louisville».

A un nivel personal, Iris fue siempre sencilla y sin pretensiones. Condujo un modesto Geo Metro durante cinco años. Si alguien se pasaba por casa sin avisar, lo normal es que encontrara a Iris con gafas, sin maquillaje, con una camiseta y unos pantalones de chándal. Sin embargo, si tenía que aparecer en público, su peinado y su maquillaje eran siempre perfectos, se ponía lentes de contacto y un traje de vestir conservador, y siempre llevaba un discurso preparado y ensayado. Invertía una gran cantidad de tiempo y esfuerzo en construir y mantener su personaje público. No creo que estuviera en condiciones de mantenerlo después de sufrir la crisis.

Iris escribió tres libros en su corta vida. El primero, *The Thread of the Silkworm*, tenía un tema elegido por su editora en Basic Books, Susan Rabiner. El último, *The Chinese in America*, versaba sobre un tema escogido por su editorial, Viking Penguin. *La Violación de Nanking* fue el único libro elegido por la propia Iris. El único libro que quiso escribir desde una edad muy temprana se mantuvo durante varias semanas en la lista de los más vendidos y fue traducido a quince idiomas. Iris estaba en una posición en la que no le faltaban recursos financieros ni influencia en la industria editorial para escribir lo que quisiera durante el resto de su vida. No es fácil decir lo que habría sido capaz de lograr de haber continuado escribiendo durante otros cincuenta años.

Desde su fallecimiento, mucha gente ha dicho que Iris les ha inspirado para proseguir la tarea que ella se propuso. He guiado a personas en visitas a las colecciones de Iris Chang en los Archivos Hoover de la Universidad de Stanford, en la Universidad de California en Santa Bárbara y en la Universidad de Illinois. Esta es la única forma de apreciar en su totalidad la ingente cantidad de investigación original que hay detrás de cada uno de sus tres libros. Los Archivos Hoover contienen una lista de otros libros que Iris había planeado escribir. Animo a cualquiera que desee continuar su legado a que lleve a término uno de estos proyectos.

El sueño de Iris era que sus libros sirvieran para hacer películas y documentales. Muchos dicen haber hecho películas basándose en *La Violación de Nanking*; sin embargo, en el momento de escribir estas líneas ningún productor ha hecho un documental o película sobre ninguno de sus

tres libros. Iris no era una persona religiosa, pero si nos está viendo desde allí arriba, nada la haría más feliz que ver este sueño realizado.

Hay muchos héroes no reconocidos que sí están llevando adelante el trabajo de Iris Chang. Cuando nuestro hijo Christopher empezó a mostrar los primeros síntomas de autismo en el verano de 2004, no podía tener una madre mejor que la Iris Chang que investigó y escribió tres libros entre 1991 y 2002. Aquella Iris Chang habría hecho las indagaciones necesarias para dar con el mejor programa posible para ayudar a Christopher a desarrollar su potencial. Sin embargo, la Chang de 2004 ya estaba al borde del colapso mental. Cuando se suicidó, dejó a Christopher, un niño autista de dos años, huérfano. Varias mujeres se ofrecieron y parcialmente llenaron el vacío dejado por la muerte y enfermedad mental de su madre. Nuestra vecina, Sun-Mi Cabral, y su hermana, Sunny Park, cuidaron de Christopher como si fuera su propio hijo durante la mayor parte del año siguiente. La madre de Iris, Ying-Ying Chang, cocinó nutritivas cenas para él durante los dos años siguientes. Despues de que a Christopher le diagnosticaran autismo, mi novia, Jiebing Shui, dejó su trabajo, se mudó con nosotros, se convirtió en su madrastra y se dedicó a tiempo completo a las sesiones de terapia de Christopher. Su primera terapeuta de análisis conductual adaptativo, Hanna Almeda, hizo enormes progresos a la hora de conseguir que Christopher se comunicara verbalmente con otras personas. Sin embargo, después de que Jiebing Shui quedara ocupada con nuestro hijo recién nacido, y de que Hanna Almeda aceptara un puesto en las escuelas públicas de Palo alto, Christopher empezó a retroceder.

Fue entonces cuando mis padres, Ken y Luann Douglas, vendieron su casa de retiro y se mudaron a Normal (Illinois), para estar cerca de la Universidad del Estado de Illinois, porque esta alberga uno de los mejores programas de educación especial de Estados Unidos. Yo me mudé con mi familia desde San José (California), al mismo barrio. Mis padres han pasado sus años de jubilación dedicados a ofrecer a Christopher la posibilidad de desarrollar todo su potencial. Melissa Watson ha sido la terapeuta de análisis conductual adaptativo de Christopher desde 2007. Melissa ha hecho más para ayudar a Christopher a desarrollarse que ninguna otra persona. Muchas otras terapeutas también han trabajado con Christopher: Hannah Gomez, Monica Bozek, Tricia Ferguson, Susan Konkal, Sarah Conklen, Megan Watson, Grace Watson, Angela Watson, Rachael Wrage, Kristin Hunsburger, Bethany Ingram, Gavin Meador, así como muchos terapeutas en Easter Seals en Bloomington (Illinois), y muchos otros en The Autism Place en Normal (Illinois).

Iris fue una heroína por contar la historia de la gente que tanto sufrió en Nanking durante el invierno de 1937 y 1938. Es posible que haya sido una heroína trágica, porque la misma motivación extraordinaria que la impulsó a llegar tan lejos a los veintinueve años probablemente contribuyera a su colapso y muerte temprana a la edad de treinta y seis. Iris influyó en cientos de miles de personas con su escritura y mediante las giras de sus libros. Yo solo he conocido a una pequeña fracción de la gente que Iris conocía, y sigo aprendiendo cosas sobre ella siete años después de su muerte.

Agradecimientos

La escritura de *La Violación de Nanking* me ha hecho incurrir en deuda con muchas personas. Muchas organizaciones e individuos me han ayudado infinitamente en este proyecto desde su origen. Aunque es imposible reconocer a toda la gente que compartió su tiempo y experiencia conmigo durante estos años, muchos merecen una mención especial aquí.

Mis padres, los doctores Shau-Jin Chang y Ying-Ying Chang, fueron los primeros en hablarme de la Violación de Nanking y en enfatizar para mí su importancia histórica. Estoy profundamente conmovida por las horas incontables que han pasado leyendo el manuscrito aún esbozado, traduciéndome documentos clave y ofreciéndome un consejo impagable a lo largo de extensas discusiones por teléfono. Son el tipo de padres que la mayoría de los autores solo puede soñar con tener: sabios, apasionados e inspiradores. Nadie más que yo puede realmente entender lo que han significado para mí durante la escritura de este libro.

Mi editora, Susan Rabiner, también reconoció el significado histórico de este libro y me animó a escribirlo. Durante un periodo de semanas y meses, no solo sometió este manuscrito a un escrutinio línea por línea, sino que lo mejoró en gran medida con sus brillantes percepciones. Es un tiempo que ella me dedicó a pesar de sus intensas responsabilidades administrativas como directora editorial, y a pesar de las presiones personales que hubo de soportar poco antes de su salida de Basic Books. Hay pocos editores en el mundo del libro actual que posean como Susan Rabiner esa combinación de talento literario, conocimiento del arte de la no ficción seria y una preocupación genuina por el autor. El haber trabajado para ella de una forma tan intensa como lo hice no fue solo un placer, sino también un privilegio.

La Alianza Global para la Conservación de la Historia de la Segunda Guerra Mundial en Asia fue tremadamente generosa en la ayuda que me prestó durante mi investigación sobre la Violación de Nanking, poniendo a mi disposición fotografías, artículos e importantes contactos a lo largo y ancho

del mundo. Dentro de la Alianza, estoy especialmente en deuda con Ignatius y Josephine Ding, David y Cathy Tsang, Gilbert Chang, Eugene Wei, J. J. Cao y Kuo-hou Chang.

Aquellos que me ayudaron a traducir documentos importantes contribuyeron a darle cuerpo al texto. Para terminar un libro que explotaba fuentes materiales primarias en cuatro lenguas diferentes (inglés, chino, japonés y alemán), tuve que apoyarme en gran medida en la gentileza de amigos, colegas e incluso extraños. Mi amiga Barbara Masin, una brillante ejecutiva de altas tecnologías que habla con fluidez cinco idiomas, me dedicó de buen grado parte de su valioso tiempo para traducir numerosos informes diplomáticos alemanes y diarios al inglés. Satoko Sugiyama, en San Diego, se ofreció voluntario no solo para traducir diarios de guerra japoneses, sino también mi correspondencia con Shiro Azuma, un antiguo soldado japonés en Nanking.

Los historiadores Charles Burdick y Martha Begemann, de Hamburgo, me ayudaron a dar con los descendientes de John Rabe, el antiguo líder del Comité Internacional para la Zona de Seguridad de Nanking. Estoy en deuda con Ursula Reinhardt, la nieta de John Rabe, por darme descripciones detalladas de la vida de Rabe y copias de sus informes y diarios. Muchas gracias también a Jeff Heynen, del *Asahi Shimbun*, por haberme dado, por pura generosidad de corazón, sus excelentes traducciones de los documentos de Rabe.

Varios amigos me ayudaron a hacer que mi viaje de investigación a la costa este fuera un éxito. En Nueva York, Nancy Tong me prestó materiales relacionados con su excelente documental, *En el nombre del emperador*. Shao Tzuping y su familia me dieron gentilmente comida y alojamiento en Rye (Nueva York) —y hasta me prestaron su coche para hacer el trayecto hasta la biblioteca de la Yale Divinity School en New Haven—. Shen-Yen Lee (el antiguo editor del *Chinese American Forum*), su esposa, Winnie C. Lee, y la historiadora Marian Smith me proporcionaron de manera altruista transporte, alojamiento y apoyo emocional durante mi estancia en Washington. En los archivos nacionales, John Taylor me llevó hasta una increíble fuente de información sobre la masacre de Nanking, ayudándome a localizar informes militares y diplomáticos, comunicaciones interceptadas del Ministerio de asuntos exteriores japonés, grabaciones y transcripciones de la OSS [Oficina de Servicios Estratégicos], y pruebas documentales del Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente (IMTFE). En la biblioteca de la Yale Divinity School, las archivistas Joan Duffy y Martha Smalley fueron

increíblemente generosas al mostrarme las memorias de los misioneros, consistentes en diarios y fotografías de la masacre.

La Pacific Cultural Foundation pagó los gastos de mi viaje a Asia. En Nanking, Sun Zhaiwei, un profesor y vicerrector del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias Sociales de Jiangsu, y Duan Yueping, director asistente del Memorial Hall of the Victims of the Nanking Massacre by Japanese Invaders, compartieron conmigo una documentación china de incalculable valor sobre la Violación de Nanking, y me hicieron un *tour* exhaustivo por los lugares de ejecución en la ciudad. Los intérpretes Yang Xiaming y Wang Weixing trabajaron durante largas horas para ayudarme a traducir los documentos y transcripciones de las entrevistas con los supervivientes, grabadas en vídeo.

En la República de China, Lee En-han, del Instituto de Historia Moderna, hizo las gestiones para que me pudiera alojar en la Academia Sinica mientras continuaba con mi investigación sobre la masacre. Caroline Lin, periodista del *China Times*, me ofreció gentilmente sus contactos y documentos sobre la materia. Los veteranos Lin Baoding, Lin Rongkun, Cheng Junqing, Wang Wanyong y Liu Yongzhong me ofrecieron también un acceso sin precedentes a sus documentos.

Varios supervivientes de la masacre de Nanking revivieron el horror del pasado al relatarme sus historias. Entre otros, Niu Xianming, en Los Ángeles; Chen Deguai, Hou Zhanqing, Li Xouyin, Liu Fonghua, Niu Yongxing, Pang Kaiming, Tang Shunsan y Xia Shuqing, en Nanking; y Shang Zhaofu (Jeffrey Shang) y Zhu Chuanyu, en la República de China.

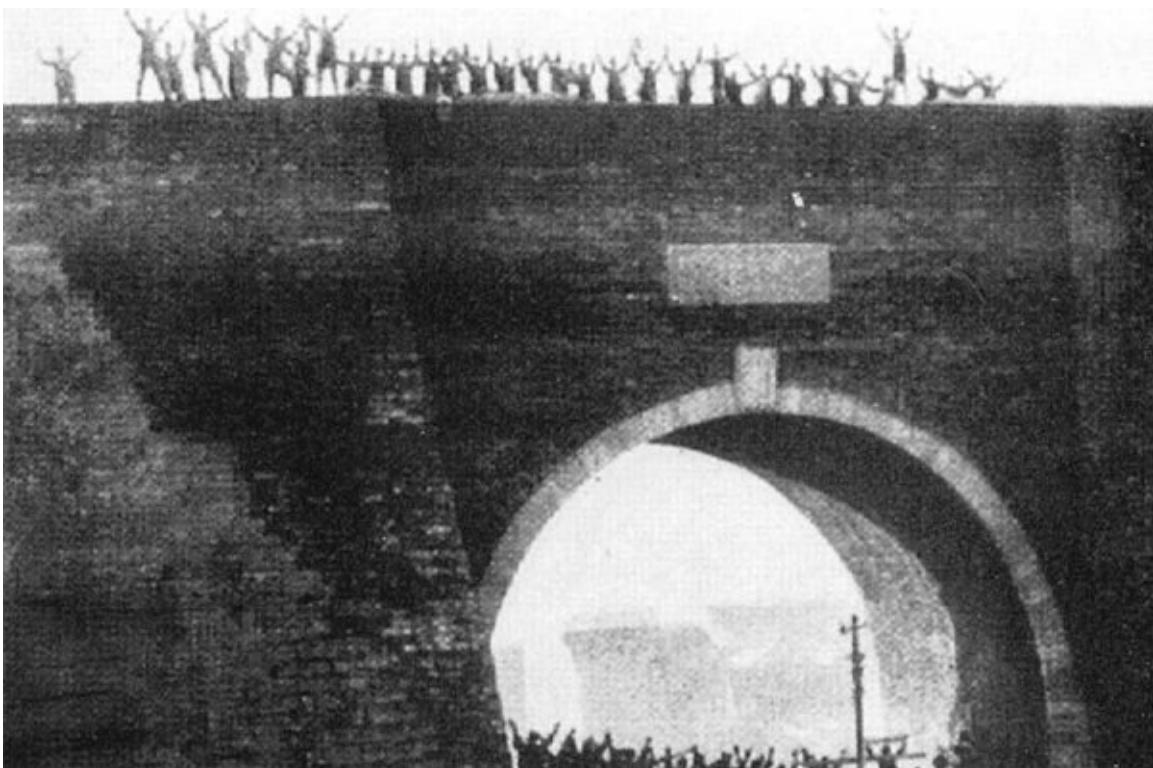
La mayor parte de los testigos oculares norteamericanos y europeos que sobrevivieron a la masacre, así como sus familias, fueron infatigablemente generosos con su tiempo e información, concediéndome entrevistas telefónicas, ofreciéndome fotografías, documentos e incluso películas de la masacre. Entre ellos, Robert y Morton Bates, Tanya Condon, Frank Tillman Durdin, Marion Fitch Exter, Robert Fitch, Marge Garrett, Peter Kröger, Emma Lyon, David Magee, Angie y Harriet Mills, Fred Riggs, Charles Sone, Leland Steward, Edith Fitch Swapp, Marjorie Wilson y Robert Wilson Jr.

Los doctores Rana Mitter y Christian Jessen-Klingenberg, de la Universidad de Oxford, Carol Gluck, de la Universidad de Columbia, y William Kirby, de la Universidad de Harvard, se tomaron el tiempo para revisar mi libro antes de su publicación y enriquecerlo con sus importantes sugerencias académicas.

En San Francisco, varios japoneses y asiáticos se citaron conmigo para intercambiar sus puntos de vista sobre la Violación de Nanking y la negación japonesa de las responsabilidades de la Segunda Guerra Mundial. Le agradezco a Haru Murakawa su ayuda a la hora de organizar aquel taller de trabajo el 30 de marzo de 1997, y a Citania Tam su generosidad a la hora de facilitarnos espacio de oficina para la reunión. Muchas gracias también a los participantes del taller, que incluyen a Akira Donuma, Keiko Ito, Kenji Oka, Ching Jeng, Sueko Kawamshi, Connie Yee, Hirokiu Yamaji, Noriko Yamaji y Yasuhiro Yamaji.

Otras personas que me ayudaron de manera significativa durante la escritura del libro fueron Simon Avenell, Marilyn Bolles, Frank Boring, Mark Cajigao, Julius Chang, Barbara Culliton, Jim Culp, Edward Dodds, Mark Eykholt, David Farnsworth, Robert Friedly, Richard Fumosa, Chris Goff, Paul Golob, Gilbert Hair, Hiro Inokuchi, Ron King, Petrus Liu, David McWhirter, Dale Maharidge, Karen Parker, Axel Schneider, John Sweeney, Shigehisa Terao, Marjorie Traverso, Ao Wang, Gail Winston, Wu Tien-wei, James Yin y Shi Young.

Finalmente, debo darle las gracias a mi marido, el doctor Bretton Lee Douglas, que soportó, sin queja ninguna, un relato tras otro, a cuál más horripilante, de las atrocidades japonesas en China. Su amor, sabiduría y ánimo me dieron la fuerza para terminar este libro.

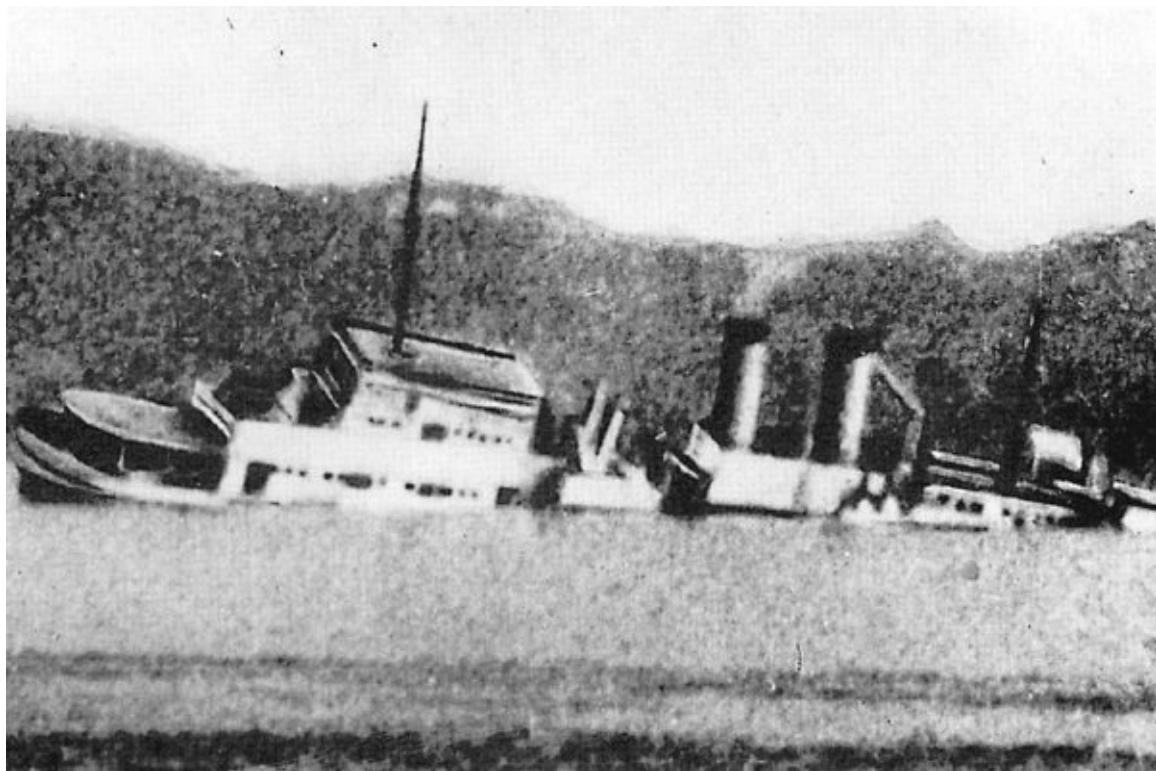


Nanking cayó ante los japoneses el 13 de diciembre de 1937. En la imagen, extáticos japoneses lo celebran con vítores en la muralla de la ciudad (la fotografía es cortesía de Pictorial History of Sino-Japanese War).



Tanques japoneses se abren paso a través de Nanking en la mañana del 13 de diciembre de 1937 (New York Times).

Tanques japoneses se abren paso a través de Nanking en la mañana del 13 de diciembre de 1937 (New China News Agency).



El 12 de diciembre, la armada japonesa bombardeó y hundió el *USS Panay*, un destructor estadounidense, en el río Yangtsé, cerca de la ciudad de Nanking, a pesar de que a bordo viajaban un gran número de diplomáticos, periodistas, hombres de negocios y refugiados de países occidentales (UPI/Corbis-Bettmann).



El general Matsui Iwane saluda a sus tropas victoriosas al entrar en la ciudad amurallada de Nanking
(UPI/Bettmann).



Un ejemplo de propaganda japonesa. Los japoneses pegaron esta imagen por todo Nanking: un póster que muestra a un amable soldado japonés con un bebé chino en brazos que reparte comida a sus agradecidos padres. Los carteles exhortaban a los ciudadanos: «¡Regresad a vuestros hogares! ¡Os daremos arroz para comer! Confiad en el ejército japonés: ¡Os podemos ayudar!». Muchos de estos carteles fueron hallados junto a casas donde se habían cometido atrocidades. Aviones del ejército japonés diseminaron también octavillas que prometían: «A todos los chinos decentes que vuelvan a sus casas se les proporcionará ropa y alimento. Japón desea ser un buen vecino para aquellos chinos que no

se dejen engañar por los monstruos que son los soldados de Chiang Kai-shek». Después de aquellas lluvias de octavillas, muchos ciudadanos de Nanking dejaron la Zona de Seguridad para regresar a sus hogares (Colección John Rabe, Biblioteca de la Yale Divinity School).



A medida que los japoneses se movían por China, se llevaron a miles de mujeres. Muchas de ellas fueron violadas en grupo u obligadas a ejercer la prostitución militar (Politburó del Comité Militar, Taipéi).



Los japoneses ataron las muñecas de los hombres jóvenes de la ciudad y metieron a muchos de ellos en camiones, donde fueron transportados a las afueras de Nanking para ser ejecutados en masa (Mainichi Shimbun).



16 de diciembre de 1937. Diecisiete oficiales de policía militar japoneses inspeccionan a una gran multitud de civiles chinos, los cuales están tan aterrorizados por los asesinatos en masa en la ciudad que ninguno se atreve a poner ninguna objeción al registro (Central News Agency, Taipéi).



El pie de foto original reza así: «Esta fotografía nos muestra a soldados japoneses haciendo prácticas de bayoneta en Nanking tras la captura de la capital china. Están utilizando a prisioneros chinos a modo de dianas. En el centro, un infeliz prisionero (o quizás deberíamos decir afortunado) acaba de recibir la estocada mortal. En primer plano, un chino atado está siendo “ligeramente” pinchado con la bayoneta para ponerlo en posición para el golpe de gracia. En cuanto a la autenticidad de la foto: fue enviada a *Look* por W. A. Farmer, de Hankow, que nos dice que la fotografía la tomó un soldado japonés. La película se envió a Shanghái para su revelado, y los empleados chinos de la tienda de propiedad japonesa hicieron copias extras y las distribuyeron de forma clandestina» (UPI/Bettmann).



Con los ojos vendados y apoyado en dos palos, este pobre hombre hizo de diana viviente para la práctica de sable de un oficial japonés. En la imagen, un soldado de infantería termina el trabajo con la bayoneta. Las estocadas continúan incluso después de la muerte de la víctima (Politburó del Comité Militar, Taipéi).



Cinco prisioneros chinos son enterrados vivos por sus captores japoneses en las afueras de Nanking tras la caída de la capital china. Esta es otra de las fotografías tomadas por un soldado japonés que W. A.

Farmer envió a la revista *Look* después de que los empleados de una tienda de fotografía china decidieran hacerlas públicas de forma clandestina, «haciendo algo natural: cumplieron el encargo del cliente, pero sacaron alguna copia de más» (UPI/Bettmann).



Las decapitaciones con espada eran populares en Nanking. Aquí la cámara capta el momento de la decapitación de una víctima (New China News Agency).



Las cabezas seccionadas de víctimas de Nanking (New China News Agency).



La cabeza de un soldado chino aparece colocada en una barricada con alambre de espino a las afueras de Nanking, con una colilla en la boca a modo de escarnio (Alianza para Preservar la Verdad sobre la Guerra Chino-Japonesa).



En Nanking los japoneses convirtieron el asesinato en un deporte. Adviértanse las sonrisas en los japoneses del fondo (Documentos Revolucionarios, Taipéi).

十四年二月二日

89 78

語行流の線戦 里何とあへ京南

嬉しや喜びの舞 南京で祝は

進軍の

【江蘇蘇州太倉にて】
日清海陸空軍機動部隊、
自らの手で敵の頭を落す。
その速さと強さが、敵の心を打つ。
この戦いは、まさに「里何とあへ京南」。
（音）（空）（音）（空）

勇壯！ 向井、野田兩少尉

百人斬り大接戦

マイクに聞く

百人斬り超記録

向井 106 — 105 野田

兩少尉さらに延長戦

【南京戦にて十二日午後、は本日が決戦日】
百六四百五十九人を殺す。十日間も戦ひた。
日本刀を片手に對戦した。

百人斬り競争の兩將校

百人斬り競争の兩將校

Los medios japoneses cubrieron ávidamente los concursos de matar del ejército cerca de Nanking. En uno de los más famosos, dos subtenientes japoneses, Mukai Toshiaki y Noda Takeshi, se enzarzaron en desenfrenadas decapitaciones por separado cerca de Nanking, para ver quién sería el primero en matar a cien hombres. El Japan Advertiser publicó su fotografía bajo el titular: «Se prorroga la competición para matar a 100 chinos con espada al exceder ambos contendientes la marca: Mukai logra 106 y Noda, 105» (Japan Advertiser).



Los cadáveres de los ciudadanos de Nankín fueron arrastrados a las orillas del Yangtsé y arrojados al río (Murase Moriyasu).



Montones de cuerpos sin vida esperan para ser inhumados en los muelles de Hsiakwan, el suburbio portuario al norte de Nanking (Murase Moriyasu).



Los soldados japoneses a veces obligaban a sus víctimas a posar en fotografías pornográficas, que luego conservaban a modo de «souvenirs de violación» (cortesía de la familia Fitch).



Los japoneses ataron a esta mujer joven a una silla para violarla repetidamente (New China News Agency).



Las mujeres de Nanking no solo fueron violadas, sino también torturadas y mutiladas (Modern China Publishing).



Los incendios provocados destruyeron un tercio de Nanking durante la masacre. Aquí las tropas japonesas prenden fuego a una casa de los suburbios (New China News Agency).



Soldados japoneses conducen por un barrio devastado de Nanking (Yin y Young, *The Rape of Nanking*).



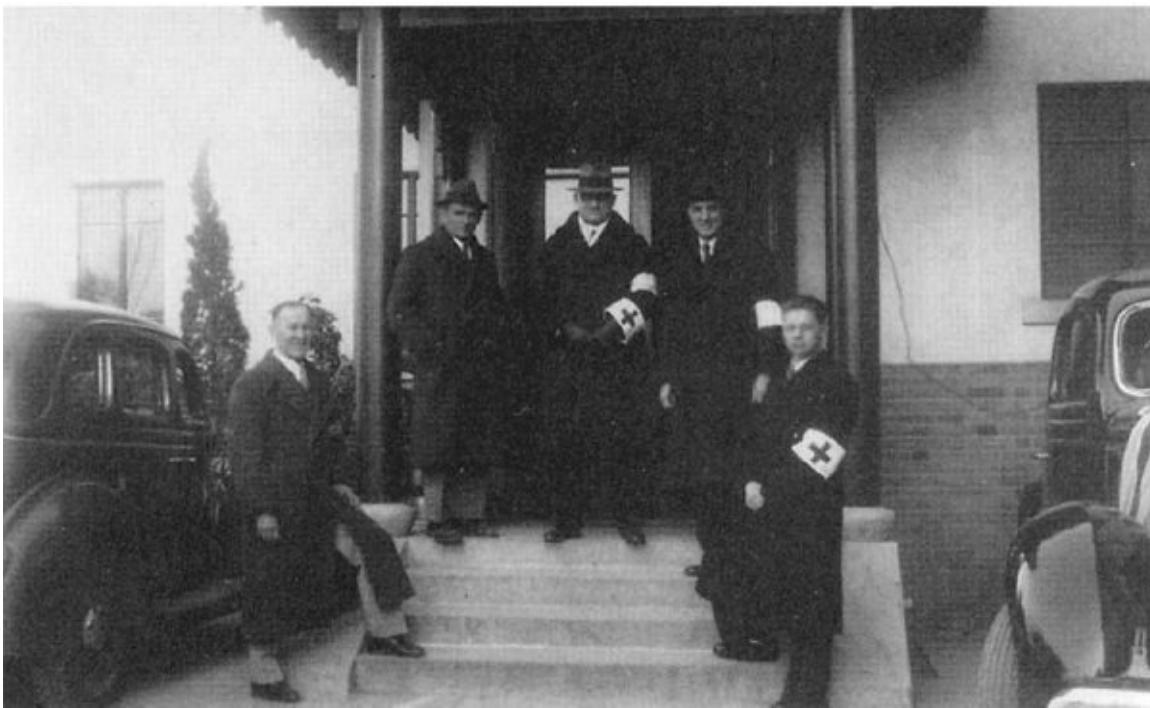
Durante la masacre miles de refugiados chinos huyeron a la Zona de Seguridad de Nanking, un territorio neutral custodiado por un puñado de occidentales. La Zona significaba la diferencia entre la vida y la muerte para los chinos que quedaban en la ciudad, y llegó a acoger a más de 300.000 personas (Archivos Municipales de Nanking).



Los extranjeros también establecieron una zona de seguridad rural fuera de Nanking (Ernest H. Forster, Biblioteca de la Yale Divinity School).



John Rabe, el héroe nazi de Nanking (Ursula Reinhardt).



John Rabe, presidente del Comité Internacional para la Zona de Seguridad de Nanking, junto a varios colegas ante la sede de la Zona, en el número 5 de la calle Ninghai (Biblioteca de la Yale Divinity School).

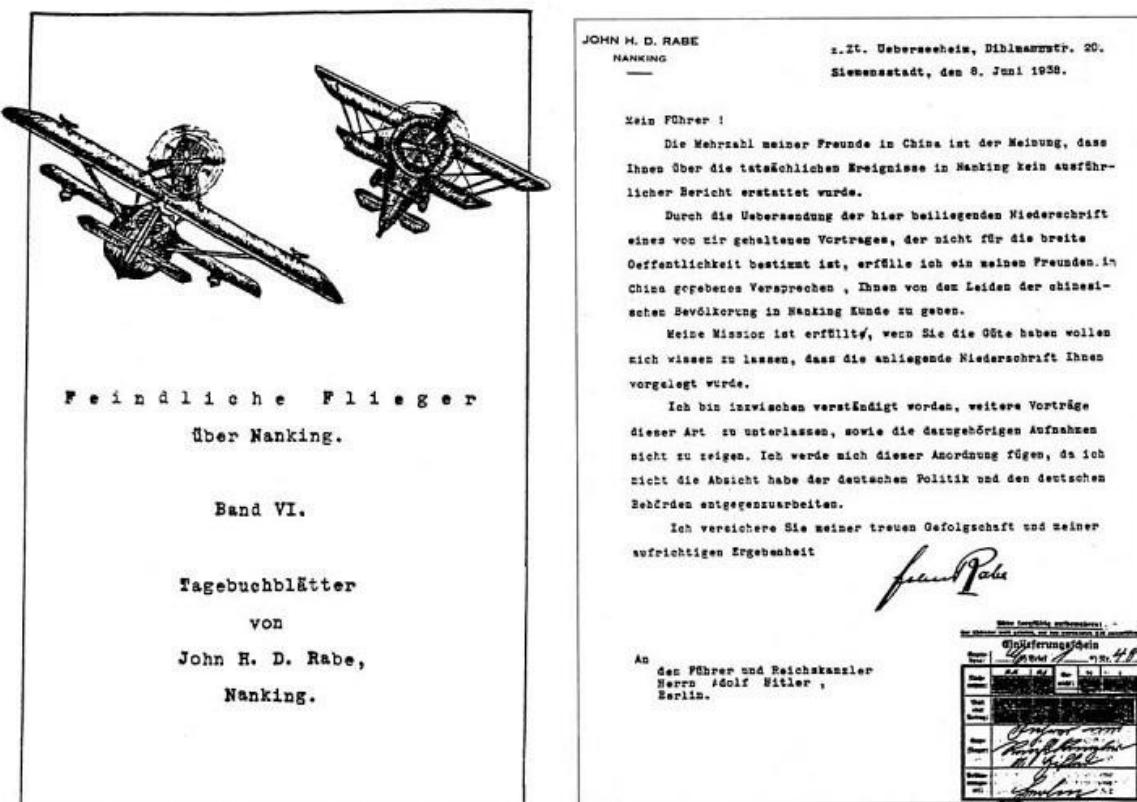


Foto 1. Una página de los diarios de la masacre de Nanking, de John Rabe (Colección John Rabe, Biblioteca de la Yale Divinity School).

Foto 2. Carta de John Rabe a Hitler. La misiva iba acompañada de un informe y una película de las atrocidades. Unos días después Rabe fue arrestado e interrogado por la Gestapo en Berlín (Colección John Rabe, Biblioteca de la Yale Divinity School).



El doctor Robert Wilson fue el único cirujano presente en Nanking durante la masacre (Colección John Rabe, Biblioteca de la Yale Divinity School).



El doctor Wilson examina a una víctima de violación en grupo cuya cabeza había sido casi seccionada por los japoneses. En una residencia escolar abandonada, dos soldados alcanzaron a esta mujer diez veces con una bayoneta: una en la muñeca, otra en la cara, cuatro en la espalda y cuatro en el cuello, seccionándole los músculos hasta la columna vertebral (John Magee).



Escenas del hospital de la Universidad de Nanking, donde trabajó Wilson. La cabeza de este adolescente quedó abrasada, después de que los japoneses lo rociaran con gasolina y le prendieran fuego (John Magee).



Este chico de catorce años fue encarcelado por los japoneses, privado de comida y golpeado brutalmente con una barra de hierro cuando suplicó que le dejaran volver a su casa (John Magee).



Li Xouyin, que a duras penas se libró de la violación tras enfrentarse con tres soldados japoneses y sufrir treinta y siete heridas de bayoneta. Embarazada de siete meses durante la pelea, sufrió un aborto en el hospital. No se recuperaría de sus heridas hasta siete meses después (John Magee).



Minnie Vautrin, la Diosa Viviente de Nanking (cortesía de Emma Lyon).

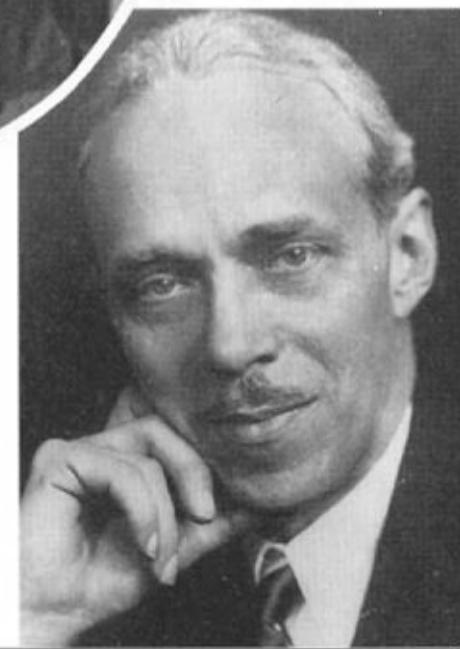


Miner Searle Bates, profesor de Historia en la Universidad de Nanking y presidente del Comité Internacional después de mayo de 1939 (Biblioteca de la Yale Divinity School).



LOS ORGANIZADORES DE LA ZONA DE SEGURIDAD DE NANKING

Christian Kröger (arriba a la izquierda), ingeniero alemán y miembro nazi del Comité Internacional. Ejerció de tesorero entre diciembre de 1937 y febrero de 1938 (Peter Kröger). **John Gillespie Magee** (arriba a la derecha), sacerdote episcopal que ejerció de presidente del Comité Internacional de la Cruz Roja de Nanking durante la masacre. En cuanto que cineasta aficionado, filmó muchas imágenes importantes del Hospital de la Universidad de Nanking (Biblioteca de la Yale Divinity School).



Lewis Strong Casey (arriba a la izquierda), secretario del Comité Internacional y autor del estudio «War Damage in the Nanking Area, December 1937 to March 1938» (Los estragos de la guerra en el área de Nanking: diciembre de 1937 a marzo de 1938) (Biblioteca de la Yale Divinity School). **Ernest Forster** (arriba a la derecha), misionero episcopal y uno de los secretarios del Comité Internacional (Biblioteca de la Yale Divinity School). **James Henry McCallum** (centro), miembro de la United Christian Missionary Society y uno de los tesoreros de la Zona de Seguridad. Durante la masacre condujo una ambulancia a través de la ciudad para trasladar a pacientes de sus casas al hospital (Disciples of Christ Historical Society). **Wilson Plumer Mills** (abajo a la izquierda), el misionero presbiteriano que sugirió en primer lugar la creación de la Zona de Seguridad de Nanking (Angie Mills). **George Ashmore Fitch** (abajo a la derecha), presidente de la YMCA en Nanking y director administrativo del Comité Internacional. Sacó clandestinamente de Nanking sus películas y las de John Magee sobre las atrocidades (Edith Fitch Swapp).



Durante los juicios por crímenes de guerra celebrados en 1946 se exhumaron algunos huesos de las fosas comunes para que fueran examinados por las autoridades chinas (Alliance for Preserving the Truth of the Sino-Japanese War).



IRIS CHANG (Princeton, EE. UU., 1968 - San José, EE. UU., 2004) hija de dos profesores universitarios emigrados de China, Iris Chang creció en Champaign, Illinois (EE. UU.). Después de graduarse, escribió para el *New York Times* y el *Chicago Tribune*. Se casó con Bretton Lee Douglas, con quien tuvo a su hijo Christopher, y vivió en San José (California), donde sufrió una profunda depresión que le llevó al suicidio. En su breve trayectoria literaria, Chang dejó tres interesantes libros que documentan las experiencias de asiáticos o estadounidenses de origen chino que han influido en la historia.

En su primer libro, *Thread of the Silkworm* (1995), Chang cuenta la vida del profesor chino Tsien Hsue-shen durante la Amenaza Roja en la década de 1950. Tsien fue uno de los fundadores del Laboratorio de Propulsión a Chorro de la NASA y durante muchos años ayudó al Ejército de Estados Unidos a interrogar a científicos de la Alemania nazi, pero fue repentinamente acusado de ser espía y miembro del Partido Comunista estadounidense, y se le impuso arresto domiciliario desde 1950 hasta 1955. Al regresar a China en septiembre de 1955, Tsien desarrolló el programa de misiles Dongfeng, y más tarde el *misil del gusano de seda*, que sería utilizado por los militares iraquíes durante su guerra contra Irán y también, irónicamente, contra las coaliciones lideradas por Estados Unidos durante la Primera y Segunda Guerra del Golfo.

Notas

[1] «Y los mapas pueden en verdad señalar sitios / Donde la vida es hoy malvada: / Nanking; Dachau». De W. H. Auden, *Collected Shorter Poems, 1930-1944* (Londres: Faber and Faber, 1950), «In Time of War», XVI, pp. 279-280. <<

[2] «Tabla. Cifra estimada de víctimas de la masacre japonesa en Nanking», documento núm. 1702, Archivos del Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente, pruebas documentales, 1948, Colección de Informes de Crímenes de Guerra de la Segunda Guerra Mundial, caja 134, entrada 14, grupo de registro 238, Archivos Nacionales. <<

[3] Estimaciones de Wu Zhikeng, citado en *San Jose Mercury News*, 3 de enero de 1988. <<

[4] Frank Chalk y Kurt Jonassohn, *The History and Sociology of Genocide: Analyses and Case Studies* [La historia y sociología del genocidio: análisis y estudios] (New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1990), p. 76. <<

[5] Arnold Toynbee, 1947, p. 347, citado en Leo Kuper, *Genocide: Its Political Use in the Twentieth Century* [El genocidio: su uso político en el siglo xx] (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1981), p. 12. <<

[6] Para las cifras europeas, véase R. J. Rummel, *China's Bloody Century: Genocide and Mass Murder Since 1900* [El siglo sangriento de China: genocidio y asesinato de masas desde 1900] (New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991), p. 138. <<

[7] Las estadísticas del bombardeo de Dresde provienen de Louis L. Snyder, L. Snyder's *Historical Guide to World War II* [La guía histórica de Louis L. Snyder de la Segunda Guerra Mundial] (Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1982), pp. 198-199. <<

[8] General de brigada Peter Young (ed.), *The World Almanac Book of World War II* [El almanaque mundial de la Segunda Guerra Mundial] (Englewood Cliff, Nueva Jersey: World Almanac Publications/Prentice-Hall, 1981), p. 330. Para las cifras de las explosiones de Hiroshima y Nagasaki, véase Richard Rhodes, *The Making of the Atomic Bomb* [La creación de la bomba atómica] (Nueva York: Simon & Schuster, 1996), pp. 734, 740. Rhodes afirma que a finales de 1945 unas 140.000 personas habían muerto en Hiroshima y 70.000 en Nagasaki por las explosiones nucleares. Las muertes continuaron, y a los cinco años un total de unas 200.000 personas habían perecido en Hiroshima y 140.000 en Nagasaki por causas relacionadas con el bombardeo. Sin embargo, es significativo observar que incluso después de cinco años el número de muertos combinado en ambas ciudades sigue siendo inferior a los más altos cálculos de bajas con respecto a la Violación de Nanking. <<

[9] Catherine Rosair, «For one Veteran, Emperor Visit Should Be Atonement» [«Para un veterano, la visita del emperador debería ser una forma de expiación»] Reuters, 15 de octubre de 1992; George Fitch, «Nanking Outrages» [«Atrocidades de Nanking»], 10 de enero de 1938, Colección George Fitch, Biblioteca de la Yale Divinity School; Li En-han, un historiador de la República de China, calcula que 80.000 mujeres fueron violadas o mutiladas («The Great Nanking Massacre' Committed by the Japanese Army as related to International Law on War Crimes», *Journal of Studies of Japanese Aggression against China* [mayo de 1991], p. 74). <<

[10] Entrevistas de la autora con supervivientes. <<

[11] Christian Kröger, «Days of Fate in Nanking», diario inédito en la colección de Peter Kröger; también en la sentencia del IMTFE, Archivo Nacional. <<

[12] Robert Leckie, *Delivered from Evil: The Saga of World War II* [Enviado desde el infierno: la saga de la Segunda Guerra Mundial] (Nueva York: Harper & Row, 1987), pág. 303. <<

[13] A lo largo del libro empleo los métodos pinyin o bien Wade-Giles para transcribir los nombres chinos, dependiendo de la preferencia de cada individuo (según lo especifique en sus tarjetas de visita o en su correspondencia) o de la popularidad de una determinada transliteración frente a las demás (así, por ejemplo, «Chiang Kai-shek», en lugar de «Jiang Jieshi»). Por lo que respecta a los nombres propios chinos y japoneses, empleo el sistema tradicional de listar el apellido antes que el nombre de pila. Para las ciudades y la toponomía, suelo (casi siempre) utilizar la forma romanizada más común en Occidente durante el periodo histórico referido, como es el caso de «Nanking», en lugar de su denominación actual, «Nanjing». <<

[14] R. C. Binstock, *Tree of Heaven* [Árbol del paraíso] (Nueva York: Soho Press, 1995); Paul West, *Tent of Orange Mist* [Carpa de bruma naranja] (Nueva York: Scribner, 1995); James Yin y Shi Young, *The Rape of Nanking: An Undeniable History in Photographs* [La Violación de Nanking: una historia innegable en fotografías] (Chicago: Innovative Publishing Group, 1996). <<

[15] Gilbert Hair, entrevista telefónica con la autora. <<

[16] Tanaka Yuki, *Hidden Horrors: Japanese War Crimes in World War II* [Horrores ocultos: crímenes de guerra japoneses en la Segunda Guerra Mundial] (Boulder, Colorado: Westview, 1996), pp. 206-208. (Aunque Tanaka es el apellido del autor, este presenta su nombre al estilo norteamericano, como Yuki Tanaka, para este libro en lengua inglesa). De acuerdo con Tanaka, los japoneses modernos corrompieron el antiguo código del *bushido* para sus propios fines. El código original dictaba que los guerreros debían morir por causas justas, no triviales. Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial los oficiales cometían suicidios rituales por las razones más absurdas, como trabarse la lengua al recitar el código. El concepto de lealtad en el *bushido* fue asimismo reemplazado por la obediencia ciega, y el valor, por la violencia imprudente. <<

[17] Meirion Harries y Susie Harries, *Soldiers of the Sun: The Rise and Fall of the Imperial Japanese Army* [Soldados del Sol: auge y caída del ejército imperial japonés] (Nueva York: Random House, 1991), p. vii. <<

[18] Samuel Eliot Morison, «*Old Bruin*»: *Commodore Matthew C. Perry 1794-1858* [Vieille brune: el brigadier general Matthew C. Perry 1794-1858] (Boston: Atlantic-Little, Brown, 1967), p. 319. <<

[19] Delmer M. Brown, *Nationalism in Japan: An Introductory Historical Analysis* [Nacionalismo en Japón: un análisis histórico introductorio] (Berkeley y Los Ángeles: University of California Press, 1955), p. 75. (Cita de Brown: Satow, trad., *Japan 1853-1864*, o Genji Yume Monogatari, p. 4).
=>

[20] Taiyo, julio de 1905, citado en *ibíd.*, p. 144. <<

[21] *Ibid.*, p. 152. <<

[22] Paul Johnson, *Modern Times: The World from the Twenties to the Nineties* [Tiempos modernos: el mundo entre los años veinte y los noventa] (Nueva York: Harper-Collins, 1991), p. 189. <<

[23] W. T. de Bary (ed.), *Sources of the Japanese Tradition* [Las fuentes de la tradición japonesa] (Nueva York: 1958), pp. 796-797, citado en *ibíd.*, p. 189.

<<

[24] Citado en *ibíd.*, p. 189. <<

[25] *Ibíd.*, p. 393. Para más información sobre las ambiciones de algunos ultranacionalistas japoneses con respecto a Estados Unidos en aquella época, véase *Records of the Deputy Chief of Naval Operations, 1882-1954*, Office of Naval Intelligence, Intelligence Division: Naval Attaché Reports, 1886-1939, caja 525, entrada 98, grupo de registro 38, Archivos Nacionales. Ya en diciembre de 1932, un informe de inteligencia naval de Estados Unidos señaló que los libros más vendidos en Japón tendían a ser sobre guerra, y en particular sobre la posibilidad de una guerra japonesa-norteamericana. Este informe y otros analizaban el contenido de libros japoneses, artículos, folletos y conferencias que abundaban en el tema de la posible invasión japonesa de Estados Unidos. Algunas de estas publicaciones llevaban títulos como «El ataque aéreo a Alaska», «El asalto a Hawái» y «El ataque de California». He aquí algunos ejemplos de la propaganda japonesa de principios de la década de 1930, que fueron a parar a los archivos de la inteligencia naval estadounidense (los siguientes nombres los transcribo directamente de un informe en lengua inglesa y pueden estar mal escritos):

—Una conferencia a cargo del capitán K. Midzuno reveló que los militares japoneses no solo desarrollaron estrategias para atacar Pearl Harbor desde el aire, sino que también previeron la posibilidad de las incursiones aéreas norteamericanas sobre Tokio.

—En *Japan in Danger: A Great Naval War in the Pacific Ocean* [Japón en peligro: una gran guerra naval en el océano Pacífico], Nakadzima Takeshi describía escenarios de una guerra victoriosa llevada a cabo por los japoneses contra Estados Unidos por medio de batallas navales y bombardeos aéreos.

—En *Increasing Japanese-American Danger* [El peligro creciente norteamericano-japonés], el vicealmirante Sesa Tanetsugu escribió que estaba convencido de la inevitabilidad del conflicto entre Japón y Estados Unidos.

—Ikedaaki Talakta presentaba en *The Predestined Japanese-American War* [La inevitable guerra norteamericana-japonesa], una recopilación de artículos sobre el tema de la inevitabilidad de una guerra entre Japón y Estados Unidos. Una reseña periodística alababa el libro como «una obra de amor apasionado por la tierra nativa», y aseguraba a los lectores que «si Japón saca su espada, el falso y altivo Estados Unidos no podrá hacer nada» (3 de febrero de 1933, informe, p. 260). <<

[26] Delmer Brown, *Nationalism in Japan*, p. 187; véase también Okawa Shumei, «Ajia, Yoroppa, Nihon (Asia, Europa, y Japón)», p. 82, traducido en el «Analyses», documento IPS núm. 64, pp. 3-4. <<

[²⁷] Tessa Morris-Suzuki, *Showa: An Inside History of Hirohito's Japan* [Showa: una historia desde dentro del Japón de Hirohito] (Nueva York: Schocken, 1985), pp. 21-29. <<

[28] Citado en Ian Buruma, *The Wages of Guilt* [Los salarios de la culpa] (Nueva York: Farrar, Straus y Giroux, 1994), pp. 191-192. <<

[29] *Ibid.*, p. 172. <<

[30] Carta de Rana Mitter a la autora, 17 de julio de 1997. <<

[31] Harries y Harries, *Soldiers of the Sun*, p. 41. <<

[32] Iritani Toshio, *Group Psychology of the Japanese in Wartime* [Psicología de grupo de los japoneses en tiempos de guerra] (Londres y Nueva York: Kegan Paul International, 1991), pp. 177, 191. <<

[33] *Ibid.* <<

[34] *Ibid.*, p. 189. <<

[35] 106/5485, informe de febrero de 1928, p. 136, Documentos del Ministerio Británico de Guerra en la Oficina de Registros Públicos, Kew, Londres. Un informe de la OSS acerca de la formación del ejército japonés resume el proceso de adoctrinamiento: «La menor infracción o error en los reglamentos trae consigo un castigo inmediato y grave. Actúe con dureza-grite, no hable-gruña, no ponga cara agradable-sea duro-no tenga deseos-olvide a su familia en casa-nunca muestre sus emociones-hágalo todo de la manera más difícil-no se ponga cómodo nunca-entrene y discipline sus deseos de confort, comida y agua-sufra el dolor y la crudeza en silencio-usted es un hijo del cielo»; informe núm. 8974-B, núm. de difusión A-17403, distribuido el 28 de diciembre de 1943, Divisiones de las ramas de Investigación y Análisis, Informes de Inteligencia de la serie «Regular», 1941-1945, caja 621, entrada 16, registro de grupo 226, Archivos Nacionales. <<

[36] 106/5485, informe de febrero de 1928, p. 84, Documentos del Ministerio Británico de Guerra. <<

[37] David Bergamini, *Japan's Imperial Conspiracy* [La conspiración imperial de Japón] (Nueva York: Morrow, 1971), p. 11. <<

[38] John Toland, *The Rising Sun: The Decline and Fall of the Japanese Empire* [El sol naciente: la decadencia y caída del imperio japonés] (Nueva York: Random House), p. 47. «Aplastemos a los chinos en tres meses y pedirán la paz», pronosticó el ministro Sugiyama. <<

[39] David Bergamini, *Japan's Imperial Conspiracy* (Nueva York: William Morrow and Company, 1971), p. 16. <<

[40] Kimura Kuninori, *Koseiha Shogun Nakajima Kesago* [Nakajima Kesago, general de la Facción Individualista] (Tokio: Kôjinsha, 1987), p. 212. <<

[⁴¹] Sugawara Yutaka, *Yamatogokoro: Fukumen Shogun Yanagawa Heisuke Seidan* [Espíritu de Japón: conversación elevada con el sogún enmascarado Yanagawa Heisuke] (Tokio: Keizai Oraisha, 1971), p. 9. <<

[42] Wu Tien-wei, *Re-study of the Nanking Massacre* [Re-estudio de la masacre de Nanking], *Journal of Studies of China's Resistance War Against Japan* (Academia China de Ciencias Sociales), núm. 4 (1994), p. 43; Oficina del Archivo Central, China Oficina del Archivo Histórico núm. 2; Academia de Ciencias Sociales de la Provincia de Jilin (ed.), *Pictorial Evidence of the Nanking Massacre* (Changchun, República Popular China: Jilin People's Publishing House, 1995), p. 31; Dick Wilson, *When Tigers Fight: The Story of the Sino-Japanese War, 1937-1945* [Cuando los tigres luchan: la historia de la Guerra Chino-Japonesa, 1937-1945] (Nueva York: Viking, 1982), p. 69. <<

[43] *China Weekly Review* (marzo de 1938). <<

[44] Timperley, reportero del *Manchester Guardian*, escribió este informe, que fue telegrafiado a Londres por otro corresponsal el 14 de enero de 1938. <<

[45] Para esta sección, en lo referente al reemplazo de Matsui por Asaka, véase David Bergamini, *Japan's Imperial Conspiracy*, cap. 1, p. 22. <<

[46] Kido, Nikki, 468, citado en *ibíd.*, p. 23. <<

[47] Nakayama Yasuto, testimonio ante el IMTFE, «Actas», p. 21.893 (véanse también pp. 33.081 y siguientes, 37.238 y ss., y 32.686 [Canberra]), citado en *ibíd.*, p. 23. <<

[48] Citado en *ibíd.*; véase también el juicio del IMTFE, pp. 47.171-47.173, Archivo Nacional. <<

[49] David Bergamini, *Japan's Imperial Conspiracy*, p. 24; la información en la nota a pie de página sobre Tanaka Ryukichi proviene de Pictorial Evidence of the Nanking Massacre, p. 35. (Las notas a pie de página en el libro de Bergamini son algo deficientes, por lo que deben leerse con cautela. Sin embargo, la cita sugiere que se entrevistó con Tanaka). <<

[50] Citado en la Academia de Ciencias Sociales de la Provincia de Jilin (ed.), *Pictorial Evidence of the Nanking Massacre*, p. 62. La traducción inglesa de esta orden aparece en Yin y Young, *The Rape of Nanking*, p. 115. <<

[51] Kimura, «La Batalla de Nanking: Diario del comandante de la 16.^a división Nakajima», *Chuo Kouron Sha* [Tokio] (24 de noviembre de 1984). El diario de Nakajima apareció en un suplemento de diciembre de 1984 de la revista japonesa *Figuras Históricas*. La traducción al inglés de secciones de su diario aparece en Yin y Young, *The Rape of Nanking*, p. 106. <<

[52] Azuma Shiro, *Waga Nankin Puratoon* [Mi pelotón de Nanking] (Tokio: Haruo Aoki, 1987). <<

[53] Veredicto del IMTFE. <<

[54] Citado en: Honda Katsuichi, *Estudios de la masacre de Nanking* (Tokio: Ed. Ban-sei Sha, 1992), p. 129. <<

[55] Kurihara Riichi, *Mainichi Shimbun*, 7 de agosto de 1984. <<

[56] Honda Katsuichi, *El camino a Nanking* (*Asahi Shimbun*, 1987), citado en Yin y Young, p. 86. <<

[57] Para esta sección, «El asesinato de civiles», véase Gao Xingzu, Wu Shimin, Hu Yun Gong y Zha Ruizhen (Departamento de Historia, Universidad de Nanjing), «Japanese Imperialism and The Massacre in Nanjing —an English Translation of a Classified Chinese Document on the Nanjing Massacre», traducido del chino al inglés por Robert P. Gray (pgray@pro.net). Véase también *China News Digest*, número especial sobre la masacre de Nanking, parte 1 (21 de marzo de 1996). <<

[58] Gao Xingzu, «Sobre la Gran Tragedia de Gran Nanking», *Journal of Studies of Japanese Aggression against China* (noviembre de 1990): 70. <<

[59] Las traducciones al inglés de los relatos de la masacre de Nanking escritos por periodistas japoneses aparecen en Yin y Young, *The Nanking Rape*, pp. 52-56. <<

[60] *Ibid.* <<

[61] Imai Masatake, «Las atrocidades perpetradas en China por las tropas de agresión japonesas», *Instituto de Ciencia Militar de China*, 1986, pp. 143-44.
=<

[62] Omata Yukio, *Informes y recuerdos de los corresponsales militares japoneses* (Tokio: Tokuma Shoten, 1985). <<

[63] Citado en Moriyama Kohe, *La masacre de Nanking y la política de los tres todos: Lecciones aprendidas de la historia* (edición en lengua china, República Popular China, Publicaciones Educativas de Sichuan, 1984), p. 8.

<<

[64] Citado en Yang Qiqiao, «Refutación de la consulta de Nueve Puntos de Tanaka Masaaki», Baixing (Hong Kong), núm. 86 (1985). <<

[65] Citado en Hu Hua-ling, «Las mujeres chinas bajo la Violación de Nanking», *Journal of Studies of Japanese Aggression against China* (noviembre de 1991), p. 70. <<

[66] Azuma Shiro, carta sin fecha dirigida a la autora, 1996. <<

[⁶⁷] George Hicks, *The Comfort Women: Japan's Brutal Regime of Enforced Prostitution in the Second World War* [Las mujeres de consuelo: El brutal régimen de Japón de la prostitución forzada en la Segunda Guerra Mundial] (Nueva York: Norton, 1994), p. 32. <<

[68] Entrevista con Azuma Shiro en *In the Name of the Emperor* [En el nombre del emperador] (película), producida por Nancy Tong y codirigida por Tony y Christine Choy, 1995. <<

[69] Citado en Hu Hua-ling, «Las mujeres chinas bajo la Violación de Nanking», p. 70. <<

[70] Shiro Azuma, carta sin fecha a la autora, 1996. <<

[71] «El proceso público de Tani Hisao, uno de los participantes más destacados en la masacre de Nanking», *Heping Daily*, 31 de diciembre de 1946. <<

[72] Citado en Bergamini, *Japan's Imperial Conspiracy*, p. 45. <<

[⁷³] Citado en Bergamini, *Japan's Imperial Conspiracy*, p. 39. <<

[⁷⁴] Hallett Abend, «Japanese Curbing Nanking Excesses» [Los japoneses ponen coto a los excesos en Nanking], *The New York Times*, 18 de diciembre de 1937. <<

[⁷⁵] Okada Takashi, testimonio ante el IMTTFE, pp. 32.738. <<

[76] *Ibid.*, pp. 3.510-3.511. <<

[77] Dick Wilson, *When Tigers Fight*, p. 83. <<

[78] *Ibid.*, p. 83. <<

[79] Bergamini, *Japan's Imperial Conspiracy*, p. 43; prueba documental del IMTFE núm. 2.577; «Actas» (Canberra), p. 47.187. <<

[80] Testimonio de Hidaka Shunrokuro, IMTFE, p. 21.448. <<

[81] Hanayama, p. 186, citado en Bergamini, p. 41. <<

[82] Yoshimi Yoshiaki, «Interpretaciones históricas de la cuestión de las “mujeres de consuelo militares”», en *Japón y la victimización de la guerra. Informe de audiencia pública internacional* (Osaka-shi, Japón: Toho Shuppan, 1993), p. 85. <<

[83] Para obtener información en inglés sobre el descubrimiento de Yoshimi en los archivos de la Agencia de Defensa, véase *Journal of Studies of Japanese Aggression Against China* (febrero de 1992), p. 62. El descubrimiento apareció en la portada del *Asahi Shimbun* justo cuando el primer ministro Miyazawa Kiichi se encontraba de visita en Seúl (Corea del Sur), en enero de 1992. <<

[84] Theodore Cook, entrevista telefónica con la autora. <<

[85] «Some Notes, Comparisons and Observations by Captain E. H. Watson, USN (Ret) (Former Naval Attaché) After an Absence of Fifteen Years from Japan» [Algunas notas, comparaciones y observaciones por el capitán E. H. Watson, USN (Ret.) (ex agregado naval) tras una ausencia de quince años de Japón], Oficina del Jefe de Operaciones Navales, División de Inteligencia Naval, correspondencia general, 1929-1942, carpeta P9-2 / EF16 núm. 23, caja 284, grupo ficha 38, Archivos Nacionales. <<

[86] Ruth Benedict, *The Chrisanthemum and the Sword: Patterns of Japanese Culture* [El crisantemo y la espada: patrones de la cultura japonesa] (Boston: Houghton Mifflin, 1946). <<

[87] Bergamini, *Japan's Imperial Conspiracy*, p. 21. Tanto el diario *Mainichi Shimbun* de Osaka como los periódicos de Tokio *Nichi Nichi Shinbun* y *Japan Advertiser* (edición en inglés) informaron de este concurso de matar.

<<

[88] Citado en Wilson, *When Tigers Fight*, p. 80. <<

[89] *Ibid.* <<

[90] Entrevista de historia oral con Tominaga Shozo, en Haruko Taya Cook y Theodore F. Cook, *Japan at War: An Oral History* (Nueva York: New Press, 1992), p. 40. <<

[91] Azuma Shiro, carta sin fecha dirigida a la autora, 1996. <<

[92] Citado en Joanna Pitman, «Repentance» [Arrepentimiento], *New Republic*, 10 de febrero de 1992, p. 14. <<

[93] *Ibid.* <<

[94] Para el legado literario y artístico de Nanking, la historia antigua y el tratado que puso fin a las guerras del Opio, véase *Encyclopedia Britannica*, vol. 24 (1993). <<

[95] *Enciclopedia Americana*, vol. 29 (1992). <<

[96] Para la historia de la torre del Tambor, véase Julius Eigner, «The Rise and Fall of Nanking» [Auge y caída de Nanking], *National Geographic* (febrero de 1938). El artículo de Eigner, que incluye fotografías a todo color, proporciona una descripción excelente de la vida en Nanking inmediatamente antes de la matanza. <<

[97] *Encyclopedia of Asian History*, vol. 3 (1988). <<

[98] Para las invasiones de Nanking, véase Julius Eigner, «The Rise and Fall of Nanking», *National Geographic* (febrero de 1938), p. 189; Jonathan Spence, *The Search for Modern China* [En busca de la China moderna] (Nueva York: Norton, 1990), pp. 805, 171-174. <<

[99] Julius Eigner, «The Rise and Fall of Nanking»; Anna Moffet Jarvis, «Letters from China, 1920-1949» [Cartas desde China, 1920-1949], caja 103, grupo de ficha 8, Colección Jarvis, Biblioteca de la Yale Divinity School; entrevista con Pang Kaiming, superviviente de la masacre de Nanking y extirador de calesa, 29 de julio de 1995. <<

[100] Reverendo John Gillespie Magee, «Nanking Yesterday and Today» [Nanking ayer y hoy], conferencia pronunciada en la emisora de radio de Nanking el 28 de mayo de 1937, archivos de David Magee. <<

[101] Entrevistas de la autora con supervivientes. <<

[102] Chang Siao-sung, carta a amigos, 25 de octubre de 1937, correspondencia de Ginling, carpeta 2.738, caja 136, serie IV, grupo ficha 11, UBCHEA, Biblioteca de la Yale Divinity School. Los hechos referidos en su carta fueron confirmados por la autora en su entrevista telefónica en 1997 con Chang Siao-sung, que actualmente reside en Waltham (Massachusetts). <<

[103] Frank Xing, entrevista con la autora, San Francisco, 28 de enero de 1997.

<<

[104] Entrevistas con mi abuela materna, Yi-Chang Pei, mi madre, Ying-Ying Chang, y mi tía, Ling-Ling Chang, 25 de mayo de 1996, en Nueva York. <<

[105] Para leer descripciones de Nanking mientras continuaban los combates en Shanghái en noviembre, véase Oficial Comandante J. J. Hughes al Comandante en Jefe de la Flota Asiática de Estados Unidos (encabezamiento marcado con membrete «Patrulla Yangtsé, *USS Panay*»), 8 de noviembre de 1937, resumen de inteligencia para la semana que finalizó el 7 de noviembre de 1937, Oficina del Jefe de Operaciones Navales, División de Inteligencia Naval, correspondencia general, 1929-1942, carpeta A8-2 / FS núm. 2, caja 194, entrada 81, grupo de registro 38, Archivo Nacional. <<

[106] 793.94/11378A, registros generales del Departamento de Estado, grupo ficha 59, Archivos Nacionales; Yin y Young, *The Rape of Nanking*, p. 9. <<

[¹⁰⁷] Sun Zhaiwei, 1937 *Nanjing Beige* (1937: La balada trágica de Nanking) (Taipéi: Shenzi Chubanshe, 1995), pp. 31-32. <<

[108] *Ibid.*, pp. 27-31. <<

[109] 106/5.353, 2 de enero de 1938, Documentos del Ministerio Británico de Guerra en la Oficina del registro público, Kew, Londres; Sun Zhaiwei, 1937 *Nanjing Beige*, p. 33. <<

[110] Harries y Harries, *Soldiers of the Sun*, p. 219. <<

[111] Sun Zhaiwei, 1937 *Nanjing Beige*, p. 33. <<

[112] Comandante E. J. Marquart al Comandante en Jefe de la Flota Asiática de Estados Unidos (encabezamiento marcado con membrete «Patrulla Yangtsé, *USS Luzon* [buque insignia]»), 22 de noviembre de 1937, resumen de inteligencia para la semana que finalizó el 21 de noviembre de 1937, Oficina del Jefe de Operaciones Navales, División de Inteligencia Naval, correspondencia general, 1929-1942, carpeta A8-2 / FS núm. 2, caja 194, entrada 81, grupo de registro 38, Archivos Nacionales. <<

[113] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 16 y 19 de noviembre, 4 de diciembre de 1937, pp. 71-72, 94-95, Biblioteca de la Yale Divinity School. <<

[114] *Ibid.*, 17 de noviembre de 1937, p. 72. <<

[115] Oficial Comandante J. J. Hughes al Comandante en Jefe de la Flota Asiática de Estados Unidos (encabezamiento marcado con membrete «Patrulla Yangtsé, *USS Panay*»), 29 de noviembre de 1937, resumen de inteligencia para la semana que finalizó el 28 de noviembre de 1937, Oficina del Jefe de Operaciones Navales, División de Inteligencia Naval, correspondencia general, 1929-1942, carpeta A8-2 / FS núm. 2, caja 194, entrada 81, grupo de registro 38, Archivos Nacionales. <<

[116] Sun Zhaiwei, «Nanjing Datusha yu Nanjing Renkou» [La masacre de Nanking y la población de Nanking], *Nanjing shehuai kexue* [revista de ciencias sociales de Nanking] 37, núm. 3 (1990), p. 79. <<

[117] F. Tillman Durdin, «Japanese Atrocities Marked Fall of Nanking After Chinese Command Fled» [Las atrocidades japonesas marcaron la caída de Nanking después de que los mandos chinos huyeran], *The New York Times*, 22 de diciembre de 1937; «21 US Citizens Now in Nanking: Only Eight Heed Warning to Evacuate Besieged City» [21 ciudadanos estadounidenses actualmente en Nanking: solo ocho hacen caso de la advertencia de evacuar la ciudad sitiada], *Chicago Daily News*, 7 de diciembre de 1937; 793.94/11466, Registros Generales del Departamento de Estado, microfilm, grupo ficha 59, Archivos Nacionales; Harries y Harries, *Soldiers of the Sun*, p. 219. <<

[118] A. T. Steele, «Nanking Ready for Last Stand; Defenders Fight Only for Honor: Suburban Areas Aflame; Chinese May Destroy City in Defeat» [Nanking preparada para la batalla final; los defensores luchan solo por el honor: áreas urbanas en llamas; los chinos pueden destruir la ciudad en la derrota], *Chicago Daily News*, 9 de diciembre de 1937, p. 2; Durdin, «Japanese Atrocities Marked Fall of Nanking», p. 38; Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 7 de diciembre de 1937, p. 99, Biblioteca de la Yale Divinity School. <<

[119] Durdin, «Japanese Atrocities Marked Fall of Nanking», *The New York Times*, p. 38. <<

[120] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 2 de diciembre de 1937, p. 93,
Biblioteca de la Yale Divinity School. <<

[121] Para más información sobre la salida de Chiang, véase Reginald Sweetland, «Chiang Flees to Escape Pressure of “Red” Aides», [Chiang huye para escapar de la presión de los ayudantes «rojos»], *Chicago Daily News*, 8 de diciembre de 1937; Frank Tillman Durdin, «Japanese Atrocities Marked Fall of Nanking After Chinese Command Fled», *The New York Times*, 22 de diciembre de 1937, p. 38; 793.94/12060, informe núm. 9.114, 11 de diciembre de 1937 (descripción día a día de las maniobras militares japonesas), informe restringido, Registros Generales del Departamento de Estado, grupo ficha 59, Archivos Nacionales. <<

[122] Para las estadísticas sobre las fuerzas aéreas chinas y japonesas, véase Sun Zhaiwei, 1937 *Nanjing Beige*, p. 18. Véase también Julian Bloom, «Weapons of War, Catalyst for Change: The Development of Military Aviation in China, 1908-1941» [Armas de guerra, catalizador para el cambio: El desarrollo de la aviación militar en China, 1908-1941] (Tesis de Doctorado, Universidad de Maryland), San Diego Aerospace Museum, documento núm. 28-246; René Francillon, *Japanese Aircraft of the Pacific War* [Aviones japoneses de la guerra del Pacífico] (Londres: Putnam, 1970); Eiichiro Sekigawa, *Pictorial History of Japanese Military Aviation* [Historia ilustrada de la aviación militar japonesa], ed. David Mondey (Londres: Ian Allan, 1974); Robert Mikesh y Shorzoe Abe, *Japanese Aircraft, 1910-1941* [Aviones japoneses, 1910-1941] (Annapolis: Naval Institute Press, 1990). <<

[123] Bergamini, *Japan's Imperial Conspiracy*, p. 11. <<

[¹²⁴] A. T. Steele, «China's Air Force, Disrupted by Superior Planes of Foes, Leaves Nanking to Its Fate» [La fuerza aérea china, desbaratada por la superioridad de los aviones enemigos, deja Nanking a su suerte], *Chicago Daily News*, 8 de diciembre de 1937. <<

[125] Nanking Massacre Historical Editorial Committee (ed.), (Zhongguo dier lishe Dang an gan guan, Nanjing shi dang an guan), *Documentos de archivo relativos a la horrible matanza cometida por las tropas japonesas en Nanking en diciembre de 1937*, núm. 2, Archivo Nacional, Archivo Municipal de Nanking (Nanking: Jiangsu Guji Chubanshe [Jiangsu ed. Libros Antiguos], noviembre de 1987), p. 46. <<

[126] Wei Hu, antiguo paramédico del ejército chino en Nanking, entrevista con la autora, 17 de enero de 1997, Sunnyvale, California. <<

[127] *Ibíd.* <<

[128] *Documentos de archivo relativos a la horrible matanza cometida por las tropas japonesas en Nanking en diciembre de 1937* (1987), p. 46. <<

[129] *Ibíd.* <<

[130] Citado en Yin y Young, *The Rape of Nanking*, p. 32; Xu Zhigeng, *Lest we forget: Nanjing massacre, 1937* [Para que no olvidemos: masacre de Nanjing, 1937] (Pekín: Chinese Literature Press, 1995), p. 43. <<

[131] Sun Zhaiwei, 1937 *Nanjing Beige*, pp. 98-99; Xu Zhigeng, *Lest we forget: Nanjing massacre, 1937*, p. 44; *Japan's Imperial Conspiracy*, p. 29.

<<

[132] Registros Generales del Departamento de Estado, 793.94/11549, grupo ficha 59, Archivos Nacionales; «Deutsche Botschaft China», documento núm. 203 en los informes diplomáticos alemanes, Archivos de Historia Nacional, Xingdian, Taipéi, República de China. El rechazo de la propuesta por parte de Chiang fue un *shock* para Tang y para el Comité Internacional para la Zona de Seguridad de Nanking. En una carta fechada el 24 de enero de 1938, W. Plumer Mills escribió: «El general Tang nos había asegurado que confiaba en que el general Chiang aceptaría la propuesta de tregua, por lo que nos sorprendimos al recibir un cable de Hankow al día siguiente en sentido contrario»; de los archivos familiares de la hija de W. Plumer Mills, Angie Mills. <<

[133] Xu Zhigeng, *Lest We Forget: Nanjing Massacre, 1937*, p. 44; Bergamini, *Japan's Imperial Conspiracy*, p. 29. <<

[134] Tang Sheng-chi a Chiang Kai-shek, telegrama, reimpreso en *Documentos de archivo relativos a la horrible matanza cometida por las tropas japonesas en Nanking en diciembre de 1937* (1987), p. 35. <<

[135] Sun Zhaiwei, 1937 *Nanjing Beige*, pp. 122-123. <<

[136] *Ibíd.*, p. 123. <<

[137] *Ibíd.*, p. 124. <<

[138] Yin y Young, *The Rape of Nanking*, p. 38. <<

[139] Oficial Comandante C. F. Jeffs al Comandante en Jefe, Flota Asiática de Estados Unidos (con membrete del *USS Oahu*), 14 de febrero de 1938, resumen de inteligencia para la semana que terminó el 13 de febrero de 1938. El informe incluía un extracto de una carta de un misionero (del diario de George Fitch, cuyo nombre no se menciona), que no se facilitó a la prensa por temor a represalias por parte de los japoneses; Oficina del Jefe de Operaciones Navales, División de Inteligencia Naval, correspondencia general, 1929-1942, carpeta A8-21 / FS núm. 3, caja 195, entrada 81, grupo ficha 38, Archivos Nacionales; véase también George Fitch, *My Eighty Years in China* [Mis ochenta años en China] (Taipéi: Mei Ya Publications, 1974), p. 102. <<

[¹⁴⁰] Sun Zhaiwei, 1937 *Nanjing Beige*, pp. 124-126. <<

[141] *Ibíd.* <<

[142] Wilson, *When Tigers Fight*, p. 70. <<

[143] Durdin, «Japanese Atrocities Marked Fall of Nanking After Chinese Command Fled»; A. T. Steele, «Reporters Liken Slaughter of Panicky Nanking Chinese to Jackrabbit Drive in US» [Los reporteros comparan la matanza de chinos atemorizados en Nanking con una batida de conejos en Estados Unidos], *Chicago Daily News*, 4 de febrero de 1938; F. Tillman Durdin, «U. S. Naval Display Reported Likely Unless Japan Guarantees Our Rights; Butchery Marked Capture of Nanking» [Probable despliegue naval de EE. UU. a menos que Japón garantice nuestros derechos; una carnicería marcó la captura de Nanking], *The New York Times*, 18 de diciembre de 1937; entrevistas de la autora con supervivientes. <<

[144] Para más detalles de la congestión, incendios y muertes ante la puerta y los intentos desesperados de cruzar el río, véase A. T. Steele, «Panic of Chinese in Capture of Nanking, Scenes of Horror and Brutality Are Revealed» [Pánico de los chinos en la captura de Nanking, se revelan escenas de horror y brutalidad], *Chicago Daily News*, 3 de febrero de 1938, p. 2; Arthur Menken, «Witness Tells Nanking Horror as Chinese Flee» [Los testigos relatan el horror de Nanking mientras los chinos huyen], *Chicago Tribune*, 17 de diciembre de 1937, p. 4; Durdin, «Japanese Atrocities Marked Fall of Nanking After Chinese Command Fled», p. 38; Fitch, *My Eighty Years in China*, p. 102; Wilson, *When Tigers Fight*; Gao Xingzu, Wu Shimin, Hu Yungong y Zha Ruizhen, «Japanese Imperialism and the Massacre in Nanjing»; entrevistas de la autora con supervivientes. <<

[¹⁴⁵] Para más información sobre el viaje de Tang a los muelles, consúltese Sun Zhaiwei, 1937 *Nanjing Beige*, pp. 133-135. <<

[146] Entrevista de la autora con superviviente Niu Xianming en Monterey Park, California, y entrevistas con otros sobrevivientes en Nanking, República Popular China. <<

[147] Cómo se inició el fuego cerca de la puerta del Agua es una cuestión disputada. A. T. Steele escribió que los soldados chinos incendiaron el Ministerio de Comunicaciones —un hermoso edificio de oficinas y un salón ceremonial de un millón de dólares— para destruir toda la munición que había sido almacenada en su interior [«Power of Chinese in Capture of Nanking, Scenes of Horror and Brutality Are Revealed», *Chicago Daily News*, 3 de febrero de 1938]. Otro periodista especula que proyectiles japoneses perdidos podrían haber caído cerca, prendiendo fuego a la munición; y otros creen que dos vehículos militares colisionaron y estallaron en llamas en el túnel bajo la puerta del Agua [Dick Wilson, *When Tigers Fight*, pp. 66-85]. <<

[148] Sun Zhaiwei, pp. 133-135. <<

[149] Aproximadamente la mitad de la población original: Sun Zhaiwei, «The Nanking Massacre and the Nanking Population», pp. 75-80. <<

[150] Frank Tillman Durdin, «Japanese Atrocities Marked Fall of Nanking After Chinese Command Fled», *The New York Times*, 22 de diciembre de 1937, p. 38; Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 14 de diciembre de 1937, p. 110. <<

[151] Hsu Chuang-ying, testimonio ante IMTFE, Registro de la Sede de Operaciones/de Ocupación Aliada, transcripción del IMTFE, entrada 319 del grupo de registro 331, p. 2.562, Archivos Nacionales. Hsu testifica: «Los soldados japoneses, cuando entraron en la ciudad, fueron muy, muy duros, y se comportaron como bárbaros; disparaban contra todos a los que veían. Cualquier persona que huyera, o que fuera por la calle o deambulando por ahí, o mirara a través de la puerta: los disparaban y morían en el acto». Varios artículos de periódicos, entradas de diarios y cartas corroboran las palabras de Hsu. «Cualquier persona que, por excitación o miedo, se presentaba en el campo de visión de los soldados japoneses estaba en peligro de ser abatida — escribió F. Tillman Durdin (*The New York Times*, 22 de diciembre de 1937) —. A menudo a los ancianos se los veía tumbados boca abajo en la acera, al parecer abatidos por la espalda por el capricho de algún soldado japonés». Véanse también las entradas del diario de George Fitch reimpresas en el *Reader's Digest* (julio de 1938): «Correr era ser ejecutado al instante — escribió—. Al parecer los japoneses asesinaron a muchos por deporte; los soldados nipones se reían del terror claramente visible por igual en las caras de los peones, comerciantes y estudiantes. Me hizo pensar en un pícnic de diablos». <<

[152] Tang Shunsan, entrevista con la autora, Nanking, 25 de julio de 1995. <<

[153] Comité para los Materiales Históricos de la Masacre de Nanking y el Tushuguan de Nanking (Biblioteca de Nanking) (ed.), *Nanjing Datusha Shiliao bianji weiyuanhei* (*Materiales fuente relativos a la horrible masacre cometida por las tropas japonesas en Nanking en diciembre de 1937*) (Nanking: Jiangsu guji Chubanshe [Jiangsu, ed. Libros Antiguos], julio de 1985), p. 142. <<

[154] En relación con el acto de clavar prisioneros a tablas de madera, véase Ling Da, *Xuelui hua jingling* (Describiendo Nanjing con sangre y lágrimas), *Yuzhou de Feng* (El viento del universo) 71 (julio de 1938), reimpreso en *ibíd.*, pp. 142-144. Ling Da no fue un testigo, sino alguien que entrevistó a un superviviente llamado Tan.

En relación con la crucifixión de prisioneros en árboles y postes eléctricos y la práctica de bayoneta, véase Zhu Chengshan, *Qinghua rijun Nanjing Datusha xingcunzhe zhengyanji* (El testimonio de los supervivientes de la masacre de Nanking cometida por los invasores japoneses) (Nanking: Nanjing Daxue Chubanshe [University of Nanking Press], diciembre de 1994), p. 53; *Materiales fuente relativos a la horrible masacre cometida por las tropas japonesas en Nanking en diciembre de 1937* (1985), pp. 142-144.

En relación con el acto de arrancar la piel de sus víctimas a tiras, consultense los *Documentos de archivo relativos a la horrible matanza* (1987), pp. 68-77.

En relación con la extracción de ojos, véase Gao Xingzu, Wu Shimin, Hu Yun Gong y Zha Ruizhen, «El imperialismo japonés y la masacre en Nanking».

En relación con las atrocidades con agujas *zhuzi*, véase un artículo escrito por un soldado (identidad desconocida) que escapó de Nanking, «Jingdi Shouxing Muji ji» (Presenciando las bestiales acciones de los japoneses en Nanking), Hankou Dagongbao, 7 de febrero de 1938, reimpreso en *Materiales fuente relativos a la horrible masacre cometida por las tropas japonesas en Nanking en diciembre de 1937* (1985), p. 129. <<

[155] Xu Zhigeng, *Nanjing datusha* (La Violación de Nanking) (Nanking: Jiangshu Wenyi Chubanshe [Jiangshu editor literario], noviembre de 1994), p. 74; Gao Xingzu, Wu Shimin, Hu Yungong y Zha Ruizhen, «Japanese Imperialism and the Massacre in Nanjing»; *Documentos de archivo relativos a la horrible matanza* (1987), pp. 68-77. <<

[156] Gao Xingzu, Wu Shimin, Hu Yungong y Zha Ruizhen, «Japanese Imperialism and the Massacre in Nanjing». <<

[157] *Documentos de archivo relativos a la horrible matanza* (1987), pp. 68-77. <<

[158] Gao Xingzu, Wu Shimin, Hu Yungong y Zha Ruizhen, «Japanese Imperialism and the Massacre in Nanjing». <<

[159] Xu Zhigeng, *The Rape of Nanking*, p. 138. <<

[160] Chia Chen Ting, «Hell on Earth: The Japanese Army in Nanking During 1937-1938: A Barbaric Crime Against Humanity» [Infierno en la tierra: el ejército japonés en Nanking entre 1937 y 1938; un bárbaro crimen contra la humanidad], *Chinese American Forum 1*, núm. 1 (mayo de 1984). <<

[161] Wilson, *When Tigers Fight*, p. 82. <<

[162] «Witnessing the Beastly Action of the Japanese in Nanking» [Testigos de la actuación bestial de los japoneses en Nanking], p. 128. (Las historias de castraciones, además de vaginas y anos perforados, también se mencionan en la página 68 del *Draft Manuscript of the History Relating to the Horrible Massacre Committed by the Japanese Troops in Nanking in December 1937* [Borrador del manuscrito de la historia relativa a la horrible matanza cometida por las tropas japonesas en Nanking en diciembre de 1937]). <<

[163] Susan Brownmiller, entrevista telefónica con la autora. <<

[164] Rosair, «For one Veteran, Emperor Visit Should Be Atonement»; Fitch, «Nanking Outrages», 10 de enero de 1938, Colección Fitch; Li-En-han, «Cuestiones relativas a la cantidad de chinos que fueron asesinados por el ejército japonés en la Gran Masacre de Nanking», *Journal of Studies of Japanese Aggression against China* (agosto de 1990), p. 74. <<

[165] Entrevista de historia oral con Lewis Smythe a cargo de Ciro Peake y Arthur Rosenbaum, Claremont Graduate School, 11 de diciembre de 1970, 26 de febrero y 16 de marzo de 1971, caja 228, grupo de ficha 8, Biblioteca de la Yale Divinity School. <<

[166] «Deutsche Botschaft China», informe núm. 21, empezando por la página 114, en los informes diplomáticos alemanes, Archivo Nacional de Historia, República de China, presentado por los agricultores Yao-shan Wang, de 75 años, Mei Yo-san, de 70, Wang Yun-kui, de 63, y Hsia Ming-feng, de 54, «a los caballeros alemanes y daneses que se alojaban en la fábrica de cemento cerca de Nanking el 26 de enero de 1938». <<

[¹⁶⁷] Hu Hua-Ling, «Las mujeres chinas bajo la Violación de Nanking». <<

[168] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 8 de marzo de 1938, p. 212. <<

[169] *Ibid.*, 24 de diciembre de 1937, p. 127. <<

[¹⁷⁰] Hsu Shuhsí (ed.), *Documentos de la Zona de Seguridad de Nanking*, núm. 266 (Shanghái, Hong Kong, Singapur: Kelly & Walsh, 1939), p. 128.

<<

[¹⁷¹] Gao Xingzu, Wu Shimin, Hu Yungong y Zha Ruizhen, «Japanese Imperialism and the Massacre in Nanjing». <<

[172] Fitch, «Nanking Outrages», 10 de enero de 1938, Colección Fitch. <<

[¹⁷³] Entrevista de Hop Zhanqing (superviviente) con la autora, Nanking, 29 de julio de 1995. <<

[174] Fitch, «Nanking Outrages», 10 de enero de 1938, Colección Fitch. <<

[¹⁷⁵] Cita publicada en *Dagong Daily* y reimpressa en Gao Xingzu, Wu Shimin, Hu Yungong y Zha Ruizhen, «Japanese imperialism and the Massacre in Nanjing». <<

[¹⁷⁶] Hsu Shuhsi, *Documentos de la Zona de Seguridad de Nanking*, núm. 436, p. 154. <<

[177] Dick Wilson, p. 76; Hsu, p. 123. <<

[178] Hu Hua-ling, «Las mujeres chinas bajo la Violación de Nanking»; «All Military Aggression in China Including Atrocities Against Civilians and Others: Summary of Evidence and Note of Argument», sumario de pruebas sobre atrocidades presentado ante el IMTFE por David Nelson Sutton el 4 de noviembre de 1946, p. 41, Archivo Nacional. <<

[¹⁷⁹] Shuhsi Hsu, *Documentos de la Zona de Seguridad de Nanking*, núm. 428, p. 152. <<

[180] Entrevista con Hou Zhan-qing. <<

[181] «Deutsche Botschaft China», informe núm. 21, comenzando por la página 114, en los informes diplomáticos alemanes, Archivos de Historia Nacional, República Popular China. Otro relato dice: «Puesto que los cuerpos de la mayoría de estas jóvenes no estaban completamente desarrollados, eran insuficientes para satisfacer los deseos animales de los japoneses. Sin embargo, no se detenían: rasgaban los genitales de las niñas y se turnaban para violarlas»; Du Chengxiang, *Un informe sobre las atrocidades japonesas* (Shidai Publishing Co., 1939), p. 55, reimpreso en Gao Xingzu, Wu Shimin, Hu Yungong y Zha Ruizhen, «Japanese imperialism and the Massacre in Nanjing». <<

[182] Hu Hua-ling, «Las mujeres chinas bajo la Violación de Nanking»; Robert Wilson, carta a la familia, 30 de diciembre de 1937, carpeta 3.875, caja 229, grupo ficha 11, Biblioteca de la Yale Divinity School. <<

[183] Juicio del IMTFF, p. 451, Archivo Nacional. <<

[¹⁸⁴] Chu Yong Ung y Chang Chi Hsiang, «All Military Aggression in China Including Atrocities Against Civilians and Others: Summary of Evidence and Note of Argument», p. 37. <<

[185] «Una deuda de sangre: relato de un testigo presencial de las bárbaras acciones de los invasores japoneses en Nanking», *Dagong Daily* (Wuhan), 7 de febrero de 1938; *Xinhua Daily*, 24 de febrero de 1951; Hu Hua-ling, «Las mujeres chinas bajo la Violación de Nanking»; Tang Shunsan, entrevista con la autora, Nanjing, República Popular China, 26 de julio de 1995; Gao Xingzu, Wu Shimin, Hu Yungong y Zha Ruizhen, «Japanese Imperialism and the Massacre in Nanjing». <<

[186] La historia de la familia de Hsia (ahora Xia bajo el sistema pinyin) se cuenta en un documento que describe las fotografías tomadas en Nanking después del 13 de diciembre de 1937, Colección Ernest y Clarissa Forster, caja 263, ficha grupo 8, Documentos Personales Varios, Biblioteca de la Yale Divinity School. <<

[187] Xia Shuqing (la superviviente de ocho años de entonces), entrevista con la autora, Nanking, 27 de julio de 1995. <<

[188] Hsu Chuang-ying (testigo), testimonio ante el IMTFE, Registro de la Sede de Operaciones/de Ocupación Aliada, transcripción del IMTFE, entrada 319 del grupo de registro 331, p. 2.572, Archivos Nacionales. <<

[189] Documento sobre la película núm. 7 de John Magee, que describe las imágenes tomadas en Nanking después del 13 de diciembre de 1937, Colección Ernest y Clarissa Forster. <<

[190] Bergamini, *Japan's Imperial Conspiracy*, p. 27. Véase la fotografía de una de esas víctimas en la sección de ilustraciones de este libro. No está claro si la joven de la foto está inconsciente o muerta. <<

[191] Gao Xingzu, Wu Shimin, Hu Yungong y Zha Ruizhen, «Japanese Imperialism and the Massacre in Nanjing». <<

[192] Para un relato del ahogamiento de bebés, véase George Fitch, diario, entrada con fecha de 17 de diciembre de 1937, citado en Oficial Comandante C. F. Jeffs al Comandante en Jefe, Flota Asiática de Estados Unidos (con membrete del *USS Oahu*), resumen de inteligencia para la semana que terminó el 13 de febrero de 1938, carpeta A8-21 / FS núm. 3, caja 195, entrada 81, grupo ficha 38, Archivo Nacional; véase también James McCallum, diario, 7 de enero de 1938, Biblioteca de la Yale Divinity School. Para un ejemplo de niña asesinada por asfixia tras llenarle la boca con trapos mientras su madre era violada, véase Chang Kia Sze, testimonio del 6 de abril de 1946, Registro de la Sede de Operaciones/de Ocupación Aliada, transcripción del IMTFE, entrada 319 del grupo de registro 331, pp. 4.506-4.507, Archivos Nacionales. <<

[193] Hsu Shuhsi (ed.), *Documentos de la Zona de Seguridad de Nanking*. Elaborado bajo los auspicios del Consejo de Asuntos Internacionales, Chung King (Shanghái, Hong Kong, Singapur: Kelly & Walsh, Ltd., 1939), p. 159.

<<

[194] Wong Pan Sze (veinticuatro años en el momento de comparecer ante el tribunal, quince años en el momento de la Violación de Nankín), testimonio ante el IMTFF, Actas del IMTFF, pruebas documentales exhibidas en el juicio, 1948, Colección de Registros de Crímenes de Guerra de la Segunda Guerra Mundial, caja 134, entrada 14, grupo de registro 238, Archivos Nacionales. <<

[195] «A veces los soldados usaban las bayonetas para rebanar los senos de las mujeres, revelando las pálidas costillas blancas dentro de su pecho. A veces clavaban sus bayonetas en los genitales de las mujeres y las dejaban llorando amargamente en la cuneta. A veces los japoneses tomaban palos de madera, duras cañas de junco e incluso nabos, los introducían en las vaginas de las mujeres y a continuación las golpeaban hasta la muerte. Otros soldados miraban la escena, aplaudían y reían de buena gana»; cita de la Comisión Militar del Kuo Mingtang, Departamento Político, «Un registro veraz de las atrocidades cometidas por el ejército invasor japonés», compilado en julio de 1938, reimpresso en Gao Xingzu, Wu Shimin, Hu Yungong y Zha Ruizhen, «Japanese Imperialism and the Massacre in Nanjing»; testimonio de Wong Sze Pan ante el IMTFE; Hu Hua-ling, «Las mujeres chinas bajo la Violación de Nanking». <<

[196] Forster a su esposa, 24 de enero de 1938, Colección Ernest y Clarissa Forster. <<

[197] Zhu Chengshan, *El testimonio de los supervivientes de la Masacre de Nanjing*, p. 50. <<

[198] Véase Shuhsí Hsu, *Documentos de la Zona de Seguridad de Nanking*, núm. 430, p. 153. Así como Dick Wilson, p. 76. <<

[199] «Shisou houde Nanjing» (Nanking tras su caída en manos japonesas), *Mingzheng yugongyu* 20 (enero de 1938). Este artículo está basado en entrevistas con personas que escaparon de Nanking y llegaron a Wuhan el 18 de enero de 1938. Se reimprime en *Materiales fuente relativos a la Horrible Masacre* (1985), p. 150. <<

[200] Xu Zhigeng, *La Violación de Nanking*, p. 115; Sun Zhaiwei, 1937
Nanjing Beige, p. 353. <<

[201] Ko Chi (también conocido como Guo Qi), «Shendu xueluilu (Grabando con sangre y lágrimas la capital caída)», escrito en la primera mitad de 1938, publicado en agosto de 1938 por *Xijing Pingbao*, un periódico Xian (Xijing es el antiguo nombre de Xian), reimpreso en *Materiales fuente relativos a la Horrible Masacre* (1985), p. 13. <<

[202] «Deutsche Botschaft China», informe núm. 21, comenzando por la página 114, en los informes diplomáticos alemanes, Archivo Nacional de Historia, República de China. <<

[203] Hsu Chuang-ying (testigo), testimonio ante el IMTFE, Registro de la Sede de Operaciones/de Ocupación Aliada, transcripción del IMTFE, entrada 319 del grupo de registro 33, p. 2573, Archivos Nacionales. Uno de los supervivientes, Li Ke-he, fue testigo de cómo cuatro soldados japoneses, después de haber violado a una mujer de cuarenta años, obligaron a su suegro y a su hijo a tener relaciones sexuales con ella; véase Hu Hua-ling, «Las mujeres chinas bajo la Violación de Nanking», p. 68. Los registros del IMTFE también mencionan a un padre obligado por los japoneses a violar a sus propias hijas, un hermano a su hermana, y un anciano a la mujer de su hijo. «Se arrancaron senos, y las mujeres fueron apuñaladas en los pechos. Se aplastaron barbillas y se arrancaron dientes. Unas escenas tan horribles que su visión se hace insoportable», agregaba el registro; exhibiciones de pruebas documentales en el juicio, 1948, caja 134, entrada 14, grupo de registro 238, p. 1706, *Colección de registros sobre crímenes de guerra* de la Segunda Guerra Mundial, Archivos Nacionales. <<

[204] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 23 de enero y 24 de febrero de 1938,
pp. 167, 201. <<

[205] *Ibid.*, 23 de febrero de 1938, p. 200. <<

[206] John Magee a «Billy» (firmado «John»), 11 de enero de 1938, Colección Ernest y Clarissa Forster. <<

[²⁰⁷] Bergamini, *Japan's Imperial Conspiracy*, p. 37; Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 17 de diciembre de 1937, p. 115. <<

[208] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 23 de enero de 1938, p. 168. <<

[²⁰⁹] Hsu Shuhsi, *Documentos de la Zona de Seguridad de Nanking*, núm. 408, p. 158. <<

[210] Carta sin fecha de Forster a su esposa, Colección Ernest y Clarissa Forster. <<

[211] John Magee, carta a su esposa, 1 de enero de 1938, archivos de David Magee. <<

[²¹²] Gao Xingzu, Wu Shimin, Hu Yungong y Zha Ruizhen, «Japanese Imperialism and the Massacre in Nanjing». <<

[²¹³] Hu hua-ling, «Las mujeres chinas bajo la Violación de Nanking», p. 68.

<<

[²¹⁴] Li Xouying, entrevista con la autora, Nanking, 27 de julio de 1995. <<

[²¹⁵] Miner Searle Bates, testimonio ante el IMTAE, pp. 2.629-2.630. <<

[216] Li En-han, «Cuestiones relacionadas con la cantidad de chinos que fueron asesinados por el ejército japonés en la Gran Masacre de Nanking», *Journal of Studies of Japanese Aggression Against China* (agosto de 1990).

<<

[217] Entrevistas de la autora con funcionarios del museo. El número 300.000 está inscrito de forma destacada en la entrada del museo. Honda Katsuichi, un escritor japonés, volvió a Nanking unas décadas más tarde para comprobar las historias por sí mismo. Él piensa que 200.000 chinos fueron asesinados al segundo día de la toma de la ciudad, y que en febrero la cifra de muertos había aumentado hasta 300.000. (Wilson, *When Tigers Fight*, pp. 81-82). El historiador chino Li En-han ha dicho que «el cálculo que cifra el número total de muertes [...] en 300.000 es absolutamente fiable». (Hu Hua-ling, «Conmemorando el 53.º aniversario de la Gran Masacre de Nanking: refutando el absurdo y la mentira de Ishihara Shintaro», *Journal of Studies of Japanese Aggression Against China*, noviembre de 1990, p. 27). <<

[²¹⁸] «Tabla: Estimación del número de víctimas de la masacre japonesa en Nanking», documento núm. 1.702, caja 134, registros del IMTFE, exhibiciones de pruebas documentales en el juicio de 1948, *Colección de registros sobre crímenes de guerra de la Segunda Guerra Mundial*, entrada 14, grupo de registro 238, Archivos Nacionales. <<

[²¹⁹] Hu Hua-ling, «Conmemorando el 53.^a Aniversario», p. 72. <<

[220] John Rabe, «Aviones enemigos sobre Nanking», informe a Adolf Hitler, en la Biblioteca de la Yale Divinity School. Rabe escribe: «De acuerdo con los informes chinos, fueron asesinados un total de 100.000 civiles chinos. Pero esa parece ser una sobreestimación —nosotros, los europeos, calculamos que el número oscila entre 50.000 y 60.000—». <<

[221] Cook y Cook, *Japan at War*, p. 39. <<

[222] *Ibíd.* <<

[223] United Press International, 10 de mayo de 1994. <<

[²²⁴] Sun Zhaiwei, «La masacre de Nanking y la población de Nanking», pp. 75-80; «Guanyu Nanjing datusa siti chunide yenjou» (Sobre la cuestión de la eliminación de los cuerpos durante la masacre de Nanking), *Nanjing Shehui Kexue*, 44, núm. 4 (1991), pp. 72-78. <<

[225] El establecimiento de gobiernos títere era una costumbre nipona de larga data en las áreas de China ocupadas por Japón, que permitía a los japoneses preservar las estructuras locales de poder y situar a determinadas élites locales en deuda con ellos. <<

[226] *Documentos de archivo relativos a la horrible matanza* (1987), pp. 101-103; «150.000 Bodies Dumped in River in Nanking Massacre Affidavit» [«150.000 cuerpos arrojados al río en la masacre de Nanking, información contrastada»], Reuters, 14 de diciembre de 1990. <<

[227] Wu Tien-wei, «Que el mundo entero sepa de la masacre de Nanking: una reseña de tres recientes libros pictográficos sobre la matanza y sus estudios», informe distribuido en 1997 por la Sociedad de Estudios de la Agresión Japonesa contra China. <<

[228] Shi Young, entrevista telefónica con la autora. <<

[229] Es difícil decir cuántos de los cuerpos que la corriente fue depositando a lo largo del río fueron finalmente enterrados en la orilla. El 11 de abril de 1938, Minnie Vautrin escribió en su diario que un hombre le había dicho que «se sigue informando de muchos cadáveres a ambas orillas del Yangtsé, y de muchos cuerpos hinchados que van flotando río abajo —de soldados y de civiles—. Le pregunté si se refería a decenas o a centenares, y me dijo que le parecía que eran miles y miles»; diario 1937-1940, p. 247. <<

[230] Mensajes diplomáticos japoneses «Máquina Roja» núm. 1.263, traducido el 1 de febrero de 1938, registro de grupo 457, Archivos Nacionales. El corresponsal del *Manchester Guardian* H. J. Timperley escribió originalmente este informe, que fue incautado por los censores japoneses en Shanghái. (Véase «Máquina Roja», mensajes diplomáticos japoneses cifrados núm. 1.257). Su cálculo de 300.000 muertes se incluyó más tarde en el mensaje enviado a Washington por el ministro de asuntos exteriores japonés Hirota Koki. La importancia de este mensaje radica en que demuestra que el gobierno japonés no solo sabía de la cifra de 300.000 dada por Timperley, sino que en su momento trató de suprimir esa información. <<

[²³¹] Wu Tien-wei, «Que el mundo entero sepa de la masacre de Nanking», p. 16. <<

[232] Angie Mills a la autora, carta fechada el 16 de febrero de 1997. En sus archivos familiares, Mills encontró una copia de un discurso pronunciado por John Rabe ante un grupo de occidentales el 28 de febrero de 1938, en la delegación del YMCA en Shanghái. En él, decía: «Debo decirles que el Sr. Mills es el hombre que tuvo originalmente la idea de crear la Zona de Seguridad. Puedo decir que el cerebro de nuestra organización se encontraba en Ping Tsang Hsiang n.º 3 [la dirección, de acuerdo con Angie Mills, de la casa de Lossing Buck, donde vivían nueve o diez de los norteamericanos durante aquel periodo, cerca de la Universidad de Nanking]. Gracias a la inteligencia de mis amigos norteamericanos: el Sr. Mills, el Sr. Bates, el Dr. Smythe, el Sr. Fitch, el Sr. Sone, el Sr. Magee, el Sr. Forster y el Sr. Riggs, se puso en pie el Comité, y gracias a su duro trabajo funcionó tan bien como podría esperarse, teniendo en cuenta las terribles circunstancias en las que vivíamos». <<

[233] «Sinking of the *USS Panay*» [Hundimiento del *USS Panay*], cap. 11 de *Some Phases of the Sino-Japanese Conflict* [Algunas fases del conflicto entre China y Japón] (julio a diciembre de 1937), compilado a partir de los registros del comandante en jefe, Flota Asiática, por el capitán W. A. Angwin (MC), USN, diciembre de 1938, Shanghái, Oficina del Jefe de Operaciones Navales, División de Inteligencia Naval, correspondencia general, 1929-1942, carpeta P9-2 / EF16 núm. 23, caja 284, entrada 81, grupo de registro 38, Archivos Nacionales; «El incidente *Panay*», Actas de la Oficina del Jefe de Operaciones Navales, actas del subjefe de operaciones navales, 1882-1954, División de Inteligencia —Informes del Agregado Naval—, 1886-1939, caja 438, entrada 98, ficha grupo 38, Archivos Nacionales; «The Bombing of the *USS Panay*», [El bombardeo del *USS Panay*], elaborado por el Sr. E. Larsen después de consultar con el Sr. Norman Alley, 31 de diciembre de 1937, caja 438, entrada 98, grupo de registro 38, Archivo Nacional; Weldon James, «Terror Hours on *Panay* Told by Passenger» [Horas de terror en el *Panay* relatadas por un pasajero], *Chicago Daily News*, 13 de diciembre de 1937; A. T. Steele, «Chinese War Horror Pictured by Reporter: *Panay* Victims Under Japanese Fire for Full Half Hour; Butchery and Looting Reign in Nanking» [El horror de la guerra china fotografiado por el reportero: las víctimas del *Panay*, bajo el fuego japonés durante media hora entera; la carnicería y el saqueo reinan en Nanking], *Chicago Daily News*, 17 de diciembre de 1937, Bergamini, pp. 24-28. <<

[234] Marjorie Wilson, entrevista telefónica con la autora. <<

[235] Alice Tisdale Hobart, *Within the Walls of Nanking* [Entre los muros de Nanking] (Nueva York: Macmillan, 1928), pp. 207-208. <<

[236] «Deutsche Botschaft China», informes diplomáticos alemanes, documento fechado el 15 de enero de 1938, a partir de la página 214, Archivo Histórico Nacional, República de China. <<

[237] Los detalles de los primeros años de vida de John Rabe provienen de la correspondencia entre la autora y la nieta de Rabe, Ursula Reinhardt, así como de los archivos de la compañía Siemens en Berlín (Alemania). <<

[238] El relato de Rabe de la Violación de Nanking se puede encontrar en su informe a Adolf Hitler, titulado «Aviones enemigos sobre Nanking», algunas de cuyas copias se conservan en la Biblioteca de la Yale Divinity School, en el Salón Conmemorativo de las Víctimas de la Masacre de Nanking por Invasores Japoneses, y en el Bundesarchiv de la República Federal de Alemania. Toda la información y las citas en esta sección que no se atribuyan expresamente a otra fuente provienen de este informe. <<

[239] Carta de John Rabe, del Comité Internacional para la Zona de Seguridad de Nanking a la Embajada Imperial Japonesa, de 27 de diciembre de 1937, adjunta al informe titulado «Las condiciones en Nanking», 25 de enero de 1938, División de Inteligencia, Informes del Agregado Naval, 1886-1939, Actas de la Oficina del Jefe Adjunto de Operaciones Navales, 1882-1954, Oficina de Inteligencia Naval, caja 996, entrada 98, grupo de registro 38, Archivos Nacionales. <<

[²⁴⁰] Fitch, *My Eighty Years in China*, p. 101. <<

[241] Hsu, p. 56. <<

[242] Hsu, p. 2. <<

[243] Carta de John Rabe a Fukuda Tokuyasa, 15 de diciembre de 1937, caja 996, entrada 98, ficha grupo 38, Archivos Nacionales. <<

[244] George Fitch, entrada del diario fechada el 14 de diciembre de 1937, reimpressa en *My Eighty Years in China*, p. 106. Una de las copias originales puede encontrarse en: oficial al mando C. F. Jeffs al Comandante en Jefe, Flota Asiática de Estados Unidos (encabezamiento con membrete del *USS Oahu*), 14 de febrero de 1938, resumen de inteligencia para la semana que terminó el 13 de febrero de 1938, Oficina del Jefe de Operaciones Navales, División de Inteligencia Naval, correspondencia general, 1929-1942, p. 5, carpeta A8-21 / FS núm. 3, caja 195, entrada 81, grupo de registro 38, Archivos Nacionales. En el diario, Fitch escribió: «*Not a whimper came from the entire throng. Our own hearts were lead... How foolish I had been to tell them the Japanese would spare their lives!*». [De toda la multitud no salió ni un solo gemido. Nuestros propios corazones eran de plomo... ¡Qué iluso por mi parte había sido decirles que los japoneses los dejarían vivir!]. <<

[245] Carta de John Rabe a la Embajada Imperial Japonesa, de 17 de diciembre de 1937, adjunto núm. 8 al informe titulado «Las condiciones en Nanking», 25 de enero de 1938, caja 996, entrada 98, grupo de registro 38, Archivos Nacionales. Esta carta también se puede encontrar en Hsu Shuhsi (ed.), *Documentos de la Zona de Seguridad de Nanking. Elaborado bajo los auspicios del Consejo de Asuntos Internacionales, Chungking* (Shanghái, Hong Kong, Singapur: Kelly & Walsh, 1939). <<

[246] Rabe a la Embajada Imperial Japonesa, 17 de diciembre de 1937. Hsu Shuhssi, *Documentos de la Zona de Seguridad de Nanking*, p. 12. <<

[247] Rabe a la Embajada Imperial Japonesa, 17 de diciembre de 1937. Hsu Shuhssi, *Documentos de la Zona de Seguridad de Nanking*, p. 20. <<

[248] Rabe a la Embajada Imperial Japonesa, 17 de diciembre de 1937. Hsu Shuhssi, *Documentos de la Zona de Seguridad de Nanking*, p. 17. <<

[249] Juicio ante el IMTFE, Archivos Nacionales. Véase «Veredicto del Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente sobre la Violación de Nanking», *Journal of Studies of Japanese Aggression against China*, noviembre de 1990, p. 75. <<

[²⁵⁰] La advertencia de Fu Kuishan a Rabe, registrada en el diario de John Rabe, 10 de febrero de 1938, p. 723. <<

[251] Robert Wilson, carta a la familia, 31 de enero de 1938, p. 61. <<

[252] Incluso el personal de la embajada japonesa parecía alegrarse en secreto de los excesos del ejército japonés. Cuando Hsu Chuang-ying sorprendió a un soldado japonés violando a una mujer en un baño público e informó de ello a Fukuda, vicecónsul de la embajada de Japón, vio que este tenía «una pequeña sonrisa en su rostro». Transcripción del Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente. Testimonio de Hsu Chuang-ying, testigo. RG 311, entrada 319, página 2.570-2.571. Registros de la Sede Operacional/de Ocupación Aliada, Archivos Nacionales, Washington. <<

[253] Copia del diario de George Fitch, incluida en el archivo del Asistente del Agregado Naval E. G. Hagen al Jefe de Operaciones Navales (Director de Inteligencia Naval), Departamento de la Marina, Washington, 7 de marzo de 1938, Oficina del Jefe de Operaciones Navales, División de Inteligencia Naval, correspondencia general, 1929-1942, carpeta P9-2 / EF16 núm. 8, caja 277, entrada 81, grupo de registro 38; reimpresso asimismo en Fitch, *My Eighty Years in China*, p. 114. <<

[254] «Cases of Disorder by Japanese Soldiers in the Safety Zone» [Casos de desórdenes provocados por soldados japoneses en la zona de seguridad], archivado el 4 de enero de 1938 en Hsu Shuhsí, *Documentos de la Zona de Seguridad de Nanking*, p. 65. <<

[255] «Cases of Disorder by Japanese Soldiers in the Safety Zone», subadjunto de adjunto núm. 1-c, División de Inteligencia, Informes del Agregado Naval, 1886-1939, Actas de la Oficina del Jefe Adjunto de Operaciones Navales, 1882-1954, Oficina de Inteligencia Naval, carpeta H-8-B, Registro núm. 1727A, caja 996, entrada 98, grupo de registro 38, Archivos Nacionales. <<

[256] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 17 de febrero de 1938, p. 198. <<

[257] Fitch, «Nanking Outrages», 10 de enero de 1938, Colección Fitch. <<

[258] Robert Wilson, carta a la familia, víspera de Navidad de 1937, p. 6. <<

[259] La información biográfica temprana de Robert Wilson proviene de Marjorie Wilson (su viuda), entrevistas telefónicas con la autora. <<

[260] *Ibíd.* <<

[261] Robert Wilson, carta a la familia, 18 de agosto de 1937. <<

[262] Marjorie Wilson, entrevista telefónica. <<

[263] Robert Wilson, carta a la familia, 12 de octubre de 1937, p. 15. <<

[264] *Ibid.*, 20 de agosto de 1937, p. 9. <<

[265] *Ibid.*, 9 de diciembre de 1937, p. 35. <<

[²⁶⁶] *Ibíd.*, 25 y 27 de septiembre de 1937; Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 26 de septiembre de 1937, p. 33. <<

[267] Robert Wilson, carta a la familia, 23 de agosto de 1937. <<

[268] Comandante de la Patrulla Yangtsé E. J. Marquart al Comandante en Jefe de la Flota Asiática de Estados Unidos (encabezamiento marcado con membrete «Patrulla Yangtsé, *USS Luzon* [buque insignia]»), resumen de inteligencia para la semana que finalizó el 24 de octubre de 1937, 25 de octubre de 1937, Oficina del Jefe de Operaciones Navales, División de Inteligencia Naval, correspondencia general, 1929-1942, carpeta A8-2 / FS núm. 2, caja 194, entrada 81, grupo de registro 38, Archivos Nacionales; Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 26 de octubre y 8 de noviembre de 1937, pp. 55, 64 (escribe que unos 100.000 soldados han resultado heridos o muertos en el área de Shanghái). <<

[269] *Ibíd.* <<

[270] Minnie Vautrin, diario, 1937-1940, 5 de diciembre de 1937, p. 96; Ernest y Clarissa Forster, carta a los padres, 7 de diciembre de 1937, Colección Ernest y Clarissa Forster. <<

[271] Robert O. Wilson (testigo), testimonio, Registros de la Sede Operacional/ de Ocupación Aliada, transcripción del IMTFE, entrada 319, grupo de registro 331, pp. 2.531-2.532, Archivos Nacionales. <<

[272] Informe de la Sra. E. H. Forster, 12 de diciembre de 1937, a partir de una nota informativa de la Colección Ernest y Clarissa Forster. <<

[²⁷³] Robert Wilson, carta a la familia, 2 de diciembre de 1937; A. T. Steele, «Tells Heroism of Yankees in Nanking» [Revela el heroísmo de los yanquis en Nanking], *Chicago Daily News*, 18 de diciembre de 1937. <<

[274] Robert Wilson, carta a la familia, 7 de diciembre de 1937. <<

[275] *Ibíd.*, 14 de diciembre de 1937. <<

[276] *Ibíd.* <<

[277] Durdin, «Japanese Atrocities Marked Fall of Nanking»; Rabe, «Aviones enemigos sobre Nanking»; extracto de una presentación oral a cargo del Sr. Smith, de Reuters, sobre los acontecimientos de Nanking, celebrada entre el 9 y el 15 de diciembre de 1937, documento núm. 178, Hankow, 1 de enero de 1938, en «Deutsche Botschaft China», informes diplomáticos alemanes, Archivos de Historia Nacional, República Popular China. <<

[278] Robert Wilson, carta a la familia, 18 de diciembre de 1937. <<

[279] *Ibíd.*, 28 de diciembre de 1937. <<

[280] *Ibíd.*, 19 de diciembre de 1937. <<

[281] *Ibid.*, 15 de diciembre de 1937. <<

[282] *Ibíd.*, 18 de diciembre de 1937. <<

[283] *Ibíd.*, 19 de diciembre de 1937. <<

[284] *Ibíd.*, 24 de diciembre de 1937. <<

[285] *Ibid.*, 30 de diciembre de 1937. <<

[286] Durdin, «Japanese Atrocities Marked Fall of Nanking». <<

[287] Robert Wilson, carta a la familia, 24 de diciembre de 1937. <<

[288] Robert Wilson, carta a la familia, 21 de diciembre de 1937, p. 6; Marjorie Wilson, entrevista telefónica con la autora; John Magee a «Billy» (firmado «John»), 11 de enero de 1938, Colección Ernest y Clarissa Forster. <<

[289] Marjorie Wilson, entrevista telefónica con la autora. <<

[290] *Ibíd.* <<

[291] J. H. McCallum, entrada del diario del 3 de enero de 1937, reimpresso en *American Missionary Eyewitnesses to the Nanking Massacre, 1937-1938* [Testigos presenciales misioneros norteamericanos de la masacre de Nanking, 1937-1938], ed. Martha Lund Smalley (New Haven, Connecticut: Biblioteca de la Yale Divinity School, 1997), p. 39. <<

[292] Robert Wilson, carta a la familia, 1 de enero de 1938, p. 11. <<

[293] *Ibíd.* 26 de diciembre de 1937, p. 7. <<

[294] James Yin (coautor de *The Rape of Nanking*), entrevista telefónica con la autora. La información sobre McCallum proviene de su investigación en China. <<

[295] Marjorie Wilson, entrevista telefónica con la autora. <<

[296] Los datos biográficos tempranos sobre Vautrin provienen de Emma Lyon (nieta de Vautrin), entrevista telefónica con la autora, 28 de octubre de 1996.

<<

[297] La mayor parte de la información de esta sección proviene directamente del diario de Vautrin, 1937-1940, Biblioteca de la Yale Divinity School. A pesar de que ella utilizó su propio sistema de numeración (en la parte superior central de cada página), he utilizado los números de página de la Yale Divinity School, que fueron estampados en la esquina superior derecha de cada página del diario. <<

[298] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 2-18 de julio de 1937, p. 2. <<

[299] *Ibid.*, 20 de septiembre de 1937, p. 27. <<

[300] *Ibid.*, 1 y 8 de diciembre de 1937, pp. 91, 100; Oficial al mando C. F. Jeffs al Comandante en Jefe, Flota Asiática de Estados Unidos (encabezamiento con membrete del *USS Oahu*), 14 de febrero de 1938, resumen de inteligencia para la semana que terminó el 13 de febrero de 1938 (incluye extracto de la carta de un misionero, que no fue facilitada a la prensa por temor a represalias por parte de los japoneses); diario de George Fitch (cuyo nombre no se facilita en el informe), Oficina del Jefe de Operaciones Navales, División de Inteligencia Naval, correspondencia general, 1929-1942, carpeta A8-21 / FS núm. 3, caja 195, entrada 81, grupo de registro 38, Archivos Nacionales. <<

[301] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 3, 6 y 7 de diciembre de 1937, pp. 94, 97, 98. <<

[302] *Ibid.*, 6 de octubre de 1937, p. 41. <<

[303] Minnie Vautrin, «Compartiendo la “abundante vida” de un campo de refugiados», 28 de abril de 1938, caja 103, ficha grupo 8, Colección Jarvis, Biblioteca de la Yale Divinity School. <<

[304] Carta a los padres, probablemente de Forster, 4 de octubre de 1937,
desde Hsiakwan, Colección de Ernest y Clarissa Forster. <<

[305] 793.94/12060, informe núm. 9.114, 11 de diciembre de 1937, informe restringido, Registros Generales del Departamento de Estado, Archivos Nacionales. <<

[306] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 15 de diciembre de 1937, p. 111. <<

[307] *Ibíd.* <<

[308] *Ibid.*, 16 de diciembre de 1937, pp. 112-113. <<

[309] *Ibid.*, 16 de diciembre de 1937, p. 113. <<

[310] *Ibid.*, 16 de diciembre de 1937, p. 114. En su diario, Vautrin registra que las mujeres gritaron «Gin Ming», pero una traducción más exacta de la expresión china de «auxilio» es «Jiu Ming». <<

[311] *Ibid.*, 17 de diciembre de 1937, pp. 115-116. <<

[3¹²] *Ibíd.*, pp. 117-118. <<

[313] *Ibid.*, 27 de diciembre de 1937, p. 130. <<

[314] *Materiales fuente relativos a la Horrible Masacre de Nanking (1985)*,
pp. 9-10. <<

[3¹⁵] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 1 de enero de 1938, p. 137. <<

[316] *Ibid.*, 18 de diciembre de 1937, pp. 119-120. <<

[3¹⁷] *Ibid.*, 24 de diciembre de 1937, p. 127. <<

[318] *Ibid.* <<

[319] Adjunto al informe «Las condiciones en Nanking», 25 de enero de 1938, División de Inteligencia, Informes del Agregado Naval, 1886-1939, Actas de la Oficina del Jefe Adjunto de Operaciones Navales, 1882-1954, Oficina de Inteligencia Naval, caja 996, entrada 98, grupo de registro 38, Archivos Nacionales; Hu Hua-ling, «Las mujeres chinas bajo la Violación de Nanking», p. 69. <<

[320] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 28 de diciembre de 1937, p. 131. <<

[321] Fitch, *My Eighty Years in China*, p. 117. <<

[322] John Magee, carta a su esposa, 30 de diciembre de 1937, archivos de David Magee. <<

[323] Hsu Shuhsi, *Documentos de la Zona de Seguridad de Nanking*, p. 84. <<

[324] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 3 de diciembre de 1937, p. 135. <<

[325] *Ibid.*, 4 de enero de 1938, p. 141. <<

[326] *Ibid.*, 6 de enero de 1938, p. 144. <<

[327] *Ibíd.*, 31 de diciembre de 1937, p. 135. <<

[328] Ernest Forster, carta de 21 de enero de 1938, Colección Ernest y Clarissa Forster. <<

[329] (Autor desconocido, pero probablemente se trate de Lewis Smythe), carta del 1 de febrero de 1938, caja 228, registro de grupo 8, Biblioteca de la Yale Divinity School. <<

[330] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 4 de febrero de 1938, p. 183. <<

[331] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 18 de diciembre de 1937. <<

[332] (Autor no identificado en el 145 de la calle Hankow), carta de 12 de febrero de 1939, Colección Ernest y Clarissa Forster. <<

[333] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 16 de diciembre de 1937, p. 114. <<

[334] Hsu Chi-ken, «La Gran Masacre de Nanking: testimonios de los testigos» (Taipéi, 1993), pp. 56-57. <<

[335] *Ibid.*, p. 60. <<

[336] Hua-ling W. Hu, «Miss Minnie Vautrin: The Living Goddess for the Suffering Chinese People During the Nanking Massacre» [La señorita Minnie Vautrin: La diosa viviente para el martirizado pueblo chino durante la masacre de Nankín], *Chinese American Forum* 11, núm. 1 (julio de 1995): 20; de Ko Chi, «Recording with Blood and Tears the Fallen Capital», [Documentando con sangre y lágrimas la capital caída], en *Materiales fuente relativos a la horrible masacre de Nanking.* <<

[337] Huang Shu, entrevista con el cineasta Jim Culp; transcripción de los archivos personales de Jim Culp, San Francisco. <<

[338] Ko Chi, «Blood and Tears», p. 16; Hua-ling W. Hu, «Miss Minnie Vautrin», p. 18. <<

[339] Christian Kröger, «Días fatales en Nanking», informe inédito, 13 de enero de 1938, archivos de Peter Kröger. <<

[340] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 4 de marzo de 1938, p. 208; sobre las setas, véase Liu Fonghua, entrevista con la autora, Nanking, República Popular China, 29 de julio de 1995. <<

[341] Lewis S. C. Smythe a Tokuyasu Fukuda, agregado de la Embajada de Japón, adjunto núm. 1 al informe titulado «Las condiciones en Nanking», 25 de enero de 1938, División de Inteligencia, Informes del Agregado Naval, 1886-1939, Actas de la Oficina del Jefe Adjunto de Operaciones Navales, 1882-1954, Oficina de Inteligencia Naval, caja 996, entrada 98, ficha de registro 38, Archivos Nacionales. <<

[342] James McCallum, diario, 30 de diciembre de 1937, Biblioteca de la Yale Divinity School. <<

[343] Hsu Shuhsi, *Documentos de la Zona de Seguridad de Nanking*, p. 24. <<

[344] «Cases of Disorder by Japanese Soldiers in Safety Zone», subadjunto al adjunto núm. 1-c, División de Inteligencia, Informes del Agregado Naval, 1886-1939, Actas de la Oficina del Jefe Adjunto de Operaciones Navales, 1882-1954, Oficina de Inteligencia Naval, carpeta H-8-B, Registro núm. 1727A, caja 996, entrada 98, grupo de registro 38, Archivos Nacionales. <<

[345] Diario de John Magee en una extensa carta a su esposa, entrada del 19 de diciembre de 1937, archivos de David Magee. <<

[346] «Cases of Disorder by Japanese Soldiers in Safety Zone», subadjunto al adjunto núm. 1-c, División de Inteligencia, Informes del Agregado Naval, 1886-1939, Actas de la Oficina del Jefe Adjunto de Operaciones Navales, 1882-1954, Oficina de Inteligencia Naval, carpeta H-8-B, Registro núm. 1727A, caja 996, entrada 98, grupo de registro 38, Archivos Nacionales. <<

[347] John Magee a «Billy» (firmado como «John»), 11 de enero de 1938,
Colección Ernest y Clarissa Forster. <<

[348] Diario de John Rabe, entrada de 22 de diciembre de 1937, pp. 341-342.

<<

[349] En «Días fatales en Nanking», Christian Kröger manifiesta su creencia de que entre 200.000 y 250.000 refugiados huyeron a la Zona el 12 de diciembre; Miner Searle Bates («informe preliminar sobre la labor de Christian en Nanking», archivos de Shao Tzuping) se hace eco de la cifra de 250.000; la estimación de 300.000 refugiados en la Zona proviene del testimonio del IMTFE de Hsu Chuang-ying, que estaba a cargo de la política de vivienda en la Zona; véase transcripción del IMTFE, entrada 319 del grupo de registro 331, p. 2.561, Archivos Nacionales. <<

[350] Morris-Suzuki, *Showa*, p. 34. <<

[351] Frank Tillman Durdin, entrevista telefónica con la autora, enero de 1996.

<<

[352] Colección A. T. Steele, Biblioteca de la Arizona State University. <<

[353] C. Yates McDaniel, «Nanking Horror Described in Diary of War Reporter» [El horror de Nanking descrito en el diario de guerra de un reportero], *Chicago Tribune*, 18 de diciembre de 1937. <<

[354] El primer reportero norteamericano en dar a conocer la historia completa de la matanza fue Archibald Steele. Cuando los corresponsales abordaron el Oahu, Durdin, que por entonces tenía veintinueve años, no pudo enviar por radio los partes de sus descubrimientos porque el operador dijo que ello iba en contra de las regulaciones. Pero de alguna manera Steele sí consiguió enviar la historia de Durdin. «¡Creo que le deslizó un billete de 50 dólares o algo así!», exclamó Durdin décadas más tarde en «Mr. Tillman Durdin's Statement on the News Conference—Refuting the Distortions of His Reports on the Great Nanking Massacre by the Japanese Media» [Declaración del Sr. Tillman Durdin en conferencia de prensa refutando las distorsiones de sus informes sobre la Gran Masacre de Nanking por parte de los medios japoneses] (*Journal of Studies of Japanese Aggression Against China*, agosto de 1992, p. 66). «Yo era joven y nuevo en el oficio, y Steele un perro viejo. Así que me pisó la primicia». <<

[355] C. Yates McDaniel, «Nanking Horror Described in Diary of War Reporter», *Chicago Tribune*, 18 de diciembre de 1937. <<

[356] «Mr. Tillman Durdin's Statement on the News Conference—Refuting the Distortions of His Reports on the Great Nanking Massacre by the Japanese Media», *Journal of Studies of Japanese Aggression against China*, agosto de 1992, p. 66. <<

[357] McDaniel, «Nanking Horror Described in Diary of War Reporter». <<

[358] Los detalles del último día en Nanking de Durdin y Steele se pueden encontrar en sus informes de noticias, en el diario de Fitch y en «Mr. Tillman Durdin's Statement on the News Conference». <<

[359] Para obtener información sobre Norman Alley y Eric Mayell filmando el ataque, véase «*Camera Men Took Many Panay Pictures*» [Varios cámaras tomaron muchas fotografías del *Panay*], *The New York Times*, 19 de diciembre de 1937. <<

[360] Steele, «Chinese War Horror Pictured by Reporter». <<

[361] Hamilton Darby Perry, *The Panay Incident: Prelude to Pearl Harbor* [El incidente del Panay: preludio de Pearl Harbor] (Toronto: Macmillan, 1969), p. 226. <<

[362] Noticia de la United Press reimpressa en el *Chicago Daily News*, 13 de diciembre de 1937. <<

[363] «Hundimiento del *USS Panay*», cap. 11 de *Some Phases of the Sino-Japanese Conflict* [Algunas fases del conflicto entre China y Japón] (julio-diciembre de 1937), compilado a partir de los registros del Comandante en Jefe, Flota Asiática, por el capitán Angwin W. A. (MC), USN, diciembre de 1938, Shanghái, Oficina del Jefe de Operaciones Navales, División de Inteligencia Naval, correspondencia general, 1929-1942, carpeta P9-2/EF16 núm. 23, caja 284, entrada 81, grupo ficha 38, Archivos Nacionales. <<

[364] Noticia de la United Press reimpressa en el *Chicago Daily News*, 29 de diciembre de 1937; 793.94/12177, Registros Generales del Departamento de Estado, registro del grupo 59, Archivos Nacionales. <<

[365] Copia del diario de George Fitch, adjunto al archivo del Asistente Agregado Naval E. G. Hagen al Jefe de Operaciones Navales, el 7 de marzo de 1938, Archivos Nacionales. <<

[366] Oficial al mando al Comandante en Jefe, Flota Asiática de Estados Unidos (encabezamiento con membrete del *USS Oahu*), resumen de inteligencia para la semana que terminó el 20 de febrero de 1938, 21 de febrero de 1938, Oficina del Jefe de Operaciones Navales, División de Inteligencia Naval, correspondencia general, 1929-1942, carpeta A8-21/FS núm. 3, caja 195, entrada 81, grupo de registro 38, Archivos Nacionales. <<

[367] Mensajes diplomáticos japoneses «Máquina Roja», núm. 1.794, traducidos el 4 de mayo de 1938, cajas 1-4, grupo de registro 457, Archivos Nacionales. <<

[368] «Deutsche Botschaft China», documento núm. 214, informes diplomáticos alemanes, Archivo Nacional de Historia de la República de China. De acuerdo con este informe, los diplomáticos alemanes volvieron a la ciudad el 9 de enero de 1938. <<

[369] Para obtener información sobre la Máquina Roja norteamericana, se puede ver David Kahn, «Roosevelt, Magic and Ultra» [Roosevelt, magia y más allá], en *Historians and Archivists*, ed. George O. Kent (Fairfax, Virginia: George Mason University Press, 1991). <<

[370] Mensajes diplomáticos japoneses «Máquina Roja», núm. 1.171, registro de grupo 457, Archivos Nacionales. <<

[371] Perry, *The Panay Incident*, p. 232. <<

[372] Mensajes diplomáticos japoneses «Máquina Roja», caja 2, registro de grupo 457, Archivos Nacionales. <<

[373] Robert Wilson, carta a la familia, 20 de diciembre de 1937. <<

[374] Diario de George Fitch, reimpresso en *Reader's Digest* (julio de 1938).

<<

[375] Diario de George Fitch, *My Eighty Years in China*, p. 115. <<

[376] *Reader's Digest* (julio de 1938). <<

[377] Los Smythe, carta de 8 de marzo de 1938, caja 228, grupo de ficha 8,
Biblioteca de la Yale Divinity School. <<

[378] Archivos de David Magee. Una copia del artículo también se puede encontrar en George Fitch, diario, incluido en el archivo del Asistente del Agregado Naval E. G. Hagen al Jefe de Operaciones Navales, 7 de marzo de 1938, Archivos Nacionales. <<

[379] James McCallum, entrada del diario del 9 de enero de 1938 (copia), caja 119, grupo de registro 119, Biblioteca de la Yale Divinity School, reimpresso en Smalley, *American Missionary Eyewitnesses to the Nanking Massacre*, p. 43. <<

[380] Copia del diario de George Fitch, entrada del 11 de enero de 1938, incluida en el archivo de Asistente del Agregado Naval E. G. Hagen al Jefe de Operaciones Navales, 7 de marzo de 1938, Archivos Nacionales. <<

[381] *Reader's Digest* (julio de 1938). <<

[382] Lewis y Margaret Smythe, carta a los «amigos en el país de Dios» [«Friends in God's Country»], 8 de marzo de 1938, caja 228, grupo de ficha 8, Biblioteca de la Yale Divinity School. <<

[383] *Reader's Digest* (julio de 1938). <<

[384] «Deutsche Botschaft China», documento que comienza a partir de la página 107, 4 de marzo de 1938, Archivos de Historia Nacional, República de China. <<

[385] Ernest Forster, carta del 10 de febrero de 1938, Colección Ernest y Clarissa Forster. <<

[386] «Deutsche Botschaft China», documento que comienza en la página 134, 14 de febrero de 1938, Archivos de Historia Nacional, República de China.

<<

[387] Mensajes diplomáticos japoneses cifrados con la «Máquina Roja», D (7-1269) núm. 1.129-A, cajas 1-4, registro de grupo 457, Archivos Nacionales.

<<

[388] John Gillespie Magee, sénior, fue el padre de John Gillespie Magee, júnior, que sirvió en la Real Fuerza Aérea Canadiense y escribió el famoso poema de la Segunda Guerra Mundial «Alto Vuelo» [High Flight] («Oh! I have slipped the surly bonds of earth / And danced the skies on laughter-silvered kings...»). <<

[389] Copia del diario de George Fitch, entrada del 24 de diciembre de 1937, incluida en el archivo del Asistente Agregado Naval E. G. Hagen al Jefe de Operaciones Navales, 7 de marzo de 1938, Archivo Nacional, reimpreso en Fitch, *My Eighty Years in China*, p. 98. <<

[390] James McCallum, diario, entrada del 19 de diciembre de 1937 (copia), caja 119, grupo de ficha 8, Biblioteca de la Yale Divinity School, reimpresso en Smalley, *American Missionary Eyewitnesses to the Nanking Massacre*, p. 21. <<

[391] John Magee, carta a su esposa, 31 de diciembre de 1937, archivos de David Magee. <<

[392] John Magee, carta a «Billy» (firmado «John»), 11 de enero de 1938,
Colección Ernest y Clarissa Forster. <<

[393] Fitch, *My Eighty Years in China*, p. 92. <<

[394] Copia del diario de George Fitch, entrada del 24 de diciembre de 1937, adjunta al archivo del Asistente Agregado Naval E. G. Hagen al Jefe de Operaciones Navales, 7 de marzo de 1938, Archivos Nacionales, reimpreso en Fitch, *My Eighty Years in China*, pp. 97-98. <<

[395] *Reader's Digest* (octubre de 1938). <<

[396] Se cree que John Gillespie Magee fue el único occidental que poseía una cámara de cine durante la matanza, y que George Fitch podría haber tomado esa cámara para capturar las imágenes de los prisioneros chinos en manos de los japoneses. David Magee, hijo de John Magee, todavía posee la cámara para película de 16 milímetros que utilizó su padre para filmar escenas del hospital de la Universidad de Nanking. Las copias de las películas se encuentran en los archivos familiares de Tanya Condon, nieta de George Fitch; David Magee, hijo de John Magee; y Marjorie Wilson, viuda de Robert Wilson. Un resumen en lengua inglesa de los contenidos de las películas se puede encontrar en la «Deutsche Botschaft China», documento que comienza en la página 141, informes diplomáticos alemanes, Archivo Nacional de Historia, República de China. <<

[397] Fitch, *My Eighty Years in China*, p. 121. <<

[398] Tanya Condon, entrevista telefónica con la autora, 27 de marzo de 1997.

<<

[399] *Ibid.* <<

[400] John Magee, carta a la familia, 28 de enero de 1938, archivos de David Magee. <<

[401] John Magee, carta sin fecha (probablemente de febrero de 1938),
archivos de David Magee. <<

[402] Durdin, *The New York Times*, 18 de diciembre de 1937. <<

[403] Para las estimaciones de los daños, véase Lewis Smythe, «War Damage in the Nanking Area» [Daños de guerra en la zona de Nanking] (junio de 1938), citado en Yin y Young, *The Rape of Nanking*, p. 232. <<

[404] Lewis Smythe a Willard Shelton (editor del *Christian Evangelist*, San Luis), 29 de abril de 1938, caja 103, grupo de ficha 8, Colección Jarvis, Biblioteca de la Yale Divinity School. <<

[405] Testimonio de Miner Searle Bates (testigo), Documentos de la Sede de Operacionales Aliadas/ de Ocupación, transcripción IMTTFE, pp. 2.636-2.637, entrada 319 del grupo de registro 331; véase también el veredicto en el juicio de Tani Hisao en Nanking, reimpreso en *Journal of Studies of Japanese Aggression against China* (febrero de 1991), p. 68. <<

[406] Harries y Harries, *Soldiers of the Sun*, p. 223. <<

[407] Hsu Shuhsi, *Documentos de la Zona de Seguridad de Nanking*, p. 51. <<

[408] Juicio ante el IMTFE; «German Archival Materials Reveal “the Great Nanking Massacre”» [Los materiales de archivo alemanes revelan «La Gran Masacre de Nankín»], *Journal of Studies of Japanese Aggression against China* (mayo de 1991); Lewis y Margaret Smythe, carta a amigos, 8 de marzo de 1938, Colección Jarvis. <<

[409] Hsu Chuang-Ying (testigo), testimonio ante el IMTFE, p. 2.577; A. T. Steele, «Japanese Troops Kill Thousands: Four Days of Hell in Captured City Told by Eyewitness; Bodies Piled Five Feet High in Streets» [Las tropas japonesas matan a millares: cuatro días de infierno en la ciudad capturada, según testimonios de testigos oculares; los cuerpos forman pilas de cinco pies de altura en las calles], *Chicago Daily News*, 15 de diciembre de 1937; James McCallum, entrada del diario de 29 de diciembre de 1937, Biblioteca de la Yale Divinity School. <<

[410] *Reader's Digest* (julio de 1938). <<

[411] «Deutsche Botschaft China», documento que comienza en la página 214, informes diplomáticos alemanes, Archivo Nacional de Historia, República Popular China; Kröger, «Días fatales en Nanking». <<

[412] «Deutsche Botschaft China», informe núm. 21, documento a partir de la página 114, remitido por agricultores chinos el 26 de enero de 1938, informes diplomáticos alemanes, Archivo de Historia Nacional, República de China.

<<

[413] Bates, testimonio ante el IMTFE, pp. 2.635-2.636; Kröger, «Días fatales en Nanking». <<

[⁴¹⁴] Juicio del IMTFE; Bergamini, *Japan's Imperial Conspiracy*, p. 37. <<

[415] Bates, testimonio ante el IMTAE, p. 2.636. <<

[416] Comité de Historia del Partido Nacionalista, Documentos Revolucionarios, 1987, vol. 109, p. 311, Taipéi, República de China. <<

[417] Lewis y Margaret Smythe, carta a amigos, 8 de marzo de 1938,
Colección Jarvis. <<

[⁴¹⁸] Hsu Shuhsí, *Documentos de la Zona de Seguridad de Nanking*, p. 14 (John Rabe, Embajada de Japón, 17 de diciembre de 1937, documento núm. 9). <<

[419] Robert Wilson, carta a la familia, 14 de diciembre de 1937; Bates, testimonio ante el IMTTFE, pp. 2.365-2.436. <<

[420] Un extracto de una presentación oral por parte del Sr. Smith, de Reuters, sobre los eventos de Nanking en los días 9 al 15 de diciembre de 1937, en la «Deutsche Botschaft China», documento que empieza a partir de la página 178, escrito en Hankow el 1 de enero de 1938, informes diplomáticos alemanes, Archivo Nacional de Historia, República de China. <<

[⁴²¹] «The Sack of Nanking: An Eyewitness Account of the Saturnalia of Butchery When the Japanese Took China's Capital, as Told to John Maloney by an American, with 20 Years' Service in China, Who Remained in Nanking After Its Fall» [El saqueo de Nanking: relato de un testigo presencial de la orgía sangrienta que se produjo cuando los japoneses tomaron la capital de China, según le relató a John Maloney un norteamericano con 20 años de servicio en China, que permaneció en Nanking después de su caída], *Ken* (Chicago), 2 de junio de 1938, reimpresso en *Reader's Digest* (julio de 1938). George Fitch fue la fuente detrás de este artículo. <<

[422] Fitch, «Nanking Outrages», 10 de enero de 1938, Colección Fitch. <<

[423] Oficial al mando al Comandante en Jefe, Flota Asiática de Estados Unidos (encabezamiento con membrete del *USS Oahu*), 21 de febrero de 1938, resumen de inteligencia para la semana que terminó el 20 de febrero de 1938, Oficina del Jefe de Operaciones Navales, División de Inteligencia Naval, correspondencia general, 1929-1942, carpeta A8-21/FS núm. 3, caja 195, entrada 81, grupo de registro 38, Archivos Nacionales. <<

[424] Hsu Shuhsí, *Documentos de la Zona de Seguridad de Nanking*, p. 99. A finales de enero volvió la electricidad a ciertos edificios seleccionados de Nanking y a veces brotaba agua de las bocas de riego inferiores; Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 29 de diciembre de 1937; «Work of the Nanking International Relief Committee, March 5, 1938» [Labor del Comité de Ayuda Internacional a Nanking, 5 de marzo de 1938], Documentos de Miner Searle Bates, Biblioteca de la Yale Divinity School, p. 1; Xingzhengyuan xuanchuanju xinwen xunliansuo (Oficina de Noticias de la oficina de publicidad del Yuan Ejecutivo), *Nanjing Zhinan* (Guía de Nanking) (Nanjing: Nanjing xinbaoshe, 1938), p. 49. (La información aquí referida proviene de la tesis inédita de Mark Eykholt, de la Universidad de California en San Diego). Para obtener más información sobre la matanza japonesa de empleados de la planta de energía, véase Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 22 de diciembre de 1937, p. 125; y George Fitch, diario, copia adjunta en el archivo del Asistente Agregado Naval E. G. Hagen al jefe de operaciones navales, Archivos Nacionales. Fitch informó de que los empleados «que tan heroicamente habían mantenido la planta en funcionamiento» fueron sacados a la calle y disparados con el argumento de que la compañía de electricidad era una agencia del gobierno (no lo era). «Las autoridades japonesas han venido a mi oficina todos los días para tratar de hacerse con el personal necesario para arrancar las turbinas y obtener electricidad. Fue un pequeño consuelo poder decirles que su propio ejército había matado a la mayor parte de ese personal». <<

[425] Mark Eykholt (autor de la tesis no publicada sobre la vida en Nanking después de la matanza, Universidad de California, San Diego), entrevista telefónica con la autora. <<

[426] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 10 de febrero de 1938, p. 189. <<

[⁴²⁷] *Ibid.*, 9 de enero de 1938, p. 149; 12 de enero de 1938, p. 153; 27 de enero de 1938, p. 172. <<

[428] *Ibid.*, 20 de enero de 1938, p. 163. <<

[429] «A Short Overview Describing the Self-Management Committee in Nanking» [Una breve descripción del Comité de Autogestión de Nanking], 7 de marzo de 1938, en «Deutsche Botschaft China», informes diplomáticos alemanes, documento a partir de la página 103, Archivo Nacional de Historia, República Popular China; Minnie Vautrin, diario 1937-40, 30 de diciembre de 1937 y 1 de enero de 1938; Actas del IMTFE, exhibiciones de pruebas ante la corte, 1948, Colección de Registros de Crímenes de Guerra de la Segunda Guerra Mundial, caja 134, entrada 14, grupo de registro 238, p. 1.906, Archivos Nacionales; Oficial al mando C. F. Jeffs al Comandante en Jefe de la Flota Asiática de Estados Unidos (membrete marcado con el *USS Oahu*), resumen de inteligencia para la semana que terminó el 10 de abril de 1938, 11 de abril de 1938, Oficina del Jefe de Operaciones Navales de la División de Inteligencia Naval, correspondencia general, 1929-1942, carpeta A8-21/FS núm. 3, caja 195, entrada 81, grupo de registro 38, Archivos Nacionales. <<

[430] Oficial al mando C. F. Jeffs al Comandante en Jefe de la Flota Asiática de Estados Unidos (con membrete marcado con *USS Oahu*), resumen de inteligencia para la semana que terminó el 10 de abril de 1938, 11 de abril de 1938, Oficina del Jefe de Operaciones Navales, División de Inteligencia Naval, correspondencia general, 1929-1942, carpeta A8-21/FS núm. 3, caja 195, entrada 81, grupo de registro 38, Archivos Nacionales. <<

[431] *Ibíd.*; «Deutsche Botschaft China», documento con fecha de 4 de marzo de 1938, a partir de la página 107, informes diplomáticos alemanes, Archivo Nacional de Historia, República Popular China; «A Short Overview Describing the Self-Management Committee in Nanking», 7 de marzo de 1938, «Deutsche Botschaft China», documento núm. 103. <<

[432] «Deutsche Botschaft China», documento con fecha de 5 de mayo de 1938, a partir de la página 100, informes diplomáticos alemanes, Archivo Nacional de Historia, República de China. <<

[433] «A Short Overview Describing the Self-Management Committee in Nanking», 7 de marzo de 1938, en *ibíd.*, inicio del documento en la página 103. <<

[434] *Ibíd.* <<

[435] Para la información relativa al tráfico de drogas, véase Bates, testimonio ante el IMTFE, pp. 2.649-2.654, 2.658. <<

[436] Elizabeth Curtis Wright, *My Memoirs* [Mis memorias] (Bridgeport, Connecticut: Winthrop Corp., 1973), caja 222, Biblioteca de la Yale Divinity School. <<

[437] «Deutsche Botschaft China», documento con fecha de 4 de marzo de 1938, a partir de la página 107, informes diplomáticos alemanes, Archivo Nacional de Historia, República de China. <<

[438] Tang Shunsan, entrevista con la autora, Nanking, República Popular China, 26 de julio de 1995. <<

[439] Sheldon Harris, *Factories of Death: Japanese Biological Warfare, 1932-1945, and the American Cover-up* [Las fábricas de la muerte: la guerra biológica japonesa, 1932-1945, y el encubrimiento norteamericano] (Londres: Routledge, 1994), pp. 102-112. <<

[⁴⁴⁰] «From California to Szechuan, 1938» [De California a Sichuan, 1938], Albert Steward, diario, entrada del 20 de diciembre de 1939, colección privada de Leland R. Steward. <<

[⁴⁴¹] Lewis Smythe, «War Damage in the Nanking Area», pp. 20-24; Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 5 de mayo de 1938. <<

[⁴⁴²] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 21 de mayo de 1938; «Notes on the Present Situation» [Notas sobre la situación actual], 21 de marzo de 1938, p. 1, Colección Fitch, Biblioteca de la Yale Divinity School. <<

[443] Mark Eykholt, entrevista telefónica con la autora. <<

[444] *Ibíd.* Mientras que los japoneses practicaban la mortal guerra biológica contra otras ciudades, es evidente que tomaban precauciones para proteger de las epidemias los territorios ocupados, como Nanking, probablemente debido a la presencia de nacionales japoneses en esas áreas. <<

[445] Angie Mills, entrevista telefónica con la autora. <<

[446] Carta de autor desconocido, fechada el 12 de febrero de 1939, Colección Forster, RG 8, caja 263, Biblioteca de la Yale Divinity School. <<

[447] Entrevista con Eykholt. <<

[448] *Ibíd.* <<

[449] Entrevistas de la autora con los sobrevivientes. <<

[450] «Sentencia del Tribunal Militar por Crímenes de Guerra en China de Hisao Tani, 10 de marzo de 1947», *Journal of Studies of Japanese aggression Against China* (febrero de 1991), p. 68. <<

[451] Xu Zhigeng, *The Rape of Nanking*, pp. 219, 223, 226, 228. <<

[452] Documental televisivo sobre Wu Xuan y Luo Jing, emitido el 25 de julio de 1995, emisora de televisión de Jiangsu, canal 1. <<

[453] Xu Zhigeng, *The Rape of Nanking*, pp. 215-216. <<

[454] *Ibid.*, pp. 218-230. <<

[455] Para las estadísticas sobre el IMTTE, véase Arnold Brackman, *The Other Nuremberg: The Untold Story of the Tokyo War Crimes Trials* [El otro Núremberg: La historia no contada de los juicios por crímenes de guerra de Tokio] (Nueva York: Morrow, 1987), pp. 9, 18, 22; Revista *World War II*, enero de 1996, p. 6. <<

[456] *Ibid.*, p. 9. <<

[457] Transcripción del IMTFE. <<

[458] Ken Ringle, «Still Waiting for an Apology: Historian Gavan Daws Calling Japan on War Crimes» [A la espera de una disculpa: el historiador Gavan Daws llama la atención de Japón a propósito de los crímenes de guerra], *The Washington Post*, 16 de marzo de 1995; comunicación por correo electrónico con Gavan Daws y entrevista telefónica con la autora. De acuerdo con Daws, el índice de mortalidad para todos los prisioneros de guerra aliados en manos de los japoneses fue del 27 por ciento: el 34 por ciento de los estadounidenses, el 33 por 100 de los australianos, el 32 por ciento de los británicos y menos del 20 por ciento en el caso de los holandeses. Por el contrario, la tasa de mortalidad para todos los prisioneros de guerra aliados (con exclusión de los rusos) en el frente occidental en manos de los alemanes fue del 4 por ciento. Para obtener más información, consultese Gavan Daws, *Prisoners of the Japanese: POWs of World War II in the Pacific* [Prisioneros de los japoneses: prisioneros de guerra de la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico] (Nueva York: Morrow, 1994), pp. 360-361, 437. <<

[459] Brackman, *The Other Nuremberg*, p. 182. <<

[460] Juicio del IMTFE. <<

[461] Juicio del IMTFE. <<

[⁴⁶²] Bergamini, *Japan's Imperial Conspiracy*, pp. 3-4. <<

[463] *Ibid.*, p. 47. <<

[464] Juicio del IMTFE, p. 1.001. <<

[⁴⁶⁵] Buruma, *The Wages of Guilt*, [Los salarios de la culpa], p. 175; Bergamini, *Japan's Imperial Conspiracy*, pp. 45-48. <<

[466] La información sobre Nakajima Kesago proviene de Kimura Kuninori, *Koseiha shogun Nakajima Kesago* [Nakajima Kesago, general de la facción individualista]. Tokio: Kôjinsha, 1987. <<

[⁴⁶⁷] La información sobre Yanagawa Heisuke proviene de Sugawara Yutaka, *Yamatogokoro: Fukumen shogun Yanagawa Heisuke Seidan* [Espíritu de Japón: conversación elevada con el sogún enmascarado Yanagawa Heisuke]. Tokio: Keizai Oraisha, 1971, p. 166. (mención de su muerte por ataque al corazón el 22 de enero de 1945 está en la p. 234). <<

[468] Herbert Bix, «The Showa Emperor's "Monologue" and the Problem of War Responsibility» [El «monólogo» del emperador Showa y el problema de la responsabilidad por la guerra]. *The Journal of Japanese Studies*, verano de 1992, vol. 18, núm. 2, p. 330. <<

[469] Entrevista de la autora con John Young, del China Institute. En 1957, Young era profesor de la Universidad de Georgetown y parte de un grupo de expertos que tenían permiso para microfilmar algunos de los archivos del Ejército y la Marina japonesa incautados por las fuerzas de ocupación estadounidenses en 1945. Al año siguiente llegó la abrupta decisión por parte del gobierno de Estados Unidos de devolver los documentos a Japón, en lo que supuso un tremendo golpe para Young y los demás. («Me quedé más que de piedra, te digo —recordaba el joven—. ¡Me quedé estupefacto!»). Como resultado de esta decisión, solo una pequeña parte de los archivos militares japoneses fueron microfilmados antes de ser embalados y devueltos a Japón en febrero de 1958. El mayor pesar de su vida, dijo Young, fue el no haber previsto esta decisión; en otro caso él y otros estudiosos se habrían dado prisa en microfilmar los documentos más importantes de la colección.

Las circunstancias que rodearon la devolución fueron misteriosas y continúan desconcertando a día de hoy a los historiadores involucrados en el proyecto del microfilme. «Es un asunto que nunca logré entender —confesó Edwin Beal, exintegrante de la Biblioteca del Congreso, durante una entrevista telefónica en abril de 1997—. Nos dijeron que la devolución de estos documentos era una cuestión de alta política y que no debía discutirse».

Años después, John Young escuchó rumores de que los documentos devueltos fueron utilizados por el gobierno japonés para purgar de sus filas a todos aquellos que no habían sido lo suficientemente leales al régimen durante la guerra. <<

[470] Para ser justos, hay que señalar que muchos de los hechos relatados en el libro de Bergamini son exactos, y que él descubrió, en el curso de su investigación, muchos nuevos e importantes documentos en lengua japonesa para los historiadores de la Segunda Guerra Mundial. Por lo tanto, los estudiosos han encontrado a menudo en *Japan's Imperial Conspiracy* una valiosa —si bien imperfecta y confusa— fuente de recursos. <<

[⁴⁷¹] W. Morton, *Tanaka Giichi and Japan's China Policy* [Tanaka Giichi y las políticas de Japón hacia China] (Folkestone, Kent, Inglaterra: Dawson, 1980), p. 205; Harries y Harries, pp. 162-163. <<

[472] Carta de Rana Mitter a la autora, 17 de julio de 1997. <<

[473] La información sobre la opinión de Herbert Bix proviene de la entrevista telefónica de la autora con Bix. <<

[⁴⁷⁴] «A Royal Denunciation of Horrors: Hirohito's Brother —an Eyewitness — Assails Japan's Wartime Brutality» [Una denuncia imperial de los horrores: el hermano de Hirohito —un testigo ocular— carga contra la brutalidad de Japón durante guerra], *Los Angeles Times*, 9 de julio de 1994; Merrill Goozner, «New Hirohito Revelations Startle Japan: Emperor's Brother Says He Reported WWII China Atrocities to Him in 1944; National Doubts Them Now» [Nuevas revelaciones sobre Hirohito sobresaltan a Japón: el hermano del emperador dice que le informó en 1944 de las atrocidades en China durante la Segunda Guerra Mundial. La opinión pública las pone en duda ahora], *Chicago Tribune*, 7 de julio de 1994; *Daily Yomiuri*, 6 de julio de 1994, p. 7. <<

[475] *Daily Yomiuri*, 6 de julio de 1994, p. 7. <<

[476] Goozner, «New Hirohito Revelations Startle Japan: Emperor's Brother Says He Reported WWII China Atrocities to Him in 1944; National Doubts Them Now», *Chicago Tribune*, 7 de julio de 1994. <<

[477] *Asahi*, edición de Tokio, 15 de diciembre de 1937. <<

[478] *Ibíd.* <<

[479] *Asahi*, edición de Tokio, 27 de febrero de 1938. <<

[480] Bergamini, Japan's Imperial Conspiracy, p. 46. La información sobre la promoción de campos de golf por parte de Asaka proviene de *Daijinmei Jiten* [The Expanded Biographical Encyclopedia] (Tokio: Heibonsha, 1955), vol. 9, p. 16. <<

[481] Karen Parker, entrevista telefónica con la autora. Para los análisis jurídicos de Parker sobre *ius cogens* y la deuda de Japón a sus víctimas de la Segunda Guerra Mundial, véase Karen Parker y Lyn Bet Neylon, «*Jus cogens: Compelling the Law of Human Rights*» [*Jus cogens: imponiendo la Ley de los Derechos Humanos*], *Hastings International and Comparative Law Review* 12, núm. 2 (invierno de 1989), pp. 411-463; Karen Parker y Jennifer F. Chew, «Compensation for Japan's World War II War-Rape Victims», [Compensación a las víctimas de guerra y de violaciones durante la Segunda Guerra Mundial a manos de Japón], *Hastings International and Comparative Law Review* 17, núm. 3 (primavera de 1994), pp. 497-549.

En un seminario con ocasión del 58.^º aniversario de la invasión japonesa de China, los expertos en la materia instaron a las víctimas chinas a exigir reparaciones a Japón. Tang Te-kang, profesor de la Universidad de Columbia, dijo que las víctimas tienen un precedente —sentado por el propio Japón, cuando exigió y obtuvo compensaciones de China después de que Japón y otros siete países invadieran China durante la dinastía Qing—. De acuerdo con el historiador Wu Tien-wei, las víctimas chinas tienen derecho a estas reparaciones de acuerdo con el derecho internacional; Lillian Wu, «Demand Reparations from Japan, War Victims Told» [Exijan reparaciones a Japón, se les dice a las víctimas de la guerra], Central News Agency, 7 de julio de 1994.

<<

[482] Entrevista de la autora con un superviviente (nombre omitido por requerimiento expreso). <<

[483] Liu Fonghua, entrevista con la autora, Nanking, 29 de julio de 1995. <<

[484] No todos los supervivientes de la Violación de Nanking, sin embargo, sufrieron destinos trágicos. Con frecuencia di con finales sorprendentes, como, por ejemplo, la vida del comandante Tang Sheng-chih. A pesar de su fiasco en Nanking, Tang vivió una existencia feliz en China. Las cosas fueron duras para él al principio, porque la debacle de Nanking lo dejó en mala posición con el partido nacionalista, viéndose obligado a regresar a su provincia natal de Hunan sin un empleo oficial. Pero después de que los comunistas tomaran el poder, el nuevo gobierno favoreció a Tang —sin que al parecer importara gran cosa que hubiera sido un oficial militar de alto grado del campo enemigo—. Tang no tardó en alcanzar cierta prominencia, ejerciendo de teniente gobernador de Hunan y de miembro del Congreso Nacional del Pueblo, del Comité de Defensa Nacional y del Comité Revolucionario del Partido Nacional Chino, entre otras organizaciones. Murió el 6 de abril de 1970, siendo un octogenario y reverenciado oficial, después de una prestigiosa y larga carrera en la política. <<

[485] Entrevista de historia oral con Lewis Smythe a cargo de Ciro Peake y Arthur Rosenbaum, Claremont Graduate School, 11 de diciembre de 1970, 26 de febrero y 16 de marzo de 1971, caja 228, grupo de ficha 8, Biblioteca de la Yale Divinity School. <<

[486] «Zhuiyi Rikou zai Nanjing da Tusha» (Recuérdese la Gran Masacre de Nanking), reimpresso en *Xinhua Yuebao* 3, pp. 988-991. <<

[487] Entrevista de historia oral con Lewis Smythe a cargo de Ciro Peake y Arthur Rosenbaum. <<

[488] «Biographic Sketch and Summary of Contents» [Apunte biográfico y resumen de contenido], en entrevista de historia oral de Peake y Rosenbaum con Smythe. <<

[489] Morton G. Bates, carta a la autora, 7 de octubre de 1996. <<

[490] David Magee, entrevista telefónica con la autora. <<

[491] Edith Fitch Swapp, entrevista telefónica con la autora; Fitch, *My Eighty Years in China*, p. 125. En su libro, Fitch describe sus problemas con la pérdida de memoria y su visita a un neurólogo. «Para mi alivio considerable el médico me informó de que no había nada malo con mi cerebro; simplemente estaba sufriendo fatiga nerviosa. Había estado llevando una vida bastante extenuante, por supuesto, y posiblemente los terribles recuerdos de aquellos días en Nanking tenían también algo que ver en ello» (p. 125). <<

[492] Marjorie Wilson, entrevista telefónica con la autora. <<

[493] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, 14 de abril de 1940, p. 526. <<

[494] Minnie Vautrin, diario 1937-1940, nota escrita a mano en la parte inferior de la última página. <<

[495] El relato del viaje de Vautrin de regreso a Estados Unidos, de su tratamiento con electrochoque, de su última comunicación con su familia y de su suicidio proviene de Emma Lyon, entrevista telefónica con la autora. <<

[496] Para más información sobre los últimos días de Rabe en Nanking, véase Minnie Vautrin, diario 1938-1940, 21 de febrero de 1928, entrada, p. 199; informe de George Rosen, «Deutsche Botschaft China», documento núm. 122, Archivo de Historia Nacional, República de China. <<

[497] Entrevista de historia oral con Lewis Smythe a cargo de Ciro Peake y Arthur Rosenbaum. <<

[498] Martha Begemann, carta a la autora, 26 de abril de 1996. <<

[499] El relato de los esfuerzos de Rabe por dar a conocer las atrocidades de Nanking y de su caída en desgracia en Alemania proviene de Ursula Reinhardt, cartas a la autora, 1996-1997. <<

[500] Ursula Reinhardt, carta a la autora, 27 de abril de 1996, p. 2. <<

[501] Diario de John Rabe, entrada referente a los años 1945 y 1946, traducido el 12 de septiembre de 1996 por Ursula Reinhardt en carta a la autora, 18 de septiembre de 1996. <<

[502] *Ibid.* <<

[503] *Ibíd.* <<

[504] *Ibid.*, 18 de abril de 1946. <<

[505] *Ibid.* <<

[506] *Ibid.* <<

[507] *Ibid.*, 7 de junio de 1946. <<

[508] *Ibid.* <<

[509] *Renmin Ribao* (Diario del Pueblo), 25 de diciembre de 1996, p. 6. <<

[510] De acuerdo con Reinhardt, la familia de W. Plumer Mills también envió paquetes con alimentos (paquetes CARE) a Rabe, que le ayudaron a curarse de la enfermedad de la piel que le provocó la desnutrición. <<

[511] *Ibíd.*; véase también Ursula Reinhardt, carta a la autora, 27 de abril de 1996; y *Renmin Ribao*, 27 de diciembre de 1996. <<

[5¹²] *Renmin Ribao*, 25 de diciembre de 1996. <<

[513] Ursula Reinhardt, carta a la autora, 27 de abril de 1996. <<

[5¹⁴] *Renmin Ribao*, 27 de diciembre de 1996. <<

[515] Ursula Reinhardt, entrevista telefónica con la autora. <<

[516] Peter Kröger, carta a la autora, 23 de octubre de 1996. <<

[517] Kröger, «Días fatales en Nanking». <<

[5¹⁸] *Renmin Ribao*, 27 de diciembre de 1996. <<

[519] Ursula Reinhardt, presentación, 12 de diciembre de 1996, Nueva York; Reinhardt, entrevista telefónica con la autora. <<

[520] Ursula Reinhardt, carta a la autora, 3 de diciembre de 1996. <<

[521] Shao Tzuping, entrevista telefónica con la autora. <<

[522] David Chen, «At the Rape of Nanking: A Nazi Who Saved Lives» [En la Violación de Nanking: un nazi que salvó vidas], *The New York Times*, 12 de diciembre de 1996, p. A3. <<

[523] *Asahi Shimbun*, 8 de diciembre de 1996. <<

[524] *Ibíd.* <<

[525] Entrevista en *Playboy*: «Shintaro Ishihara, una conversación franca», David Sheff, entrevistador, *Playboy*, octubre de 1990, vol. 37, núm. 10, p. 63.

<<

[526] Yoshi Tsurumi, «Japan Makes Efforts to Be Less Insular» [Japón se esfuerza por ser menos insular], *The New York Times*, 25 de diciembre de 1990. <<

[527] Reproducido en *Journal of Studies of Japanese aggression Against China* (febrero de 1991), p. 71. <<

[528] John Magee, carta a «Billy» (firmado «John»), 11 de enero de 1938,
Colección Ernest y Clarissa Forster. <<

[529] *Ibíd.* <<

[530] Sebastian Moffet, «Japan Justice Minister Denies Nanking Massacre» [El ministro de Justicia de Japón niega la masacre de Nanking], Reuters, 4 de mayo de 1994. <<

[531] Los informes de que Nagano fue quemado en efigie y de que se lanzaron huevos contra las embajadas japonesas se pueden encontrar en Reuters, 6 de mayo de 1994. Para obtener información sobre su renuncia, véase Miho Yoshikawa, «Japan Justice Minister Quits over WWII Gaffe» [Ministro de Justicia de Japón renuncia por un patinazo sobre la Segunda Guerra Mundial], Reuters, 7 de mayo de 1994. <<

[532] Karl Schoenberger, «Japan Aide Quits over Remark on WWII» [Funcionario japonés dimite por una observación acerca de la Segunda Guerra Mundial], *Los Angeles Times*, 14 de mayo de 1988. <<

[533] *Ibíd.* <<

[534] *Ibid.* <<

[535] *Ibíd.* <<

[536] *Ibid.* <<

[537] *Mainichi Daily News*, 17 de agosto de 1994. <<

[538] Servicio de Noticias de Kioto, 13 de agosto de 1994. <<

[539] *Ibíd.* <<

[540] Robert Orr, «Hashimoto's War Remarks Reflect the Views of Many of His Peers» [Las observaciones de Hashimoto acerca de la guerra reflejan las opiniones de muchos de sus colegas], *Keizai de Tokio*, 13 de diciembre de 1994. <<

[541] «Japanese Official Apologizes» [Funcionario japonés se disculpa], Associated Press, 28 de enero de 1997. <<

[542] *Ibíd.* <<

[543] *Ibíd.* <<

[544] Hugh Gurdon, «Japanese War Record Goes into History» [El historial bélico japonés entra en la historia], *The Daily Telegraph*, 20 de abril de 1994.

<<

[545] *New York Times*, 3 de noviembre de 1991. El profesor de psicología Hiroko Yamaji me dijo que incluso los estudiantes universitarios japoneses le han hecho la misma pregunta: «¿Qué país ganó la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos o Japón?» (Entrevista con Yamaji, 30 de marzo de 1997, durante un taller en San Francisco). <<

[546] Brackman, *The Other Nuremberg*, p. 27. <<

[547] Los pasajes de los libros de texto de Ienaga y los comentarios de los censores provienen de «Truth in Textbooks, Freedom in Education and Peace for Children: The Struggle against the Censorship of School Textbooks in Japan» [La verdad en los libros de texto, la libertad en la educación y la paz para los niños: la lucha contra la censura de textos escolares en Japón] (folleto) (Tokio: Liga Nacional en Apoyo del Proceso contra el cribado de Libros de Texto, 2.^a ed., junio de 1995). <<

[548] Buruma, *The Wages of Guilt*, p. 196. <<

[549] David Sanger, «A Stickler for History, Even If It's Not Very Pretty» [Un purista de la historia, incluso si no es muy bonita], *The New York Times*, 27 de mayo de 1993. <<

[550] *Shukan Asahi*, 13 de agosto de 1982, p. 20. <<

[551] La información sobre el tratamiento de la masacre de Nanking en los libros de texto antes y después del despido de Fujio proviene de Ronald E. Yates: «“Emperor” Film Keeps Atrocity Scenes in Japan», [La película del «emperador» mantiene en Japón las escenas de la atrocidad], *Chicago Tribune*, 23 de enero de 1988. <<

[552] *Mainichi Daily News*, 30 de mayo de 1994. El 29 de agosto de 1997, Ienaga obtuvo una victoria parcial en la última de sus tres demandas contra el Ministerio de Educación. El Tribunal Supremo ordenó al gobierno central pagar a Ienaga 400.000 yenes por daños y perjuicios, y llegó a la conclusión de que el ministerio había abusado de su poder discrecional cuando le obligó a borrar de su libro de texto una referencia a experimentos con seres humanos vivos llevados a cabo por la Unidad 731 del ejército imperial durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, el Tribunal Supremo siguió manteniendo intacto el sistema de inspección y criba de libros de texto, al dictaminar que el proceso no violaba la libertad de expresión, la libertad de cátedra o el derecho a la educación, que están garantizados por la constitución japonesa (*Japan Times*, 29 de agosto de 1997). <<

[553] El historiador militar Noboru Kojima, citado en *The New York Times*, 3 de noviembre de 1991. <<

[554] Citado en Sonni Efron, «Defender of Japan's War Past» [Defensor del pasado bélico de Japón], *Los Angeles Times*, 9 de mayo de 1997. <<

[555] Charles Smith, «One Man's Crusade: Kenji Ono Lifts the Veil on the Nanking Massacre» [La cruzada de un hombre solo: Kenji Ono levanta el velo sobre la masacre de Nanking], *Far Eastern Economic Review*, 25 de agosto de 1994. <<

[556] Ono Kenji, Fujiwara Akira y Honda Katsuichi (ed.), *Nankin Daigyakusatsu o kirokushita Kogun heishitachi: daijusan Shidan Yamada Shitai Heishi sin Nikki Jinchu* [Soldados del ejército imperial que registraron la masacre de Nanking: diarios del campo de batalla de los soldados de la 13.^a División, destacamento Yamada] (Tokio, Otsuki Shoten, 1996). <<

[557] Yates, «“Emperor” Film Keeps Atrocity Scenes in Japan». <<

[558] *Ibíd.* <<

[559] La mayor parte de la información sobre el debate entre las facciones de la ilusión y de la masacre, la encuesta de *Kaikosha* y la manipulación del diario de Matsui proviene de Yang Daqing, «A Sino-Japanese Controversy: The Nanjing Atrocity as History» [Una controversia chino-japonesa: la atrocidad de Nanking en cuanto que historia], *Sino-Japanese Studies* 3, núm. 1 (noviembre de 1990). <<

[560] Citado en Buruma, *The Wages of Guilt*, p. 119. <<

[561] *Ibid.*, pp. 121-122. <<

[562] Yang Daqing, «A Sino-Japanese Controversy: The Nanjing Atrocity as History» [Una controversia chino-japonesa: la atrocidad de Nanjing en cuanto que historia], *Sino-Japanese Studies* 3, núm. 1 (noviembre de 1990), p. 23. <<

[563] *Ibíd.* <<

[564] Catherine Rosair, «For One Veteran, Emperor Visit Should Be Atonement», Reuters, 15 de octubre de 1992. <<

[565] Buruma, *The Wages of Guilt*, pp. 249-250. <<

[566] Rummel, *China's Bloody Century: Genocide and Mass Murder since 1900*, p. 139. <<

[567] Citado en Wilson, *When Tigers Fight*, p. 61. <<

[568] Jules Archer, *Mao Tse-tung* (Nueva York: Hawthorne, 1972), p. 95. <<

[569] Rummel, *China's Bloody Century: Genocide and Mass Murder since 1900*, p. 139. <<

[570] *Ibíd.*, p. 138. <<

[571] *Ibíd.*, pp. 140-141. <<

[572] *Ibid.*, pp. 149, 150, 164. <<

[573] George Hicks, *The Comfort Women: Japan's Brutal Regime of Enforced Prostitution in the Second World War* (Nueva York: Norton, 1994), p. 43. <<

[⁵⁷⁴] Nicholas Kristof, «A Japanese Generation Haunted by Its Past» [Una generación japonesa atormentada por su pasado], *The New York Times*, 22 de enero de 1997. <<

[575] Yuki Tanaka, *Hidden Horrors: Japanese War Crimes in World War II*, p. 203. <<

[576] Xiaowu Xingnan, *Invasion—Testimony from a Japanese Reporter* [Invasión: Testimonio de un reportero japonés], p. 59. <<

[577] Xu Zhigeng, *The Rape of Nanking*, p. 74. <<

[578] Azuma Shiro, diario, 24 de marzo de 1938. <<

[579] Discurso del general Araki, citado en Maruyama Masao, «Differences Between Nazi and Japanese Leaders» [Diferencias entre los dirigentes nazis y los japoneses], en *Japan 1931-1945: Militarism, Fascism, Japanism?* [Japón 1931-1945: ¿militarismo, fascismo, japonismo?], ed. Ivan Morris (Boston: D. C. Heath, 1963), p. 44. <<

[580] Joanna Pitman, «Repentance» [Arrepentimiento], *New Republic*, 10 de febrero de 1992. <<

[581] Bergamini, Japan's Imperial Conspiracy, p. 10. <<

[582] Toshio Iritani, *Group Psychology of the Japanese in Wartime* [Psicología de Grupo de los japoneses en tiempos de guerra] (Londres y Nueva York: Kegan Paul International, 1991), p. 290. <<

[583] R. J. Rummel, *Death By Government* [Muerte por el Gobierno] (New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction Publishers, 1995), pp. 1-2. <<

[584] La información sobre las reparaciones alemanas de posguerra provienen del German Information Center, Nueva York. <<

[585] «Japan Military Buildup a Mistake, Romulo Says» [La expansión militar de Japón es un error, dice Rómulo], UPI, 30 de diciembre de 1982. <<

[586] Barry Schweid, AP, 9 de abril de 1997. <<

[587] William Lipinski (D-IL) redactó la resolución, cuyas copias se pueden obtener directamente en su oficina o bien desde la página web www.sjwar.org. <<

[588] *Chinese American Forum* 12, núm. 3 (invierno de 1997), p. 17. <<